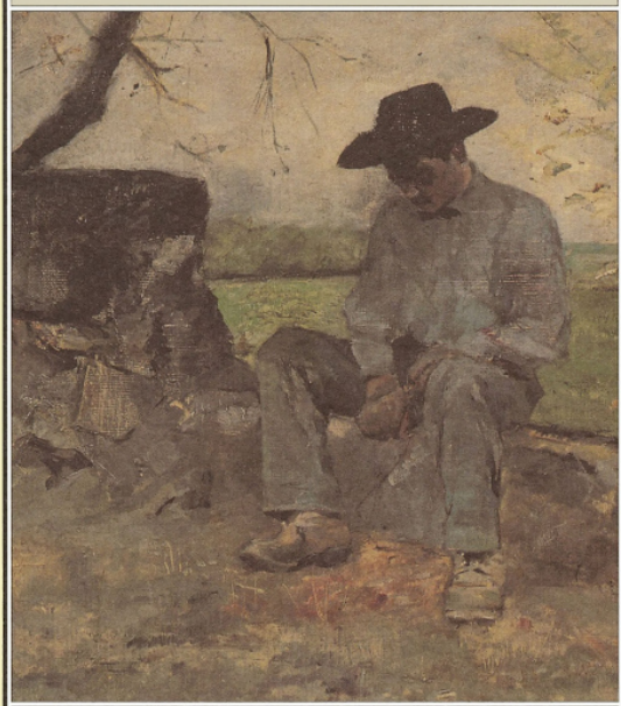
ANDRÉS TRAPIELLO

LOCURAS SIN FUNDAMENTO



NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

«Locuras sin fundamento es la continuación natural de El gato encerrado, una vuelta más del río de la vida; río o arroyo, que eso aún está por ver.

»“Suponer que lo que nos pasa cada día es digno de figurar en letras de molde, yo creo que tiene que ser una fantasía y una de esas raras, fatales y absurdas locuras sin fundamento», se dice en las tres primeras líneas de este libro, y en la solapa de El gato encerrado el autor sostenía que «en un diario se dicen las mismas mentiras que en cualquier otra parte. Más incluso, porque las que nos decimos a nosotros mismos, tienen mal remedio. Y, por lo mismo, no se dicen menos verdades…”. Así es.

»Como entonces, al autor le habría gustado, si acaso la tuvo alguna vez, no perder la naturalidad en sus anotaciones, la llaneza de la que hablaba Maese Pedro. Uno se conformaría si en este libro no se leyera una sola frase solemne ni una que no fuese sincera. Sincera, es decir, mentira o verdad aparte. No hay virtud mayor que la llaneza, ni en la literatura ni en la vida, ni en la novela de la literatura ni en la novela de la vida.

»Con tenacidad se persigue en estas páginas una y otra. Solo la libertad de escribir y de vivir no es una fantasía ni una locura sin fundamento, aunque nadie que no se mire con humor podrá nunca ser libre. Libre del peor de los amos: uno mismo. No hay más novela que esa del humor. Ni más poesía que esa novela».

Andrés Trapiello

Locuras sin fundamento

Salón de pasos perdidos - 2

ePub r1.0
Titivillus 20.05.2023

Andrés Trapiello, 1993
Ilustración de cubierta: Le Jeune Routy, de Toulouse-Lautrec
(Museo Toulouse-Lautrec, Albi)

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

OTRA NOVELA • PRÓLOGO

SUPONER que lo que nos pasa cada día es digno de figurar en letras de molde, yo creo que tiene que ser una fantasía y una de esas raras, fatales y absurdas locuras sin fundamento.

Cuando se publicó «El gato encerrado» algunos amigos me señalaron: «Es demasiado negativo. Abundan los retratos y las situaciones irónicas, incluso mordaces, pero faltan las pinceladas positivas, los momentos alegres. Criticas, pero raramente compensas la balanza con visiones satisfactorias. El personaje que se ve detrás de esas páginas parece un hombre triste, misantrópico, a la defensiva del mundo, y tú no das esa impresión. Alguien hipocondríaco, y tú tienes un aspecto saludable». No se crea, les decía yo, señalándoles un día el hígado, otro el quinto espacio intercostal izquierdo, otro la región lumbar… «No», me rebatían firmes, «tú tienes amigos, escribes libros y los editas. Para todo eso hace falta salud y una gran dosis de entusiasmo que en el diario no se trasluce».

Puede ser. Sin contar con que el diario es el único género de la literatura donde uno puede, si quiere, mentir, pero no engañar. «¿Será que la novela que persigo es la novela de mi vida y no me he dado cuenta? ¿Que la ficción que fatigo con tenacidad de alquimista es la historia verdadera de mi existencia?», se preguntará más adelante el protagonista de este libro. A veces yo mismo me he preguntado si ese que lo ha escrito durante un año tiene algo que ver con el prologuista que en un rato va a despachar ahora para la imprenta este par de cuartillas, y tengo que convenir en que aquel y este no son necesariamente, ni tienen que serlo, los mismos. Algunas veces, cuando he releído el centón de estas hojas, me he abatido al verlas tan parecidas a mí; otras, en cambio, me proporcionaban un espumoso contento por figurarme yo en ellas alguna sombra del arte y de la vida. Unas veces me decía: «harías mejor rompiéndolas para siempre». Otras, por el contrario, parecían prometerle a su autor la gloria, la inmortalidad, y así, en la vorágine de un torbellino, unos días pienso una cosa y otros, otra, sin encontrar la justeza y la virtud del centro, sino la locura de los extremos y de las fugas. Y sin embargo…

Me sucede a mí lo que a los enfermos crónicos, que solo van al médico cuando se sienten peor. Yo al diario acudo únicamente cuando me asaltan vagos arrebatos ante tal o tal suceso, o cuando

padezco tósigos y punzadas ante mi aflictiva y acostumbrada monotonía, que después de tantos años sé reconocer con la resignación del asmático que vive en un clima húmedo y malsano. Si me sintiera de otra manera, ya lo he confesado alguna vez, creo que no escribiría, ni diarios ni nada, sino que cultivaría rosas y engordaría enjambres.

Me gustaría que las entregas de este libro se le fueran convirtiendo a uno en una casa vieja, una de esas viejas casas solitarias, grande, a las afueras del pueblo, con nidos en el tejado y un jardín romántico y silvestre. Una casa vieja a la que se van arrimando apósitos y dependencias de nueva fábrica que le curen de sus dolencias y proporcionen movimiento e historia al conjunto. Un caserón en cuyo huerto los chicos, al volver de la escuela, roban unas manzanas agrias, y luego tiran piedras contra los cristales, y salen corriendo. ¿Y por qué razón ese sueño? Porque en una casa así la vida es fácil.

Para uno fácil no ha querido decir nunca relajo o sin sustancia, sino natural, cosa que no se precipita ni se estanca, sino que fluye, haciendo su propio cauce y acunándose en él. Por otro lado me gustan las casas viejas, verlas crecer como a criaturas, comprobar que les salen cada día que pasa más goteras y que las ortigas ciegan sus puertas, y que la yedra se apodera de todo, y que el olvido, al fin, hace su nido en ella, y nada tan hermoso como anidar, como acunarse en el olvido.

Pero también en eso los escritores son seres contradictorios, algo retóricos, eternamente insatisfechos y pacientes de otra de las endémicas locuras sin fundamento. Quien tiene una locura siempre padece varias. Por esa razón o sinrazón aseguran ellos querer habitar el olvido, al tiempo que aprenden a volar tirándose desde su torre de marfil contra el suelo de la dura realidad, pues, oh fantasía de las fantasías, sueñan los escritores, soñamos, con huir del olvido, de las ilusiones vagas, de los diálogos mudos y de la dura realidad. Y llevar otra vida y ser otros y ver otras ciudades, conocer otra muerte, y amar y ser amados en lenguas bien distintas… ¿y todo para qué? Nos mueve una esperanza a todos, una locura, un fundamento: conocer dentro de muchos años qué quería decir en verdad esa palabra, olvido, y la palabra muerte, cuando de nada pueda servimos ya la vida.

Madrid, primavera de 1992

«Es una locura —decía— esto que tengo; es una locura pensar en lo que no existe y desvanecerme y afanarme por lo que solo es imaginario… Fuera, fuera tonterías, ilusiones vagas, diálogos mudos».

Gloria, Parte I, cap. XII

LOCURAS SIN FUNDAMENTO
(1988)

Si no fuera por este rincón del mundo, por este paisaje invernal, húmedo y brumoso…

El día de Año Nuevo es siempre un día melancólico y triste, pero con una melancolía y una tristeza de las que no sale nada, de las que es mejor estar lejos.

Desde aquí se columbra, tras el balcón, todo un panorama de ramas sin hojas, las ramas de los álamos altos y de los viejos árboles del amor entre las que sube el humo del lagar de Las Mercedes. Hay algunos cuadros de Pissarro como este trozo de naturaleza. De Sisley también, cuadros modestos y llenos de sentimiento por lo que contemplan.

Es fácil imaginar para esas ramas sin hojas que se ven desde aquí una melodía de piano, uno de esos viejos y algo desafinados pianos de pared. Pianos negros, con un par de candelabros a cada lado y un aire romántico y funerario en el marfil amarillento de las teclas.

Cuando yo era muchacho apareció por el colegio un viejo afinador. Era afinador y *luthier* al mismo tiempo. Llegó para quedarse unas semanas y vivió con nosotros en el colegio dos años, afinando los treinta o cuarenta pianos del colegio y componiendo las mandolinas, bandurrias y guitarras de las rondallas, instrumentos todos con las carcasas astilladas por el uso indiscriminado y lamentable.

Poco a poco aquel hombre se hizo imprescindible y terminó ocupándose de la carpintería del internado y atendía también otros más inconcretos menesteres, pues lo mismo cepillaba una puerta que cerraba mal, que se abismaba en el cerebro de los relojes infartados que le llevábamos.

Su ocupación principal, su vocación, sin embargo, era la música, a la que hacía entrega de la mayor parte de sus horas de trabajo y de todo su talento. Poseía eso que se llama oído absoluto. Afinaba sin necesidad de diapasón. Él aseguraba que tenía metido el «la» en la cabeza desde que nació, porque ese día, mientras su madre le daba a luz, sonaba la campana menor de la iglesia de su pueblo, cuyo tañido era un «la».

Nos contaba historias como esta, ingenuas y misteriosas al mismo tiempo, que recordaban siempre una página de Chejov.

Nosotros sometíamos a menudo su habilidad a una que nos

figurábamos prueba definitiva. Le poníamos de espaldas a un teclado y hacíamos sonar una tecla. Entonces le pedíamos que adivinara la nota. Acertaba siempre a la primera, sin titubeos, y esto nos dejaba maravillados y suspendidos y a él flotando en medio de una sonrisa bonachona.

Nos contaba también que, siendo aprendiz, había afinado órganos en muchas iglesias de la vieja Polonia, antes de que Polonia fuese comunista, y también en el beguinado belga, cerca de Brujas, en un pueblo que era, creo recordar, Ypres u Ostende, y en Baviera, ahí durante la guerra. Nos refería sus éxitos, como cuando fue capaz de ajustar un «re» sostenido en un caño de plomo de un viejo y desvencijado muérgano, una suerte de armónium de tablas policromadas, donde habían fracasado muy solventes afinadores antes que él. Otras veces se quedaba callado, nos acompañaba a los campos de deportes, apoyaba su espalda en una pared, cerraba los ojos y dejaba que el sol hospiciano de León le calentase los párpados. Cuando eso ocurría, ahí acababan todas sus confidencias íntimas por ese día.

Los frailes le dieron una habitación para dormir paredaña al cuarto donde instaló su taller. Era un tabuco de tres metros por tres, donde había metido un camastro, que se veía siempre deshecho con algún libro abierto de par en par y boca abajo junto a la almohada.

En el taller olía siempre a maderas lijadas, gomas arábigas y resinas que calentaba en unas latas pequeñas de conserva. A los chicos nos dejaba entrar durante los recreos para que miráramos cómo trabajaba. Era sumamente ordenado con las teclas, clavijeros y demás utilería desmontada y también con sus herramientas, único equipaje que en realidad se le conocía.

Siempre iba vestido de la misma manera, con un holgado pantalón de gruesa pana de color pan tostado, una camisa blanca, no siempre limpia, cuyo cuello abotonaba sin corbata, y un jersey de lana con los codos y los puños gastados y dados de sí, cuando no deshilachados y mordidos por el maltrato.

Nadie le conocía tampoco familia o por lo menos no hablaba de ella, pero tenía un marcado acento germánico.

Lo mismo que los cuellos de sus camisas, tampoco él era muy limpio, casi nunca se afeitaba y tenía una cara regordeta y encamada, a lo Frans Hals, y el pelo de la cabeza también de punta

y muy corto, igual de corto en los morrillos del occipucio que en la coronilla, pelos rojos y blancos de jabalí, duros y tiesos.

Los chicos empezamos a imaginar para él un pasado, una historia. Según unos, iba huyendo de la justicia y había pedido en el convento derecho de asilo. Según otros, era uno de esos menestrales medievales que iban de lugar en lugar viviendo de su oficio y para los que la comida y un techo era paga suficiente.

Yo había visto la película *Calabuch* y suponía que quizás tras aquella personalidad bondadosa se escondiese un científico experto en cohetes. Al cabo de los años supimos que se trataba de uno de tantos soldados alemanes que abandonaron su país al terminar la guerra.

Un buen día desapareció como había llegado, sin llamar la atención. Se dijo que los frailes habían acabado hartos de él, porque era un borracho, lo cual seguramente era cierto, pues algunos días olía a vino. Otros afirmaron que le habían sorprendido robando el cepo de las limosnas en el camarín de la Virgen. Quién sabe.

Siempre me pregunté cuál sería su suerte, a qué lugar iría a parar, porque para un oficio como el suyo no debía ser fácil encontrar acomodo. Me preguntaba dónde moriría y de qué se acordaría al morir, si es que tenía que acordarse de algo, o si pensaría a menudo en su país lejano. Quizás nunca volviera a su ciudad natal, y tendría que olvidar todo eso para siempre, como seguramente había logrado olvidar ya su juventud, el amor y esos otros sentimientos que hacen de la juventud un espejismo. Lo más probable es que estuviera condenado a ser toda su vida «el extranjero», incluso aunque regresara a su país, como les pasa aquí a los indianos, que regresaban y nunca más volvían a llamarse Pepe o Manolo, sino el «mexicano» o el «indio», teniendo que sumar al dolor de haber estado tantos años lejos de su tierra el dolor de ser, cuando se quedaban en ella, una vez más, una sombra, un oscuro proyecto, eso que se podría resumir como «un forastero en su ciudad natal».

Quizás sea la vida de aquel viejo alemán una de las novelas que anda uno buscando con tanto afán todo el día. Luego las encuentras, y no sabes reconocerlas, porque están demasiado cerca. Si tuviera que hacer una novela con la vida del *luthier* no creo que pudiese, porque en el segundo capítulo estaríamos todos llorando y

los novelistas he visto yo que tienen que ser gentes con pocas entrañas, como los médicos, es decir, sujetos que salvan a este o al de más allá, pero cortando por lo sano, piernas, capítulos, vidas. Sin consideración ni miramientos, sorteando la gangrena. Aunque si tuviera una carta de un editor reclamándome la novela para dentro de una semana, me pondría a ello con entusiasmo, por mala que fuese. Así lo quiero dejar escrito aquí. Que se sepa que el mundo se ha quedado sin novela de un *luthier* por la falta de visión de un editor al viejo estilo.

No sé por qué me he acordado ahora de todo aquello. Han pasado muchos años. Seguramente es esta modorra, el fuego aquí al lado, y tras la ventana el día plomizo, tranquilo y sin historia de Año Nuevo.

Las presiones son tan bajas que al humo de la chimenea le cuesta remontar y de tanto en tanto revoca. Hemos pasado la mayor parte del tiempo con las botas metidas entre las brasas. A veces leyendo, a veces escuchando música cuando lográbamos oír la radio sin interferencias, pero casi todo el tiempo mirando horas y horas, como se mira el mar, las llamas, que son nuestras olas de tierra adentro.

Ayer por la noche, después de comprobar que nuestra capacidad de hacer el ridículo seguía íntegra mientras engullíamos las doce uvas puestos los ojos en el reloj de la Puerta del Sol y escuchábamos a un locutor entusiasta cuya única preocupación era demostramos que la alegría es un logaritmo de aplicación universal, ayer por la noche, digo, nos quedamos M. y yo solos un rato, mientras se consumían los últimos leños. Los niños llevaban ya acostados un cuarto de hora. Se habían ido a la cama felices y excitados porque habían obtenido permiso para mojar sus labios en champán, y se quedaron pronto dormidos.

Al apagar la televisión, se elevó toda la casa en silencio, incrédula de haberse sacudido al fin la batahola retransmitida del fin de año. La habitación fue poco a poco quedándose fría, al tiempo que se apagaba el fuego, y la luz de la lámpara, amarillenta, mortecina y algo temblona como suele ocurrir en los pueblos, nos dejó a uno junto al otro, haciendo de toda aquella escena un interior. En los cristales corrían unos goterones negros y todo lo demás, el universo que en forma de sombras era el jardín y los

olivares, se transustanció en universo fosco y compacto, muy primitivo, pues no se veía ninguna luz por parte ninguna. Algo que pasaba dentro de nosotros, como en los cuentos de navidad de Dickens, se recogió y cerró tras de sí puertas y postigos.

M. dejó su cabeza sobre mi hombro y se durmió acurrucada, con las piernas encogidas. Se había abrazado a un pequeño cojín que apretaba contra las costillas como para entrar en calor. Yo mismo me quedé dormido un rato. De pronto nos sobresaltaron los bocinazos de un coche. Nos despertamos desconcertados. Alguien venía por la calleja. Pusimos atención y al comprobar que pasaban de largo, respiramos tranquilos. No era tanto por la hora. Ni siquiera porque no hubiéramos sido capaces de sumarnos a una pequeña fiesta inesperada. Temíamos únicamente que aquel interior se fuese a romper. No se puede vivir fuera y dentro al mismo tiempo, hacia adentro y hacia afuera.

La cama, como todas las noches, estaba helada. Nos ovillamos uno contra el otro, nos calamos el embozo hasta las cejas, resoplamos bajo las sábanas y nos felicitamos el Año Nuevo. Antes de cerrar los ojos, volvieron a oírse los aplomados y recalcitrantes goterones que redoblaban sobre las viejas tejas.

Hoy, día de Año Nuevo, ha sido el fuego, el día triste, esos recuerdos del afinador nazi, y tropezamos a todas horas con un plato de cristal tallado donde quedan todavía de ayer por la noche restos de diversos turrones, uvas pasas, peladillas, polvorones y mazapanes, todo ello un poco revenido y pringoso ya, que uno va comiéndolos sin apetito ninguno durante todo el día, cuando se pasa a su lado, de más a menos apetecibles, en este orden, por inercia y desesperación, que cuando los tienes ya en la boca te dan ganas de escupirlos en un rincón.

LOS escritores jamás saldarán con Cervantes y con Stendhal estas dos deudas. El primero tuvo la cortesía de escribir el *Quijote* en la vejez. El segundo hizo que pensáramos sobre todo en los lectores que todavía no nos han nacido. Gracias a Cervantes un novelista puede pasarse la mayor parte de la vida soñando con escribir una gran novela. Gracias a Stendhal la incomprensión, imbecilidad o inquina de los contemporáneos son mucho menos dolorosas.

UN diario tiene que ser una mesa camilla en medio del bulevar.

POR cierto: cuando es bueno, un aforismo es la punta de un

iceberg; cuando es malo no es nada, una burbuja de gaseosa o una pata de banco, sin nada que sostener ni sostenerse.

EL que tiene una locura, tiene siempre varias.

DE la locura hay mucho que hablar, pero bastante poco que decir.

NOS hemos levantado temprano, y estaba todo cubierto por la niebla, campos y haciendas. Luego, sin pasar siquiera por el baño, como la Cenicienta, he sacado la ceniza de las estufas y he salido a tirarla al pie de un olivo, y hacía frío. Después, sobre las brasas que quedaban en la chimenea, puse unos cuantos sarmientos secos, leña menuda y leña algo más consistente, asomé a todo eso el hocico del fuelle y las primeras llamas del día empezaron a elevarse. Abrí este cuaderno y…

Si hubiera instalado ya, como está previsto desde hace tres años, el reloj de sol en el jardín con su leyenda «Solo marco las horas apacibles», un día como hoy no existiría, porque lleva todas las trazas de ser un día sin horas y vacío.

LLEVA lloviendo tres días seguidos, una lluvia lenta, sin peso, persistente y templada. Como dice un amigo mío: días de fuego bajo y alubias rojas en el puchero.

Puede que sea por este tiempo en medio del campo y por estar a primeros de año por lo que uno hace recuento hacia el pasado y hacia el futuro.

¿El pasado? Más milagroso me parece a mí haber llenado estos cuadernos durante todo un año sin que me haya ocurrido nada, sin que yo haya pasado por nada, como un fantasma de pies de humo. Y volvemos a lo mismo: ¿A quién le importa lo que le pasa a alguien al que no le pasa nada? De manera que sería mejor recordar el futuro, todos mis exfuturos que diría nuestro Unamuno, hacer recuento hacia adelante, hacia esas celdillas que aún no han sucedido ni sucederán como no sea en el deseo, en los recuerdos, en los recuentos diarios, en la colmena nuestra sin reina y aborrecida por las abejas.

A mí me enseñaron a hacer examen de conciencia desde muy chico, desde los siete u ocho años.

Mis primeros exámenes serios de conciencia se producían una vez al año y tenían por objeto el repaso de lo que había sido mi vida durante el amplio arco de doce meses…

En la noche de San Silvestre en mi casa no se celebraba la nochevieja. En mi casa celebraban la nochebuena, pero la nochevieja no. Se cenaban unas sopas de ajo y huevos fritos y si acaso, a los postres, se tomaban unas castañas asadas sobre la plancha de hierro de la cocina económica o nueces tostadas en el homo, y basta. Frente al paganismo de las nocheviejas europeas, que se sospechaban desenfrenadas y orgiásticas, yo creo que en mi casa se complacían en afirmar el carácter cristiano de las nuestras, castellano e inexorable.

Se cenaba temprano, como todos los días, y luego se hacía tiempo jugando a las cartas hasta las doce menos veinte de la noche. A esa hora nos echábamos encima nuestros pesados abrigos hechos por sastres locales, y salíamos a la calle.

En León, por esas fechas, caen siempre unas heladas parameras, pero a mí me parecían más todavía, quién sabe, árticas, devastadoras. Las nieves y las heladas de la infancia son vastas e íntimas, que ni la nieve ni el hielo de la infancia llegan nunca a derretirse del todo y si se mira bien en las entretelas del alma, se verá aún la nieve en los tejados de nuestra orfandad y las estalactitas de hielo en los aleros del arrecido corazón del niño.

En aquellas nocheviejas lejanas era raro tropezarse con alguien en la calle. No se veían ni siquiera coches, porque no los había, primero, y, segundo, porque con aquel frío las manivelas se veían incapaces de poner los motores en marcha, y no arrancaban.

La gente se trasladaba de una parte a otra de la ciudad andando, y andando iba la familia a la misa de medianoche de San Isidoro, y con mucho tiento al poner los pies, porque lo normal es que las calles estuvieran todas con una plancha de hielo, peligrosas como el cristal.

La mayor parte de las farolas y faroles de la ciudad estaban saltados a pedradas por los chicos, otros estaban fundidos, y lucían solo una pequeña parte que nos arrojaba nuestras alargadas sombras a los pies como un eco de las películas de Ophuls o de Carné. Toda la ciudad era una penumbra, con el costillar de la muralla como una inmensa mole muerta, las calles a oscuras y las esquinas alentando fúnebres y espectrales resplandores al paso acuchillado de la ventisca.

A medida que nos acercábamos a San Isidoro se veían grupos de

negras y misantrópicas figuras que, como nosotros, también se dirigían a misa.

Años después se empezó a ver algún que otro grupo que iba a comer las uvas a dos o tres cabarés muy píos que había en León, hacían sonar los matasuegras y se ponían en la coronilla esos sombreritos puntiagudos de papel. Durante un momento flotaban en el frío nocturno, tomándose escarcha, sus plateadas fanfarrias, pero luego volvían a sumirse en el silencio sepulcral de la ciudad muerta, aunque todo esto fue años más tarde, porque en el León del que estoy hablando yo no recuerdo haber visto todavía esas pequeñas y báquicas comitivas ni nada que no fueran nuestras santas compañas. En León a las doce menos veinte de la noche el día de San Silvestre si se iba a alguna parte, era a misa a San Isidoro.

La iglesia estaba de bote en bote. En León siempre había mucha gente en las iglesias. La luz que había dentro de San Isidoro era una luz de lámparas de poco voltaje, de lamparillas de aceite y de cirios, una luz pobre que lanzaba sobre los muros desnudos de la iglesia, agrandadas hasta la monstruosidad, las negras y vacilantes sombras negras de las pequeñas, taciturnas y hostiles sombras negras que éramos la feligresía. Se conoce que era poca luz aquella para iluminar tan negras naves, tan negras, elevadas y románicas naves de piedra.

Daba comienzo la vigilia. Cuando se llegaba a un punto, el cura se detenía y empezaban a caer sobre nosotros formidables, irrebatibles campanadas. Cesaban los roces de los pies sobre las tablas de los bancos, las toses, el ruido de las hojas de los misales y breviarios. El silencio que se elevaba de nosotros era de una inigualable solemnidad y se juntaba a medio camino, en el vacío de las bóvedas, con el estrépito de la campana mayor, y del choque violento se estremecían hasta los mismos sillares de piedra, y todas las almas eran una sola alma, acongojada, reducida por aquellas campanadas y por la conciencia de la futilidad de todo, pasajero y sin valor. Así se recibía al año en León hace treinta años, de rodillas. Algunos que estaban postrados de hinojos fuera de los bancos, se inclinaban sobre el suelo y pegaban la frente contra las frías losas de la iglesia, con una humildad que a mí me sobrecogía el ánimo y el mismo estómago. Otros pocos estaban lo mismo, solo que con los brazos en cruz, los ojos cerrados, perdidos en las

angustias de aquella hora, y cada vez que el badajo partía en dos el silencio, ellos, muy contritos, se partían en dos el pecho con el puño cerrado, como San Jerónimo con la piedra, con golpes que habrían derribado a un burro. Eran como grandes pecadores arrepentidos o incluso santos que ofrecían todo aquello por la salvación de sus almas y las almas de todo el universo.

Recuerdo que el primer año que me llevaron, le pregunté a mi madre, que estaba a mi lado, qué hacíamos todos en silencio. Me chistó: «Haz examen de conciencia».

A los siete años yo debía tener por el catecismo y la doctrina una somera idea de lo que era un examen de conciencia, de manera que mientras se dejaba oír aquel apremiante tañido de ultratumba, traté sin éxito de hacer el arqueo del año. Recuerdo que no conseguí acordarme de nada de lo que arrepentirme y creo que hubiese dado entonces cualquier cosa por un buen pecado mortal.

Me repetía una y otra vez: «Haz examen de conciencia, haz examen de conciencia», mientras comprobaba con terror cómo se iban sucediendo acuciantes las campanadas, medida de tiempo más inexorable que un reloj de arena que estrangulara el curso de una vida muy corta.

En aquella ocasión la vieja campana de San Isidoro dejó de escucharse sin que yo lograra tampoco oír, ni muy remotamente, el eco de mi conciencia. Fue como perderme en una galería de espejos, esos espejos de feria que nos hacen obesos o más largos, bastones de longaniza o bolas de sebo. Eso fue para mí la conciencia: conciencia de tiempo y, por tanto, conciencia de poesía, duración y final, y un rostro metamorfoseado y aun brutalmente distorsionado, pero nunca ajeno a mí y, por tanto, nunca repudiable del todo.

Desde entonces la operación se repitió todas las noches de San Silvestre hasta que tuve dieciséis o diecisiete años. Siempre ocurrió lo mismo. El mismo camino por el Espolón helado, los faroles, el cielo estrellado, el puente sobre las vías muertas y las fantasmales lonjas de embarque del ferrocarril de vía estrecha, el árbol de la cárcel, los mismos pecadores. Y al llegar al punto de las campanadas, se me quedaba la mente en blanco, sin nada, sin examen ni siquiera conciencia, que tan ocupada la tenía en hacer arqueo de una caja vacía frente a un rostro, el mío, que esperaba las vueltas.

Después de los diecisiete años también cesaron para mí aquellas vigilias, justo en el momento en que yo creo que empezaban a menudear los primeros pecados más o menos mortales, más o menos vulgares, lo que fue una lástima para mi conciencia, que pasó definitivamente del laberinto de los espejos a la caseta de la mujer barbuda.

Como ahora, que empiezo a hacer un recuento y todo lo que me sale es nada…

¿Por qué relato esto ahora? ¿Por qué el otro día me perdí en los serpentines de la memoria con todo lo del organista polaco? ¿Será que la novela que persigo es la novela de mi vida y no me he dado cuenta? ¿Que la ficción que fatigo con tenacidad de alquimista es la historia verdadera de mi existencia?

La memoria, deben de ser los ardides de la memoria. Cuando el presente no lo ocupa nada de interés, volvemos, como los camellos, al agua de nuestras jorobas. Memoria y presente son vasos comunicantes. Cuando el nivel de presente desciende, aumenta el vaso de lo pasado, aunque en realidad con estas cosas de la memoria debería ser uno más cauto. Se han escrito tantas veces y desde tantos lados cosas sobre la memoria que resulta cansado saber que repite uno lo mismo. Ni siquiera le libran a uno de ese temor las palabras de Montesquieu: «Il y a des choses que tout le monde dit parce
qu'elles
ont eté dites une fois». Por eso con la memoria y los recuerdos deberíamos tener el mismo cuidado que si manejáramos nitroglicerina. ¡Alto ahí!

¿Cómo nitroglicerina? Con los años se vuelve uno retórico sin quererlo. Es decir, enfático. Por menos que canta un gallo. He aquí un buen ejemplo de la solemnidad. Yo no he visto nunca ni tenido en mis manos ni manejado nitroglicerina. ¿Por qué utilizo, pues, esa expresión? Se conoce que tenemos de nosotros mismos ideas estrafalarias e imponentes y que tendemos a la magnificencia de las montañas, como si todo lo nuestro no fuera sino grandeza de mineral, firme y valioso mineral, que solo la nitroglicerina puede hacer saltar por los aires. Qué ilusión. Incluso cuando nos tomamos por poca cosa, pensamos en algo desmedido para acabar con nosotros. Todos más o menos nos suicidaríamos con balas de cañón,

con las veintiuna salvas de ordenanza, como se recibe y despide a los héroes, grandes hombres y buques de muchos palos.

Hace años le escuché a X, un premio nobel de literatura, que decía: «Me veo como un león abatido». Todos, pensando en nosotros mismos, nos vemos como el rey de la selva o el Mont Blanc. A nadie se le ocurre que podamos ser un gamusino o un poco de arena de playa en la costura de la ropa, algo que alguien, pasado mucho tiempo, va a descubrir y sacudir con desinterés, quizás pensando con nostalgia: «¿Esta arena fue de tal o tal playa, de tales o tales vacaciones?»…

¿Por dónde iba? Qué más da ya a estas alturas. Recuerdos de León, viejas nocheviejas, menudencias de la memoria y la angustia de un niño que perseguía su conciencia acuciado por doce implacables campanadas. Treinta años después quizá esté yo ahora haciendo aquellos exámenes de conciencia pospuestos desde entonces. Pero hete aquí que sigue mi cabeza en blanco, con la lluvia no en mi corazón, sino en mi conciencia, esta lluvia feliz, tibia y constante que no deja de caer desde hace tres días y todo lo lava y todo se lo lleva al mar, como la misma arena vuelve al mar.

YA no hay que esperar a la muerte para que los hombres sean todos iguales. Hoy basta con los rayos X.

¿QUÉ hacía esta mañana esa mariposa en el jardín, quieta, entumecida de frío sobre el rosal? Parecía que un débil soplo de aire iba a arrancarle las alas, pétalos blancos.

OJO con los restaurantes que para darle un barniz tradicional al establecimiento, lo escriben todo con letra gótica: el rótulo de la entrada, la carta con los menús, el anagrama de las facturas… Yo ya no entro en ninguno. Lo normal es que la comida que sirven lleve metida en sus cámaras y mostradores también desde la Edad Media, y os quieran intoxicar.

HAY dos clases de lugares que me gusta ver en los pueblos pequeños: los cementerios y los mercados. Donde los hombres reciben vida y donde la dan. En las lonjas, rulas y mercados me gusta ver esos peces extranjeros, con ojos de borracho, y un semblante de ferocidad prehistórica, de un rojo sanguinolento o de un azul metalizado. Son peces que uno nunca ha visto antes y que de encontrártelos en otro contexto nos figuraríamos mortales de necesidad, como las raras y venenosas setas. Me gusta pasearme y

escuchar a las gentes de los mercados y cómo venden esas hortalizas que solo crecen en la localidad, y esos otros puestos donde hay más de cincuenta clases de aceitunas con aliños que desalojan olores fuertes de ajo, tomillo y de vinagre. En un mercado siempre le entran a uno ganas de vivir cien años. En los cementerios, por el contrario, uno parece que pide perdón por seguir con vida y anda entre las tumbas como entre los bancos de una iglesia.

Cuando imprimíamos los libros de Trieste fuimos alguna vez V. y yo al cementerio de Torrejón, que será el más lamentable cementerio que haya uno visto nunca, y que estaba junto a la imprenta. Íbamos para distraernos un poco. Con eso está dicho todo. En aquel cementerio las flores de plástico olían a colonia de puta y aunque llevaran allí cinco o seis años no habían perdido ni un átomo de ese perfume. Eran flores de un morado y un rosa inefables para nichos que tenían el mármol brillante y recién pulido de los cuartos de baño de los hoteles de carretera.

En los cementerios me gusta sobre todo leer las lápidas y decir «este duró tanto, este bien poco, aquella fue centenaria». También me fijo en los nombres de las lápidas.

Los nombres de los muertos son siempre verosímiles, a veces más que cuando estaban vivos. ¿Por qué será? Cuando ya no son reales ni verosímiles, su nombre inverosímil suena a grave realidad y a una verdad muy honda. Algunos los he apuntado en una libreta porque me figuraba que podría meterlos en una novela, pero cuando lo he hecho he tenido que sacarlos de allí, porque se nota que son nombres de difuntos. Esa Arsenia Sosa o el Teófilo de Buen García, que tenía sus huesos en la sepultura de al lado; aquel don Trinidad Cuadrado (que me recordó de inmediato a don Armando Guerra, el autor del conocido libro *De re bellica*) aquel otro Bienvenido Almonte que a juzgar por las fechas,

1832-1947,

conoció, ese sí, todas las guerras… Son nombres que pesan tanto como sus lápidas. En cambio el nombre de los vivos, qué espejismo y delgadez. Cuánta irrealidad en este Plácido Domingo, qué equivocación en ese Virgilio Zapatero, qué fatalidad de ser Rosales y poeta o cuánta predestinación en el nombre de ese peluquero, el mío, de la calle de Santa Teresa, Fermín Galán o en el de ese joven

profesor zamorano que se llama Perfecto Cuadrado y es gordo como un tonel.

ESTOY convencido de que nuestro rey es tan popular porque no hay un solo español que en el fondo no se sienta superior a él.

UNA colección de máximas o aforismos, lo que se debería llamar «la filosofía del pobre» (Nietzsche, Pascal, Gracián, La Rochefoucauld, Lichtenberg…), es un álbum de lugares, luminosos panoramas, vistas, paisajes que dicen algo de la llegada, pero poco o nada del camino.

LEYENDO uno de esos libros eruditos que sirven para muy poco, me entero de que las antiguas espinetas sonaban gracias a una pluma de cuervo que arañaba sus cuerdas, arrancando de ellas un sonido, como sabemos, muy melodioso. Lo cierto es que si observamos bien, vemos que la música más dulce y más callada brota siempre de un dolor que si pudiésemos escucharlo sin acompañamiento de mundo, de vida, de animación… es decir, aislado, nos aterraría por su espeluznante semejanza con un graznido. Si lográramos escucharlo sin distracciones la melodía se volvería inquietante y deleznable.

COMO a última hora de la tarde dejó de llover, salimos a dar un paseo hasta la iglesia. Nos calzamos nuestras botas de poceros y recurrimos a esas viejas gabardinas que después de una vida trabajosa en Madrid vienen a morir a esta casa como los elefantes.

Si uno reparte su vida entre dos casas, se encuentra con que muchas cosas se multiplican por dos, libros, cacharros de cocina, herramientas, sin contar todo lo que se va estropeando en una o se va volviendo viejo y termina en la otra sus días.

Si nos hubiésemos cruzado esta tarde con alguien más o menos civilizado que hubiera reparado en nuestro aspecto, se habría echado mano a la cartera y nos habría largado una limosna. Bien está. Como decía el elegante y pulcro Juan Ramón Jiménez: «He llegado a ser sucio. Y me parece bien».

El único sentido que tienen estas líneas es que, dentro de cincuenta o cien años, alguien, leyéndolas, encuentre entretenimiento en ellas o alguna enseñanza. Lo mismo: una limosna. A veces nos la dan, a veces la damos.

Los alcornoques centenarios del camino goteaban y el perfume a leña verde embalsamaba el aire. No hacía frío y todo el cielo tenía

el color de la plata; en algunas partes, por donde había más luz, plata recién bruñida; en otras partes, plata sucia, con un oscuro pavón. No había más. M. y yo caminábamos rezagados, en silencio. Los niños iban delante y se divertían pisando con sus botas amarillas en mitad de los charcos negros. Sus risas y sus gritos llegaban a nosotros como bombillas que se rompen. Y por soñar o por darle ocupación al pensamiento iba pensando yo en estas mismas nubes como si fueran no las que yo iba mirando, sino un recuerdo de ellas, y oliendo el humo de las chimeneas mezclado con el de la tierra mojada y la hierba nueva, parecía que no era que lo estuviera sintiendo en el presente, sino que ya todo era un recuerdo lejano, como estos días cortos o los cuatro viejos y corpulentos olmos de la iglesia, que son reales, pero los veía ya como en todas y cada una de las palabras que aún no he podido escribir y que tal vez no escriba nunca, y árboles, nubes y nosotros me parecían parte del pasado, como también me pareció todo este extraño hablar y pasear, toda esta extraña vida de creernos dormidos o como los mismos muertos.

LA cabalgata ha vuelto este año, Dios sabe por qué túnel, a los años cincuenta. Menos caballos, menos pajes, menos betún para el rey Baltasar.

Los pajes traían en las manos unas bengalas lamentables que escupían sin fuerza chispas y centellas moribundas a las puntas de los zapatos. En cuanto a Baltasar, se había embadurnado lo imprescindible. Se le veía la cara de un color mermelada de ciruela hasta las orejas. Las orejas, la nuca y el cuello permanecían blancos como la leche, lo mismo que sus peludas manos. Más que maquillarse, se había puesto una careta. Era un rey gordo, aunque no tanto como los cristales de las gafas que llevaba. G. lo había encontrado tan genuinamente africano que, entusiasmado, me arrastró hasta donde estaba en medio de una tribu de niños enloquecidos. G. andaba estos días preocupado con lo que le traerían o no los reyes. Le he subido en brazos y cuando se encontró delante de Baltasar no se anduvo con rodeos: «¿Cómo va lo mío?», le gritó. El mago lo tranquilizó y le dio un beso en la frente. A G. se le iluminó entonces la cara por dentro, lo mismo que a Alejandro Sawa el día en que Verlaine le osculizó la calva. Si por él fuera tampoco se lavaría la frente en años. R., como ya no cree en los

reyes, miraba a su hermano, feliz de participar en un secreto de tanto valor estratégico para él, al tiempo que no perdía ocasión para dirigirse a nosotros con una mirada de inteligencia en la que buscaba que se leyese: «¡Criatura! ¡Mira que no darse cuenta todavía!». Hace un año era él el que se me subió a los brazos para hablarle a este mismo hombrón que pinta sus patillas con corcho quemado.

Siempre me ha maravillado la manera que tienen los niños de preservar el secreto de los Reyes Magos de los más pequeños. Entre los de la misma edad, no. Es el único secreto que en cierto modo saben guardar. Podrían revelarlo. No lo hacen. Quizá porque son conscientes, desde muy chicos, del paraíso del que han sido salvajemente expulsados. Quizás porque aún conservan un corazón grande, la esperanza de retomar a él.

Los reyes de este año han sido también para ellos más pobres que los del año pasado.

Cuando la casa se quedó en silencio, sacamos los regalos de la hura donde permanecían ocultos. Después de ponérselos sobre unos zapatos poco relucientes, porque también son viejos como nuestras gabardinas, fuimos a verles en sus camas. Dormían encogidos debajo de cinco mantas como en una de tantas historias de Reyes Magos, y su madre y yo compusimos, mientras les contemplábamos arrobados, una de esas estampas que hacen llorar en una película de Capra.

LA equivocación de Gide respecto a Proust ha devuelto el orgullo a todos los escritores. Es raro el que no cree que una obra es mejor si es rechazada por uno o dos editores de moda y mal acogida por uno o dos críticos del momento. Tenemos esa ilusión. Por su parte los críticos y los editores, que nunca pudieron soñar con tanto, están, contra lo que se podría pensar, muy encantados. Desde hace ochenta años están convencidos que son reencarnación de Gide.

Me acabo de encontrar en la plaza de Santa Bárbara a un viejo amigo. Hacía por lo menos seis años que no nos veíamos, o más, desde la época en que yo me ocupaba de asuntos artísticos de amplio espectro, arte abstracto y conceptual, surrealismo, realismo mágico, etcétera. Yo venía con R. del colegio, oí una voz que me llamaba, me di la vuelta y fue como retroceder en el tiempo todos esos años.

Este amigo era pintor moderno. Era y sigue siéndolo. Supongo. Todos los pintores modernos andan un poco de capa caída desde la apoteosis de Barceló, que la visión de tantos millones les ha dejado a todos un tanto taciturnos y atravesados.

Miró su reloj y me dijo que tenía una cita y que no podía disponer sino de quince minutos. Me pareció una buena excusa para que cada cual siguiera su camino, pero me cerró el paso. Luego me empujó y me metió en un bar que estaba justo al lado, empezó a hablar y ya no lo dejó. R. trepó a un taburete, pidió un trinaranjus y no quitaba a mi amigo el ojo de encima, fascinado, supongo, por su cerrado acento andaluz. Yo tampoco. Durante media hora no pude «placer un seul mot». Quería hablar y no me dejaba.

Él habló de todo, de un viaje que acababa de hacer a Túnez, que le había «sobrecogido», de sus exposiciones, de las exposiciones de una docena de artistas, del arte actual, según él un desastre, repetitivo y académico, y del arte moro clásico, de una novia que tuvo y que ya no tiene y de una que dice que tiene pero que me da la impresión que nunca tuvo… No me preguntó en ningún momento por nada que se relacionara conmigo, ni mi trabajo, ni M., nada. Ni siquiera le interesó saber quién era el niño que estaba mirándole atónito a mi lado. Eso sí, ha tenido cuajo para despachar sin venir a cuento a los dos únicos amigos pintores que tiene uno en España. «De quinta fila», sentenció de uno. Para el otro echó mano del ingenio: «de sexta fila». Cuando quise defenderles, el tarabilla me acorraló contra la barra, se alivió y me la dio larga y cambiada.

Por ser forastero y estar en Madrid de paso, pagué yo, lo que él encontró muy natural. Ya en la puerta, volvió a mirar el reloj y me dijo con la cabeza vuelta a mí, al tiempo que sus piernas se le habían puesto a andar, lanzándole hacia la cita y quién sabe si a la fama: «Llevo un cuarto de hora de retraso. Dentro de cinco meses volveré. Estamos en enero. Hacia junio o así pasaré quince días aquí. Llámame. No puede ser que estemos otros seis años, ¿o son más?, sin vernos».

Toda esta última frase me la gritaba con la mano levantada, mientras se iba alejando. Cuando le perdimos de vista, R. me preguntó quién era. Y la verdad, no he sabido qué responderle. Seguramente la cosa tenía una moraleja, pero ha conseguido ponerme de tan mal humor, que no adivino a encontrársela.

AL pasar junto a la floristería de Femando VI he visto unas rosas pasadas asomando del cubo de la basura, y eran bonitas, casi como esas cinco bolas de papel que he tirado a la papelera, toda la mañana de trabajo.

ME gusta ser testigo de los tratos, trueques y ventas del Rastro. Me paro sin ningún recato y observo cómo los hacen. Me parece incluso que la mandíbula se me cae, porque me suspenden y maravillan tanto como si atendiera misterios de teatro sacramental. Y tampoco les molesta a los tratantes que la gente se pare a escucharles, pues les satisface tener su público de cámara ante el que lucir sus sabios molinetes, sus floripondios verbales, sus movimientos de escena.

Esta mañana he presenciado, entre dos gitanos, rastreros ambos, en la plaza de Vara del Rey, un diálogo genuinamente barroco, en lo más puro español. Era temprano. Hacía frío y una gitana vieja con un trasero monumental atizaba en cuclillas una pequeña lumbre de leña de encina, y el aire se llenaba de ese olorcillo, de esa eternidad de monte, que ya solo eso era media vida. Ninguno de los dos gitanos se ponía de acuerdo en el precio.

Desesperado el propietario, llegó al capítulo de los juramentos:

—Me cago en la puta de oros. Te digo que yo pagué cuarenta mil duros.

A lo que el otro, sin dejarse impresionar, contestó:

—Y una polla en vinagre.

Una contestación así a cualquiera le habría desarmado, pero no a alguien que tiene desde niño esa rara virtud de no confundir jamás valor y precio.

—¿No?

Su tono acusó un cambio. Se le vio destilar en dos segundos una buena respuesta que encontró al fin, sin sospecharlo, en el teatro clásico griego:

—¿No? Que se me caigan los dientes si no es verdad.

En las tragedias de Esquilo se hacen juramentos así de serios. Así de buenos. «Que las pulgas te coman los ojos», se lee en Cervantes.

Y ni a la gitana que seguía agachada sobre las brasas ni a ninguno de los gitanos les extrañó la capacidad metafórica del lenguaje.

¿AHORA que he escrito una novela, qué puedo hacer? Supongo

que otra.

Hacía casi dos meses que no abría este cuaderno. Lo que cuento del Rastro no es ni anotación ni nada. Costumbrismo, si acaso. Cuando lleva uno tanto tiempo sin escribir el diario, se vuelve a él siempre con prisas, como a un refugio, con las alarmas ululando por todas partes. Luego llega uno al refugio y se encuentra las mismas caras, los mismos espectros y fantasmas a los que uno solo transige ver bajo tierra. Pasa la alarma, sale uno del diario y la vida sigue igual. Una casa destrozada, un árbol desmochado o partido por la mitad, una boca de riego despanzurrada, gentes que marchan con la expresión idiotizada por el dolor y la visión de las ruinas. Es decir, este Madrid plomizo, mi calle, mi querida Santa Bárbara, la lluvia ahora contra esta ventana y mis pies fríos. Y, claro, este viejo cuaderno, otra ciudad que resiste.

De cien aforismos buenos noventa y nueve no sirven para nada: se olvidan a los dos minutos.

Me gustaría levantarme cada mañana a las ocho, encerrarme en el gabinete de trabajo hasta las dos y, a mediodía, al levantarme para el almuerzo, haber dejado sobre la mesa unos cuantos millones de pesetas. Y eso solo por las mañanas. Por las tardes, lo mismo. No es algo excepcional. Es lo que hacen todos los pintores abstractos, entran en su estudio y cuando salen se han pintado un par de cuadros de dos o tres metros cada uno que valen una fortuna. No veo cómo no los meten en la cárcel. Eso mismo hacen los monederos falsos, y la ley les persigue.

«Los campos y los árboles nada me enseñan», nos dice Sócrates en el *Fedro*, «y solo en la ciudad puedo sacar partido del roce con los demás hombres». Este tipo de sentencias, que se pueden enunciar del revés y seguir siendo juiciosas, da igual que las diga Platón o mi portera, que hay que verla para creérsela. Tienen únicamente un valor doméstico y biográfico, como el que dice «a mí solo me gusta el café con leche corto de café, con la leche templada, con dos cucharaditas de azúcar y en vaso de cristal». Pues bueno.

La escena es archiconocida. Rubén Darío, Unamuno, Valle Inclán (se cuenta de los tres) pasean por el Retiro con Francisco Villaespesa (en las tres versiones, en cambio, este es el mismo). Villaespesa sorprende las flores de un estanque: «Qué flores más bonitas: ¿cómo se llamarán?». «Estos son», le dice su interlocutor,

«los nenúfares de los que usted habla tanto en sus poemas». A los escritores de 1988 la historieta nos hace mucha gracia y nos reímos mucho, pero nadie ha reparado todavía en que las pistolas que sacan tanto los poetas y novelistas de 1988 son a la literatura lo que las ninfeas al modernismo de Villaespesa.

NI siquiera esta frase de fray Luis, reencontrada al azar, enmendaría la de Sócrates traída aquí el otro día: «Puede ser que en las ciudades se sepa mejor hablar, pero la fineza del sentir es del campo y de la soledad». Es, desde luego, una hermosa frase, pero sigue siendo de índole doméstica: café cortado, largo de café, con la leche caliente, sin azúcar y en taza pequeña.

ESTA mañana al abrir el periódico vi que alguien hablaba de Pessoa y de Lisboa. Son los temas de moda y por eso mismo la primera reacción de uno fue la de quien se siente expoliado. Es infantil, pero inevitable.

La primera vez que fuimos a Lisboa era diciembre, hacía frío y llovió casi todos los días.

Por aquellas fechas no eran muchos los que iban a Portugal. La moda era todavía Londres o París, o Nueva York para quienes tenían dinero, pero Lisboa no, de manera que uno, yendo a Portugal, se sentía miembro de un club más o menos restringido y elegante: el de los lusófilos. Un club pobre, pero muy antiguo, como su imperio.

Se conoce que todos desarrollamos, si nos dejan, sentimientos fuertes de territorialidad, como los perros y los gatos, y que hasta los más listos tienen la ilusión de ser los únicos.

Cultivamos con facilidad la fantasía de que los turistas son siempre los otros. Nunca se piensa uno a sí mismo como turista, ni como intruso, ni como neófito. Te encuentras con alguien que acaba de llegar de Venecia y te dice: «He estado en tal o tal sitio, adonde los turistas no van». Bueno. A la gente si tiene esas ilusiones es tonto quitárselas, porque no hacen daño a nadie y a ellos les proporcionan la satisfacción de saberse originales y distintos.

Al que esta mañana cita en un periódico a Lisboa y a Pessoa se le ve que Lisboa y Pessoa le importaban un comino antes de ayer, solo que ha visto el negocio intelectual que hay en ello en este momento en España y los cita ahora con los mismos escrúpulos que tiene el nuevo rico para los negocios fáciles. Eso es lo que irrita de

esa clase de gente: como los nuevos ricos, pueden comprarse vegasicilias, pero en el fondo lo que les gusta es mezclarlo con «La Casera». Es como cuando un político barato, populista y demagógico no se para en barras para citar en el parlamento de una manera ventajosa a un escritor minoritario y muy puro. Al escucharlo se desencadenan en uno sentimientos contradictorios: por un lado repudia uno justamente eso, ver que algo muy puro está siendo utilizado con fines bastardos; y por otro, a veces, es testigo uno en el fondo de su alma de un sentimiento inconfesable: envidiarle a ese advenedizo la buena fortuna que ha hecho con algo que a nosotros no nos había causado ninguna ventaja, salvo la muy etérea de la satisfacción intelectual.

Un amigo lo dice de una manera más gráfica: «Hay quienes tienen nuestras mismas cartas, solo que las juegan de un modo que a uno le daría un poco de vergüenza».

Puede ser. De cualquier modo yo he llegado a la conclusión de que la gente puede invertir su talento como le dé la gana y citar a quien le plazca y jugar las cartas que quiera. En términos absolutos es mejor que lean a Pessoa que a Burroughs, que es lo que ese periodista ha estado leyendo hasta hace un año.

De todo quedan únicamente los recuerdos y en los recuerdos nadie ha llegado antes que nadie, ni nadie es menos que nadie. Como en los sueños. Fuimos a Lisboa en diciembre, hacía frío y llovió casi a diario…

Debe tener mucha importancia la primera vez que ves un sitio nuevo, porque Lisboa desde entonces ha tenido para mí una fisonomía muy parecida. Las casas, las calles, los almacenes del puerto eran como buques en unos astilleros abandonados, que ves que ya no podrán devolverlos al mar.

Impresionaba ver una ciudad en la que había o palacios y grandes casas cerradas, con los cristales sucios, las persianas echadas desde hacía quince años y unas cariátides decrépitas, o ruidosas colmenas de vecindad con la ropa colgada en las ventanas y colmados y tiendas de ultramarinos llenos de gente todo el día, con bacaladas blancas en los minúsculos escaparates y platos de latón llenos de café recién tostado y tarros de vidrio con caramelos de eucaliptos.

Los que iban a Lisboa por primera vez como nosotros, por lo

general no esperaban nada. Va uno a París o a Roma y uno espera un recibimiento por todo lo alto. Lisboa, como esas amantes cuya belleza solo puede comprenderse a solas y pasado un tiempo, no. París es una querida, Roma la mujer, la madre, y Lisboa la amante. Con la querida uno se divierte y se gasta uno el dinero, con la mujer se vive, y a la amante es a la que contamos, en momentos de aguda acedía, las cuitas que nos traemos con las otras dos. De ahí que esas amantes, y más con los años, tengan un aire tristón y de resignación fatal. Las queridas suelen ser estériles y con ellas no se tienen hijos. Los hijos son siempre de la madre y, si acaso, de la amante, hijos tristes que lucharán toda la vida por que se les reconozca.

Lisboa vestida no prometía nada. Pero a medida que uno iba desnudándola, en el correr de los días, te dabas cuenta de cómo te iba haciendo entrega de toda su belleza, y que su belleza era absoluta, es decir, imperfecta, llena de vida, con las ruinas en su mismo corazón, de la misma manera que los cementerios ingleses están en el centro, junto a los *pubs* donde beben cerveza caliente.

Lisboa nos pareció también una ciudad inglesa que a las nueve de la tarde se vaciaba. Quedaba entonces a merced de vagos sueños de nada, porque quienes como Lisboa lo acaban de perder todo, pueden soñar, pero no está eso en la fisionomía de los soñadores. Los que han perdido no sueñan, recuerdan. El soñador tiende a la felicidad. El lembrancino, a la tristeza.

Una de las cosas que más poderosamente llamó mi atención entonces, como la de casi todo el mundo que va a ella, fueron sus tranvías. Quizás porque te dejen en lugares muy remotos de la memoria. Lisboa estaba todo el santo día y buena parte de la noche sacudida por fúnebres tranvías que queriendo llenar el vacío de la ciudad con su estrépito ferroviario, aún la vaciaban más, para llenarla, una vez vacía, de recuerdos de vidas y años que no has conocido.

En aquel viaje, en todos los que hemos hecho luego, se veía a la ciudad que nos hacía entrega de sus cielos de plata y unas casas de color rosa sucio y en franca decadencia. Qué orgullosa está Lisboa de esos cielos. En eso es también como esa gran dama que, tras arruinarse por completo, aún conserva su cubertería de plata no tanto porque en la casa de empeño no le fueran a dar ni la mitad de lo que vale, como porque confía en alcanzar de nuevo el esplendor

perdido empezando justamente a recuperarse por las palas de pescado. Si algún día los sueños sebastianistas cobran de nuevo forma, empezarán por esos cielos que se le caen al mar…

Es lo primero que Lisboa nos dio. Y luego fueron sus polvorientas palmeras en jardines no menos polvorientos, oscuros y cerrados. Y unas librerías de viejo como creo que nadie ha visto nunca. Y pequeños y modestos restaurantes que se llenaban a la hora del almuerzo de empleados que hablaban en voz baja y que al llegar o marcharse, hacían una discreta inclinación de cabeza, sonreían y te decían con los ojos bajos algo que sonaba muy dulce y triste, para después desaparecer de tu vida. Ceremonia y costumbre son, decía Yeats, laurel de dilatadas ramas. Era una ciudad que te restituía al tiempo antiguo de aquellos solitarios tranvías amarillos, imagen viva de la desolación y la fragilidad con sus mal ensamblados hierros abriéndose camino en las adoquinadas pendientes de la ciudad con la luz de su único ojo. La ciudad, como a náufragos, nos depositaba suavemente en un tiempo de misteriosos transeúntes con aspecto de contables de destartaladas compañías navieras; tiempo de botillerías y colmados que recordaban siempre el ultramar… Que en eso también Lisboa nos engañó con discreta elegancia, como una de esas damas arruinadas de las que hablaba, que siempre son más viejas de lo que creemos y menos pobres de lo que dicen.

Doy en pensar en aquel tiempo antiguo que yo no he conocido sino por las fotografías y los libros y lo confundo con mi tiempo, con aquel primer viaje. El pasado tiene siempre una misma sustancia y lo que pasó hace un siglo es ya igual a lo que ayer mismo sucedió. Se conoce que en la pérdida, lo mismo que en el dolor, la enfermedad o la muerte, nos igualamos todos, y no hay conciencia de tiempo que no sea conciencia de fracaso, y todos los átomos de pasado tienen un núcleo común. De manera que aquel tiempo antiguo de 1900 es para mí aquel mes de diciembre de 1977, y cada vez que vuelvo allí, vuelve a ser para mí 1977 o 1900, como es posible que sea para otros este 1988 su 2025, la insomne habitación del hotel Metropole, en la plaza del Rossío, desde donde veíamos a la gente que iba, que venía, o el luminoso de neón sobre la misma plaza, una máquina Singer que le daba puntadas rojas y doradas a la noche, infatigable, haciendo y deshaciendo con su luz

aquellas noches nuestras como Penélope su tela.

Era un viejo hotel aquel desportillado Metropole, con sus retretes de tapas de caoba y bañeras a lo Paolina Borghese, igual que un tren lujoso, abandonado a su suerte en una vía muerta…, y el olor de unas magnolias y un olor de sardinas recién fritas al pasar junto a una sucia taberna de Alfama… y un limonero, un camelio y un transbordador… y el río, el ancho río cruzado por los barcos, y los barcos de herrumbrosas amuras iluminados por la noche con las tristes bombillas de los tiovivos, o ciegos, pura sombra solo, funerales carrozas de muy ronca sirena… y los comercios, y las barberías insignes, y las sombrererías con la paz de los templos, y los cafés confortables como el vaho del té… todo sucedió en 1977 con fecha de 1900 para el año 2025.

Es posible que algunos dejen de ir a Lisboa, incluso puede que dejen de leer a Pessoa por encontrar una y otro demasiado frecuentados ahora, como esos falsos aristócratas que se dan de baja en su club al enterarse de que admiten socios provenientes del comercio. Son difíciles los sentimientos ambiguos. Pero una ciudad y un escritor no son un club. Ni siquiera un lugar, sino un secreto que guardamos en lo más hondo. Nadie ha nacido lo bastante alto como para tener la absoluta seguridad de ser superior a nadie ni lo bastante pronto como para asegurar: «yo fui el primero». Dentro de cien años seguirá existiendo Lisboa. A Pessoa lo seguirán leyendo. El destino de las ciudades y los libros hermosos es ser compartidos por muchos hombres, y son grandes ciudades y buenos libros porque a ellos puede llegar todo el mundo sin pagar tasas ni cruzar fielatos. Muchos de los que hoy han acudido a esos dos nombres, pasado un tiempo abandonarán esa ciudad y ese poeta, como plaga de termitas, para colonizar otra ciudad y otro poeta. Está escrito. Otros, en cambio, se quedarán en ella, en él, ya para siempre, y son esos los que cuentan, pues las ciudades y los poetas son indestructibles, porque los secretos son indestructibles.

Yo he oído decir que Lisboa es una ciudad triste y Pessoa un poeta desolador y no sé por qué lo dicen. La vida de Pessoa sí que es una vida triste y su muerte también: un hospital, una monja, sin familia, sin amigos, un suelto de cinco líneas en los periódicos… Y las calles de Lisboa y su sueño de imperio con iguales desconchones son tristes y lamentables. Pero ni el corazón Lisboa ni la poesía

Pessoa son tristes, sino muy al contrario, vida por todos lados, y jóvenes que caminan de la mano y se regalan flores y cintas para el pelo, y unos fados que arrancan, sí, lágrimas, pero de mucho gusto en su sufrir y su pena. Todo lo que algún día es, nace del dolor, del tiempo que fracasó, del tiempo antiguo. Y la alegría también es parte de ese fracaso, como la muerte es parte del amor y los enamorados quieren morirse siempre a poco que hayan vivido su deseo. Es tan elemental que se nos olvida. El grano tiene que romperse para dar fruto, se nos dice en el evangelio. Ese dolor, esa abolición del tiempo, esa violencia de la semilla jamás podrá ponerse de moda, porque nadie, por gusto, se queda junto al dolor ni se vuelve inactual. De moda se ponen las espigas. La oscuridad de la tierra, la desgarradora germinación, no. Lisboa y Pessoa si algo son, es un secreto muy hondo, es decir, una semilla. Solo así tienen valor. Quien quiera ver en ello el penacho de las celebraciones, el gracioso temblor de la espiga, yo creo que no verá gran cosa, porque ese fruto ya está cosechado por otros y para otros.

QUIERO transcribir aquí este aforismo. Tener la seguridad de que este libro mío contiene algo de valor. «Hasta los muertos viajan una vez al año alrededor del sol».

MALO es el libro que no se justifica en otros muchos libros anteriores a él. Pero peor si no puede leerse como si fuera único. Dicho de otra manera: para escribir un libro harían falta todos los libros. Para leerlo sobran todos.

ESTA mañana vino el frío aire del Guadarrama y dejó Madrid nítido y lavado, como esas vistas de Guardi o de Longhi, en las que una ciudad como Venecia parece una caja acabada de lacar, con sus aristas perfectas y, en su interior, un cilindro de púas erizadas y una melodía monótona y extraña, dulce y corta, aguda y matemática.

SI alguien siente tósigo o pesadumbre por no recibir para sus obras premio ninguno de cuantos se dan al cabo del año, yo creo que no tendría que sufrir pena. Es más. Si hace un recuento de todos aquellos que han recibido esos o parecidos premios, ese pesar se le trocará en alivio.

TENÍA un aviso de correos para recoger una carta certificada a mi nombre. La empleada, una mujer delgada, con un color malo y que estaba todo el rato haciendo ruido con la nariz porque estaba constipada, me pidió el carnet de identidad. Se alegró mucho al

comprobar que entre mi nombre y mi segundo apellido había un García que no figuraba en el impreso ni en la dirección del sobre, de manera que se negó a entregármelo. En cinco minutos me vi explicándole que era escritor, que todo el mundo me conocía por ese nombre y que el García había caído ya en los lejanos tiempos del colegio. Ella me escuchaba complacida, sorbiéndose ruidosamente una gota de moquita y moviendo con ostentación la cabeza a uno y otro lado, no tanto porque no pensara entregarme el certificado, como porque era evidente que lo de escritor no se lo iba a creer. Jamás he visto una obstinación más satisfecha. Cuando muerto de vergüenza estaba ya a punto de darle los títulos de mis libros, el nombre de mi mujer y la edad de mis dos hijos, se encogió de hombros y me tiró el certificado encima del mostrador.

En dos minutos se habían congregado frente a la boca de la ventanilla tres o cuatro personas que contemplaban con mucho interés la escena y que en el fondo participaban del mismo escepticismo de la empleada. Pensar que me habían oído decir la petulancia de que era escritor, me abochornó hasta lo indecible. Abochornado y furioso. Lo primero que pensé para mortificarme fue en que si era escritor, ¿por qué no se me había ocurrido una razón más verosímil y brillante para ese maldito apellido? ¿Por qué no supe fingir mejor? Por otra parte, cuando uno asegura que es escritor, sorprende en la mirada de todos la incredulidad, la soma y la lástima que les damos por no ser alguno de los tres únicos escritores que conocen por la televisión. Salí de correos del brazo de la humillación. Solo para evitarme la escena, habría sufrido ser incluso Antonio Gala, con bastón incluido. La carta era una multa de tráfico.

ANTES en pintura, en la pintura figurativa al menos, los pintores buscaban el parecido. Entre otras cosas. Que el retrato se pareciera al retratado era primordial. En la literatura como vayas persiguiendo la literalidad, la exactitud de escala, vas dado.

Si alguien contara los dientes y muelas que perdieron don Quijote y Sancho a lo largo de las dos partes del libro, o las costillas que les rompieron, nos llevaríamos una sorpresa, por su exagerado número tanto como por la frecuencia, que el número seguramente rebasa el de los dientes, muelas y costillas que tenemos los hombres, y la frecuencia va más allá de lo verosímil.

«Y le tendió al joven una mano tan grande como una sartén», se nos dice en «La montaña mágica», una obra perfectamente seria. «Legañas como torrijas» he oído contar que dicen en Granada no menos seriamente, o, para seguir con Cervantes, «embaulaban tasajos como el puño», nos dice de la cena que Sancho y don Quijote se regalan a costa de los cabreros.

La literatura es un arte, como la arquitectura o la escultura, en tres dimensiones. De ahí que deba uno falsear, como se hace en el Partenón, todas las medidas, para buscar la divina proporción, esa que nunca es divina ni exacta.

Esta mañana, al subir a casa, me he cruzado en las escaleras con una de las vecinas del segundo. Llevan poco tiempo viviendo en la casa y se las ve poco también. Son dos. Tienen menos de treinta años, viven solas, son ricas, son guapas… Una es morena y la otra rubia. Van siempre muy costeadas, con ropa muy bonita, muy cara y muy moderna. Cada vez que me cruzo con alguna de las dos, me deja un poco desmarejado y a la deriva, como quedan esos esquifes al paso de un gran buque, dando tumbos en su estela, que ni sirven los remos ni nada para enderezarles otra vez, como no sea que se pase ese oleaje que se ha levantado.

Sé sus nombres, pero como sus nombres son tan corrientes como Ana y María, yo los confundo, de modo que nunca sé si la morena es María y la rubia es Ana, o al revés.

Al principio, por hacerme el simpático, saludaba con la mejor de mis sonrisas:

—Hola, María.

—Soy Ana.

Y yo notaba que para adentro decía: «Este es imbécil», con ese desprecio de las niñas bien para todo el que no conocen desde el jardín de infancia, de manera que ya no digo nada más que un hola, miro los peldaños y apresuro el paso, si es que vamos a encontrarnos, o lo retardo, si vamos en la misma dirección, para ahorrarme también el saludo.

Para distinguirlas me he fijado por otra parte en que la morena es muy delgada. La rubia es también delgada, pero tiene unas canónicas, admirables… He aquí un problema. Si escribe uno tetas, mal. Si dices pechos, peor. Senos ni se plantea, porque es de risa. En español hay palabras que no deberían existir, porque no hay

manera de usarlas. En fin. El caso es que me fijo en esa parte del cuerpo, para ver así si retengo el nombre de cada una. Pero tampoco ha dado eso resultado ninguno y me equivoco también, sin contar con que yo creo que ellas se han dado cuenta ya de que las miro el escote con disimulo y deben pensar que soy uno de esos vecinos sucios y viciosos, pero no sospechan mi angustia, porque miro ahí con la esperanza de leer o adivinar su nombre como quien recurre a un ardid nemotécnico.

El caso es que hoy, Ana o María, me ha dejado flotando en la estela afrutada de su perfume, que es muy buenísimo, y si hubiera sabido adivinar o leer ella a su vez en la especie de gruñido mío que quería ser un «buenos días», habría descubierto un no sé qué que le deja a uno pensativo, es decir, que le deja a uno muy poco pensativo, porque son cosas esas en las que es mejor ni pensar.

DESPUÉS de lo de la vecina, salí y en la calle Barquillo me crucé con X. No me reconoció. Ha envejecido mucho; me han dicho que tiene un cáncer.

Se conoce que todo lo que me pasa a mí, me sucede en la escalera o en las cuatro calles que rodean mi manzana. Eso es muy desolador, porque ve uno que el único rédito que le queda es el recurso de lo doméstico o los recuerdos, y los recuerdos son de épocas muy lejanas. ¿Qué voy a recordar dentro de diez o quince años de estos de ahora, cuando siga uno escribiendo este diario? Va a ser muy curioso de ver, porque no va a tener uno entonces nada que contar.

El caso es que descubrí a X de lejos y eso me hizo ilusión, no sé si porque hacía mucho tiempo que no le veía o porque sabiendo que tiene un cáncer quería hacer mi buena obra esa mañana o porque también yo tengo otro cáncer de *spleen*. Vete a saber. Hice un gesto vago con la mano, pero me miró como se mira a ese desconocido que viene hacia nosotros en una acera demasiado estrecha, que se ve a las claras que los dos a la vez no podremos pasar y que uno tendrá que poner el pie en la calzada, para que le desuelle el tobillo un coche.

Me apreté contra la pared y le dejé pasar. Durante unos segundos nos hemos mirado a los ojos, pero no me ha reconocido, y fingir no creo que haya fingido, pues para fingir no tenía él luces bastantes.

Hace diez años le hice de negro y le transcribí unos diarios que había escrito en Nueva York, de los años cincuenta y sesenta.

Guardo de entonces un buen recuerdo, no sé si por fidelidad hacia él o hacia mi juventud. Eran dos cuadernos escolares de los de alambre, con una letra grande e infantil, sin fechas y sin nada.

Me los dio porque quería que se los publicaran en una revista, coincidiendo con una gran exposición antológica que se le iba a hacer en Madrid, Barcelona y no sé cuántas ciudades más. Eran anotaciones sobre la luz, sobre su estudio, sobre un cuadro que estaba pintando en ese momento, la mayor parte un poco tonto y *naïf*, pero otras cosas tenían sentimiento y un temblor que parecía sincero.

Yo me puse a la tarea, que consistía en hinchar el perro, y logré salvar de todo aquello unos veinte folios, que guardaban poca o ninguna relación con el original, porque me inventé situaciones, climas, incluso anécdotas y, desde luego, el tono. La cosa no dio para más.

Los leyó y quedó entusiasmado. Cuando les citaba a los periodistas algunos episodios suyos de aquellos años, los citaba con mis palabras textuales, como si de verdad lo hubiese vivido de la manera en que yo se lo había transcrito.

Uno de aquellos episodios a los que más a menudo se refería, era su relación con Jackson Pollock, un pintor muy famoso en aquellos años, que inventó la manera de manchar grandes telas poniéndolas sobre el suelo y tirando en ellas los chorros de los colores, lo mismo que los niños por juego pintan sobre la tierra con el chorrillo de pis caras de monigotes y hasta la firma incluso.

X siempre se había referido a su gran amistad con Pollock y aquí en España eso le daba a uno gran unción en aquel tiempo, porque Pollock era aquí más que Velázquez. O si no más, tanto o, por lo menos, como decían sus defensores, «distinto», que cuando alguien quiere establecer una relación de dos cosas disparejas, en la que una de ellas está en relación de parásito, se dice de ellas que son «distintas».

Al acceder a los dos cuadernos, descubrí la verdad de aquella relación, porque el propio X no había tenido siquiera la malicia de volver a leer sus propias anotaciones después de tantos años.

Había visto al pintor americano solo en dos o tres ocasiones. La

primera en un semáforo. Iba X a cruzar la Quinta Avenida a la altura de la cuarenta y tantas y lo vio parado enfrente esperando a que el semáforo se pusiera verde. Como X acababa de llegar a Nueva York, lo vio pasar como al Cristo del Gran Poder, sin decirle una sola palabra, «sobrecogido» también por tanta majestad, y no pudo reprimir un «¡Coño, Pollock!». Dos o tres años después, cuando X ya se había hecho un huequecito, le invitaron a un *party* y allí se lo encontró otra vez. En esta ocasión Pollock estaba borracho porque la moda era que los artistas se emborracharan en los *parties*, y X le arrancó una cita para el día siguiente. Al día siguiente X fue al estudio de Pollock, pero Pollock no estaba, pues de la borrachera no se debía de acordar de nada. Después no recuerdo si X le vio más veces. Creo que no. Sin embargo en España todos estaban convencidos de que Pollock y X habían sido íntimos amigos, y así, a fuerza de repetírselo y repetirlo a los demás, llegó a creérselo incluso el propio X. Yo no quise quitarle esa ilusión y recuerdo que cuando redacté sus recuerdos lo hice de modo que quedase bien claro para todo el mundo que habían sido como quien dice uña y carne.

Con todo, X no me parecía ni mala persona ni nada. Es verdad que tenía él esa tontería de creerse no más o menos de lo que era, sino otro distinto, pero esa tontería la tenemos también muchos, aunque sea de otra manera.

Visto desde otro ángulo, era instructivo observar su lucha admirable por salir adelante, sus afanes, sus politiquillas, la ingenuidad con que le urgía a un crítico: «tienes que escribir de mi exposición». Quizás lo único indigno de su persona era la manera de hablar que tenía con la gente. Era algo involuntario en él: sacaba el trasero hacia atrás, hundía el pecho y levantaba la cabeza, como los que abren las puertas de los coches. Pobre hombre. Le he visto como esa esquela fúnebre que descubrimos en un periódico, que nos deja atónitos unos segundos por inesperada, después de los cuales y una vez respuestos, volvemos la página y nos enfrascamos en la sección de deportes. Es mejor que no me haya reconocido. A estas alturas tampoco tendríamos nada que decimos. Ahora recuerdo que se enteró de que yo había vendido los cuatro cuadros modernos que tenía en mi casa y que había dejado definitivamente de escribir de los graves asuntos del arte contemporáneo. Un chismoso se lo fue a

contar a él. X entonces hizo comentarios de mala uva aquí y allá. Un alma caritativa me lo vino a contar a mí. Me parece que nunca se lo tuve en cuenta. Ni al alma caritativa ni a él. Dios nos perdone a todos.

ME entero de que cuando se redactó la Constitución española se reguló el orden sucesorio monárquico y los juristas hicieron prevalecer los derechos del varón sobre los de la mujer con el fin de esquivar los derechos de la infanta, rozando con ello la inconstitucionalidad de la propia Constitución, que dice aquello de «no cabe discriminación por el sexo, religión…», y que lo hicieron como ese mayordomo que barre debajo de las alfombras. Son cosas como estas las que a novelistas como Balzac inspiraban novelas de trescientas páginas memorables.

AYER estaban comentando en la panadería que a Miguel el loco le habían recogido en muy calamitoso estado en la calle Gravina y llevado a un hospital. Hoy en el bar hablaban de lo mismo, y también de que había muerto y que se lo habían llevado a enterrar a su pueblo. Por fin se ha sabido de dónde era. Aquí arriba, mientras escribo estas líneas, tengo la sensación de hacerlo sobre una hoja amarilla que un golpe de viento levantará y perderá para siempre. Y esa vaga consternación es también un sentimiento voladero.

ES lunes. Al llevar a R. al Colegio tenía Madrid un color pésimo, panza de burro que se dice o color de congoja. Los coches circulaban con las luces puestas, lloviznaba algo y al volver me fijé en la Calle Zurbano, vacía, todo a lo largo, con todas las acacias muertas y sin hojas. Es lunes, pero en medio de todo pensé que algo me darían por ese oro de los faros y la chatarra del cielo. Quiero dejar aquí constancia de ello sobre la báscula del mañana, esa que nunca pesa metales puros, sino aleaciones. También los escritores unos días se levantan jueces, otros delincuentes y otros nada más que notarios.

QUIEN tenga la debilidad, el prurito o el orgullo de poner a la consideración pública sus obras de creación, debería hacer suyo no aquel ingenuo «para la inmensa minoría» juanramoniano, y menos aún el demagógico «para la mayoría siempre» de Blas de Otero. Su lema debiera estar tomado de las palabras de Nietzsche «para todos, para ninguno», en cierto modo no muy distintas de aquellas de

nuestra copla: «Ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio».

LO cual me recuerda aquella frase del aristocrático demócrata que era Stendhal: «Amo el pueblo y detesto a los opresores, pero sería para mí un suplicio vivir a todas horas con el pueblo».

EL timbre social, y la leyenda, se lo dan a uno unos cuantos enemigos poderosos. El lustre, lo que se dice lustre espiritiual, en cambio, es cosa de los buenos amigos, oscuros y silenciosos.

A mí me gusta mucho hacer aforismos, porque todos los aforismos parecen haber sido escritos antes ya por escritores más valiosos que uno.

«DIERA la mitad de mi obra por no haber escrito la otra mitad». Yo no llegaría a tanto, porque eso es considerar que hay media que vale algo. Con todo, dice mucho la frase de la insatisfacción de un escritor, y su vida ciclónica, tan pronto en la cumbre del entusiasmo como en la sima de la depresión. *Los papeles de Aspern* o *La muerte en Venecia* o *El gatopardo* o *Las Geórgicas* son a la literatura lo que ese pequeño cuadro de tal o cual pintor, que sorprendemos en un museo de provincia. Decimos: «me lo llevaría a casa». O esas obras mínimas de Manrique o San Juan o las pocas de Bécquer… Y alberga uno la esperanza de que un día no ya el gran cuadro, sino esa pequeña gran pintura salga de tus manos. Mientras tanto uno convive con esa decepción hecha de una renuncia: miras atrás tus libros y al verlos ya tan numerosos e imperfectos, uno se pregunta cómo no pudo o supo o quiso evitarlo, y entonces dieras la mitad de tu vida para olvidarlos todos, la mitad de tu vida para vivir la otra mitad como si fuera ayer.

QUIÉN está más cerca del arte, ¿el zahorí que señala el venero profundo o el pocero de pala y pico? Uno tiene fe en el magnetismo que asegura sentir. El pocero la fe la tiene en el zahorí que le dice «cava aquí». ¿Son fes distintas, siendo, como son, iguales en intensidad? Me hago estas preguntas mirando al zahorí que ha venido esta tarde a un lagar vecino con su horquilla y su péndulo. Tan circunspecto y en trance, con esa cara que se les pone a los que escuchan confidencias de las piedras. «Un zahorí», he leído hace poco, «no es necesariamente consciente ni de su fuerza ni del valor de la fuente. Es un don como otro, y como tal, casi siempre concedido a ignorantes e ingratos».

ESTA tarde X me ha arrastrado a una exposición, lo cual dice

mucho del estado mental y anímico en el que me encontraba. En la exposición he visto a mucha gente, uniformados la mayoría de modernidad, coturnos, crestas en la cabeza, ropa tan extravagante como barata. Ya se sabe. A unos los conocía yo, otros me conocían a mí y ninguno puede decirse que supiéramos nada de nadie. Era muy agradable. Apenas se podía dar un paso y la gente se lanzaba sin recato sobre las copas y unos canapés algo tiesos, y todo el mundo gritaba mucho. También porque todos decíamos frases nada vulgares del tipo: «No salgo nada», «estoy trabajando mucho», «tenemos que quedar y vemos». A mí los cuadros me parecían una pesadilla, en cambio todo el mundo los encontraba muy bonitos, y yo vi incluso algunos puntitos rojos, que quería decir que ya se habían vendido la mitad. Entonces, al ver los puntos rojos, me sucedió lo mismo que cuando paso delante de uno de esos bazares que tienen en el techo colgado un amplio surtido de lámparas y arañas, a cada cual más churrigueresca: «¿Cómo serán», me pregunto entonces, «los que se lleven a su casa una de esas lámparas?». Cuando estaba en estas cavilaciones vi de lejos, medio tapándose entre la gente, a XX. Me dije: «¿Lo saludo o no lo saludo?». Al ir a una inauguración uno se expone a pasarse la tarde entera preguntándose cosas así, y cuando ya se acaba todo, diciéndose: «Mengano me saludó muy simpático, zutano no me saludó», etc. Mientras yo me estaba diciendo «lo saludo o no lo saludo», antes de encontrar la respuesta, ya tenía su mano tendida hacia mí. Era una mano ambigua, fría y blanda como las ancas de rana. Él, sí, dijo una frase ingeniosa, una de esas frases llenas de veneno, ambigua y blanda como su mano. Una de esas frases que le descomponen a uno para el resto del día y de las que uno sale torpemente, trastabillándose, tratando de estar a la altura sin lograrlo, sonriendo con los abdominales, aparentando mundo. Una de esas frases que hacen que uno, cinco horas más tarde, maldiga haber ido a ese sitio y siga diciéndose: «tenía que haberle dicho esto o lo otro». Es decir, ensayando frente al espejo de nuestra soledad las frases de veras ingeniosas que nunca sabremos pronunciar, porque llegarían cinco horas tarde o cinco siglos. Y el ingenio es como la paja: mojada no da más que humo. Y lo peor de todo es que estas cosas no pueden siquiera hablarse con nadie, porque el esfuerzo de descifrar tan sutil red de mortificaciones sería muy

superior al bien que nos proporcionaría tan minucioso examen. Algo parecido a aquellas caídas primeras de bicicleta, en las que uno se despellejaba las rodillas. No había para ellas ni analgésicos ni puntos de sutura. Agua oxigenada, alcohol, esperar que el escozor se fuera pasando… y aprender a sortear las piedras del camino.

D'ORS, Ortega. Si tuviéramos ahora dos como ellos, galantes, dieciochescos, amenos, profundos a veces, un algo cursis, gordos, más cultos que ninguno, bienhumorados y con unas corbatas muy bonitas, si los tuviéramos en el periódico de cada día, seríamos todos más altos y más rubios.

POR las duras y viejas encinas de nuestros secarrales también corre la savia.

YO he observado que cuando alguien dice o escribe «*evidentemente*», es evidente que eso de lo que está hablando tiene uno o más puntos oscuros, de muy poca evidencia.

HEMOS ido esta mañana a enterrar a una amiga, una de esas personas a las que uno no conoce mucho, pero que si te encuentras de improviso en la calle te alegra de veras, y luego cuando te despides de ella te quedas con un vago contento, y al llegar a casa lo cuentas sin solemnidad, pero satisfecho: «he visto a fulanita en la calle», y nos parece que la vida en cosas tan pequeñas es justa, igual que cuando hace crecer en las cunetas y sobre los escombros de los solares una roja amapola.

Todos contaban la fase terminal de su enfermedad como algo terrible y devastador. Tenía treinta y tantos años. Su marido, un hombrón de dos metros de estatura, iba entre unos y otros, los saludaba, quería sonreír a unos, con otros se echaba a llorar, con todos se quedaba en silencio…

Han venido sus hermanos desde * y mucha gente que yo no conocía. Se veía que todo el mundo estaba sin ganas siquiera de hablar ni de hacer frases, y los que lloraban nadie veía que llorasen, sino que tenían los ojos enrojecidos e irritados, y casi todas las mujeres llevaban gafas oscuras.

Durante la misa me distraje mirando a X. Llevaba un abrigo gris marengo con el cuello de terciopelo negro. Se recogía el pelo en una trenza corta, como de jaca jerezana. Esas trenzas y moños en las mujeres jóvenes y muy guapas es una perversión de la sensualidad.

No llevaba maquillaje.

Después de la misa se formaron algunos corrillos, mientras esperábamos el coche de la funeraria. Me molestó ver cómo yo y dos amigos más rodeamos a nuestra joven amiga, me molestó ese magnetismo suyo que nos atrajo hacia sí sin mayor esfuerzo, sin que ninguno de nosotros pudiera oponerle resistencia ninguna. Sus palabras se abrían delante de nosotros como la cola de un pavo real y parecíamos como esos pobres catetos de pueblo que pasan la tarde en el parque municipal de la ciudad admirando tan mecánico prodigio.

Por cómo hablaba ella, se veía que tenía pocos complejos y que lo que más le gustaba en el mundo es seducir, incluso en los entierros. Yo la conocía de dos o tres veces más, pero nunca había permanecido tanto tiempo seguido a su lado, lo que me permitió estudiarla, que es lo que hacemos los enamoradizos sin fortuna, estudiar a las mujeres a las que no podríamos acceder ni en sueños.

X para seducirnos a los tres se valía únicamente de un casi imperceptible pliegue de los labios, insinuando Dios sabe qué. Resulta evidente que está acostumbrada a que los hombres le pongan el mundo a los pies, aunque también en la firmeza de su boca se descubría que es de esa clase de mujeres que jamás se irían con ninguno que cometiera la estupidez de ponerse de rodillas para adorarla. No sería extraño que se hubiera casado solo para ser infiel a su marido. Por cómo hablaba conmigo y con los otros, se conoce que tiene la humanidad dividida en dos mitades: los que la admiran y veneran, y los que no. A los del primer grupo los desprecia a todos. A los del segundo, a todos también, menos a los que quiere seducir para, una vez seducidos, incluirlos en el primer grupo.

Fuimos andando hasta los coches. Yo me decía, como un adolescente que siente en el costado izquierdo los primeros aldabonazos de la pasión: «Con un poco de suerte, vendrá en el nuestro».

Al andar lo hacía muy derecha, parecía una vara de nardo a la que el viento mece, pero jamás somete. Y su perfume, igual de malsín y baudelairiano. Por lo que pude comprobar, parecía acostumbrada a que no se hablase de otra cosa ni se sacara otro tema de conversación que no contase con su aprobación. En dos minutos habló mal de media docena de personas. En la muñeca

tenía la coquetería de llevar un viejo reloj de oro, grande, bueno, de hombre. Dijo que era de un hermano suyo que se había muerto. Eso nos recordó a todos que estábamos en un entierro y dejamos de reírnos, porque sin darnos cuenta se nos había olvidado que veníamos a enterrar a una amiga, y esa traición póstuma nos hizo recordar a todos la fragilidad moral de la naturaleza humana.

Al hacerla ahora este retrato, recuerdo sus hombros rectos, sus manos grandes y su boca firme. Me molesta que me haya gustado tanto y que me hubiera gustado entonces, allí, en aquella ocasión, y que a aquel pliegue misterioso de sus labios respondiera uno con tanta solicitud y docilidad, y además todo eso sin finalidad ninguna, porque esas mujeres conocen incluso el grado sumo de la infidelidad, que es ser infieles a todo el mundo… con ninguno.

Al llegar al cementerio vino esa confusión de no saber a qué lugar teníamos que dirigimos, y cuando al fin nos encontramos todos frente al muro de nichos, perdí de vista a X, que supo teñirse del dolor con la misma facilidad que podía prender en sus ojos una mirada de ambigüedad y de deseo.

Unos metros más allá de donde estábamos nosotros se encontraban dos docenas de gitanos o que lo parecían, que enterraban a una niña en ese momento, y elevaban al cielo gritos desgarradores, como si los mismos gritos fueran a aniquilarles a ellos. En aquellos alaridos de plañideras se veía que querían proclamar al mundo no tanto el dolor de una muerte como su representación, y demostrar y demostrarse que su dolor estaba a la altura de su puesta en escena, y sin quererlo parecían acusar a aquellos que a su lado mismo enterraban a otro muerto sin pronunciar una sola queja, sin dejar escapar un sordo suspiro, parecían acusarles de Dios sabe qué dureza de corazón.

Esta escena me sirvió para despejar los últimos ecos de nuestra conversación con X, para borrarla a ella y mirar hacia mí mismo. Otra vez era solo la muerte. Unicamente queríamos dar término a aquello cuanto antes y desaparecer cada cual de aquel lugar, dejarles a nuestros vecinos con el convencimiento de que en cuanto a dolor ninguno semejante al suyo, y aferramos como almas ebrias al aguardiente de la vida.

Me dejé conducir a un coche entre gentes desconocidas que se ofrecieron a devolverme al centro. Mientras hablaban entre sí mis

compañeros en aquel corto viaje, me vino de pronto una imagen de la amiga a la que acabábamos de enterrar. Durante la misa, y luego también, había tratado de recordar su rostro, pero todas y cada una de sus facciones se me borraban dejándome una sombra blanca. Me había dicho, como el poeta que perseguía en el recuerdo el incierto color de los ojos de la amada muerta: «¿Cómo eran, ¡Santo Dios!, que no recuerdo?…», incapaz yo también de traer a los ojos de la memoria su rostro, su voz, como si al tiempo que moría para el mundo, muriese para mí mismo. Pronunciaba su nombre como si así abriese las cuevas del tiempo y de la historia, y el tiempo volviese a ser real, desenterrado y vivo. Varias veces lo intenté con igual resultado. Pero de pronto, muy cerca del Retiro, donde la vi por última vez, todos los átomos dispersos dé mis recuerdos se reunieron y allí, sobre mi frente la vi a ella. Me sonreía con unos ojos claros llenos de brillos y sus palabras sonaron dulcemente con el acento de Sevilla, y, frágiles que eran, las vi incluso temblar, como tiemblan las amapolas, casi por nada.

Lo imperfecto es en ocasiones superior a lo perfecto y completo, porque gracias a su imperfección tenemos la seguridad de que es parte de la vida.

He echado la tarde a perros. Después de una semana sin salir, cometí la imprudencia de ir a perderla en tres o cuatro librerías. Primero una de viejo. Qué manía. He estado a punto de comprar un libro de Ortega. Cuando uno termina en Ortega, malo. No era tanto el libro, como una tabla de salvación, lo único que flotaba en aquel naufragio. El librero estaba comiendo una naranja que peló con una navaja. Cuando terminó de mondarla se limpió la navaja en la culera del pantalón, la cerró ayudándose para ello del muslo y se la guardó en el bolsillo. Él debía pensar que no le veía nadie, pero le veía yo, porque aparté unos libros y le espiaba a través del hueco.

Yo no encuentro ningún placer en espiar a la gente, pero a veces la vida le retiene a uno en lugares impensables. Va uno por la calle, ve a un charlatán rodeado por ocho o diez curiosos y se para uno a oírle hablar y admirarse de que pueda vender por veinte duros un abrelatas que es a la vez sacacorchos, diamante para cortar cristales, afilacuchillos y un inapreciable artilugio para descamar pescado. Nadie en su sano juicio metería en casa un artefacto como ese, pero nos quedamos un rato embobados, arrobados por el

barroquismo del cuadro. Lo mismo que esos tramposos que plantan en la acera una endeble batería y empiezan a hacer malabarismos con tres cartas y una bolita repugnante de papel o de miga de pan. Es la cosa que más puede desazonarle a uno. Los billetes de mil, de dos mil, de cinco mil empiezan a pasarle a uno por delante de las narices. Está pensado así para engatusar a la gente con ese señuelo, a gentes como yo. Yo siempre pienso que les podría ganar dos o tres mil duros en un rato. Luego no me atrevo por vergüenza, pero me quedo mirando. La escena, siempre la misma, con el que hace de gancho, el que hace de primo y el que si puede intentará en un tropiezo robarte la cartera, es una de esas funciones que ha visto uno representar muchas veces, como el *Don Juan* o *La venganza de don Mendo*. Es cierto que no son buenas obras, pero quién renunciaría a ellas.

Después de pelar la naranja el librero procedió a separar uno a uno los gajos. Realizó esta operación con sumo cuidado, casi de una manera quirúrgica, sin desgarrar los haces llenos de zumo. Después de eso se metía el gajo entero en la boca, que apenas le cabía dentro. Cuánto placer encontraba aquel hombre en comerse la naranja, en desgarrar, en estrujar, ahora sí, todas y cada una de las bolsas de fresco jugo, que parecen músculos en miniatura. Al terminar se limpió la boca con el dorso de la mano y ahogó a duras penas un eructo brutal, momento que consideré oportuno para salir de mi puesto de observación con un libro en la mano.

Yo creo que el librero me ha mirado con pena. No sé si por la naranja que se acababa de comer él y yo no o por el libro. «De todos los libros que hay en esta librería se ha ido a fijar en uno de doscientas pesetas», ha debido pensar. Los libreros de viejo a los que compramos libros de doscientas pesetas nos miran con mucha lástima, como a pobretes. Con los dedos manchados del amarillo de la peladura de la naranja me dio las vueltas. A modo de despedida los dos hemos rugido de una manera sorda. Me pareció oír a mis espaldas que él había aprovechado entonces para liberar el eructo que antes se había reprimido, porque sonó lo mismo.

No conforme con la experiencia, crucé después Femando VI y me metí en otra librería, esta vez de nuevo. Aquí los dependientes son todos muy simpáticos y más finos. Cada vez que entra un amigo mío preguntando por algún libro mío, gastan media hora en

convencerle para que no lo compre. Los dueños o los dependientes. No he querido averiguarlo. Luego me lo cuentan a mí: «¿Tú les has hecho algo alguna vez?». «No los conozco de nada», les digo. Eso debe de ser. Cuando me ven aparecer, todos ellos se apresuran a darme las buenas tardes y están conmigo de lo más atentos. Yo con ellos lo mismo, aunque nunca les compro libro ninguno. Ni de doscientas.

Ya en la calle me hubiera gustado encontrar a alguien para pegar la hebra, pero no. He tenido que conformarme con terminar mi ejercicio de misantropía en casa, después de haber entrado en otra librería, donde encargué dos libros vistos en la anterior, y en una tienda de discos. Hace un rato estaba leyendo unos poemas de Baudelaire. Tras el purgante baudelairiano, miro las cosas y este día con cierta sumisión y jerarquía.

DESPUÉS de la experiencia de tener que aceptar ser de León, doy gracias a Dios por haberme evitado al menos ser canario.

EL epitafio que podría grabarse en las tumbas de la mayor parte de los españoles sería este: *Gracias por nada*.

FUI ayer, antes de acostarme, a dar un beso a los niños, que estaban dormidos ya, y G. tenía las dos manecitas sobre el embozo como pastas de un horno. Luego me dormí y soñé que estábamos todos en Ruiforco. Ruiforco era hace treinta años un pueblo de cuatro casas de adobe, con las calles de tierra pisada y el agua corriendo a la puerta. No tenía cantina ni médico ni cura. Tenía una iglesia, vieja, y un pequeño cementerio, al lado de la iglesia, con las cruces de hierro caídas y oxidadas, esas cruces que apoyan y hunden uno de los brazos en la tierra y que tienen en su centro uno de esos retratos ovales de porcelana comidos por el sol, con la fotografía del difunto. Era un cementerio de tapias de adobe fregadas con cal, unas tapias bajas que le daban aspecto de majada. Corral de muertos, los llamaba Unamuno. Soñé que íbamos al río a bañarnos, un lugar lleno de chopos con un pozo profundo de agua fría y clara, manchado de sombras verdes. Se oía cantar a los pájaros y olía todo a hierba verde. Los niños se subieron entonces a una palera que crecía sobre el río y se adentraba en él uno o dos metros. Yo advertí el peligro, pero no supuse que fueran a caerse. Se cayó el pequeño primero y el mayor se arrojó tras de él para salvarlo. Luego me arrojé yo. Empecé a nadar hacia el fondo, pero

el fondo no parecía llegar nunca, seguíamos bajando, y el aire de los pulmones terminó por acabarse. Fue angustioso. Me desperté, aliviado de que solo fuera un sueño. Abrí los ojos. Tardé en dormirme de nuevo. Intenté retomar el sueño pensando otra vez en Ruiforco, aunque no en el episodio del río, sino en otros muchos bonancibles y prodigiosos que recordaba, pero eso no fue posible y el ardid inductista no funcionó.

Esta mañana los niños me han debido de notar algo, porque G. deslizó, como hace siempre que puede, la idea de no tomarse las tostadas, solo que se encontró con la sorpresa de que su padre le respondía con todo el cariño: «lo que quieras, hijo, lo que tú quieras». En vista de lo cual, R. me ha pedido mil pesetas para no sé qué que tenía que comprarse.

He pasado un día de esos en los que uno está, sin saber por qué, a merced de las procelas de la noche y los abismos donde los sueños se pierden para siempre sin saber por qué.

HEMOS visto, al pasar, el escaparate de una confitería. Estaban los pastelitos y los bombones, las medialunas y las empanadillas de primoroso repulgo en formación militar, con sus batallones y escuadras y sus uniformes de colores. La tarde sacaba de los platos de cristal tallado puntas de luz muy vieja, muy cansada y muy triste. Un poco más adelante pasamos junto a otro escaparate. Esta vez el orden era aún más estricto, clásico se diría: ovillos de bramante, colocados de mayor a menor como en uno de esos montajes de arte conceptual tan interesantes, bobinas de blanca y áspera pita y de oloroso cáñamo, madejas de algodón. Lloviznaba y la calle del Príncipe se había puesto gris como el papel de las novelas de Galdós. Busqué un orden en mí, el surtido del alma, el género del mundo. Si uno tendiera a cierta épica, es decir, a lo que Stendhal llamó retórica, diría que en este escaparate no quedaba esta tarde nada que vender, salvo polvo y moscas muertas. Pero no. La verdad es siempre más modesta, es decir, más lírica. Y hay, claro que hay, un pobre ajuar a la venta: esto que mi curiosidad va recogiendo, igual que esos traperos y cartoneros que salen por las noches. Una pastelería aquí, una cordelería allá, la trapería de los papeles viejos, el bar con dos cazuelas de caracoles y callos fríos, y unos zarajos de Cuenca como reclamo, el luminoso de una academia de baile, el campo de batalla que me tiene a mí por único

general, único vencedor y único vencido de mi guerra y paz.

QUE nadie se haga ilusiones: la erudición nunca ha sido más útil que la filatelia.

NADA consigue emocionar tanto como un torero viejo, gordo, mermado de facultades, que logra, en un momento de gracia, parar la embestida del toro y templarle y embarcarle en un natural con suma lentitud, no tanto porque crea en el toreo de arte, eterno y parado, sino porque es ya viejo y no podría hacer las cosas de otra manera que no sea esa, a punto siempre de que el toro le coja, angustiados todos de ver que no podría, llegado el caso, ni salir corriendo ni saltar la barrera. Lo mismo con esos cantaores viejos. Ya no tienen ni voz, después de toda una vida arrastrándola por colmaos polvorientos y madrugadas de tabaco y anís, pero de pronto el ángel les señala y de sus roncas gargantas empieza a bajar un hilo de cante puro, silencioso como el agua que se rompe en la fuente. El pintor Cecilio Pla tiene una pequeña «Cartilla de arte pictórico», con algunos consejos para sus alumnos de la Escuela de Bellas Artes. Uno de sus breves capítulos lleva por título el de «Ejercicios para la mano izquierda». Me gustaría que todo lo que escribiese pareciera salido de mi mano izquierda, torpe, en el punto más alto del esfuerzo, sin trampa, sin más línea ni más temblor que la del arte, esencial y duradero.

¿LAS frases «más chulo que un ocho» o «sopas con honda» son una figura retórica (como las que persiguieron sin gran éxito los surrealistas), una contraseña masónica, o son, únicamente, peras de un olmo?

HE vuelto a coincidir con una de las vecinas del segundo. A veces nos tiramos tres meses sin vernos y otras no parece sino que nos viésemos a todas horas.

Iba delante de mí y como estábamos lo bastante lejos uno del otro, subíamos en silencio. Nadie sabe lo mucho que pueden resonar en el hueco de una escalera los pasos de dos personas que suben sin dirigirse la palabra.

Yo pensaba: «Si hago como que llevo prisa y subo de dos en dos los peldaños, puedo alcanzarla, y entonces tendré que pasar a su lado, y si quiero podré aspirar el perfume de su pelo». Esto lo encuentro un placer un poco perverso, aunque inocente e insustancial, como beber el agua de las borrajas. A veces los días no

dan para más. Sin embargo no lo he hecho. Al contrario, me he retrasado adrede, para darle tiempo a abrir la puerta y meterse en casa sin tener que verme, solo que ha tenido mala suerte. Como iba cargada de paquetes los ha tenido que dejar en el suelo y luego me ha parecido a mí que con las ansias de abrir deprisa la puerta, se ha puesto nerviosa y no atinaba con la llave.

Ya cuando me faltaban solo cuatro o cinco peldaños me abordó una ola muy suave de ese perfume tan indiscreto. No sé cómo lo consiguen, pero da la impresión de que acaban siempre de dejar el baño dos minutos antes. Es como en los anuncios de gel, lo cual no me importa en absoluto, porque a cierta altura de la vida te das cuenta de que las cosas suceden no como se cuenta en las novelas buenas, sino como se ve en los anuncios de la televisión. Yo aspiré esas ráfagas de agua de rosas con cierta fatalidad, como el que vive su última primavera, y pensé muy bien lo que iba a decir, y el tono.

—Hola, Ana.

—Soy María.

Me reí como un perfecto imbécil, sacudiendo los hombros. Ella, por cortesía, ensayó un eco de esa risa, para no dejarme a mí dueño de mi carcajada nerviosa, y al tiempo se colaba en su piso, roja como la grana.

Nunca pensé que subir y bajar las escaleras de mi casa se iba a convertir en una aventura de finales tan imprevistos como desalentadores.

Se me tendría que estar ocurriendo otra novela. Tengo ya algunos argumentos. A mí me parecen todos muy buenos cuando se me ocurren, pero a los cinco minutos no sé qué me produce más desasosiego: si comprobar que son impotables o el que se me hayan ocurrido.

Yo no creo que es justo que a los pintores modernos nadie les exige que hagan un cuadro con argumento. En el XIX los pintores teman que pintar grandes cuadros de historia o de tema mitológico o de lo que fuera. Los acometían sin titubeos, como hacen las bandas municipales con sus marchas militares las mañanas soleadas de domingo. La gente se ponía delante de un cuadro y decía: «Una vaca». «Un doctor y la joven moribunda». «El general Dupré». Los músicos tenían que estudiar armonía y lo que componían tenía una melodía, los temas musicales iban y venían mientras duraba la

pieza y lo normal es que la gente terminara aprendiéndose de memoria las romanzas de Donizetti o de Verdi. Con los escultores pasaba lo mismo. Plantaban una señora delante y la sacaban tal cual, con más o menos alma, pero con dos piernas, dos brazos, una cabeza. Todo en su sitio. Llega el siglo XX y los pintores pueden hacer lo que les dé la gana, los músicos se han puesto todos de acuerdo para desfondar una docena de cacerolas por concierto y los escultores, más ambiciosos, cuando no hacen cruces gamadas de hierro forjado plantan monumentales y estrafalarios artefactos en cualquier plaza, de esos que ya no quitan nunca, emborronando un lugar que por lo general antes de la escultura tenía su carácter y encanto.

Solo a los escritores se les sigue exigiendo que las novelas tengan una trama, una unidad interna, un parecido con la realidad, personajes más o menos creíbles, diálogos inteligentes, brillantes, ingeniosos, profundidad psicológica, humor, humanidad, moral o moraleja… Es decir, solo a los escritores se les exige que se sigan pareciendo a Flaubert, a Balzac o a Cervantes. Que un pintor no se parezca a Tiziano o que un escultor no se parezca a Fidias, es una garantía de modernidad. Que un escritor no se parezca, en más o menos grado, a Cervantes, y no tendrá nada que hacer.

HOY han venido los titiriteros a Conde de Xiquena. Uno tocaba la trompeta, otro ponía a todo volumen una caja de ritmos y dos gitanillas iban recogiendo del suelo las monedas que habían granizado desde los balcones, y las juntaban en dos palanganeas de plástico de color amarillo. Sin saber por qué sí ni por qué no, he bajado las escaleras de cuatro en cuatro y me he plantado en la acera, como si no hubiese otra cosa en el mundo que eso.

La cabra, muy flaca, tenía el vientre hinchado, que seguramente estaba preñada, y se subía encima de un bote de hojalata mientras sonaba la música. Luego, con las pezuñas juntas, empezó a dar vueltas sobre la lata sin caerse y a mirarnos a todos con una resignación muy lamentable.

Los gitanos eran hombres viejos y hacían todo aquello sin entusiasmo, pero las gitanillas parecían felices, y sin venir a cuento se pusieron de pronto a bailar, improvisando una zambra para ellas mismas. Tenían los ojos negros, negros y brillantes, como dos azabaches, y una llevaba el pelo teñido de rubio con agua

oxigenada, pero no le hacía feo. Llevaban unas faldas de percal muy gitanas, y unos *anorackes* astrosos de colores chillones y las dos unas botas de goma hasta la rodilla, dos o tres números mayores que los que precisaban sus piececitos, botas de un plástico brillante color amarillo unas y color rojo fuego las otras, desenterradas seguramente de un basurero.

Los coches pitaban cuando pasaban al lado y algunos les insultaban, para que les dejaran pasar, porque estorbaban algo, pero no tanto como para que no pudiesen pasar. En esto empezó a llover un poco y las niñas levantaron la cara para recibir la lluvia en el rostro y se rieron al sentir las gotas frías en sus párpados azulados. Hacía un tiempo desapacible y, no sé por qué, me acordé de las lágrimas de Nietzsche cuando abrazaba al caballo azotado por el carretero en una calle de Turín. Me parecieron las risas de las gitanitas y las lágrimas de Nietzsche de una misma sustancia, y yo mismo me volví a casa sin saber si mi corazón estaba triste o alegre. Sé que agradecía haber vivido aquel momento, pero me espantó ver que no era capaz ni de llorar ni de reír.

¿POR qué serán tan tristes las nanas que se cantan, o que se cantaban, para dormir a los niños? Están compuestas todas en modo menor, con esos sostenidos y bemoles tan deprimentes. Suenan a una despedida. Alguien que va a los umbrales de la muerte y alguien que le ve partir desde el muelle de la vida. Es como si desde chicos nos quisieran hacer inmunes a ese veneno de la tristeza, proporcionándonoslo en pequeñas dosis. Y así vemos que después unos son inmunes y otros, adictos.

HEMOS estado el fin de semana en Las Viñas. Hacía mucho frío. Quemé en un montón mucha hojarasca del otoño y olía todo el campo a hierbas verdes, a niebla, a humo de hojas podridas. Una hoja muerta sola no es nada. Una hoja muerta entre la población de hojas muertas es algo admirable de ver sobre la hierba pujante o en un montón ardiendo. Las hojas muertas arden con dificultad. Llevan sobre sí noches de lluvia, días de niebla y tardes de dura escarcha. Las hojas muertas al arder no hacen llama ni brasa, sino que dan la flor de un humo espeso y perfumado, porque arde su mismo corazón. De veras imaginaba así mi vida y me sentí por un momento hoja muerta entre la población de hojas muertas.

TENÍA mucho trabajo atrasado de la imprenta que hacer esta

tarde, pero no me ha dado la gana de hacer nada.

Algunos días me gusta ocuparme de letras, decidir cajas, portadas, medidas, buscar viñetas, imaginarme un libro. Son para mí esas horas como labrar un huerto o hacer de carpintero, y se pasan y vuelan y no se echan en falta…

A eso se le llama ahora diseño, no sé por qué. Hasta hace unos años ese era el trabajo que hacían los regentes de imprenta, que eran a la vez cajistas, minervistas y contables. La mayor parte de los diseñadores que conozco lo primero que buscan es poner su nombre bien grande, como si en los carteles de toros el arenero exigiera figurar entre los espadas con letras de un cuerpo 100.

Cuando tiene uno que ocuparse de sus propios libros o de los libros de los amigos, ese medio oficio gusta y distrae. Cuando es por encargo, como ahora, resulta bien distinto y termina por atragantársele a uno, de manera que dispongo trebejos, galeradas y cuatricromías en la mesa camilla, enchufo la radio y como los zapateros remendones, con vaga música de fondo, trato de darle las primeras puntadas a mi obligación. La música en todo esto desempeña papel principal, porque me aturde y hace que pase mejor ese mal trago, pues siempre tiene uno la sensación en esos casos en que se trabaja sin convicción, de que está uno empaquetando con papeles de seda y de charol cosas que valen poco, como esos que envuelven carnes de perro en una artesa llena de especias, para pasarlas luego por longanizas.

En la radio daban uno de esos conciertos en que lo tocan todo, y se cerró con *Noches en los jardines de España*.

Resultó medicina providencial, al alma se le sentó el estómago y desde los primeros compases empezaron a evocárseme los poemas de los *Olvidos de Granada*, los canalillos de barro en el Generalife y el ladrón de agua, y hasta el olor de las tintas recientes de unas pruebas de imprenta me parecieron a mí esencias de arrayanes acabados de rapar. Ese perfume intenso hizo que apagara la radio, busqué los *Sonetos espirituales* y empecé a hilarlos en otro huso. Las dos cosas, leer y oír música, no se pueden a la vez, pues son músicas distintas, y silencios distintos, aunque sean los caños de la misma fuente.

Poco a poco fue hilándose de ese delgado manantial de la soledad sonora un hilo ininterrumpido para mi rueca imaginaria.

Y la poesía, las evocaciones de aquellos cipresales, y los pájaros y el agua quieta en las tazas de mármol, me llevaron a pensar en las vidas puras de Falla y de Juan Ramón y, oh maravilla del arte, me pareció pura también mi vida, con tanto encargo por hacer y tanto prolijo y engorroso oficio y estas horas artesanas de treinta tardes, arrinconadas como virutas de mi taller carpintero, tiradas en montones de estiércol para abonar mi huerto.

HAY que decir de tal modo, que aunque otro, otros, infinitos, lo hayan dicho antes, parezca que lo ha dicho antes uno.

DONDE esté tu fracaso, está lo más valioso de ti. Pero al momento siento ganas de escribir lo contrario. La verdad es que unos dan lo mejor de sí mismos en el éxito y el triunfo. Otros, en cambio, serían estériles si no fracasasen un poco cada día, y no se puede medir por el mismo rasero, de triunfo o fracaso, a todo el mundo, por lo mismo que muchos se han echado a perder cuando se han visto reconocidos y otros no logran crecer y dar frutos porque no se les reconoce.

ESTA mañana he leído en el periódico: «El arte moderno ha traído consigo la libertad. Hasta el siglo XX los artistas tenían que partir de la tradición. Desde el cubismo los pintores pueden partir de ellos mismos». Son palabras de un guardaovejas al que adulan dos días a la semana en todos los periódicos y revistas comparándolo con Velázquez. Cada siglo tiene un pintor al que comparan con Velázquez, no tanto porque estén convencidos de que ese pintor sea Velázquez, como por la satisfacción que encuentran todos en creer que han compartido el tiempo de un genio. Primero fue Manet, luego fue Zuloaga. Luego pasan los años y la gente se pregunta: ¿Cómo pudieron engañarse de esa manera? Ahora le ha tocado el tumo a este pintor manchego, que se deja querer, y dice frases como esa, a pesar de ser mucho peor pintor que Zuloaga. Miguel Angel o Rembrandt o Murillo han pintado y esculpido sin libertad cosas más hermosas que todo lo que ha dado este siglo con ella. A nadie se le ocurre reflexionar sobre algo tan elemental. Va a resultar gracioso ver todo lo que ha dado la modernidad. Salas y salas en los museos como esas galerías del Louvre con Luises empolvados y empelucados que recorremos a la carrera todos, despavoridos.

Los defensores más furiosos del vanguardismo que yo conozco

son gente con muy malas pulgas, serios como burros, atravesados, gastándole millones de pesetas a la administración pública, que todavía es lo bastante molieresca como para creerse esas cosas. Supongo que muchos son gente con problemas. Seguramente no son felices en sus matrimonios o en sus trabajos, porque si no, no se puede explicar esa militancia tan constante que tienen, esa saña contra todo lo que les lleva la contraria. Es como si defendieran su colocación, puesta en peligro por el sentido común. Que Duchamp le pintara unos bigotes a la Monalisa lo encuentran ellos genial. Dicen: revolucionario, cáustico, lúdico. Ahora, que tú quieras pintarle unos bigotes a Duchamp lo reputan un acto de soberbia ridículo y fuera de lugar. Una majadería. Que Apollinaire tuviera sentido del humor les arranca unas tristes cabezadas de admiración. Te dicen con mucha solemnidad: qué gran vanguardista. Como tú quieras rente un poco de todo eso, vas aviado, porque le dirán a todo el mundo que hay que estar prevenido contra las formas más sutiles del espíritu reaccionario y de la quinta columna. Los solitarios de 1920 les parecen bien. Los de 1988 los encuentran a todos idiotas, porque pudiendo vivir a costa de los de 1920 como viven ellos, pierden el tiempo dándoles lanzadas a molinos de viento.

He bajado a comprar el pan y me he encontrado a Miguel el loco. De qué modo me alegré. Era como si se me hubiese resucitado de las mismas costillas, porque al pronto le habría estrechado en mis brazos, aunque me pareció que tanta alegría era también inconveniente en aquel momento. Estaba hecho una pena, pero vivo, en un rincón, con los pantalones llenos de barro hasta las rodillas. «¿Pero…?», pregunté. Miguel respondió encogiéndose de hombros y hundiendo más todavía las manos en los bolsillos del pantalón. Cirilo, el panadero, aprovechó para decir que no estaba muerto, pero que alguien algún día le iba a dar un buen escarmiento. Se veía que Cirilo también estaba contento, aunque solo fuera porque podía reprenderle. La filípica, que el otro aguantaba de pie, muy mohíno, mirándose la punta de las botas, por donde le asomaban las uñas negras de los pies, le caía encima como nos cae la noche. «Esa vida que haces te va a matar. Como no dejes el vino…», le reconvenía el viejo a voces, que parecía que después le iba a pegar, por si no hubiera tenido poco con salir

corriendo de las garras de la muerte. Miguel se sacó las manos de los bolsillos y se las arrascó, porque le picaban los sabañones, y no decía nada, y se revolvía también los tufos grasientos del cogote. Yo no tenía ganas de escuchar más, pagué el pan y salí. Me bastaba esa alegría y subir a casa y abrirle de nuevo a Miguel un lugar donde podamos los dos hacemos compañía.

COMO en el siglo XIX, una gran parte de escritores hispanoamericanos sigue creyendo un ideal, no sé porqué, que el escritor tiene que ser en un treinta por ciento francófilo, en un treinta por ciento diplomático o presidente de una república y en otro treinta por ciento premio nobel. El diez por ciento restante unos lo dedican a la literatura y otros a otras cosas.

YO creo que «la cultura» tiene que ser un virus mutante, porque ahora la llaman «actividades culturales». Cuando uno oye hablar de «actividades culturales», sabe que a continuación vendrá lo de «proyecto interdisciplinar», y luego también lo de «audiovisual», lo cual está pensado ya para que uno amartille la pistola.

ME he pasado el día con el teléfono al lado, esperando que sonase. No me concentraba en la lectura. Me levantaba, me sentaba, iba hasta la nevera, la abría, echaba una ojeada dentro, miraba el aspecto desolador que ofrecía, cerraba, volvía, seguía leyendo. Con cuánta obstinación enterraba mi teléfono su cabeza, como los avestruces.

Muchos días tiene uno la fantasía de que una llamada de teléfono le cambiaría a uno la vida. No grandes cambios. Algo así como: «Le llamo del Aula de Poesía Antonio Machado de tal sitio. Nos interesaría mucho contar con usted para un ciclo, etc. etc. Pagamos veinte mil pesetas (o “no podemos pagar nada, aunque nos gustaría mucho hacerlo”), el hotel y el viaje, y nos gustaría mucho contar con usted», etc. etc…

Estas ensoñaciones me abren la sed de una manera brutal: no sé si quiero un *whisky* o un vaso de leche. Vuelta a levantarse, recorrer el pasillo, abrir la nevera… Bebo la leche. El alcohol para los problemas de orden improductivo es un obstructor y creo que me conviene tener la cabeza despejada por si me llamara alguien. Si me llamara y me encontrara borracho, se llevaría una mala impresión… Ahora que lo pienso, quizás las cosas marchen como marchan a consecuencia justamente de la leche, es decir, por beber

leche. Llevo treinta y cinco años bebiendo leche. A partir de mañana, *whisky*, aguardiente o anís Machaquito.

HE encontrado por la mañana en el Rastro un ejemplar del *Carnet de un escritor* de Somerset Maugham y me he lanzado a él con la avidez del que encuentra un oasis tras una larga errancia por el desierto.

En principio confluyen en ese hombre varias circunstancias que se lo harían simpático a cualquiera. En primer lugar, tuvo un gran éxito de público, cosa que siempre pone muy nerviosos a los críticos, para la mayoría de los cuales aburrimiento y obra maestra debe ser una misma cosa.

En segundo lugar hoy está olvidado, es decir, es un camino abandonado, una vía muerta, lo cual es un atractivo no pequeño para los lectores empedernidos. También lo hace simpático su propio convencimiento de que su inteligencia era superior a su talento, y su tenacidad y capacidad de observación superiores a su inteligencia.

Recuerdo haber visto una foto suya dedicada en casa de González Ruano. Los dos dan ese tipo de escritor mundano y superficial, aunque también lo bastante despierto como para atribuir una y otra cosa a inclinaciones de su carácter, de su cinismo. El hecho de haberlo visto sobre una consola de la casa de Ruano me lo ha hecho también algo *pourri*, y no por haber llevado a cuestas toda la vida una homosexualidad mal asumida. Quizás porque el éxito priva por arriba de muchas cosas que el fracaso les ha negado a otros por debajo. Quizás porque en la fotografía que viene en la camisa del libro se le vea fumando con la punta de los dedos manchados de amarillo por la nicotina.

Cuando llevaba más de la mitad del libro decidí dejarlo. Me aburría con tanto viaje y tanto rajá, tantos faquires y tantos pájaros arroceros. Fue cuando llegué a este fragmento: «nada hay que decir de Murillo (salvo que no es tan malo como Valdés Leal), pero sus cuadros son muy adecuados adornos de los edificios religiosos. Bajo otro punto de vista son completamente insignificantes». Venir a España para ver eso, es absurdo. He pensado que si S. M. pensaba eso de Murillo no tiene por qué ser más agudo lo que creyera de los pájaros arroceros o de los faquires o de cualquier otro asunto, por exótico que nos resulte. La gente tenía que hablar de lo que sabe o

de lo que siente o de lo que entiende. No de lo que cree. ¿Cómo puede uno hacernos creer que está tan interesado en Maquiavelo como en los ingenios de azúcar, en los manuscritos del Mar Muerto tanto como en la vida de un boxeador americano? ¿Solo por hacer buena la frase de que «nada humano me es ajeno»? Como frase ni siquiera es buena. La mitad de lo humano nos es indiferente a todo el mundo y en la otra mitad es raro no encontrar, como decía Cervantes, engaño, mezquindades y trapacerías. Todo lo que no sea aceptar eso, es liturgia y solemnidad.

Había pasado un buen rato leyendo el libro, pero estaba cansado del trayecto. Incluso había encontrado algún consejo valioso («una buena regla para escritores: no explicaros mucho»). De las páginas leídas había sacado la conclusión de que estaba frente a uno de esos libros que cuentan historias como las que te cuentan en un viaje de autobús. No te vuelven más listo ni más tonto. Historias que ni siquiera conmueven, sino que le hacen exclamara uno: «¿No me diga usted? ¡Qué barbaridad!». Al poner el pie en la estación se te han olvidado todas por su simplicidad de la misma manera que acabadas de leer se le olvidan a uno todas las novelas policíacas por su complejidad.

Solo que ocurrió un pequeño milagro. Por azar, y antes de cerrarlo definitivamente, caí sobre las últimas diez páginas del libro. Están escritas en el año 44. S. M. acaba de cumplir setenta. Iba a vivir noventaiuno. Se trata de las más hermosas páginas de todo el libro. Son las palabras de un viejo que conoce perfectamente sus posibilidades, su grandeza y la relatividad de todo. No se hace demasiadas ilusiones para el futuro, ni propio ni de su obra. Es posible que sean también las palabras impostadas de un viejo que sabe arrancar la compasión del que le oye sin dejar de parecer inteligente. Se trata de un recurso sencillo para un inglés que escribió comedias de éxito. Me dio igual. Verdad o mentira, nos encontrábamos delante de un hombre que pensaba: «Soy viejo, conservo veintiséis dientes, quiero tres comidas al día, dos habitaciones y tiempo para estar solo. Lo demás me importa poco. No logro emocionarme ya con casi nada ni encontrar la emoción depositada en los grandes libros leídos en la juventud… Seguramente la vida es una cosa triste, pero he procurado hacérsela agradable a quien tenía al lado».

Por respeto volví a las páginas que me había saltado y me las leí con aplicación, avergonzado de haberle juzgado precipitadamente y pasando de las creencias a los sentimientos sin avergonzarme de dar ese paso que sin duda le cerraría a uno muchos de los más sofisticados salones de la literatura actual.

ESTA mañana vi a un moro viejo de esos que llevan una chilaba raída y un fez de mojamé. Se estaba probando en uno de los puestos del Rastro una dentadura postiza de segunda mano o si se quiere decir, de segunda boca. Se la metió en la suya, intentó acoplársela y como no le sentaba bien, la dejó con mimo otra vez sobre la acera, que parecía la castañuela de un muerto. Al que la vendía no le pareció mal que el moro se la probase y luego no se la llevase, lo encontraba muy lógico, y solo dijo que sentía de veras que no fuera de su horma, porque «está como nueva». Esta escena es cuanto el Rastro me ha ofrecido esta mañana. Eso, al lado de primeras ediciones de este o del otro, no tiene precio.

NO todo van a ser días de trabajar y perder el tiempo. Con la disculpa de comprar unas escarpias y luego un litro de aceite de linaza cocido para los suelos de Las Viñas, me he pasado la mañana ganduleando por Madrid, como uno de esos mancebos de droguería que saca Galdós en las novelas, que para un par de recados, echaban a perder cuatro o cinco horas.

Al bajar por la Gran Vía y al llegar a la altura de «Chicote», tuve la fantasía de entrar y tomarme un vermú rojo, aunque no pasaba de las doce de mediodía y a mí el vermú rojo me gusta poco. Como se ve, era una fantasía de rentista modesto.

Dentro no se oía nada y parecía un milagro que a dos pasos corriera el río de coches tan crecido y estrepitoso.

De una ojeada me hice una perfecta composición de lugar. Dos camareros y tres parroquianos, cuyas edades juntas sumarían los cuatrocientos años, se me quedaron mirando. Los camareros parecían, de pie, tan graves, unas estantiguas, unos dontancredos sedentarios de la vida elegante. De los clientes, dos leían el *ABC* y otro bebía algo con la parsimonia de un agüista de balneario.

Me senté, pedí el vermú y antes de que me diera cuenta, tenía arrodillado delante de mí a un limpiabotas. No supe cómo decirle que no, no tanto porque sea contrario a tener delante y de rodillas a un hombre de pelo en pecho, como por no encontrarme yo los

zapatos a la altura del arte muy depurado de los limpiabotas, pues llevaba yo unos zapatos si se quiere cómodos, pero de medio pelo, sucios, con las suelas de goma y las puntas hacia el cielo: no eran zapatos para un limpiabotas. Y por supuesto, prefiero tenderle a un limpiabotas el pie que la mano de la limosna o el no de la lucha de clases. El betunero se debió dar cuenta, porque su oficio es ese de comprenderlo todo, e hizo un esfuerzo para sonreír, pero no le salió nada.

Llevaba una camisa negra y, a modo de corbata, un cordón morado de penitente, y también la expresión del que tiene la mujer enferma y una niña pequeña en el hospital.

Me admiraba ver cómo se pasaba el cepillo de una mano a otra, con sincronización de malabarista.

Cuando terminó me pidió doscientas pesetas, pero no fueron las doscientas pesetas lo que pedían sus ojos, sino la carta de libertad, como un esclavo.

Luego vi que quería pegar la hebra conmigo, pero yo no tenía ninguna gana de hablar, y el limpia lo comprendió, se calló también y se sentó en el borde de una silla, como el que se sienta de prestado en un sitio.

Un limpiabotas está en las mejores condiciones para laboreos del pensamiento, pues es más fácil pensar de abajo arriba, que al revés. Aunque esto último son ganas de buscar la simetría de la literatura en la simetría de las paradojas, porque lo cierto es que los limpiabotas terminan siendo como todos los demás, igual de brutos y animales, que no creo yo que piensen mucho más que los que no somos limpiabotas.

Uno de los parroquianos se levantó y se fue. El camarero le dijo: «adiós don Fulano». Los que vienen a estas horas aquí tienen todos don. Tienen esa suerte.

Yo también pedí la cuenta. Se quedaron bailando en el platillo cuatro o cinco monedas de níquel con címbalos en los dedos. Sonaron como risas, risas de contrabandistas de antracita y wolframio en 1945, carcajadas de los fabricantes de celulosa, estraperlistas de motores diésel, especuladores de la penicilina, proxenetas de niñas vírgenes, rufianes con camisas de algodón egipcio, las risas de todos aquellos que se están yendo al otro barrio sin conocer más justicia que la que se podía comprar o invitar en

estas mismas mesas con una botella de champán y dos o tres putas muy finas.

LIBRO que no has de leer, déjalo correr. Pero nunca digas de este libro no beberé.

HACÍA diez años que no venía a Barcelona. Camino del hotel, desde la estación, somnoliento todavía a causa de una mala noche de coche cama, miraba por la ventanilla del taxi las casas, la gente, las tiendas que estaban en ese momento todavía cerradas la mayoría.

«¿Me gustará la ciudad?», me preguntaba con cierta inquietud. Yo esa inquietud no la entendía bien, porque si Barcelona no me gustaba, ¿perdía algo acaso? Hay otros muchos pueblos que me gustan. La inquietud debía provenir, digo yo, de que es siempre más fácil vivir positivamente la vida, que no al contrario. Dices: me gusta Londres, y a nadie le extraña eso. Como sostengas que no te gusta Londres, debes estar dispuesto a soportar toda la vida voces predicadoras que tratarán de restituirte al rebaño.

Miraba las calles con gran excitación y supongo que feliz ante las expectativas de serlo, las calles, las palmeras y esas fábricas y almacenes de todo que hay aquí levantados en el estilo modernista, que a alguien de Castilla modernismo y palmeras nos parece el mismísimo misterio de Elche obrado por
d'Ors.

Había quedado citado muy temprano con X, frente al hotel. Lo que se veía desde la acera, a uno y otro lado, parecía prometedor, pero no ofrecía todavía grandes posibilidades de juicio.

Aún no me había respondido a la pregunta de si me seguiría o no gustando Barcelona, cuando tuve que preguntarme si me gustaría o no mi amigo. «¿Cómo será X? ¿Alto, bajo, gordo, flaco?», me decía.

Hasta el momento X no era para mí sino una voz al otro lado del teléfono, oída asiduamente durante seis años, y un par de fotografías en las solapas y contraportadas de sus libros. De manera que no sabía con lo que me encontraría. Miraba a los transeúntes, los descubría a lo lejos y hacía apuestas conmigo mismo, mientras se aproximaban: «¿Podría ser ese, el otro, aquel?». Cuando por fin apareció mi amigo, comprendí que solo podía haber tenido aquel físico, aquel aspecto y no otro, y olvidé todos los envoltorios

anteriores que mi imaginación le había adjudicado, inducido por la vaga semejanza de unas fotografías y el no menos vago e impreciso color y timbre de una voz.

«Tenía que ser así. No podría haber resultado de otra forma», terminé por concluir de la misma manera, salvando naturalmente persona y obra, que uno de esos razonamientos deterministas y fatalistas con los que Tolstoi explica los diferentes hechos de la campaña rusa.

X es un hombre alto, extremadamente delgado, con un color de cara bastante malo. A lo mejor era hoy solo, pero la cara parecía un mapa de su hígado. Tenía todo él algo de oriental, de monje budista, solo que iba vestido con un traje azul oscuro, camisa azul claro y una corbata también oscura. Llevaba un paraguas cerrado, negro, agudo lapicero afilado. Es decir, budista mechado de inglés con un toque balzacquiano, porque también vestía un viejo chaleco de ante, como Balzac llevaba el suyo floreado.

Nos hemos quedado los dos mirándonos, examinándonos, mientras los saludos de uno se superponían a los del otro. Se veía que los dos, nerviosos, nos hacíamos las mismas preguntas: ¿Me gusta su cara, me lo figuraba así, nos llevaremos en persona todo lo bien que nos hemos llevado por teléfono?

Mi amigo había decidido faltar a su trabajo esa mañana para enseñarme la vieja Barcelona. Me contaba la historia de cada casa, de cada iglesia, historias de literatos, anécdotas, lecturas… Era sumamente agradable llevar al lado su voz, ahora real, una voz grave por la frecuentación del tabaco y casi susurrada por la frecuentación de los más finos desengaños de la vida.

Uno en la vida no tiene muchos amigos. Lo que Pla llamaba *amics*, no *coneguts* o *saludats*, que son otra cosa.

Cuando uno tiene un amigo así, no sabe uno muy bien qué hacer con él. Estamos tan desacostumbrados, que temes se te vaya a caer y a romper en el momento más imprevisto. O quién sabe si a consumir, como la llama de una vela o las páginas de una novela. Tampoco quiere uno entregarse a la euforia de los afectos, porque después de los dolorosos batacazos que uno ha acusado desde la adolescencia en esos terrenos, vamos todos con pies de plomo.

Después del paseo, me llevó a comer a su casa y viéndole rodeado de su mujer y de sus hijos, me asaltaron algunos

contradictorios sentimientos.

Su casa me pareció una casa feliz, que es lo último que nos parecen las casas a las que vamos de visita. Luego pensé en el relativo fracaso literario de su dueño…

En su despacho, una habitación tapizada hasta el techo de libros, y detrás de la mesa que congestionaban dos o tres monumentales diccionarios, vi la bandera de los confederados sudistas que, según me contó, le regalaron sus hijos hace un par de años en un cumpleaños.

Miré hacia donde estaba él y me sonrió de una manera especial, como sonríen los hombres que sufren mucho sin dejar de estar alegres y, claro está, sin dejar escapar una sola queja. Nada de «montrer les plaies» que decía Nietzsche citando a Balzac.

Todas estas cosas me dejan pensativo. Vuelvo a escribir las palabras fracaso, vida gris, derrota… Me parece que las hemos escrito demasiadas veces y, la verdad, no creo que signifiquen nada serio. Son literatura, y no de la mejor, francamente. ¿Peca uno, pues, de hipocresía? Quién sabe. A veces pienso que uno está persiguiendo la cuadratura del círculo: ser reconocido sin tener que someterse a la vulgaridad y obscenidad que significa el éxito; ser comprendido y amado, sin dejar de ser un solitario, y reclamado en los distintos salones y saraos sin abandonar los muy firmes principios de la misantropía…

Durante unos meses, de los nueve a los diez años, tuve varias veces este sueño: mi barco naufragaba en el mar, me daban por muerto, me lloraba todo el pueblo y celebraban por mí unos magníficos funerales, que yo presenciaba desde lo alto del coro con evidente placer, sin que nadie sospechase que yo seguía vivo, y allí.

A veces me gustaría que la participación de uno en la vida, y en la vida literaria también, fuese de una manera parecida.

No es infrecuente que al hacer uno un elogio sincero de la vida retirada, gris y sin gloria, esté dando, al mismo tiempo, todos los pasos que nos alejen de esa vida gris, retirada y sin gloria, que como un abismo nos acongoja tanto como seduce.

Es este oficio nuestro como el de las putas viejas: por una vez que encontramos en él satisfacción hay mil que no nos proporciona sino repugnancia y tristeza, a pesar de lo cual no sabríamos ni querríamos ni podríamos dejarlo.

De todos los escritores que conozco es este X la única persona a la que no he visto dar paso ninguno hacia un sitio ni otro. Nunca le he oído hablar ni de la vida gris ni de la dorada ni de ningún otro color. Es raro sorprenderle hablando de la actualidad literaria, y cuando alguien incurre en ella, como a veces me ha ocurrido a mí, es sumamente comprensivo. Sonríe, participa en la conversación como en un juego de niños y quita importancia a las cosas. Está en su casa, en su mesa, trasegando palabras de sus diccionarios. Si no fuera tan delgado, parecería Buda. Tan es así que si alguna vez llegan a publicarse estas líneas, jamás me dirá nada de ellas. ¿Le parecerán mal, bien? ¿Se sentirá retratado en ellas? Dicen que los amigos están para dar buenos consejos, pero más importante es su silencio, cuando tienes la seguridad de que no habrá de faltarte nunca.

Bien. Después de la comida nos estaba esperando XX en su casa para tomar café.

Si con X tenía la curiosidad de saber con qué me iba a encontrar, con XX era imposible tener ese problema. Sabía, después de leer sus libros y escuchar las cosas que de él me decían algunos amigos, que XX solo podía ser de una manera. Y así fue.

Un hombre alegre, metido en kilos, pero sin adentrarse en la gordura, risueño, con ojillos de nécora y brazos que gesticulaban con los aspavientos de uno de esos felices y multicolores molinillos de hojalata a los que se da cuerda.

Su casa es una capilla del espíritu enciclopedista. La pieza principal era un salón tapizado de primeras ediciones del XVIII. Los libros viejos cuando no están para el arrastre, que es la mayoría de las veces, tienen siempre un aire muy grave, con el oro cansado de sus encuadernaciones y las granadas de oro como hace doscientos años. Era el caso. Además de libros del XVIII, había también muchos otros en albos pellejos, todos, unos y otros, muy bien ordenados, en formación de combate y apretados, aprovechando el espacio hasta el extremo que resultaría difícil poder colocar entre libro y libro un papel de fumar.

Por toda la casa había, en todos los pasillos y habitaciones, miles de libros y cientos de pequeños recuerdos de viajes, idolillos, cerámicas, *bibelots*, bolas de cristal, fotografías, y en las paredes, abigarrados y unos pegados a los otros, muchos cuadros caros de

Miró y de otros pintores catalanes de los años cincuenta, cacharros de cerámica de Picasso, tallas policromadas… Que en una casa haya cientos de estos pequeños objetos es señal de que su dueño es persona optimista y sin complejos. Que estén sin una mota de polvo, no puede ser señal más que de bienaventuranza y una vida beata.

Pasamos la tarde hablando muy a gusto. Al principio, como era la primera vez que nos veíamos, estábamos todos un poco rígidos. A mí me recordó la escena una de aquellas comidas de pedida de novia que se organizaban hace años, donde se le veía a cada cual querer dar lo mejor de sí sin conseguirlo siempre, con las risas un poco forzadas, comentarios a punto de rozar la inconveniencia y algún que otro silencio que se abría delante de nosotros con la indiscreción de los precipicios. La primera hora mantuvimos todos las rodillas de la conversación muy juntas y decentes, como en aquellas comidas de pedida tenían las suyas las mujeres suegras. Luego eso cambió. La bondad de ese hombre nos fue envolviendo a todos. Le escuchábamos arrobados. Nos hablaba del fantasma de Albiñana, al que su mujer y él tenían el gusto de conocer, y de otros fantasmas no menos ilustres. Al final de cada frase percibíamos, como al final de muchas de las páginas de sus libros, un vago temblor de melancolía y poesía. Yo creo que ese hombre como juez ha tenido que ser muy malo, porque habrá absuelto a todo el mundo. No me le imagino condenando a nadie. Durante más de cuatro horas ni una maldad, ni una frase de lucimiento a costa de este o del otro, nada del espíritu ingenioso de esos jueces franceses…

Esto duró hasta la hora de la conferencia, a la que XX no pudo asistir porque en no sé qué academia de beatas letras catalanas le ponían una medalla a un insigne botánico que acababa de catalogar las cinco mil clases de hierbas que le crecen en las laderas septentrionales al macizo del Canigó, y donde él tenía que contestarle el discurso al insigne botánico. Como ocurre con las despedidas un tanto abruptas, nos quedamos un poco desconcertados. Tan seducido y a gusto estaba en su compañía, que a mí no me habría importado en absoluto no dar mi conferencia para asistir a la suya…

La conferencia la leí. Tenía delante un auditorio alentador de

menores de edad y jubilados, que también les debía sonar a forrajes del septentrión todo lo que yo decía. Y lo mismo que cuando se da una conferencia: a la media hora me invadió la insuperable sensación de haber equivocado el tema: los de las primeras filas, viejos y señoras de permanente y laca, me miraban de una manera rara, como dándole gracias a Dios de que en su familia no hubiera salido nadie como yo, y los de las últimas, los jóvenes, empezaron a desfilar hacia la puerta con poca discreción, en cuanto otearon el horizonte.

Ahora estoy escribiendo esto en el hotel, pero muy cansado y siento en el alma un raro sabor de boca. Siempre que está uno fuera de casa tiene uno la impresión de haber hablado demasiado y haberse esforzado en ser más simpático de lo habitual y dicho cosas en las que ni se creía ni se pensaba, y comido más de lo necesario y…

Es verdad que uno recibe aquí y allá muestras de afecto y algunas atenciones, pero a las dos de la mañana que son me gustaría estar recogido en mi casa. Se conoce que soy un cosmopolita de poca monta. Mi casa, la respiración regular de los niños dormidos, M., mi rincón bajo una luz que es familiar y perdurable, y el rincón de mi cama… Esto debe ser a lo que la gente llama un carácter difícil. Seguramente son accesos de misantropía. ¿Cómo hace la gente para ser feliz fuera de casa? El placer de salir nunca es comparable al placer de regresar, porque en el regreso siempre viene uno siendo dos, el que partió y el que vuelve. Cuando uno parte, parte con la ilusión de todo lo que va a conocer, a admirar, a vivir. Al partir uno no es ni siquiera uno, porque el que eras lo vas dejando por el camino y el que serás no sabes si habrá o no de gustarte. «El pasado es falso», nos dice el maestro, «porque no vive más que en la memoria; el porvenir es falso porque no vive más que en la esperanza». Por eso cuando se vuelve a nuestro presente, el de todos los días (el otro, el excepcional, es siempre presente de un pasado o para un porvenir), regresa uno con la felicidad del que ha conseguido atrapar entre los dedos un trozo imperecedero de tiempo y de memoria. Pero mientras uno está fuera no es nadie, ni el que salió ni el que tiene que volver. Vive uno en tierra de nadie, en hoteles, en noches hostiles, en distancias sin otros límites que una vaga desolación y la incertidumbre y la

tristeza de toda orfandad, por mucho que uno tenga delante Roma, París, Venecia… ¡Venecia! Nunca sonaron mejor las moribundas olas de Venecia que en los peldaños de polvorienta madera de nuestra vieja y galdosiana casa de Madrid.

HOY me levanté temprano y estuve paseando solo, bajo una lluvia muy fina. Un cuarto de hora antes de que abriesen el Museo de Arte Contemporáneo, esperaba yo en la puerta. Lo abrieron y entré. Estaba yo solo en todo el museo. Cuando pasaba a una sala nueva, todavía resonaban mis pasos huecos en la sala de al lado. Un bedel, con esa educación tan exquisita de los españoles, se me pegó al lado y no me dejó solo un minuto. Al principio me miró de una manera que dejaba pocas dudas: «C…, no me vas a robar ni un cuadro», y cuando vio que la visita se iba prolongando más de lo necesario, empezó a ponerme unas caras muy hospitalarias, apremiándome a que me fuera.

Luego salí y estuve en media docena de librerías de viejo perdiendo el tiempo y mirando esos libros que no lee nadie, no por raros sino por ilegibles.

Escribo esto en el tren. Hay muchas cosas que ni siquiera constato aquí, impresiones del momento, del museo y de los cuadros, de la comida, de Barcelona, de Santa María del Mar, del paseo dado ayer con X, del que todavía me vienen a la memoria unos recuerdos muy vivos que vendrán, lo sé, como suave oleaje a morir a Conde de Xiquena…

El resto es silencio o traqueteo de tren, y lléveselo todo el demonio.

ACABO el libro sobre Vicente Aleixandre de X. Siempre es bueno aprender algo. No hay libro malo. Por este sabemos que la locomotora de nuestro premio Nobel durante sus últimos cincuenta años estuvo movida por estos dos pistones. Primero: enfrentarse decidida y diariamente al régimen de Franco mediante la firma de cartas, documentos y telegramas, incluso hasta el extremo de jugarse la vida, que Aleixandre no dudó nunca en inmolar por la causa democrática, al igual que Dámaso Alonso, Tovar o Laín Entralgo. Y segundo: hacerle el amor a las mujeres o recordar cuando se lo hacía. A ese respecto es de señalar que mientras Lorca, como nos recuerda en abundantes ocasiones X, era marica, Aleixandre no. Aleixandre atravesó grandes períodos de aflicción

por causa de una novia que tuvo, que se llamaba Eva, como la de Adán, a la que fue fiel siempre. Eso sin contar con el certificado médico que adjunta X para demostrar la sífilis que pilló en un burdel el buen hombre (Aleixandre, no X, que tampoco es, ni mucho menos, una mala persona), y demostrarnos no sé qué… Terminadas de leer estas anotaciones de nuestro bienintencionado Eckermann sobre nuestro Goethe uno saca la feliz conclusión: fue una suerte no haber conocido aquella época que transcurría entre el café Gijón y la Academia Española. La vida vista por un hombre del que solo he podido sacar estos tres pensamientos de envergadura: «¡Qué feliz es Sirio, sin ayer ni mañana, solo con el hoy!». Dos: «¡Qué tremendo es un cáncer!». Y tres: «¡Qué desgarradora es la muerte!». A esa profundidad se le ha llamado metafísica. ¿Cómo lo conseguiría Aleixandre? Miramos sus poemas y los encontramos como el merengue: clara de huevo y cola de pescado, duros por fuera con una ligera costra dura, metafísica, y blandos por dentro; vistosos, empalagosos y, sobre todo, poco nutritivos. Y sí, montados, muy montados. Los grandes malentendidos vienen siempre de la bondad. Sus amigos han dicho de él que era un hombre sencillo y bueno. Los hombres sencillos y buenos son los peores. Del Marqués de Lozoya se decía: «Es tan bueno, que no se puede ser peor». «Viviseccionar al hombre bueno, al *homo bonae voluntatis*», decía Nietzsche, que tampoco creía en los hombres buenos. Hasta que no pasen cincuenta años y a la gente le dé igual saber si Aleixandre era o no buena persona, será difícil encontrar más de media docena de personas que se enfrenten libremente con esa obra que no es nada, ni buena ni mala, que no está ni mal ni bien escrita… nada. En la vida que uno no sea ni bueno ni malo, tal como están las cosas, es bastante positivo. En la vida no ser nada es mucho. Ahora bien, en literatura no ser una cosa ni otra es bastante grave. Eso, sin contar con esa sinvergonzonería del «exilio interior» de todos esos académicos, que era comer a dos carrillos: los corderos del padre y las juergas del hijo pródigo.

UN libro de viejo tiene mucho de mutilado de guerra y a un mutilado de guerra no hay que pedirle que haya sido buen o mal soldado, sino cederle los asientos del metro y un lugar en nuestra biblioteca.

QUE alguien como yo pueda hacer tres comidas calientes al día y

no esté condenado a la bohemia y a una buhardilla sin ventilación, es la prueba de que el Creador se ocupa de sus criaturas, aunque lo gracioso es que los socialistas piensan que es a ellos a quienes tiene uno que darles las gracias.

ANTES lo digo, antes tiene que morderse uno la lengua. Dios, o el partido socialista, aprieta, pero no ahoga, y esta mañana he tenido una llamada desde Sevilla.

X ha empezado a dar rodeos. Se notaba que no sabía cómo decírmelo. Está a mes y medio el congreso sobre Cernuda y la persona a la que había encargado hacer el catálogo, según me ha dicho, desapareció del mapa la semana pasada y le dejó colgado. Una tragedia.

X ha pasado un mal rato tratando de convencerme de que naturalmente había contado conmigo desde el principio. Estamos a mes y medio y todavía no me había dicho nada, pero he decidido creerle. X es amigo mío y la vida literaria está siempre montada, como la bisutería, sobre pequeñas mentiras. Nada demasiado grave.

Cuando llevábamos media hora hablando, daba la impresión de que era yo quien le había llamado para que me permitiera ocupar el puesto que ha dejado vacante el otro. Lo mismo: tampoco nada grave.

«Tenemos que hacer algo», me ha dicho. He comprendido que en ese *tenemos que* se debían dividir las responsabilidades de la siguiente manera: yo el 90 por ciento y el 10 restante la Universidad Menéndez Pelayo, que es la que va a organizar la farra. También me ha parecido razonable.

Al colgar el teléfono no he podido evitar hacerme un par de preguntas. Primera: ¿Soy la persona indicada para hacerle a Cernuda un álbum?, y segunda: ¿A Cernuda le iba a gustar ese particular y adelantado quinto centenario con que nos lo van a conmemorar? Para ninguna de estas dos preguntas tendría yo una respuesta terminante. No sé qué es lo que me ha dejado sobre el alma una pincelada más amarga: si no tener respuesta para estas preguntas elementales o la manera en que se ha desarrollado toda la conversación.

SAN Joderse cae en viernes; (oído en el Rastro).

UN rio es un camino que anda.

HOY leo en un artículo de X, un ingeniero engreído y petulante

al que los críticos comparan con Faulkner (ver lo dicho sobre los pintores a los que se compara con Velázquez) y que ha manifestado muchas veces en público que Galdós era una porquería, leo, digo, que escribe «en demasía» y «empero», y también «cualesquiera», y he visto yo que eso me alegraba mucho, lo mismo que si hubiera sorprendido a un árbitro de la elegancia tiñéndose los pelos de las axilas con agua oxigenada.

SI nos adivinaran los pensamientos, no podríamos salir de casa; si adivináramos los de los demás, querríamos estar fuera de ella todo el día.

TODAS las rosas que están en un florero o en un vaso de cristal, las más hermosas rosas, son rosas muertas.

ME he encontrado esta mañana unos viejos cuadernos de hace tres y cuatro años, me parece, porque no llevan fecha. Son todos arranques de novela. Tienen unas pocas páginas garabateadas y luego todo lo demás sigue en blanco, y eso es muy deprimente. Se conoce que expresan mi vieja teoría de escribir una novela: ponerse por la mañana, tenminarla al mediodía, comer y dar algunos retoques por la tarde. Por la noche, un título bonito, un paquete y al editor.

Ni siquiera tienen forma. Son cosas de aquí y de allá, situaciones, apuntes. «Capítulo primero. Encaramado a un árbol, un niño lee *Ivanhoe* o el *Quintín Duward*». Hay también algunos dibujos. Está el retrato de un *luthier*. Me ha salido como Schubert, pero viejo y sin afeitar. También frases sueltas: «café de cebada, velas de esperma de ballena. Historia del clavecín (Noruega); contrabandistas ingleses de linternas mágicas, barómetros y agujas de acero. Ruta de Gibraltar y Ronda». No sé de dónde habré copiado este aleluya. Quizá sea mío: «Un loro, un negro y un mico / y un señor de Puerto Rico». Hay tres cuadernos más. Todos igual, seis hojas escritas y el resto en blanco. Muy deprimente.

LA frase «la gran poesía es solo posible con grandes lectores», de Whitman, está muy bien, pero es una memez. Unamuno era un gran lector, y se entusiasmaba con Vicente Medina y Gabriel y Galán, y Cansinos Asséns le gustaba a Borges. Al propio Whitman le entusiasmaban unos poetas cuyo nombre hace ya un siglo que se ha olvidado. Todos sentimos debilidad por algún Gabriel y Galán y todos somos buenos lectores, de modo que sena mejor que no

pronunciáramos grandes frases, porque son ganas de hacerse notar para nada.

LA mayor parte del día la dedico al «Álbum». Al final convencí a J. M. para llevar a medias la coordinación y sospecho que la conversación que tuve con él fue muy parecida a la que el otro día X tuvo conmigo. La vida literaria se conoce que es eso, bolas de billar contra las bandas. Nos queda un mes. Yo tengo, además, que ocuparme de todo lo relacionado con la imprenta, que es el doble que lo otro.

Solo me he reservado un modesto placer. Cada vez que llama X desde Sevilla alarmado para preguntarme si el álbum estará terminado para las fechas convenidas, le digo que no. «Hay que llegar como sea», y noto en la voz medio rota por la angustia una desesperación que me recuerda la pequeñez de los afanes humanos. Los suyos, los míos, los de todo el mundo. Entonces él suplica y yo le contesto: «Imposible. Si me lo hubieras encargado antes, quizá. En las fechas que estamos, imposible». Yo sé que no es muy elegante por mi parte recordarle cada día que estoy aquí sacándole unas castañas que puso otro al fuego, pero ¿qué se quiere? No puede ser uno elegante y un buen amigo al mismo tiempo. Por otra parte eso le sirve a X para recordar a XX y la faena que le ha hecho. En este momento XX hace de verdadero muro de carga. Todos los días lo mismo. La frase de despedida deja el aire teñido de incertidumbre, desesperación y angustia: «¿Llegaremos, verdad?».

J. M. y yo hemos querido hacer un tomo de doscientas páginas con veinte textos inéditos de escritores españoles, que ha habido que encargar, y trescientas fotografías, que estamos reuniendo. Esto incluye un viaje a Sevilla, que haré yo, y otro a Málaga, que hará él al archivo de Giner de los Ríos. Todo en cuarenta y cinco días. Ya en menos. Lo normal es que no se llegue, ni haciendo milagros. Pero he aprendido algo hace ya tiempo. Que el mundo no se hundirá por nada parecido. Ni se hundirá ni será mejor por muchos congresos que se hagan sobre este o el otro. Ni peor por que no se hagan.

PARA hacerse creer no hay que contar nunca (o escribir) toda la verdad. Por lo mismo que al mentir, conviene mentir más de la cuenta.

¡QUE misterio es Madrid! Cuestas de la morería, balcones de San

Andrés. Todo lo que ha sido y es no morirá todavía.

HAY una clase suprema de necios. No son, contra lo que se piensa, esos que al ver tu biblioteca dicen: «¿Los has leído todos?». Ni siquiera el que pregunta, como aquel candoroso albañil: «¿Los ha escrito usted todos?». No. Es el que, acampanándose la voz, pontifica: «A mí el arte moderno no me gusta. Ahora, reconozco que Dalí es un gran dibujante». Ahí tenéis el monumento al imbécil contemporáneo.

SEVILLA estaba muy bonita, con el cielo todo nuevo y azul, sin una nube, como esas piezas de tela que le despliegan a uno sobre el oscuro mostrador de una vieja pañería. Al igual que en Venecia, los cielos de Sevilla siempre parecen más nuevos que en otra parte, porque se derraman sobre fuentes, muros y jardines más viejos que en ningún otro sitio.

Como mi tren llegaba a las ocho de la mañana y eso era temprano para ir a casa de X, pedí al taxista que me dejara en la catedral. Luego subí andando por Mateos Gago a comprar el periódico, entré en «El Giralda» y me senté delante de uno de esos veladores morunos de los cafés sevillanos. Estaban todavía las sillas sobre las mesas con las patas arriba, llenándolo todo de curvos cuellos de cisne.

Pedí un café y medio panecillo con aceite de oliva. El café, que me sirvieron en vaso de cristal, como los turcos, era achicoria o agua de fregar, que sobre esto podrían haberse hecho teorías. El panecillo en cambio eran palabras mayores. No era el bollo de Proust, claro, pero por el lado de las correspondencias tampoco dejaba nada que desear aquel pan blanco como una hostia sobre el que el camarero dejó el garabato de un aceite verde oscuro. Hice tiempo leyendo el periódico y luego mirando a un hombre que regaba la calle. Después se paró delante un viejo carruaje con el charol saltado. El caballo levantó la cola y dejó junto a la acera una docena de humeantes y dorados mojicones; pagué y salí.

Estaban abriéndose en los naranjos las primeras flores de azahar y el aire frío de la mañana se arropaba con el perfume del agua sobre los adoquines y el vago, inimitable y cercano olor de la bosta de caballo. Aquellos olores tomaban como referencia el del pan con aceite y entre todos me acabaron de extender el certificado. No había duda: me encontraba en Sevilla.

Miré el reloj. Las nueve me pareció una hora prudente para acercarme a casa de X. Empecé a meterme por las callejuelas del barrio de Santa Cruz. Iba despacio. Como en Venecia, a veces me perdía, pero nunca durante más de uno o dos minutos. Al cabo de ese tiempo uno acaba por emerger siempre en alguna parte, igual que los corchos. Andar por Sevilla o Venecia, como el nadar, jamás se olvida.

Era domingo y las calles estaban vacías. En los trechos más angostos y solitarios, pensaba: «Si me salieran aquí unos atracadores, estoy perdido». Pero era ocioso pensar eso, porque basta que uno piense una cosa así para que en ese momento no pase nada. A mí me sucedió cinco minutos después. Vinieron dos y me sacaron una navaja. Yo pegué un salto hacia atrás y un grito que partió el mundo en veinte trozos, mientras levantaba los brazos al cielo; ellos se asustaron de tener delante a un loco y retrocedieron a la carrera. Yo también quise huir, pero con los nervios tomé la dirección equivocada y salí corriendo y pegando voces detrás de ellos. Cuando desemboqué en la calle Armenta, los chorizos habían desaparecido. El corazón me latía con fuerza en las sienes. Llegué a casa de mi amigo que se me doblaban las piernas y como tardaba en abrirme, empecé a figurarme no sé qué: «Estos vienen ahora y me cosen a cuchilladas». Pero no. No vino nadie.

X me estaba esperando. Teníamos una cita concertada con los herederos a las once.

Fuimos allá. Llamamos y nos abrió un señor de unos cincuenta y cinco años. Era nuestro hombre, el sobrino de Cernuda. Yo me paré a mirarle si recordaba en algo al tío, pero no me lo pareció. Nos recibió de una manera fría y luego nos llevó a una salita. Allí había una mesa camilla con un tapete de ganchillo y tres sillas, y nos sentamos unos enfrente de los otros, como para jugar a las cartas. Decíamos todos frases sueltas, universales, sobre el tiempo, sobre esto y lo otro, y a mí empezó a dolerme la espalda de estar sentado justo en el mismo palo del borde, que estábamos los tres muy tiesos.

Llevábamos mirándonos a los ojos ricamente veinticinco minutos, cuando me enteré de que aguardábamos al hijo de aquel señor, sin el cual no se podía tratar de nada.

Al tener por fin delante al hijo, este, sin esperar a sentarse, preguntó: «¿Qué queréis?». Lo preguntó con la barbilla, echándola

por delante. Dijo también que tenía prisa, porque quería irse a la playa.

Yo comprendí desde el primer momento que iba a ser muy difícil entenderse con aquellos dos caballeros, y le hice una seña a X para largarnos, pero mi amigo, más paciente que yo, me propinó por debajo de la mesa una patada, mientras ensayaba una hospitalaria sonrisa. Les explicó que con ocasión del Primer Congreso Internacional sobre Cernuda queríamos editar un álbum con el mayor número posible de fotografías del poeta o que hicieran referencia a su vida y a su obra. Publicadas ya e inéditas. Todas las posibles. Les dio garantías sobre los originales, hablamos de seguros, pólizas, y demás. Les subrayó la importancia que tendría aquel álbum, el primero que se le iba a hacer a Cernuda, en la difusión de su poesía y de su obra, etc., etc.

Mientras mi amigo hablaba, el hijo escuchaba en silencio y remangaba la nariz, como si en aquella habitación oliese mal. De vez en cuando daba una cabezada. No estaba conforme. Yo miraba al padre para comprobar si la expresión de este era más negociadora, pero el padre, sin entender gran cosa de lo que se hablaba, miraba al hijo como diciendo: «hasta ti». X también empezó a hacerme señas con el rabillo del ojo. Ya digo, una partida de mus, pero sin naipes.

Empezamos a cansarnos todos del juego. Después de llevar mareando la perdiz más de una hora ni mi amigo ni yo sabíamos realmente cuál era el problema ni por qué no podíamos echar una ojeada sobre lo que la familia conservaba de Cernuda.

Digo yo que a lo mejor querían que suplicáramos de rodillas. Si no, no se comprende. Si no tenían intención de dejarnos ver nada, ¿por qué no terminaban con aquello? De pronto la reunión dio un giro radical y el hijo del padre dejó ver sus cartas.

Al principio con cierta timidez. Seguramente le parecía lo que tenía que explicarnos un poco bochornoso. De lo que dijo no era difícil entender lo siguiente: él, que es profesor de literatura, quería ser el único administrador de lo que llamaba «el material». Podía haberlo llamado también «el género». Su aspiración era razonable. La sangre le proporcionaba el derecho de pernada. Para eso era hijo de un hijo de una hermana de Cernuda, no de la mayor, a la que Cernuda llamó «imposible y desdichada», sino de la otra, «más

dulce, quizá no más dichosa».

Le aseguramos que nadie quería cazarle aquel coto, pero él seguía dando cabezadas a diestra y siniestra llenas de recelo. Le comentamos que el congreso era una buena ocasión para dar a conocer todo este archivo. Nada. A él le parecía que no. Yo, un poco harto ya, le di la razón, y le insinué que sería mucho mejor esperar otros veinticinco años y otro congreso. Me dio la impresión de que ni el padre ni el hijo valoraban en su justa medida aquella fina pincelada de humor sardónico, porque en esta ocasión el hijo escarbó con la mirada entre sus pies, como los mansos, y el padre puso cara de que se estaba llegando a un límite.

Mi amigo tuvo que intervenir de nuevo con sus dotes diplomáticas y las cosas volvieron a la misma noria y nosotros a sacar aire de un pozo seco. Seco o negro, que también sobre esto se podrían hacer teorías.

Discutimos otra media hora sobre el derecho moral que tienen los herederos para obstaculizar la difusión de los bienes intelectuales. Intentamos incluso, a continuación, he de confesar, la vil adulación y la baza del dinero. La obcecación humana tiene en la Muralla China su más claro exponente porque nadie pasó una mañana con aquellas dos eminencias. Solo cuando el fantasma del escándalo sobrevoló nuestras cabezas, el hijo se avino a enseñarnos las fotografías y algunos libros. No supimos si aquello era todo lo que conservaban. Ya nos daba lo mismo.

Entre las fotos las había muy bonitas y conmovedoras, la mayor parte inéditas. Y muchas, muchísimas. Fotos de Cernuda niño, de adolescente; cartillas escolares y calificaciones del bachillerato, pasaportes. Vimos los libros que se dedicaba a sí mismo, libros y separatas fechados antes de 1936… Porque esa es otra. Solo hasta 1936. Se ve que lo que conservan en esa casa es lo que Cernuda abandonó o no pudo recuperar a causa de la guerra, y lo que les remitió Concha Méndez luego, cuando el poeta murió en México. Nada que no fuera eso, nada… Volvimos a mirar las fotos. Había una llena de encanto y misterio, en Capitanía: Cernuda, con no más de nueve o diez años, jugando con otros chicos. En otra se veía a su padre sentado leyendo el periódico, con su madre al lado, una foto muy galdosiana con fondo de aspidistras y quentias; fotos de sus hermanas, de algunos amigos, de adolescentes bañándose medio

desnudos en una playa, de cuando él iba en las Misiones Pedagógicas, con cuerpos de jóvenes marinos y esa belleza brutal a lo Pasollini…

Me hice la ilusión de que con parte de todo aquello íbamos a hacerle al poeta un álbum que estuviera a la altura de su obra.

Decidí aplicar la política de hechos consumados y fui apartando en montones las que nos convenían, pero el hijo al mismo tiempo que yo las ponía en un montón, las volvía a meter en la caja de donde las sacaba. Era bailar un rigodón con las manos.

No sé por qué razón, porque no existía ninguna, después de ver aquellas fotos estábamos todos algo más distendidos, y a pesar de que habían negado una y otra vez que guardaran cosas de más interés, nos llevaron delante de una cómoda. Allí abrieron un cajón y vimos carpetas con borradores y primeras versiones de poemas de Cernuda, sus gafas, sus pipas y todo lo que Concha Méndez les mandó desde México. Entre ese pequeño legado se encontraba también la última agenda del poeta. De una manera mecánica la hojeé durante unos instantes. Lo que vi en ella llamó poderosamente mi atención. La mayoría de los nombres escritos allí estaban tachados por el propio Cernuda. Tachados de una manera especial, con líneas separadas y muy bien trazadas, muy derechas en sentido horizontal y luego en vertical, como si los hubiese querido poner bajo una reja. Todavía se leía el nombre de todos y cada uno de sus viejos amigos. Allí estaban, tachados bajo mis ojos, enterrados vivos en una cárcel no precisamente de amor. O más que nunca de amor.

Cuando el hijo observó que aquello me interesaba, me la arrancó de las manos y la devolvió al cajón. Fue el momento en que pregunté si podía ver el retrato que Gaya le hizo a Cernuda antes de la guerra. Me dijeron que lo tenían en el desván con los trastos viejos y que era imposible entrar allí. Pregunté por los discos del poeta y me dijeron que también estaban allá arriba. Pregunté qué más cosas del poeta guardaban en el desván y escuché una evasiva poco amistosa.

Ya en la calle volví a recordar el poema de Cernuda sobre «La familia», tan semejante a «I ricordi» de Leopardi, tan amargo y tan triste como este. Imaginé cómo habría sido el poema si Cernuda hubiera conocido a *esta* familia. ¿Más triste? ¿Más amargo?

Esta misma mañana me llamó X desde Sevilla. Los herederos conceden el derecho de poder reproducir cuantas fotografías podamos obtener nosotros por nuestra cuenta y dan permiso para que se haga el álbum. En cuanto a las fotografías que tienen ellos, parece que de las inéditas no ceden más que una parte insignificante, una media docena y ninguna de las que yo habría elegido, además del permiso para reproducir unas cuantas dedicatorias que le hicieron algunos poetas amigos. Tampoco permiten fotografiar el cuadro de Gaya, porque hay demasiados trastos viejos hasta llegar a él. Lo más chusco de todo es que hay que darles las gracias. «Conviene mantener buenas relaciones con ellos», se me ha ordenado. Lo encuentro natural. Sugiero, para cultivar cierto cinismo stendhaliano, que se les dé las gracias de manera oficial y en papel timbrado de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Me han sorprendido al comunicarme, muy serios, que ya lo han hecho así. Al preparar el programa para la imprenta me encuentro con la agradable sorpresa de que el hijo del hijo de la hermana del poeta leerá una ponencia con este título: «Sobre el proceso de composición de las *Elegías españolas*: borradores y primeras versiones». Será dentro de un mes. En el congreso que se celebrará en Sevilla, una ciudad que Cernuda amó más que ninguna. Y que odió más que ninguna.

CÓMO añoro Las Viñas, cuánto echo de menos un trabajo físico. Después de unas horas de estudio y de silencio, poder bajar a un pequeño huerto y cavar durante un rato, sentir que la espalda se empapa de sudor y notar, por la noche, que te duele la carne con el santo cansancio.

Ninguna dieta mejor que aquel «Ora et labora» de los viejos monasterienses medievales. A veces algún amigo me aconseja: «Haces una vida poco sana. Deberías practicar algún deporte». ¿Cuál? Mejor que nadie lo sabe mi quinta vértebra lumbar, pero nada puedo hacer para remediar eso. Me habría gustado jugar a la pelota vasca. Tengo grabados en la memoria recuerdos de gentes que jugaban en Falencia a la pelota en los muros de una iglesia de pueblo. Esas destartaladas y magníficas iglesias de pueblo rodeadas de viejos negrillos con unos cuantos bancos de madera para mirar sentado cómo los mozos lanzaban la pelota de trapo contra un alto muro de piedra, generalmente aquel muro dorado, con líquenes

rojos y musgo seco donde habían escrito con sangre de toro aquello de «José Antonio Primo de Rivera, presente», bajo el anagrama de la Victoria. Esas viejas iglesias desde las que se veía un paisaje siempre armado, ya organizado para que viniera un Corot y lo pintara. Pero ahora ya no hay pueblos ni tampoco iglesias ni gente que quiera jugar a la pelota vasca, porque la gente prefiere el baloncesto, que como se ve es un juego para personas con alteraciones nerviosas, lo mismo que el fútbol, que no era bonito ni cuando se llamaba balompié.

Una vez fui a una piscina pública en Madrid, en La Latina. Los médicos que me habían operado la hernia de disco, me ordenaron que nadara. Como yo estaba cuando me lo dijeron bajo los efectos de la anestesia, dije a todo que sí.

A los pocos días de salir de la clínica, fui a esa piscina climatizada. Estaba llena de unos tipos rarísimos que perseguían a unas chicas que no sabían reírse, sino que chillaban como conejas. Cuando me fui a tirar, reparé en uno como de unos cincuenta años, sin afeitar, bajito, renegrido y fibroso, con un bañador tan minúsculo y elástico como ridículo. Me sonrió de una manera diabólica, como si me estuviera diciendo: «me acabo de mear dentro». Ya nome tiré ahí y fui al otro extremo, nadé cinco minutos y no volví nunca más.

En cambio la actividad de los cartujos o trapenses es subyugante. Hace muchos años leí un librito a lo Kempis de un arquitecto que se había metido a fraile en la Trapa de Venta de Baños antes de la guerra. Se llamaba el hermano Rafael Arnáiz, murió joven, con veintisiete años, en 1938. Llevó una vida beata y dejó tras de sí aura de santidad. En aquel monasterio se le da trato de venerable y venden, junto a rosarios y otras reliquias, estampas con su fotografía y también sus libros. Uno de estos, ese que era de aforismos a lo Kempis. Muchas de aquellas santas reflexiones se le venían a las mientes mientras tejía esteras o limpiaba remolacha, mientras iba camino de las labores del campo o cuando, en invierno, tenían algún trabajo manual que hacer bajo techado.

Aquí en Madrid el único laboreo que tiene uno a mano son las calles, salir, pasear, cansar las piernas y volver a casa. Pero no es lo mismo. De vez en cuando necesita uno escuchar un pájaro, atender al ruido del viento, mirar los racimos de moras en las zarzas y el

camino polvoriento, las encinas doradas y los lagares viejos. En contacto con la naturaleza uno tiene la ilusión de estar lejos de engaños, ambiciones y conductas solapadas, aunque luego la biología demuestre que las hormigas son crueles y la metereología que el agua de los arroyos es no poco artera.

Pero al fin y al cabo lo que un hombre necesita es una oración, es decir, una tregua. La oración en las ciudades, no sé por qué razón, suele adoptar forma de monólogo. Unos monólogos tristes y desesperados a lo Kafka, a lo Pessoa. Son treguas rotas siempre. En el campo, no. En el campo uno tiene vergüenza de no sentir nada que no esté en pura armonía con lo que uno ve.

Nuestro tiempo dice comprender bien al hombre solitario de las ciudades. Ese que vive en una habitación de doce metros cuadrados, fumador, bebedor, frecuentador de lugares más o menos oscuros y una mirada llena de tantos interrogantes como reproches. Puede ser. Al que no comprende en absoluto es al que se retira, al que se aparta de todo.

«En el fondo, querido lector, yo no sé lo que soy: ¿bueno, malo, inteligente, tonto? Lo que sí sé perfectamente es lo que me causa pena y lo que me causa alegría, lo que deseo y lo que odio». A alguien que confesase esto mismo hoy día se le cerrarían todas las puertas. Estamos demasiado acostumbrados a los matones de celuloide, a esa clase de perdedores que en algún momento de la película se lo han hecho con la más guapa. Esa frase la ha dicho alguien que ni siquiera se pudo acercar en toda su vida a una mujer hermosa, porque con preguntas como esa, las mujeres salen corriendo. La escribió hace ciento cincuenta años y el que la suscriba hoy día va listo, aunque no tuviera, como él, los dientes podridos.

También en Stendhal: «La dificultad no consiste en encontrar y decir la verdad, sino en hallar quien la lea».

He ido esta tarde a verla. Antes la había llamado por teléfono. A cuenta del álbum de Cernuda estoy conociendo el país, el paisaje, el paisanaje. Lo primero que me ha dicho, ha sido: «¿Por qué no has llamado antes? Nos conocemos desde hace diez años y llevo aquí cinco. ¿Por qué no has llamado antes?». Se veía que no era un reproche, sino una coquetería.

He ido con cierta prevención, como se va a casa de alguien que

es ya una celebridad y, por si fuera poco, en este caso una celebridad del exilio, con una corte curiosa alrededor donde hay de todo: amigos, logreros, sentimentales y hasta uno o dos evanescentes espíritus líricos.

Es curioso. Durante todos estos años he hablado con algunos de los que iban a verla. Me decían: «Pobre mujer. Está en manos de oportunistas que se le han arrimado a última hora». Y me hablaban mal de unos. Veías a estos, y te hablaban mal de los otros. Como siempre, todos considerándose en el bando bueno.

El barrio es el único barrio de Madrid que conserva todavía cierto aire Restauración. Es tranquilo y sólidamente asentado en los principios de la burguesía: pocos comercios, muchos almirantes y navieros, tres o cuatro mantequerías finas y la única librería anticuaría donde sirven delicioso jerez al mediodía a la poca y enciclopedista clientela que cae a esa hora por allí. Todo lo demás son calles anchas, académicas, provectas. Los que viven en este trono de Madrid, a un paso del Museo, deberían ahorcar de sus solapas una condecoración gloriosa y marchar hasta el Retiro haciendo molinetes con un fino bastón malaca.

La casa a la que iba, Antonio Maura 14, es vieja. Se ha quedado vieja también en comparación con las que tiene enfrente y al lado, que las han remozado a todas, sacándolas ese aire de tarta tan conveniente.

La escalera lleva más de treinta años sin pintar y aunque la estructura es de gran calado, de imponente y admirable calado, tiene un casco que precisaría pasar una temporada en los astilleros. Olía todo a madera vieja, seca y con polvo.

Busqué el timbre, pero no lo encontré. Deduje que el timbre sería un tirador de bronce, uno de esos tiradores manuales. Probé y tuve la impresión de oír un eco que sonaba a dos o trescientos metros, en un país remoto. Silencio. Afiné el oído, y el silencio vino a metérseme por las orejas y anidarme en el cerebro, donde se llenó de extrañas y sordas turbulencias. Por fin escuché unos pasos delgados que se iban aproximando y que levantaban un seco quejido de las tarimas. Luego me sometí a eso tan ridículo que es saberse fisgado y examinado por una mirilla. Entre la filigrana de la mirilla sorprendí el brillo de unos ojos. Al cabo de unos instantes bastante embarazosos hice como si no me hubiera dado cuenta de

que estaba siendo revistado, me estiré un poco, volví a hacer sonar el timbre y me dispuse a enfrentarme con lo que fuera.

El que me abrió la puerta era un ser singular. Me habían prevenido: vive con un tonto, con un retrasado. Por eso mismo al principio no me atreví a mirarle. Pensaba: sabrá que me han dicho que es tonto y me descubrirá comprobando, desde la mirilla de mi normalidad, hasta qué punto es verdad eso. Pero no. Me encontré con un hombre risueño, con el alma en sus pupilas, un alma tan transparente como las mismas pupilas. Tendría unos cincuenta años y llevaba puestas unas zapatillas deportivas supermodernas que en él resultaban extravagantes. Sus manos quizás le delataran: eran manos como a medio hacer, con dedos muy cortos, interrumpidos en el sexto mes de gestación, y unas uñas grandes, corvas y fuertes. Todo él parecía un poco Niño de Vallecas y Calabazas juntos, porque miraba de abajo arriba ladeando la cabeza, como el que espera de la vida únicamente un trozo de pan, un techo y unas zalemas en la cabeza.

—¿Es usted? Soy Mariano. María le está esperando.

Tema una voz dulce y conmovedora y estaba muy contento y también muy locuaz, sin importarle que ese contento se le notara, pues en esa ligereza consiste justamente lo que algunos llaman anormalidad.

Atravesamos dos o tres habitaciones bastante amplias que no se sabía muy bien para qué servían, porque no eran salas, no eran salones, no eran comedores, no eran más que de paso. Entraba mucha luz dorada de poniente y desde las ventanas se veían las copas de los árboles del Paseo del Prado con una pelusilla primaveral. Se notaba que era uno de esos pisos donde hace cien años vivía un jefe de negociado. En el primer piso un ministro, en el segundo un médico, en el tercero una señora viuda de militar, en el cuarto un administrador de fincas urbanas y en el quinto, donde vivía ella, un empleado del Ministerio de Fomento. La altura de los techos en las casas de Madrid resulta infalible para adivinar la categoría social de quienes vivían bajo ellos, y los de ese piso eran techos bajos y ventanas pequeñas.

Mariano me miraba feliz, sin comprender gran cosa, sin comprenderme y, sobre todo, sin comprenderse él mismo. Después me dejó de pie en medio de una habitación vacía y él salió. Volví a

escuchar sus pasos sobre la tarima de rojo pino melis, hasta que ya no se oyeron más.

Luego me dediqué a mirar algunos cuadros que tenían colgados en las paredes. Pude hacerlo a mis anchas porque estaba solo y no oía ningún mido cerca. Vi tres Gaya muy buenos, un pastel de Florencia y dos guaches con figuras, de la época de Roma, y también media docena más, muy horrendos, de otros pintores, cuadros de tienda de muebles de los años sesenta, que querían en su momento ser modernos y que se han quedado no ya antiguos, sino revenidos, como galletas de lata. Esta mezcolanza de pinturas me desconcertó un poco. Uno supone en las personas que admira por una u otra razón cierta infalibilidad en los gustos. Pues no. La gente lo normal es que dé bastonazos de ciego para casi todo, para su ropa, para los muebles de su casa, para los cuadros que cuelgan en las paredes. Acertamos unas veces y nos equivocamos muchas, sin saber que hemos acertado, sin saber en qué nos hemos equivocado, incapaces de separar todo eso de nuestra propia vida. Bastonazos de ciego o bastonazos de finos malaca, pero bastonazos siempre.

Por fin, y a los diez minutos, apareció por una puerta acristalada María Zambrano. Andaba con dificultad y se apoyaba en una mujer fuerte con aspecto de celadora. Vino con extrema lentitud hacia donde estaba yo y me tendió, a un tiempo, la mano y la mejilla:

—¿Por qué has tardado cinco años en venir? ¿Por qué no querías verme?

Busqué una frase a la altura de aquella entrada en escena, pero no la encontré. Entonces procuré yo también poner una expresión como la de Mariano.

Me pareció que si aquella celadora la soltaba del brazo, se caería y se le rompería la cadera por veinte o treinta sitios con el chasquido de un *bibelot* de biscuit que se nos hace añicos entre los pies.

Luego se sentó y me invitó a mí a hacerlo. Otra cosa también. Llevaba sobre los hombros una toquilla de lana azul turquesa, una de esas mantillas hechas a ganchillo que se ponen encima las viejecitas de los asilos y los hospitales, cuando convalecen de la última enfermedad. Un azul inmaculada concepción también feo, limpio, pero feo. Cuando se hubo arrellanado en el sillón, perdió las manos entre los pliegues de la mantilla y rescató una boquilla negra

y aguda, de vampiresa, y se la llevó, así como estaba, vacía, a los labios.

Los labios los tenía pintados, pero como se pinta los labios una mujer de ochenta años a la que le han desaparecido los labios hace treinta, que entonces esas mujeres hacen una especie de garabato sobre la boca, porque labios ya no les quedan y la pintura se les desborda por todos lados igual que cuando un niño intenta llenar de color un dibujo, que el pobre se sale por todas partes.

Cuando Mariano se dio cuenta de que M. Z. tenía la boquilla en los labios, se lanzó solícito y le embutió en ella un cigarrillo rubio inglés, y luego le acercó la llama de un mechero. M. Z. en ese momento en vez de aspirar hacia dentro, como habría sido lo lógico para encender el cigarrillo, tosió. Tosió dos o tres veces toses de angustioso diagnóstico, muy débiles, y el cigarrillo quedó prendido como por milagro. Era como de brujería. Quizás solo un truco.

La boquilla negra y el cigarrillo juntos parecían una afilada batuta con la que subrayaba una nota, daba una entrada o suprimía los silencios, y con ella en la mano, envuelta su cabeza de gorgona en su propio humo, que no tragaba, y allí sentada, pude comprobar que era como la había visto muchas veces en las fotos. Igual. Tiene cara de sabueso, los ojos son grandes y los párpados inferiores, sin pestañas ya, se le descuelgan formándole dos enormes bolsas llenas de arrugas. Una mirada triste de animal aplastado junto a la chimenea. Si uno fuera de la escuela zambranesca buscaría ahora semejanzas para esa mirada y le sacaría unas buenas frases a propósito del fuego, de la llama, del centro mismo del fuego, pero como no, me lo evito y se lo evito a todo el mundo.

Empezó a hablar. Hablaba y yo escuchaba. Sobre esto, sobre lo otro, su salud, el tabaco, aquel piso, Mariano…

Mariano, cuando se oyó nombrar, sonrió. Yo estaba pendiente de lo que decían aquellos labios en los que la pintura de labios se desparramaba por todos lados, pendiente de aquella boca tan particular, tan singular, abstracta y blanda en la que hablaba a su antojo una dentadura postiza que le venía holgada y que le bailaba dentro de un lado para otro, como el otro día vi que le sucedía al moro del Rastro.

En eso apareció una gata. Me dijo que se llamaba «Lucía» y empezó a hablar de Santa Lucía, que era la primera santa que

invocó al Espíritu Santo, y que el Espíritu la hizo inamovible por su luz. Yo no me atrevía a interrumpirla. La boca hablaba y hablaba y las palabras le bailaban dentro de la boca, chocando con los dientes postizos, como dados antes de soltarlos sobre la mesa de juego. A propósito del martirio de Santa Lucía, M. Z. dijo unas cuantas cosas más. Sobre la luz, la luz de arriba y la luz hecha piedra, la luz inamovible y la luz de la inocencia, que me dio la impresión que todo eso para una gata era demasiado. También de no haber entendido cabalmente todo cuando me decía. Pescaba unas cosas, pero la mayoría se me escapaban, como si fuéramos metidos los dos en una barca muy pequeña por un océano muy grande e inseguro, danzando también como una dentadura en la boca grande del mundo.

Pasaba de un tema a otro sin demasiada sujeción, caprichosamente felina. También como la misma gata, que terminó por salir de su regazo, pegar un bote y marcharse con la majestad de una faraona cuando comprendió que ya habían contado la historia de su nombre. Así M. Z. entraba y desaparecía en la conversación: sin hacer ruido ni romper los sellos de su conducta.

Salió Ginebra en la conversación, luego Leopardi y la casa de Leopardi al pie del Vesubio. Esa misma casa, me contó, que ella y su hermana estuvieron a punto de alquilar al llegar a Italia. Leopardi trajo «La Ginestra» a colación y de la retama pasamos a Cernuda, que es en realidad a lo que yo había venido.

Antes de dictarme nada, buscando la inspiración, me pidió que la leyera el poema de los tulipanes amarillos de Cernuda. Con lágrimas en los ojos, me interrumpió para decirse a ella misma: «Luis es el mejor, el único»…

Con las lágrimas de un viejo no se sabe nunca qué hacer. Con las lágrimas de un viejo al que acabas de conocer, menos aún.

Después de eso me dictó esos dos folios que yo había venido a buscar para el Álbum de Cernuda. Lo mismo. Unas cosas entendía y otras no. Como el que copiaba era yo, cambiaba a mi gusto lo que me parecía para volverlo algo más inteligible. Luego se lo leí y ella lo encontró a su gusto. O no se dio cuenta de lo que había cambiado o no quiso decirme nada.

Volví a casa dando un paseo por el Retiro. Se estaba haciendo de noche. Tenía la sensación de haber entrado en aquella casa un poco

como todos los demás: profanadores de tumbas, urracas que se llevan en el pico lo último que brilla, alhaja o baratija, sin distinción. Para sacudirme esa mala conciencia, me dije: en peores garitas… No era un consuelo. Reparé en lo triste que es la vejez y lo poco consoladores que son esta clase de tópicos. Yo he escuchado alguna vez de M. Z. que era bruja. No he sabido si eso lo decían para bien o para mal. A mí me parece sobre todo que tiene que ser difícil entender a alguien que le pone a una gata «Lucía» para homenajear al Espíritu Santo. Lo encuentro un poco cortar pelos en tres.

La mitad de sus libros no los entiendo en absoluto, tan vagos, con tanta luz por aquí, tanta piedra y tantas epifanías y celebraciones. Digo lo mismo que su maestro Ortega sobre la mística: demasiado viaje y demasiado largo para llegar únicamente a lo inefable, a lo que no puede ser dicho ni predicado con palabras. Cuando uno repara en algunos místicos del momento, sobre todo en algunos discípulos de la Z., no en ella, piensa en lo que Maruja Mallo decía: «La jodida mística». Somos lo que podemos contar o podemos contarnos. Incluso el silencio que no puede ser expresado con palabras sirve de poco. De pronto tuve una asociación de ideas. Encender una cerilla o un cigarrillo soplando. Eso quizás será la mística. Eso, un soplo que no apaga, sino que enciende, es el espíritu.

Otros libros suyos en cambio cuánto bien me hicieron y cuánta belleza encontré hace años en ellos. Pienso en los ensayos de *España sueño y verdad* o en algunas páginas de *El hombre y lo divino*…

Es improbable que volvamos a vernos otra vez. Se nota a la legua que pertenece a una raza superior. La de una mujer que apenas puede sostener derecha la cabeza, pero que aún conserva intacta esa coquetería de pintarse los labios para un desconocido.

HE leído esta errata en «El Español». Imagino el infierno que pasaría el responsable de ella en aquel infausto 1942. Decía: «El cerdo de José Antonio», cuando estaba claro que solo se refería al «credo» de José Antonio. Como se ve, las corrientes secretas de la historia, que diría Tolstoi, se valen de mil conductos para emerger y hacerse oír.

BUSCAR la eternidad, no la que nos fija en un más allá, especie de

vacío, templo o sagrado. No. Sino la otra, la viva y la presente, la eternidad que dura y está siendo, aquella que eleva las cosas fugitivas: una vieja foto, un tren que pasa, una tarde sin nadie. A menudo una ambición tonta nos hace desear haber escrito tal o tal otro libro de otro. Decimos: lo daría todo por haber escrito yo el *Quijote*, sin advertir que en esa ambición seguramente excluimos el inmenso dolor que le condujo a Cervantes hasta ese libro: su posible condición judaica, las mujeres de su familia, barraganas de señoritos, su poca fortuna, la pérdida de su mano, los años de Argel, las acusaciones de homosexualidad, los escarnios de sus compañeros de letras, la cárcel por malversación, la desgracia de sus amores, la pobreza, la soledad de su vejez, la enfermedad… ¿Cuántos de los que dicen ambicionar sus libros estarían dispuestos a recorrer ese calvario de vida? Cervantes, una vez más, se quedaría solo.

Me pasé toda la tarde por el viejo Madrid. Iba yo solo, mirando esos comercios, sastrerías de militares o de curas, escaparates con saxofones y acordeones, bandurrias y castañuelas, mantequerías como para el don Baldomero de *Fortunata y Jacinta*, negocios que dejaron de serlo hace cincuenta años. Postas, Mayor, Pasaje de San Ginés. Observaba a esas gentes que miran hacia arriba buscando una pensión y me observaba a mí, *flâneur* de buen conformar, que me encontraba yo también como la gente que buscaba pensión o esas otras que se asoman a los balcones, *flâneurs* ellos a su manera, pues su quietismo es solo aparente, ya que va su corazón detrás de todo lo que pasa por la calle. Y me fijo en que son muchos los balcones que hay con gente, y se me ocurre hacerle a todo eso un libro, igual que las novelas, de ahora para un rato: «he de escribir un libro que se titule así: *La gente de los balcones*». Cada cosa, cada rostro, cada portal lóbrego me figuraba yo fuese un estado del alma. Una papelera tan llena que desbordaba al suelo botes vacíos y arrugados de cerveza, algunos envoltorios pringosos de helados y un trozo de un periódico, me pareció que bien podía ser mi alma querida llena de no sé qué de lo que fue hace tiempo. Me gusta este Madrid, mi alma, las cosas viejas de Madrid, mis viejas casas del alma con viajeros de un día y con estables para morir sobre la mesa camilla. Y me gusta mi alma, porque no tengo nada de más valor que llevar encima ni nada más puntual que esa pensión pequeña del

espíritu. Y no me parece mal llegar junto a una esquina donde acaba de pasar sin mí cualquier cosa, relevante, pintoresca, da lo mismo, ni llegar a ese mismo lugar cuando todavía no ha ocurrido nada que no sea la normalidad de la vida, que nunca es normalidad si es que está viva. Mi alma, geranio duro de Madrid, eterna como sus hojas ásperas y el olor de sus flores, bien poca tierra necesitas para bien poca gloria, y agua bien poca. Un alma como este clima de inviernos rigurosos y veranos sin misericordia es mucho. Es todo para vivir, para mi normalidad casi nunca normal, para mi vida fácil, casi siempre difícil.

VUELVO a rebañar en los viejos cuadernos, como en fondo de barril de náufrago. Me encuentro con frases sueltas, argumentos de novela en una línea, personajes que jamás serán más que cuatro palabras, aleluyas fúnebres: «Napoleón en Astorga estuvo a punto de ser asesinado». «Dos que se saludan cortando el aire con la mano, como haciendo lonchitas de jamón». ¿De quién será esto? ¿De Ramón, de Pla? Suena a todos. Esto en cambio es mío, pero también suena a todos:

No hay nada que más despierte
que vivir sobre la muerte.

«El padre de S., en México, puso, en los primeros años treinta una oficina de ideas. Iba todas las mañanas a ella, pero antes de llegar allí, se encontraba siempre con alguien con el que se iba de plática, hasta la hora de comer. Por la tarde se quedaba en casa o acudía al café, porque como le decía a su mujer, las ideas que se tienen por la tarde no son ideas o son ideas peligrosas. Las revoluciones, sostenía, habían salido de las sobremesas. A veces mandaba recado a casa: 'Dile a mi mujer que si no llego a comer, que tampoco me espere para la
cena'.
Cuando conseguía llegar a media mañana a la oficina, se sentaba y esperaba a que entrara la gente. Tenía ideas para todo, pero la gente no entró y tuvo que cambiar de ramo. Entonces abrió una oficina de inventos, en el mismo lugar, cambiando el rótulo de la puerta. Llegó incluso a patentar algunas de sus invenciones, como los palillos de dientes con sabor a anís, a menta, a limón… Fue también el inventor del altar portátil que se convertía en maleta,

invento este muy útil en el período de persecuciones religiosas durante la dictadura del general Plutarco Elías Calles. Este general prohibió el culto para vengar así el asesinato de su compadre el general Álvaro Obregón, en el que se vieron complicados un cura y una monja, la madre Conchita, la cual, en la cárcel, anduvo enredada con un carcelero, del que tuvo un hijo… El escaso éxito de esta empresa no le desanimó en absoluto y las maletas que no pudo destinar a sus altares, las convirtió en muestrarios para representantes y vendedores ambulantes de licores. Estaban pensadas para aliviarles de la carga que era ir tirando de ellas todo el día de acá para allá, de modo que se las llenó de botellas, solo que partidas por la mitad. Pegadas a la pared de la maleta parecían enteras, pero solo eran medias botellas, con la mitad de contenido y, sobre todo, con la mitad de peso. Cuando se convenció del fracaso de estas iniciativas filantrópicas, se dispuso a acometer el último de sus sueños. Invirtió en él todo el capital de que disponían, incluso el de su mujer, y empezó a fabricar en masa alfajores de Medinasidonia, de la marca Hércules. Movido por su espíritu patriótico les proporcionó incluso un envoltorio en el que se leía: 'España. No te mueras sin
conocerla',
pero los dulces, hechos de harina de centeno y de miel, salieron con un color innoble y nadie los compró, condenándole a él, a su mujer y sus numerosos hijos a comer alfajores tres veces al día durante seis o siete años».

Todo esto es verídico, pero me temo que no serviría para hacer ninguna novela. Luego resulta que la realidad le sirve a uno de bien poca cosa. La prueba está en esto. Nosotros conocemos a unos amigos de Granada que tenían allí muchos olivares. Son de una de esas familias viejas de terratenientes y olivareros andaluces. Nos contaron que hace unos años a un tío suyo, terminada la guerra, se le ocurrió, para paliar la falta de mano de obra en la recogida de aceituna, irse a Guinea, cuando Guinea era española, y comprar quinientos monos. Estaba convencido de que los monos cuando vieran al primer obrero varear los olivos y atropar las aceitunas, harían lo mismo, porque había leído en una enciclopedia que los monos son animales imitativos. Se los trajo en un barco y los soltó en el olivar en el mes de enero. La primera noche, se le helaron

cuatrocientos, que amanecieron arrecidos como carámbanos. De los otros cien, murieron algunos, otros desaparecieron y otros, según le contó la Guardia Civil, se escaparon y dos o tres llegaron hasta Gibraltar, donde al parecer se aparearon con las famosas monas de culo encamado. Todo esto es verdad. Las personas que nos lo han contado las conozco yo, sé quienes son y no se inventarían una cosa así, porque hay cosas que no se pueden inventar y que ni siquiera sirven para la literatura, porque nacieron ya siendo literatura, que son las cosas que menos sirven para ese cometido. De donde se deduce que las novelas no quieren realidad, sino vida, de la misma manera que la vida, para hacérnosla algo tolerable, se aviene bien al cuento y a la literatura, como el mismo Dios hizo, si leemos el Génesis.

Sigo. «Demetria —vieja criada— que se depilaba los pelos de los brazos quemándoselos con un cabo de vela».

Esta criada la tenían unos amigos en una casona de Castromocho, un pueblo de Castilla, al que ni la Santa Compaña se atreve a acercarse ciertas noches de invierno.

En esos cuadernos hay más anotado, pero todo para vender al peso. Me espanta ver las horas tiradas en anotaciones inútiles. Por otra parte este diario se nos va a convertir a todos en un pequeño Rastro, como el de Ramón, donde hay cosas de vario valor y cosas que no valen nada. Alguien se las llevará, me digo, con la esperanza de que las que valen, valen ahora, y las que no, las hará valiosas el tiempo, que todo lo olvida y todo lo redime.

NO sé cómo habrán llegado hasta aquí las gafas del abuelo de M. Me he tropezado con ellas al abrir un cajón. Me había olvidado de que yo mismo las había puesto allí al poco de morir la *yaya*. Alguien debió regalármelas, tal vez por el parecido que tienen con las que yo utilizo. Sin embargo, se aprecia que las de él son gafas de otro tiempo, de un tiempo antiguo. Son unas gafas redondas, pequeñas, de concha, cuando la concha se importaba de Filipinas. Están en una funda de cuero, aculatada por el tiempo. Son las gafas que vieron la monarquía, la república, la guerra en Madrid, la posguerra… La forma de los cristales, de las patillas, del puente, nos recuerda una de esas gafas viejas, cargadas por el sufrimiento y empañadas por las lágrimas. Se parecen mucho a las gafas de Antonio Machado, esas que llevaba Machado en la última fotografía que le hicieron. Todas las gafas redondas de concha son las gafas de Machado como todas las calaveras anónimas que se desentierren en Víznar serán la calavera de Lorca. ¿Qué hacer con las gafas de un muerto? ¿Cómo deshacerse de ellas? No tienen ya una utilidad, y sin embargo todo lo que ellas han visto, lo que se ha visto por ellas, reclama de nosotros una atención, tal vez nuestra mirada misericordiosa. Ellas, que han visto tanto, solo piden una mirada piadosa. Vuelvo a meterlas en su funda color burdeos y a dejarlas en el fondo más profundo del cajón donde las acabo de encontrar. Dentro de unos años, cuando ya haya olvidado que yo mismo las había puesto allí, volverán a aparecer y con ellas resurgirá la agitación de la monarquía, de la república, de la guerra, todo aquel tiempo del dolor, las hojas muertas, las hojas vagabundas, y volverá a aparecérseme la frágil figurilla de aquel hombre, el pulcro viejecito que olía a jabón de «La Toja» y que leía, con estas mismas gafas, el *Quijote*, único y solo libro que confortaba su vejez.

UNA frase, para que no se diga que no sabe uno hacerlas: Hay que leer a los escritores contemporáneos, aunque sean malos, o mejor, cuanto más malos mejor. Ellos aportan a nuestra dieta intelectual esas vitaminas solo posibles en los alimentos frescos, esas proteínas de los cadáveres recientes. De lo contrario se corre el riesgo del escorbuto intelectual. ¿O no?

OTRA frase, esta vez para demostrar que cuando una frase es fruto de la observación, resulta inamovible. Muchas grandes frases,

grandes de veras, no sabe uno para qué sirven, como las pirámides de Egipto, pero resistirán incluso las frases que sobre ellas haga recaer cualquier Napoleón. Esta la encontré ayer, leyendo *La muchacha de los ojos de oro*: «Es el placer como ciertas sustancias médicas: para obtener constantemente los mismos efectos hay que duplicar las dosis».

LEÍDAS las memorias de X: no puede decirse nada de ellas, ni a favor ni en contra. Como solo habla de gente importante, puede uno sacar la impresión de que solo se ha relacionado con gente importante o que cree importante por el hecho de haberse relacionado con él. Y habla de esa gente como cabía esperar, desde su importancia, es decir, desde su insignificancia.

Yo le entrevisté en una ocasión, para un programa de la segunda cadena a propósito del comité organizador que conmemoró el centenario de Juan Ramón Jiménez. Él formaba parte de ese comité de festejos. Le pregunté por qué formaba parte de aquella peña después de haberle alevosamente excluido de su famosa antología *Poesía española*, en los años cincuenta. X, desconcertado, miró a todas partes para cerciorarse de dónde le había venido el golpe. Fue a decir algo, lo pensó mejor y guardó silencio. Luego sonrió. Con una de aquellas sonrisas el Alcázar de Toledo o las fortalezas albigenses habrían caído al primer asalto. Después de aquella sonrisa, yo me quedé convencido de que era el hombre que mejor sonreía de España. Sonreía no solo con la boca, que creo recordar bien formada, sino con todas y cada una de las partes de su cara: sonreía con las mejillas, con los ojos, con las arrugas que se le formaban al sonreír con los ojos, con el temblor de la barbilla y de su bien esquilada sotabarba… Era imposible no caer muy sinceramente rendido a tal simpatía. Ni siquiera le pareció mal que yo le hiciera aquella pregunta delante de todo el mundo. Miró mis pocos años y volvió a sonreír de una manera franca, paternalista. «Te voy a perdonar la vida», parecían decirme aquellos dientes rutilantes y felices, «te comprendo muy bien. Yo también fui joven». Habló de no sé qué y se salió, como el sol, radiante, por los cerros de Antequera.

En estas memorias resulta curioso comprobar las alusiones que hace al dinero. X, no se sabe si como editor o como catalán, da la impresión de que es de esos que no habla jamás de dinero, no

porque hacerlo infrinja una elemental norma de educación, sino por temor a prestarlo. Estas memorias se leen bien. Son ligeras. Ni malas ni buenas. Ligeras como esas sonrisas suyas o las plumas de un sillón volteriano. Yo había leído alguno de sus libros, como el de Pla, y una buena porción de artículos y prólogos suyos. X es lo más parecido a un padre. Lo conozco muy poco. Por eso lo digo. A su lado uno podría aprender muchas cosas, pero son muchas más y más importantes las que deja de enseñarnos.

VA uno por la calle y ve: que ha venido la primavera; una castañera rezagada; unos nazis vendiendo su quincalla a la puerta de Correos; unos novios que se mojan bajo la lluvia… Y al darme cuenta de que no soy un articulista de oficio, me siento feliz, aliviado, de no tener que hacer mañana mismo un artículo sobre la primavera, la castañera, los nazis, para mañana mismo, contento de que la vida me haya hecho hoy un pase privado para mí solo.

ESTA noche a eso de las cuatro de la madrugada, nos despertaron los gritos de un chico al que estaban matando en la calle.

Nuestra calle tiene eso. Hemos oído tiros entre policías y camellos, como en las películas, una noche memorable que terminó en tablas. Hemos visto también cómo niños de doce años se prostituían con señores de pelo blanco que los metían en *rolls royces* negros y de seis puertas que luego desaparecían calle Almirante abajo silenciosamente, sin el menor sobresalto del motor.

Una mañana de domingo, al tiempo que amanecía, encontré a un travestí en cuclillas en nuestra misma acera, con las posaderas al aire, «haciendo de cuerpo», como en los cuadros de Brueghel. No se tapaba entre los coches, porque no había coches aparcados, ni disimulaba tampoco. Estaba la calle vacía, solo con el pescadero, que aprovecha esas horas del domingo para limpiar la pescadería, y Cirilo, que abre la panadería a las cuatro de la mañana solo para poderle decir a la parroquia que a las cuatro hacía tantos grados de temperatura.

Cirilo no sé cómo había descubierto a aquel travestí y a veinte o treinta metros, con medio cuerpo fuera de la puerta y un brazo que pedía al cielo justicia divina, le gritaba con ira: «¡Marrano, a cagar a tu casa! ¡Qué vergüenza, qué ejemplo!».

El travestí, sin inmutarse, seguía con la faena y le contestaba, también a voces que hubieran podido oír desde Cibeles: «¡Marrana

lo será tu madre, tía guarra!». Esto al viejo Cirilo, que anda por los ochenta y que ha conocido, como él dice, tiempos en que a la gente se la respetaba, le encendía más todavía y hacía como que se agarraba al marco de la puerta para no saltar a la calle y tirarse a él.

Yo tenía que pasar por fuerza al lado de este cagón o dar la vuelta a la manzana, lo que me parecía excesivo. Cuando lo hice, el travestí levantó la cabeza para mirarme, pero siguió acuclillado y abrazado a las rodillas, con las faldas levantadas, las nalgas blancas llenas de pelos todavía al aire y un zurullo descomunal y maloliente entre las piernas. Me observó desafiante: «¿Qué miras, gilipollas? ¿Te gusta mi c…?». Tenía el *rímmel* corrido de una juerga que seguramente le había durado hasta media hora antes. Pasé a su lado con indiferencia, como persona de mundo a la que nada puede sorprenderle ya en esta vida. Cuando volví del Rastro había una o dos personas alrededor de la mierda discutiendo si era de perro o de humano, no explicándose el misterio de su volumen y de que aún se conservara fresca.

También otra mañana, al ir al Rastro, me encontré en la Calle Barquillo a una pareja de mendigos jóvenes, que si no eran mendigos eran gentes muy tiradas.

Era una mañana de esas de junio de las que llamamos mañanicas floridas, perfumadas con el aire nuevo del Guadarrama, el cielo azul y una frescura que va despertando con un picor dulce de alfileres uno a uno los poros de la piel, todavía calentitos de la cama y los sueños.

Estaban los dos abrazados, de pie, en esa explanada que hay junto al kiosco de Augusto Figueroa. Tampoco había gente a esa hora, pero podían pasar. En una primera ojeada, parecía que estuvieran besándose solo, pero no. No había gran pasión en aquel beso, que lo mascaban con pesadez y soñolencia. Ella se la había sacado del pantalón y le masturbaba, mientras él perdía su mano y su brazo debajo de una de esas faldas amplias y largas, de flores, como las que usaban los *jipis* y las gitanonas viejas.

Si no fuera por estas cosas yo creo que mi vida sería mucho más aburrida, y tampoco molestan tanto ni son tan desagradables como para remangar la nariz ni acordarse de Franco.

Ayer, sin embargo, la cosa no fue tan literaria, porque un

hombre estaba matando a puñetazos a un chico de quince o dieciséis años.

Suele ser normal que llegue uno de estos *cocus* a las esquinas de los chaperos y encuentre al novio haciendo la calle. Entonces se monta una escena, siempre la misma: voces, insultos y alguna bofetada, para terminar, según la noche, yéndose cada uno por su lado o juntos. Pero ayer no.

El que había sorprendido al novio haciendo de chulo, le había cogido a este por la cabeza, la sujetaba debajo del brazo y con el puño se la machacaba con una brutalidad escalofriante. El otro sangraba por las narices y la boca, al tiempo que gritaba: «¡No! ¡No! ¡No!» y también «¡No me mates, no me mates!». Solo eso. Unos gritos llenos de angustia y dolor que se nos partía el alma de escucharle. Eso gritaba: «¡No! ¡No! ¡No!» y «¡No me mates, por favor!».

M. me dijo: «Tenemos que llamar a la policía». Yo, en cambio, era partidario de esperar un poco más todavía para ver qué curso tomaba la paliza y si era verdad que quería matarle.

En esto, también intervenía un tercero, que debía ser amigo de los dos. No hacía nada por separarlos, sino que le ponía al otro una mano en el brazo y también le gritaba para hacerse oír: «¡Déjalo, joder, que es un mierda. Lo vas a matar!». Estas palabras al primero le excitaban más todavía, porque entonces gritaba más furioso aún y redoblaba los puñetazos: «¡Lo mato, yo a este lo mato!». El pobre chico, con los ojos hinchados y la boca rota, lloraba desconsoladamente y cada vez con menos fuerzas, gimoteaba y suplicaba: «¡No me mates, no me mates!».

Había llegado el momento de llamar al 091, pero entonces sucedió algo inesperado. El que pegaba soltó al muchacho. Nos dijimos: esto se ha terminado. Pues no. El chico, en vez de irse por otro lado, salió corriendo detrás del que le había pegado, mientras le decía: «Déjame que te explique». El otro, que ya se había logrado calmar un poco, no resistía escuchar las disculpas del garzón y volvía a meterle la cabeza debajo del brazo, igual que antes, y a reanudar las puñadas y a tundirle a placer. Era como si lo anterior no hubiese sido más que un ensayo, que ahora repetían.

Esta segunda vez le pegó menos, cinco o seis veces. Pero cada vez que le dejaba de pegar, aquel infeliz corría detrás de su verdugo

para darle unas explicaciones que solo conseguían echar leña al fuego.

Después de una hora larga, una hora, cuando empezaba a amanecer, se metieron los tres en un coche y se fueron. En los balcones había algunos curiosos y algunos insomnes, hombres en pijama y mujeres con gorros de dormir que se metieron en sus casas yo creo que un poco decepcionados, porque no le había matado.

M. y yo también volvimos a la cama y como estábamos desvelados, hicimos un pequeño cinefórum.

Conjeturamos, tratamos de establecer las relaciones entre aquellas tres personas. ¿Sería acaso un padre que había descubierto a su hijo haciendo la esquina? ¿Eran solo dos macarras? ¿Se trataría tal vez de alguien cegado por los celos? ¿Qué vínculo le ataba a la mano que le había tan brutal, tan miserablemente pegado?

Imaginamos la vida de aquel chico, marcada desde tan pronto por la violencia, la mentira y el dolor. Nos había conmovido no tanto su indefensión ni sus lágrimas lastimosas, como atisbar la depravación en un cuerpo de niño, adivinar el rostro de la muerte en una cara en la que ni siquiera asomaba el bozo. ¿Quién o qué le había arrebatado de sus juegos de muchacho? A su edad, pensé, aún iba yo buscando nidos por las orillas del río.

Puede que algún día se borren de nuestra memoria la triste escena de esa paliza y las máscaras de la infamia, pero jamás olvidaremos el sórdido fotograma, aquel instante en que el chico abrió la portezuela del coche. Ninguno de aquellos tres lamentables actores de su propio drama hablaba ya. El chico se adelantó, abrió la puerta y dejó pasar al que le había pegado. Luego subió él, sin conciencia de que ese en el que entraba, y no otro, era un infierno más sutil que todos los infiernos, el de su debilidad.

Mientras hacía tiempo en un café de la Gran Vía, escuché sin poderlo evitar la conversación que mantenía una puta histórica con su cliente, no menos histórico. Y aunque me parecieron algo apolilladas y polvorientas, cada una de sus palabras todavía se abría en el aire causando la misma sorpresa que viejas rosas de trapo en las que alguien vertió, hacía cien años, esencia de *patchulí*. Quién sabe si también un aleteo de mariposas muertas hace tiempo, apolilladas, de colores extintos.

HOY me han llegado, remitidos por un amigo, un par de artículos

de X publicados en un periódico de provincias, en el Norte, periódicos de esos que se cree uno que no se van a leer en Madrid y en los que la gente dice de verdad lo que piensa de las cosas con mucha alegría y despreocupación, fumándose un puro.

Son dos alusiones muy violentas contra uno. Quiero decir: contra mí, aunque comparado con lo del otro día de la somanta al macarra, resulta blando plumón gongorino, sobre todo por el estilo, que es retorcido y lo entenderán, si acaso, los del oficio.

A mí me ha extrañado, porque ese X me telefonea de vez en cuando para decirme lo solo que está en «esta ciudad de m…». La gente de fuera siempre llama a su ciudad «ciudad de m…», yo no sé si porque se creen que Madrid es la casita de chocolate o porque se supone que tú eres el hombre más feliz del mundo por ver el chorrito de la Cibeles y los dos leones. No se puede hablar mal de lo que te da de comer. Eso lo saben hasta los feriantes de las tómbolas, siempre con sus tristes baterías de cocina a cuestas y sus muñecas ciegas y sus agudas copas de *duralex* para beber champán.

X me telefonea un par de veces por semana y cuando viene a Madrid lo primero que hace es pasarse por mi casa. Entonces, sin que yo se lo pida ni cosa parecida, hace grandes elogios de uno y de los libros de uno. Por eso me ha costado creer que se refería a mí.

Al leerlos mi primera reacción fue: «Me da igual». Pero no era verdad. Era ese «me da igual» que decimos cuando nos han clavado el estoque por la espalda. El «me da igual» no de la indiferencia, sino del despecho. Y me han puesto triste y me han deprimido, por lo que vine corriendo a escribir sobre ello, como el que después de una picadura de serpiente se chupa la herida y escupe lejos, antes de que ese alcohol venenoso me hiciera efecto. Alcohol, porque desinfecta y desengaña; venenoso, porque corrompe la sangre al mismo tiempo.

Me ha venido a la memoria su aspecto. Es de los que se pone pajarita, que con cuarenta años son ganas. Eso tiene que ser, me digo, porque la pajarita da cierta unción literaria en provincias. Es curioso constatar cómo, si eres amigo, las corbatas de lazo te dan igual, pero cuando no, uno rompe esas treguas del gusto y no deja pasar ni media en lo que se refiere a corte, confección y complementos.

Una de las obsesiones de este X era, y supongo que seguirá

siéndolo, un crítico conocido de la capital. Cuando nuestro hombre viene de su negra provincia de Flaubert, lo invita a comer, con la secreta intención de inducirle una crítica favorable, pero jamás ha conseguido del crítico nada que no fuesen unas cuantas líneas de compromiso. Solo consigue emborracharse.

Es curioso que hasta los más listos de provincias creen que en Madrid se trepa en las mesas y en las camas, como en la Roma del papa Borgia.

Tampoco sé si hago bien ahora contando estas inenarrables miserias del corazón humano. Dice uno: he de procurar ser un hombre bueno, en el buen sentido de la palabra, pero luego resulta que no se puede más que aparentar el canalla o serlo. Eso sin tener en cuenta lo único que de veras me importa: ¿Qué le voy a decir cuando me llame de nuevo hoy, mañana, dentro de quince días, sin sospechar siquiera que esos dos artículos han caído en mis manos? «¿Qué tal, amigo mío», como aconseja el cinismo de Stendhal; indiferencia, como me propone M., o «Dios te ampare», que es lo que dictan las leyes de la estafa? Pobre miserable.

Lo de esos dos artículos me colocó en tal disposición de ánimo, que dejé todo tal como estaba y me tiré a la calle. No sé a qué. Quizás a encontrar la paz de espíritu que no encontraba en casa. Seguramente.

Fui andando Alcalá arriba, hasta Sol. Eran las seis de la tarde y el cielo empezaba a oscurecerse con un negro invernal. Me iban entrando la gente, los coches, los escaparates por los ojos como debe correr la morfina por las venas del desahuciado. Poco a poco me fui olvidando de estos dos artículos, como si una lluvia muy fina y persistente los fuese desliendo. La vida empezaba a ejercer sobre mí sus efectos narcóticos. En la puerta de las Calatravas había un mendigo. Le eché cuarenta duros y muchas monedas sueltas. Lo que llevaba suelto. Eso me dejó muy bien. Quizás sentía la necesidad de ser generoso con alguien porque recordaba todavía que no lo habían sido conmigo.

Enfrente de lo que fue Dirección General de Seguridad había también otro mendigo. Estaba de rodillas, con un cartel que le colgaba del cuello. Leí el cartel. No estaba mal. En cinco líneas, resumida, una novela, pensé. Qué afán. Pensar en una novela, me llevó a pensar en novelistas y a pensar en literaturas y periódicos, y

otra vez en X. Y lo mismo que al otro mendigo le eché unos duros a este, no sé por qué, me entraron ganas de darle de bastonazos, si hubiera llevado bastón, por ponerse de rodillas, por colgarse al cuello un cartón con una novela mala, no falsa, que supongo que también, sino mala, y por recordarme a X…

Al llegar a Ópera había mucha animación y cuando doblé el Real vi colas de gente que se preparaban para entrar a un concierto. Me fijé en la cara de todos. Estaban felices, con la expectación pintada en el rostro. Nadie tan feliz como un melómano. No se encontrará a nadie que se conforme con menos. Les parece todo bien, Beethoven, Brahms, Brückner, Mozart, Wagner, Lutovslaski… Van a un concierto de esos donde mezclan de todo eso un poco, y se les ve aplaudir furiosos al final de cada una de las interpretaciones. Luego salen a la calle y todavía conservan fuerzas y tiempo para comentar en las tabernas de al lado los pasajes más memorables, que tararean como si oliesen una salsa humeante y muy apetitosa.

Creo que al pasar a su lado los melómanos me miraron con una vaga lástima por no pertenecer a su selecta galería. Me alegro de veras de que haya podido yo arrancarles ese sentimiento. Se habrán comparado conmigo y habrán salido satisfechos de esa comparación. Esta tarde he decidido dar limosna a todo el mundo.

Luego pasé entre las estatuas blancas de la plaza de Oriente. Esta vez yo creo que quienes me dieron limosna a mí fueron ellas, tan serenas, tan mudas y reales, que me debieron de ver como un pobre hombre, urgido por no sé qué pasos perdidos. Crucé Bailén con cierta prisa. Tenía la esperanza de recoger las últimas luces de la tarde asomado a los jardines de Sabatini, esos azules del Guadarrama, azules de faisán antes de echarse a volar. Cuando llegué era enteramente de noche y brillaban las bombillas por todas partes, sembradas a voleo, y me ha parecido que con desgana, y también la mancha negra y solemne de la Casa de Campo.

«Bueno», me dije, «a la derecha tienes el puente de los suicidas, el Viaducto; enfrente, por donde has venido; y a la izquierda, nada, ganas de alejarte más y más». Tomé un taxi y volví a casa.

Hace un rato hablé por teléfono con Z, que es amigo íntimo de X. Sabía ya lo de esos artículos, pero ha tardado un buen rato en reconocerme que los conocía, porque reconocer que estaba al corriente le ponía en un paso difícil. ¿Cómo justificaría entonces el

hecho de que me los hubiera ocultado? Después de otros diez minutos en que negaba, se ha resignado a que yo sepa que él sabía, etc. Cuando los dos supimos eso, nos quedamos en silencio. ¿Qué dirección toma uno cuando se llega a ese punto? ¿El puente de los suicidios, el camino de siempre, la nada?

¿He dicho antes tristeza? Esto no es más que una espinilla, restos de adolescencia, igualmente desagradables, igualmente humillantes y no menos perturbadores.

Se ha muerto Giménez Caballero y en los periódicos hay unos artículos tibios. Se nota que nadie quiere ahora decir dos palabras amables de su vida ni tampoco de su obra, ni comprometidas, para no comprometerse. Las notas biográficas eran neutras, como la lejía. Por debajo de todas ellas se percibía el desdén corrosivo, la distancia, el miedo al contagio, desinfectado con cinco epítetos asépticos.

Durante unos años fuimos a visitarlo unos cuantos amigos. En una ocasión alguien me advirtió que «la derecha contaminaba», y era cierto, por lo que pude comprobar yo mismo. Nos encontrábamos en los jardines de la Zarzuela, cuando los Reyes recibían a los escritores allí el 23 de abril. En esos cócteles la gente formaba grupos y los desformaba, sin gran perseverancia, y como yo no conocía a nadie, me dediqué a observar a la gente y a mirar por encima de unas verandas que dan al picadero real y a unos huertos, con un Madrid de Canaletto al fondo, que da mucho gusto y contento contemplarlo. Eso me entretenía de sobra. También miraba a la gente, y descubrí entre aquella multitud protocolaria a Giménez Caballero con un vaso de limonada en la mano y su cabeza de miope muy echada hacia adelante, que parecía cabeza de tortuga sacándola de un caparazón cargado de espaldas. Giménez Caballero iba solo y se le veía que quería integrarse en cualquier corrillo, pero no lo conseguía porque todos los cortesanos a los que se acercó se evaporaban al momento, en cuanto le veían asomar su nariz semita por encima de sus hombros. Alguna persona de su edad o del viejo régimen llegó a tener con él pocos miramientos, porque en el momento en que se le oía decir a Giménez Caballero «eh, tú, fulano…», el fulano se daba la vuelta y le dejaba con la mano levantada como un orador sin auditorio… A mí todavía no me había visto, de manera que me puse a tiro y pasé con él una velada

aburrida, porque el Giménez Caballero de aquella tarde no tenía mucho que ver con el que yo conocía de otras muchas veces de su casa de la calle Guadalquivir.

Allí, en su estudio, nos recibía por las tardes para hablarnos de las memorias que dictaba por las mañanas a una mecanógrafa. Se le veía satisfecho de su vida. Tal vez fuera ese su principal error: creer gigantes, sin la grandeza de Alonso Quijano, todos los molinos de viento, por el hecho de habérselos encontrado en su camino: desde la famosa boda Hitler-Pilar Primo fabulada por él hasta menudencias de orden doméstico. Él, al contrario que don Quijote, había debelado a los humildes y ensalzado a los soberbios. Por otra parte, daba toda la impresión de no haber sufrido nunca en su vida. En eso sí que era un auténtico vanguardista, pues los vanguardistas son seres entusiastas a los que la realidad no afecta, ni la muerte, y mucho menos la vida, que para ellos no existe como no sea en forma de museo, o número monográfico de una revista, o manifiesto, o tal entrevista en la televisión o tal homenaje, lo cual les da todavía más bríos para vivir y no sufrir y no pensar en la muerte.

Cuando yo lo traté, Giménez Caballero todavía encontraba cada día en los periódicos al menos una docena de noticias de política internacional, nacional o regional que según él confirmaban otra docena de importantísimas tesis, teorías o sospechas suyas formuladas ya en 1921 o en el 27 o en el 52… Quizás tuviera razón. Su incontinencia verbal había sido siempre grande, y era un hombre contradictorio, capaz de creer no ya lo blanco negro, sino que lo blanco era blanco y negro y lo negro, negro y blanco, a la vez, según circunstancias.

Después yo dejé de verle. Fatigaba. Sus tártagos, sus chistes, sus ocurrencias se volvían romas. No tenía nada más que su historia, su batalla. Una vez contada, nada podía interesarte de él, porque la historia resulta siempre una pasión muy corta. Siempre me pregunté por qué razón un hombre como él, con evidente talento para la literatura, se había extraviado tan tempranamente. Hoy me aburren hasta sus libros vanguardistas, sus charadas, que me parecen como los tubos cromados de los muebles *decó* de esos mismos años: huecos y fríos. Decepcionaba que habiendo podido ser tanto, fuese tan poco: muchos con menos, hicieron unas carreras fulgurantes. A

él su «Gaceta literaria», su «Robinson», su «Cine Club» le sirvieron de poco. Quizás porque se le adivinara la indignidad debajo de la chaqueta: indignidad y corruptelas de su imprenta tras la guerra, en sus embajadas, en los consejos de administración de sus empresas… Lo primero que saltaba a la vista a los dos minutos de estar hablando con él era lo mucho que había adulado a lo largo de su vida: a los fascistas italianos, españoles, a Franco, al político de tumo, al que tenía en ese momento delante… Tanta adulación tenía por fuerza que haberle envilecido algo. A cambio, como suele ocurrir, obtuvo el desprecio de todos: desde luego los fascistas españoles, los Foxá y los Sánchez Mazas, lo despreciaban con soberana y monárquica ostentación. Otros por tarabillas y payaso. En una ocasión me dijeron que también por judío. Puede ser, que aquella gente cuando se ponían a despreciar no se paraban en menudencias.

Durante los últimos años de vida, su actividad periodística se apagó, no tanto por él como por los directores de los periódicos, que arrojaban dos o tres artículos suyos por semana al cesto de los papeles. En cierto modo su vida fue siempre eso, un «¡soy Giménez Caballero!», gritado ante la incredulidad de los más jóvenes y la hilaridad de todos. Su pregunta más recurrente era: «¿por qué a Tovar, a Torrente, a Laín, a Rosales, a este, al otro, a aquel, que fueron tanto o más fascistas que yo, les van tan bien las cosas?». Amenazaba: «Lo contaré todo». Y resultaba que aquel todo era bien poca cosa, y ninguna que no supiéramos.

Cuando nos vio aparecer a nosotros en el horizonte yermo de su vejez, se encargó de escribir en todas partes que le habían salido unos discípulos. Esto creó divertidos malentendidos y algunos empezaron a escarnecernos llamándonos fascistas, lo cual, después de haber hecho guardia en garitas mucho peores, nos divertía, no tanto porque fuese falso, como para escandalizar a las beatas ortodoxas del marxismoleninismo y demás progres del momento.

De modo que tuvo que resignarse a no tener discípulos, pero en cambio le salió un nieto medio literato, que le proporcionó serios disgustos estos últimos años de su vida. Este nieto tomó la costumbre de ir sacando, como las hormigas, uno a uno los libros de la biblioteca de su abuelo, naturalmente a sus espaldas, para malvenderlos luego en la Cuesta de Moyano o a algunos amigos. Así

hemos visto correr de mano en mano tomos de la «Gaceta», cartas de Gómez de la Serna, manuscritos, primeras ediciones dedicadas… Hace dos años compré en el Rastro *Imagen* de Gerardo Diego dedicada a Gecé. Estaba encuadernada junto con una novelucha francesa en el mismo tomo, que hay que ser muy animal para hacer una cosa así. Me pidieron doscientas pesetas y di cien. Luego arranqué la novela y me quedé con *Imagen*…

Me ha parecido muy triste este final, cuatro notas en los periódicos, polvo, nada. Giménez Caballero podía no gustar, podrían criticársele sus actuaciones políticas, literarias, personales, pero él era eso tan complejo que es el disparate, nuestro disparatado carácter nacional. Y eso bien merecía un poco de pasión. Y todo ese talento suyo monstruoso, genialoide habría que haberlo explicado, y no tanto por él, sino por nuestra raza, por lo que somos todos un poco en España.

Tal vez el único que le entendiera bien en esta vida fuese Bergamín. Pero Bergamín lo comprendía y en cierto modo lo quería y ya digo, no tanto a él, que no podía querer a un ser moralmente tan… contrahecho, como por entender Bergamín y aceptar una pasión, lo que de excesivo y apasionado había en la vida del viejo fascista.

Como no creía en la muerte, no sé si el tiempo le librará a él y a sus libros del olvido y la muerte. Por otro lado era la suya una combinación rara: cándido y malvado. Que Dios se apiade de su alma, después que aquí tantos se apiadaran de su vida.

ME ha llamado X desde su «negra provincia de m…». No le he dicho nada. Ha sido como cualquier otra vez. Estaba de muy buen humor. Parece que las cosas empiezan a irle bien. Me alegro a pesar de todo. Hemos hablado como siempre. Creo que ni siquiera le guardo ya rencor por esos dos artículos. Todo bastante triste.

«AQUEL hombre estaba cansado y/o confuso», leo en una revista. Para mí los que escriben «y/o» son como los que se dejan crecer la uña del dedo meñique con el fin de rascarse la caspa muy finamente.

LLEVAN los periódicos dándonos la murga sobre el centenario de Gómez de la Serna varias semanas. Lo peor que puede pasarle a un escritor no es que todos tengan una opinión de él sin haberle leído. Lo peor es que se crean en la obligación de dárnosla.

Abundan en lo que es ya un lugar común: que nadie lo lee. Ninguno dice la causa, sin embargo. Y la causa es bien sencilla. Para Gómez de la Serna la literatura siempre fue más importante que la vida. Jugarretas de la vanguardia. Ahora la vida le responde: «si te he visto, no me acuerdo». *Eppur si muove*…

UNA de las deudas que todos hemos contraído con Gómez de la Serna es que nos ha hecho creer a todos que alguna vez se nos había ocurrido una greguería inédita y genial.

Al pasar por la calle de Hortaleza, he visto en la tapia de un solar, esquina con Gravina, sucio y medio arrancado, este viejo cartel: «Hess ha muerto. Ahora ya es libre». He recordado lo que Speer decía de él en su *Diario de Spandau* y las imágenes en blanco y negro que de él habían difundido. Solo, paseando entre rosales helados del jardín de la cárcel, con la mirada de los locos. Y es lo cierto que los hombres como él no deberían morir, porque no deben andar sueltos, ni siquiera en el más allá.

OYENDO, leyendo a muchos de quienes hoy escriben o dicen a todas horas «democracia», me siento, la verdad, poco demócrata.

MAESTROS hasta el momento de ponerse a escribir. Después estorban siempre.

ES preferible que no te encuentren a que te encuentren en todas partes.

LA forma más depurada de aristocracia será sin duda la del brahmán, que recibe limosnas y jamás se siente humillado por ello. Las recibe porque cree que su superioridad se las merece.

UN libro solo arde mal. Necesita de muchos.

EL olor que sale al afilar un lápiz es más envolvente y arcaico que todo un bosque de cedros.

EL ingenio casi siempre es demasiado para nada.

ME gustaría haber conocido al primer hombre o a la primera mujer que pusieron una flor o una hierba entre las páginas de un libro.

«LES pauvres sont les noirs de
l'Europe».

He aquí un buen ejemplo en esta greguería de Chamfort de lo que hablábamos un día: los literatos, como Ramón, que hacen discípulos entre los muertos.

HEMOS llegado a Sevilla con lluvia, lo cual es una lástima,

porque primavera, Sevilla y este tiempo, no casan. Se me figura que es la venganza de Cernuda para con quienes hemos venido a remover sus huesos con este congreso y este álbum.

El álbum ha quedado normal, con fotos y artículos, unos mejores y otros peores, como pasa siempre. Nunca es lo que uno había pensado, pero contra eso ya está uno curado. El congreso, veremos. Hay muchos poetas, profesores, figuras notables y menos notables, que te los encuentras a todas horas por Sevilla, en un bar, en un restorán, en un compás. Como con la mayoría ni siquiera tiene uno confianza, después de tropezártelos tres veces en dos horas, terminamos todos saludándonos con un estúpido movimiento de cejas y una sonrisa forzada. Y todo el día lloviendo y todo el día metidos oyendo conferencias interesantísimas sobre las fricativas y labiales en los poetas de Andalucía oriental, y ponencias y mesas redondas muy amenas, o dando vueltas para sorprender a los mismos a los que hemos visto en las conferencias y las mesas redondas, que se pregunta uno por qué no asistirá uno más a menudo a actos de estos.

Ha habido incluso sus rifirrafes. Uno dijo que la homosexualidad era una enfermedad, algo patológico que Cernuda, si se hubiese puesto a ello, tal vez habría superado o corregido, sacrificándose un poco. Tiene gracia. El que dijo eso conoció a Cernuda en Londres y las malas lenguas dicen que fue su amante. Los homosexuales de la sala se pusieron muy nerviosos y uno, que estaba sentado al lado del que lo dijo, estuvo a punto de saltarle un ojo con el bolígrafo. A mí me ha gustado todo eso mucho, porque es lo que mañana llamarán los periódicos «una cultura viva, polémica». En el fondo es para lo que nos han contratado a todos, para hacer polémica, que es a la cultura lo que al arte culinario una de esas paellas que te sirven en un bar de carretera con arroz pasado, menudos de pollo, un trozo de chorizo grasiento y dos o tres gambas flácidas. Y los huesos de Cernuda removiéndose de espanto en su negra sepultura.

Cuando Cernuda murió los periódicos mejicanos, y no todos, le dedicaron sueltos de media docena de líneas, a una columna, con el nombre mal escrito. En España, a los quince días, salieron dos o tres artículos mediocres en revistas de esas que venden quinientos ejemplares. Su tumba, alguien que la vio hace poco, me dijo que estaba, como había querido en un poema, cubierta de malas hierbas

y de ortigas, donde habita el olvido, en el Cementerio Jardín de la ciudad de México. Qué mejicano es eso de llamarle a un cementerio Jardín. Es muy probable que de toda esa generación queden, si acaso, no más que unos cuantos poemas de este y del otro, de aquel y, con suerte, del otro de más allá. A la gente este diagnóstico sobre esa generación le pone furiosa, porque dicen: «¿Y tú quién eres para enmendarle la plana a esos genios de la poesía, a fulano, a mengano…?». ¿Yo? Nadie. Yo no pido que nadie deje de leer a V. A., si ese es su gusto. No estoy muy seguro de que los gustos no sean, esos sí, una enfermedad, o consecuencia de ella. Como las perlas. Ahora bien, lo que les irrita es que se recuerde que los grandes poetas no se han llamado nunca Aleixandre ni se podrán llamar jamás Aleixandre, aunque para que la vida siga su curso tiene que haber uno o dos aleixandres por generación, que tengan perros a los que llamen «Sirio» para decir «¡Qué feliz es Sirio, sin ayer ni mañana, solo con el hoy!», que ocupen su sillón de la academia, su premio nobel, su lugar en las antologías, y, al final, su lugar en el insobornable olvido del que jamás saldrán, como no se sale de infierno ninguno, ni del teológico ni del de Dante. No un olvido de ortigas, el único que no es olvido. Sino el otro, ese que florece entre medallas, fajines e insignias de Alfonso X el Sabio montadas en brillantes.

Yo tengo comprobado que todos creemos que el papel de Núñez de Arce y de Campoamor lo interpretan los demás. Uno, no. Se conoce que tenemos esa ilusión de que nos hagan académicos, nos pongan una corona de laurel en la frente, nos reciban los reyes en sus palacios y nos repartan cada año media docena de premios, para terminar creyendo que va a venir uno que no es académico ni tiene otro laurel que el que echa al cocido, y eso cuando lo hay, y va a decir entusiasmado: el papel de Echegaray lo quiero yo. Hasta los académicos creen que los académicos son los otros. Yo he llegado a pensar que los sillones de la Academia deben tener efectos opiáceos para el que se sienta en ellos, porque lo frecuente es que todos los académicos tienen la fantasía de que han reencarnado a Rimbaud y San Juan de la Cruz, nunca a don Gumersindo Terrones Nieto, y eso en el mejor de los casos. Incluso cuando un académico lee los versos de Rubén Darío («de las epidemias, de horribles blasfemias/ de las Academias/ líbranos, Señor») piensa que Rubén Darío eso lo dice de

broma, y se sonríe, diciendo: «je, je, con este Rubén»…, convencido de que el poeta eso lo decía de todas las academias, menos de la suya.

Toda la generación esa se ha dicho que era una generación de la amistad. Mala cosa. La poesía se escribe en soledad, contra el mundo y contra todos. O, según temperamentos, a espaldas del mundo y a espaldas de todo. Que los poetas se junten para hablar mal de otros poetas, es natural; ahora, que se busquen para ser amigos y hacer una generación, resulta peligroso, porque hasta que todo ese malentendido se deshaga luego tienen que pasar tres o cuatro generaciones, que perderán el tiempo leyendo en la escuela poemas de una insipidez antológica, como nuestros abuelos teman que aprenderse de memoria *Las cien mejores poesías de la lengua castellana*, de don Narciso Alonso Cortés, académico también, que si uno empieza a escogerlas como las lentejas no quedan ni media docena.

BIENAVENTURADO Larra, mártir, ruega por nosotros.

HASTA los relojes parados dan, dos veces cada día, la hora exacta.

LAS sonrisas son siempre indescifrables.

HEMOS venido a esta vida a dejar obras inconclusas, incompletas. Solo con una premisa así, podremos dejar libros más o menos terminados.

HE tenido que entrar en el *Diario íntimo* de Ruano a buscar un dato, que ya son ganas. Entré para un minuto y me quedé dos horas, picoteando aquí y allá. Nunca mejor traídas aquellas palabras de Mairena en el sentido de que nada había menos íntimo que un diario íntimo. Y no tiene ningún interés ese libro no tanto porque esté mal o bien escrito, o sea divertido o aburrido lo que cuenta, como porque es una copia exacta de la vida, de su vida, con tanta lista de «fulano, magnífico amigo», tanta ciudad «perla del Mediterráneo» y sobre todo tanto menú, que se ve bien esa picaresca de Ruano de llenar otras cinco líneas del artículo enumerando los menús de todos los días porque no tiene cosa de más sustancia que poner. Y así se llegaría a lo que queríamos demostrar: que no hay diarios malos, sino vidas con las digestiones pesadas.

COMO esta mañana ha salido el sol, después de muchos días sin

parar de llover, me he tirado a la calle sin saber a qué, con ese contento que el gorrión tiene en las alas.

Cuando me dejo las riendas sueltas, las piernas, con un instinto bruto, sin quererlo yo, me llevan a la Cuesta de Moyano, pradera de ricos pastos.

Los árboles del Botánico que no han florecido todavía, tienen todos sus yemas señalando el cielo, lo mismo que las chicas del instituto Isabel la Católica con las que me crucé, que parece que cuando se cruzan con un hombre hacen un esfuerzo torácico para que sus teticas duras de cabra se marquen bajo la blusa, sin quererlo ellas.

En la caseta de X había mucha gente. Es la caseta que yo prefiero. Me gustan los libros baratos. Me hace la ilusión de que sean baratos y creer que ha logrado uno descubrir un tesoro o que uno, *flâneur* baudelairiano, vive hace cincuenta años, cuando los libros costaban cuatro duros, como un bistec con patatas o un café con media tostada, patrones estos para medir bohemias.

Esa caseta suele estar todas las mañanas como las canteras brasileñas donde la gente busca esmeraldas, donde los *garimpeiros* se pisan unos a otros y se dan codazos por esa ansiedad, bajando y subiendo los vacies descomunales, donde todos, rebozados de cieno negro, parecen voraces hormigas carniceras.

El rito es siempre el mismo. Llega el librero temprano con dos docenas de paquetes de libros, folletos y revistas muy bien atados con cuerda de pita, y allí, a la vista de todos, los desata y los va tirando al tablero. Al principio parecen esos peces que sacan los pescadores del mar, jureles, chicharros, bocartes, pegando saltos de mil demonios en el vientre de las redes colmadas. Todo pescado azul, si se quiere, pero muy nutritivo. La gente en el momento mismo en que el librero abre esos trasmallos, mira saltar y brillar como la plata los libros viejos, y se arremolina y todo son brazos que se lanzan sobre este o el otro, que es como si quisieran cazarlos al vuelo.

El librero mira siempre nuestros afanes con una sonrisa muy paternal y absolutoria del hombre que se siente no superior pero sí generoso y comprensivo con las debilidades humanas. Él sabe que vende los libros más baratos que nadie, pero eso a él le da igual porque tiene su negocio montado así, que compra barato y mucho

para vender mucho y barato. Nos va tirando la pesca revuelta, y cada cual hace lo que puede, mientras tiene él que abrirse paso entre la clientela con un constante y paciente «un momento, por favor, calma señores, un momento, déjenme pasar».

Vista en frío esta escena es deprimente, esta ansiedad loca, este hervor de larvario. Pero ya todos nos conocemos bien desde hace muchos años y protagonizamos tan lamentable voracidad sin apercibirnos de ella, como cosa ya natural, por lo mismo que al drogadicto no le dan ascos que otro se pique el brazo con una jeringuilla a su lado mismo. Pero al que no se droga ni sabe de paraísos artificiales, la escena le parece muy penosísima.

Penosa o enternecedora, porque los libros que a cada cual le hacen feliz un instante suelen ser todos de una gran utilidad, de esos que uno va a casa corriendo para leerlos, un manual de mecánica cuántica, una mala traducción de Gobineau, una novelucha, unos cuentos ilustrados, un raro y extraviado libelo de Marinetti, que como se ve son todos libros, por lo general, para morir luchando por ellos en esas cargas que se lanzan cada mañana allí…

A mí este librero me parece muy singular y me cae bien, mejor que la mayoría, que los que no son horteras, están locos de remate o se dejan larga la uña del dedo meñique para pasar las hojas, sin contar con que analfabetos son una gran parte. Él es lo que es. Se le ve por fuera lo que es por dentro y en casi veinte años no le he sorprendido nunca un renuncio, pues parece persona cabal en lo suyo. Ese oficio de librero de viejo está tan lleno de triquiñuelas que en su código deontológico pueden darse tantas leyes como excepciones y lo que una vez es ley, otra es excepción. Por eso encontrar a alguien con principios firmes es cosa rara.

Su físico resulta pintoresco. Es gordo, fornido, con un aspecto muy saludable, de complexión fuerte, la cabeza enérgica, redonda, con un cuello de toro y una calva tartárica, y trata a todo el mundo un poco a patadas, pero de usted. Menos a los colegas libreros. A los otros libreros de viejo que le tienen a él por caladero donde llenar sus bodegas los trata igual que a todo el mundo, si no peor, pero de tú. A los demás, joven, viejo, grande o pequeño, nos trata a todos de usted, aunque te conozca desde hace veinte años. Te trata de usted no tanto para respetar como para que lo respeten. Con nadie hace

excepciones; no aparta, no reserva, no especula. Es generoso y detecta a una legua servilismo o unción, pero nunca se desdice ni blandea. Eso está bien.

Siempre lleva puesto un guardapolvo azul, de tela de mahón, como los antiguos mozos de estación o los dependientes de ultramarinos. En invierno, para protegerse la calva, se calza un gorro ruso de piel de astracán, que le da un aspecto feroz, porque la coloración de su piel es sanguínea, que parece que acaba de participar en una degollina o que se dirige a ella.

Su negocio resulta movido por las mañanas. Por las mañanas es cuando tiene siempre lugar esa escena de la pesca de cerco. Por las tardes, en cambio, aquello parece una balsa de aceite.

En verano, por las tardes, se sienta en una sillita de tijera debajo de una acacia que hay allí al pie del tablero y se está a la sombra viendo pasar la gente y sudando, y compone una figura costumbrista, de esas de las que convendría hacer unas cuantas fotografías antes de que desapareciera.

Yo lo he conocido toda la vida haciendo y deshaciendo paquetes. La mayor parte de los libreros de la cuesta son unos gandules, que no hacen más que mirar cómo crían musgo los libros que tienen metidos en las casetas o venir al puesto de este librero a comprarle por diez lo que a continuación remarcarán ellos en ciento veinte. A X eso le da lo mismo. Lo sabe y le da perfectamente igual. Incluso no sé por qué tengo la impresión de que mira con desdén a los colegas que le compran a él libros, como se miraría a un parásito.

Se ha pasado toda la vida cargando y descargando paquetes en el maletero de su coche. Un día le oí decir que por sus manos había pasado un millón de libros y traté de imaginar cuánto sería un millón de libros, y no lo pude calcular, pues me perdía a la mitad. Como no es ansioso le da igual que hayan pasado por sus manos la primera edición de los Diez Mandamientos o el menú de bodas del rico Camacho. Para él todos los libros valen más o menos lo mismo. Si le ha costado uno, lo vende por dos. Si le ha costado dos, por cuatro y así, doblando el precio, con todo lo que compra.

Ha sido toda su vida un entusiasta de Franco y allí, en su terreno, eso lo dice en voz alta, con gran aplomo, a lo baturro. Una caseta más arriba, una caseta más abajo, no sé. Pero en la suya no

tiene empacho en decir lo que es, piensa y siente a todo el que quiera oírle su voz recia, que todos los que no piensan como él se callan y nadie le lleva la contraria, porque da toda la impresión de que tiene muy malas pulgas para esas novelas.

En la Cuesta hay dos o tres viejos libreros muy de izquierdas, que lo son o que lo han sido o que dicen serlo. A veces X se divierte en someterles a uno de sus comentarios extremistas, pero esos viejos republicanos se muerden la lengua y miran de mal humor al suelo, pero no responden nada a ese chantaje, que consideran una provocación, porque prefieren seguir comprándole libros que enemistarse por política con él. Incluso le ríen las gracias indignamente, con intención aduladora. «Que cosas tienes, mengano», le dicen, y hacen un esfuerzo intestinal por reírse un poco y sacudirse los hombros. Nuestro librero sabe que son risas aduladoras e interesadas, pero no se quiere privar de esa pequeña humillación que inflige a sus colegas un día sí y otro también y entonces suele largarles, como aceite de ricino, otro más de sus comentarios para completar la ración doble. Y presenciar esto resulta de gran amenidad y diversión.

Yo algunas veces he sido testigo de una tertulia que se le forma allí, alrededor de su puerta. Una tertulia de pie, que tiene los libros viejos como disculpa y fondo. La componen un general retirado, un cura que me gusta a mí bien poco y al que le tengo ganas, y él. También hay otros tertulianos esporádicos, pero no tienen la familiaridad de ellos. Se ve que les une ese entusiasmo por Franco y el antiguo régimen, mientras alguno de los libreros rojos, que escucha pero no interviene, está atento únicamente a los paquetes que el librero va abriendo. Es una tertulia peculiar. El librero deshace paquetes, mira los libros, va al tablero, los tira, apunta en un libro de asientos lo que va vendiendo, fuma un cigarro, desata otro paquete… Todo esto sin interrumpir el hilo de la tertulia, que por la idiosincrasia del negocio y el establecimiento, tiene que estar forzosamente constituida por frases cortas y muchos sobreentendidos, a fin de hacerla compatible con ese trajín de deshacer paquetes, ir al tablero, volver, anotar en el libro y todo lo demás, mientras el general y el resto siguen al librero en comitiva en cada una de sus cortas idas y venidas al tablero para ver lo que este ha dejado allí. Solo entonces, cuando el librero arroja los libros

en la batea, queda la tertulia interrumpida durante breves momentos, que aprovecha todo el mundo para escarbar en los libros que ha dejado, mientras hacen bueno aquello de que oveja que bala, bocado que pierde. Luego siguen hablando de lo que estuviesen hablando como si tal cosa, estacionados junto a la puerta de la caseta.

El cura les trae unos panfletos que se los larga bajo capa. Al reverendo se le ve ya en la montura de las gafas que es un buen elemento. Viste de paisano, con un sombrero negro de pelo de camello y un alzacuello impoluto y almidonado, lo mismo que sus manos, también almidonadas e impolutas, que parecen que no han hecho otra cosa en la vida que absolver los pecados de las personas y bendecir escapularios. Estoy convencido de que ese cura se encuentra muy señor, con esos panfletos saliéndosele de los bolsillos.

En esta tertulia uno oye a veces cosas insólitas que tiene uno que hacer como que no oye, porque si uno las oyera tendría que intervenir, y eso no tendría objeto porque allí se va a comprar libros y no a perorar sobre esto o lo de más allá. Un día le oí decir al general, a propósito del *apartheid* de Sudáfrica, que los negros tenían que apencar con aquello, porque cuando llegaron allí los blancos, los negros estaban todo el día tirando flechitas y comían la carne cruda a mordiscos. Me acuerdo muy bien que dijo flechitas y que a Sudáfrica lo seguía llamando Rodhesia, no sé por qué mezcolanza geográfica. «¡Estaría bueno que ahora que les hemos enseñado a coger una cuchara, les dejáramos toda la fuente a los negros, estaría bonito!». Hablaba en primera persona como de negocio que le atañera grandemente y tuviera él invertidos en las minas de diamantes todos sus ahorros. El clero echaba leña al fuego y después de dejar sentado que todos éramos hijos de Dios, aseguró que cada uno tenía en la vida que cumplir el papel que Dios le había asignado y que era obcecación, soberbia y gran pecado querer salirse de madre. El librero recuerdo que no dijo nada a todo esto, porque sacándole de la política nacional y tres o cuatro principios generales, lo demás le trae al pairo, incluidos los negros del África.

Recuerdo bien este episodio porque no sé cómo la mirada del general se mezcló en un momento con la mía. Parecía reclamar mi asentimiento. Contesté con una vaga, inarticulada e imprecisa

expectoración que no quería ser amable, pero tampoco hostil, sonreí y seguí revolviendo libros. Por escenas como la que acabo de contar a uno se le hace muy simpático el San Pedro del Huerto de los Olivos.

Otros días encuentro al general y nos saludamos con afabilidad, porque quitando eso, que es mucho quitar, es un hombre simpático y al que su bibliofilia redime un poco de toda esa brutalidad del militar español. Al páter, en cambio, no lo he saludado en mi vida, ni pienso saludarle. A ese no le gustan los libros. Ese va allí a combinar, a preparar el camino de la Cruzada y algún día un exaltado le va a arrear en el cogote un buen estacazo que le van a salir las muelas por delante. Si aún vistiera sotana, todavía. Pero con su traje negro de chupatintas y su sombrero de pacotilla no parece ni cura, sino un siniestro empleado del Santo Oficio.

También va por la caseta otra gente variopinta, los otros libreros que ya he dicho, gentes de paso, dos o tres aficionados, corredores de libros y un fraile cleptómano que tiene el pobre esa enfermedad de llevarse entre las telas del hábito los libros que roba, que es algo que nos da lástima a todos.

Algunas veces yo he llegado a la caseta cuando no había nadie más que el librero y me han dado ganas de preguntarle por su vida. Alguien que anda mezclado todo el día con testamentarías, herederos y gente que vende sus libros, seguramente está en el secreto del alma humana. A menudo le dan un aviso para comprar una biblioteca, va, y se encuentra con que es la de un viejo cliente suyo, que acaba de morir. Es el río de la vida, girando como un tiovivo. Yo no me atrevo a preguntarle nada, porque no es persona que dé pie a las confidencias, reacio siempre a las efusiones y a la familiaridad. A veces me ha parecido, cuando no tiene esa combatividad de requeté, un hombre taciturno, sitiado, como nosotros por la nuestra, por su propia historia. Tiene la afición de coleccionar todo libro, impreso o recorte de prensa que trate de libros, de bibliotecas o de imprenta. En eso gasta una fortuna, lo que gana con todo lo que vende, y se ve bien que en él eso es más ilusión que ciencia.

Es soltero, tiene cerca de sesenta años y me parece que hasta hace poco vivía con su madre, pero su madre también se le ha muerto. Está todo el día en esa caseta, desde que sale el sol hasta

que se mete, inviernos y veranos, y nunca se va de vacaciones. A la hora de comer tapa los libros con un plástico, cruza el paseo del Prado y se mete en una casa de comidas. Luego vuelve y espera a que el sol se ponga. Una vez me contaron que después de cerrar la caseta se iba a jugar una partida de cartas o de dominó con otros libreros a una de esas tabernas que hay por Atocha que tienen mesas de *fórmica* y una luz de neones anémicos. Yo no le he visto nunca ni deprimido ni triste, porque su carácter es un carácter coriáceo, pero justamente son esas personas de las que a uno le gustaría conocer su vida, contradictorias, con ideas firmes y una existencia en precario, hecha de gentío y soledad. Me gusta verle hecho de una pieza, tan barojiano, con su palabra de hombre cabal y sus extravagancias.

Si algún día se publican estas líneas y llegan a sus manos, que llegarán, porque siempre hay un alma caritativa y espuria, no sé si le parecerán bien o mal. Le parecerán bien y mal, porque uno no termina nunca de resignarse a que los demás nos vean con sus propios ojos. Pero qué puede hacer uno. Me conformaría con que siguiéramos tratándonos de usted y acercándome yo de vez en cuando por su caseta, cuando aquí, en esta torre mía, le sale musgo al marfil. Quién sabe. Lo mismo no vuelve a venderme un libro.

Yo esta mañana he comprado la primera edición de *La desheredada*.

Lleva ya dos meses saliendo aquí la biblioteca de Manuel del Palacio, aquel de quien dijo Clarín que era «medio poeta», cuando dijo que «en España solo había dos poetas y medio», Campoamor, Núñez de Arce y Manuel del Palacio. ¡Dios mío, las frases! El ingenio lleva en su pecado la penitencia. Ser Clarín para decir eso.

Me he vuelto a casa con mi compra debajo del brazo, mirando los botones de los árboles, mirando, sin quererlo yo ni quererlo ellas, los botones pimpantes de las adolescentes, y me ha parecido que una cosa que me ha costado tan barata como ese libro viejo me hace feliz, que ya son ganas de creer en algo.

A todo el mundo se le ha ocurrido componer un vals cuando va en tren y pasan a su lado compases de los postes y el pentagrama de los cables de la luz.

Los libros deberían tener un poco de todo, como las almonedas y los guisos de las ventas, de la misma manera qué las buenas tisanas,

dicen, tienen como mínimo siete clases de hierbas.

POR debajo de todo dolor, hay siempre otro dolor que nos conoce bien y puede hacernos algo más felices, y al descubrir el mío esta mañana, he visto que me gustaría llevar la vida de mis filósofos pobres, mis Montaigne, mis Leopardi, mis Unamuno, Nietzsche, Pascal… No esos otros filósofos que hablen de lo que hablen siempre empiezan preguntándose si lo que vemos es real o no o si un buey puede ser una persona o si podemos tener la absoluta certeza al salir de una habitación de que las sillas siguen en su sitio y no desaparecen. No. Los que te dicen: no eres feliz, no lo serás… pero eso no es del todo malo.

LA diferencia entre un creador y alguien que no lo es, entre un poeta y un hombre corriente y moliente, se encontraría en estas palabras de *Un asunto tenebroso*, de Balzac: «El conspirador piensa sin cesar en su propia seguridad, mientras que la policía solo se despierta a sus horas de trabajo».

EL Magasca es un pequeño río de mi tierra extremeña, que en el mes de junio se seca y le quedan solo unas pozas de agua verde donde hacen gimnasia las ranas, y por las noches, acompañadas por sus cantos de flauta, se salpican de agua las estrellas muertas. En los pasajes estrechos se podría saltar de una a otra orilla con pasos que cruzan la Vía Láctea, e incluso en invierno, cuando baja crecido, da un poco de lástima, de tan modesto que es. Hasta hace cien años lo atravesaba un puente gótico de piedra y un camino de herradura. Mejoraron la carretera, que pasó a ruta de coche de línea y entonces arrumbaron el viejo puente, poniéndole al lado uno de esos pontones algo mostrencos que ganaban unas elecciones de las de entonces y que es el que se sigue usando todavía. Día vendrá en que a este también le arrumben otras elecciones y entonces este puente que ahora usamos tendrá su poeta y su elegía.

Cuando se va en coche puede verse el viejo puente abandonado, a un lado del nuevo, que ya es viejo también, y un trozo del camino polvoriento que ya no lleva a parte ninguna, en el que han crecido jaras y otras matas silvestres.

El Magasca es el río más bonito de todos, porque como decía Caeiro, es el río que pasa por mi pueblo, y tiene uno o dos meses al año que ni el río más historiado como el Danubio, ni el más clásico, como el Tíber, podrían comparársele. Son esos meses en los que al

pasar se le ve allí, con su arco de piedra y toda el agua quieta y florecida, cubierta con un manto de pequeñas margaritas blancas y amarillas. Al verlo se le encoge a uno el corazón, como al hombre se le encoge el corazón cuando vuelven los vencejos o las primeras nieves. Desde hace años, cuando de nuevo me topo con el fenómeno del agua florecida, con el agua bordada de margaritas diminutas, tan blancas y con su florín de oro en el centro, me sobresalto y me parece que es la primera y la última vez que mis ojos habrán contemplado y contemplarán algo tan prodigioso. Y me gusta pensar que solo el agua quieta, el agua muerta florece, el agua de los pequeños ríos. Solo el agua de los ríos de pueblo, que ni en los mapas vienen, sirve para que las estrellas se reflejen y vivan en ella las ranas, y se cuaje de flores y, a la tarde, cuando la madreselva pugnaz lo llena todo de bálsamos montaraces, bajen a abrevar en ella los dos o tres rebaños de la localidad. Y ese oscuro simbolismo me contenta tanto que me parece que tengo que escribirle un gran poema, inmortalizar mi río Magasca, solo mío, y escribir yo también en sus aguas paradas el nombre de mi novia y el mío propio como hacen los adolescentes en el tronco de los álamos con la punta de una navaja. Sería un poema que hablaría de eso mismo, de que nada que no ha muerto puede florecer, del alma pura que brota del agua negra y de la pena negra, que más que fuentes, son también ellas charcas de río pobre, pozas verdes para las flores rústicas… De ese poema tengo, ya hace años, solo los dos primeros alejandrinos, ese hilillo de agua que se estanca, y aunque el poema sea como mi río, modesto, de pueblo y que no crece, lo veo florecer y me parecen los dos versos más hermosos que haya poeta alguno escrito nunca a un río del universo, porque son versos locales, y aunque parezcan tristes no lo son, y por lo mismo, porque nada de lo que nos ocurre en nuestro pueblo podría no ser alegre:

Pequeñas margaritas, como nudos de alfombra,
le florecen al agua muerta de mi tristeza.

CUANDO el viento dulce y templado de la primavera menea las mieses verdes del campo, nadie podría cometer un crimen ni tener un mal pensamiento.

LA primavera en Madrid y la invulnerable adolescencia de las muchachas: por ellas uno se lo explica todo, el crimen, los malos,

los malísimos pensamientos…

HAY en Madrid un minuto de luz, al atardecer, que se oscurece en su centro como pensamiento de un *parterre*.

HE aquí tres imágenes inapelables de la desolación. Una: ese barracón destartalado que encontramos a un lado de la carretera, con un farolito rojo en la entrada y otros farolitos azules, amarillos, verdes, rojos, colgando de una cuerda floja, entre dos postes pelados, como una guirnalda; la casita blanca con puerta de aluminio y basuras esparcidas alrededor, dos coches viejos aparcados y un cartel, con caligrafía candorosa, en que se lee desde lejos: CLUB.

Dos: el tiovivo de una feria ambulante.

Tres: recorrer el dial de la radio una tarde de domingo y no encontrar sino resultados de fútbol, locutores enloquecidos, quinielas cifradas… ese sonido de la radio, ese tedio de domingo, ese olor a coñac barato en el aire y punta de puro habano.

DESPUÉS de todo el barullo de lo de Cernuda se han quedado las cosas sumamente tranquilas, que ni suena el teléfono ni nada. No sé en qué se me van los días. En nada, estar en un compás de espera. Dicho en términos musicales: un calderón sobre un silencio. Al recoger el correo de hoy, me he encontrado el buzón vacío y he recordado la frase de Holan: «He pasado un tercio de mi vida esperando al cartero». Yo creo que esa frase, que es buena, se podría afinar más: «He pasado dos tercios de mi vida esperando al cartero».

YO solo le pido a Dios que no me reste luces, y que no me permita escribir frases del tipo de: «el sentido común, el menos común de los sentidos…», ni inventar palabras como «unimismado» ni frases como las que he leído hoy en un periódico, a propósito de no sé quien: «Llevó una vida ensimismada en sí mismo», que apunta hacia la misma unimismidad del ser. Que antes me fulmine con un rayo o de una enfermedad muy triste.

ME he encontrado esta mañana sobre la mesa una copa con dos rosas, una carta, unos libros y en el rincón, en su marco oscuro de madera, una foto que nos dice deseos de hace años. De la rosa han caído en el mantel pétalos de otras rosas y de todas las rosas, la carta he olvidado de quién, los libros nunca los leeré y en tu retrato no está mi juventud. Todas estas cosas ayer, al acostarme, estaban

en el mismo lugar, solo que ahora, bajo un rayo de sol, las he visto aquí reunidas, como gentes venidas de partes muy lejanas del mundo para darle a un viejo amigo un puñado de tierra.

(Al pasar las páginas de este diario a máquina, me he encontrado con unas cuantas que se refieren a X. Yo las transcribiría, pero ni me atrevo ni me parece que tendrían interés ninguno. Ni siquiera estoy seguro de que estén bien escritas.

A veces a uno le entran ganas de llevar un doble diario, como el que lleva una doble contabilidad. Un diario, cara al público, con buenas maneras, educado y diplomático. El otro, de puertas adentro, más crudo, sin tanto miramiento, aunque no menos educado. Un diario, como los carnets de baile, para los pasos sociales. Otro, para los pasos del alma, esos de veras punzantes, secretos e íntimos. Uno, con la vida de fuera. Otro, con la oculta y dolorosa guía de los adentros.

Lo difícil es escribir un diario que sirva para dentro y para afuera al mismo tiempo. Es decir, lo difícil es llevar una vida, de pensamiento y de obra, en la que pudiera entrar cualquiera a cualquier hora del día, como en aquellas casas de pueblo de nuestra infancia. Una vida en la que uno se condujera en público como si fuera en privado y en privado como si estuvieran pendientes de uno media docena de jueces estrictos.

Hace unos meses un amigo me prestó dos tomos del *Journal littéraire* de Paul Léautaud, que no había leído yo hasta entonces. En uno de los dos, el XIX, se incluye un índice onomástico de los autores, personajes y autoridades que figuran citados en la obra. Ocupa ciento setenta y tres páginas a dos columnas y en una letra de grande menudencia. Al verlo, he estado tentado de tomárselo prestado a Léautaud y ponérselo a este libro mío y a todos los que publique en adelante, como he visto que hacen algunos de mis contemporáneos en los suyos, que más que un índice parece un fortín inexpugnable, con el morro de todos esos fusiles asomando por las troneras. He recordado lo que Cervantes dice en su prólogo del *Quijote* a propósito de quienes, de la a a la z, añaden índices graves que empiezan por Aristóteles y acaban en Xenofonte, Zolio y Zeuxis. Se conoce que la beatería viene de antiguo. Pero no, para qué. ¿A quién iba a engañar con ello? ¿A mí mismo?

El diario de Léautaud está escrito muchas veces sobre la

insignificancia cotidiana, aunque sin perder de vista los ringorrangos sociales, cosa absurda en alguien que como él se esforzó tanto en aparentar que era un *clochard*: «Esta mañana he desayunado con Gide. Luego vino a verme Jacqueline Apollinaire que no quiere perder su nombre de Madame Kostrowitzky». Eso para un diario como el de Léautaud puede estar bien; para uno como este mío, donde a la gente se la condena por lo general a una X, quedaría fuera de lugar. Véase, si no, la muestra: «Esta mañana he desayunado con X. Luego vino a verme XX, que no quiere perder su nombre de madame XXX.». Sería absurdo.

No hay vida literaria. Se trata de un vulgar oxímoron, que es como al parecer se le llama en lenguaje culto al «no puede ser y además es imposible». O es vida o es literatura. Tan es así lo que digo, que eso lo sabía hasta el propio Léautaud, quien a falta de vida se echó encima todo ese vestuario de pobre, todos esos harapos, que no son más que un simulacro de vida, un disfraz de ella. No se puede llevar un diario tan metódico, oficinesco y burocrático como el suyo y hacerse la ilusión de que uno es un *clochard, un bohemio, alguien enteramente libre*.

Una vez me encontré metida en el número que le dedicó la *Nouvelle Revue Française* una fotografía suya. En la foto se le veía ya viejo, estaba de pie, retratado en su jardín. Era una fotografía pintoresca, *très pittoresque* incluso, que llevaba Léautaud vendado el cuello con un guiñapo que quería hacer pasar por un foulard-calcetín, y calzaba su cabeza con un sombrerito blando y de ala corta, muy amigado también, sin contar la garrota en la que se apoyaba ni el cordel con el que se sujetaba los pantalones ni el blusón de *paysan* que le venía grande por todas partes ni el gato negro que se le enroscaba en los tobillos; ya digo, demasiado vestido de pobre.

A mí me parece igual de cargante un *dandy* visto del derecho que del revés, con todas las costuras al aire. Yo creo que hay que desconfiar de las abstracciones, místicas, pictóricas, filosóficas, o, simplemente, de corte y confección, y esa clase de abstracción dandista de Léautaud no parece más que un dandismo impostado, es decir, de pícaro impostor, más o menos misántropo y simpático, pero impostor.

Luego está la otra clase de diarios, los que son de verdad

íntimos. Los de Kafka, los de Anna Frank, las anotaciones de Pessoa. Esos pueden escribirse, pero publicarse en vida de los autores sería una absurdidad, porque hablan del alma humana de modo tan descamado, que la sola luz los marchitaría. Los marchitaría a ellos y a sus autores, y nadie los habría de tomar por verdad, sino como una presunción o una indiscreción, pues llegados a un punto el alarde del dolor se hace tan insufrible como la exhibición de una virtud.

Todo esto lo escribo porque me encuentro en unas hojas el nombre de X. Cuando lo escribí recuerdo que lo hice bajo los efectos dolorosos del que ha sido escarnecido sin anestesia con una punción humillante. Hoy todo aquel dolor ha desaparecido. Nada tan difícil de reproducir en la memoria como un dolor antiguo. Es algo que tenemos que agradecerle al creador de la especie humana. Me queda en el recuerdo su nombre, pero el dolor propiamente dicho ha desaparecido. En justicia tendría uno que hacer desaparecer de su cabeza todo lo demás. Dejémosle que viva aquí en su X, con su vanidoso, jesuítico e insignificante vuelo de avispa).

SÓLO son libres los que viven solos. Solo están solos los que viven locos. Solo están locos los que fueron libres. Aunque de todo esto algunos días tampoco estoy muy seguro.

LOS periodistas dicen tantas tonterías (de mala fe o sin ella), que cabría sentar este principio: un periodista es lo más parecido que hay a una persona normal.

HAY cosas que son *haikais* en sí mismas: una mariposa, la luna, un pincel. Otras, que son una greguería: la carcoma, un buzo, las veletas, un ombligo. En cambio otras, desde un punto de vista radical y literario, no son nada, como por ejemplo, una vaca, un académico, una orza con unto o manteca.

POR vez primera en este año han venido unos días de calor. Abrí los dos balcones de casa. Entró un perfume de primavera a través de una celosía de geranios para despertar el deseo. Esta tarde se notaba ya que los días son más largos y se oían en el cielo chiar las primeras golondrinas. ¿Golondrinas o vencejos? Oír golondrinas en Madrid es una maravilla, porque se escuchan directamente en el corazón.

Me encontraba solo en casa. No estaban ni los niños ni M. Se fue haciendo de noche y yo, como me gusta hacer cuando puedo

hacerlo, no quise encender la luz eléctrica, para mirar así las formas caprichosas de un tiempo más antiguo que mi tiempo, esa nostalgia, ese oscuro simbolismo que es mirar cómo se apaga todo.

Sentado en el sillón, con el balcón abierto, en la penumbra del crepúsculo, estaba atento a la vida que oía ir y venir calle arriba y abajo, novios que reían, el claxon extemporáneo de un coche, soldados que volvían a amargarse al cuartel, voces lejanas que lo mismo podían ser del loco Miguel o de algún discípulo suyo. Un eco de la luz roja del sol se había quedado en los tejados y el trozo de cielo que se ve desde esta casa se estaba poniendo azul profundo, de terciopelo muy tupidamente tejido.

Durante casi una hora, sentado en mi poltrona preferida, estuve mecido, con la nuca hacia atrás, por los ruidos de la calle y el de las olas de mis propios ensueños. Me acordé de M. y de los niños, de mis libros, de esta vida enterrada que llevo. Por una vez tuve la sensación de que la vida no me pesaba, que era alegre en medio de tanta sombra. Por una vez me alegré de que no sonara el teléfono. Por una vez sentí la plenitud del que se sabe acompañado por todas las soledades y todas las ausencias, como si soledades y ausencias trabajaran a favor de uno y no en su contra. Se me llenó el corazón de gratitud, como antes se me había llenado de golondrinas, y los ojos se llenaron también de lágrimas porque no encontré a quién darle las gracias por tanto orden, por el minúsculo universo mío, lleno de planetas muertos y fríos, y distantes estrellas, pequeñas, pero muy vivas. Y me sentí no centro de eso, sino todo, parte y todo de un sistema que marcha no como estos relojes de cuarzo, matemáticos y exactos, sino como aquellos abultados perucones de bolsillo que se vendían en las ferias, a los que había que dar cuerda cada dos horas y que de dos horas adelantaban un cuarto o lo atrasaban, según el tiempo fuera de lluvia o soleado, que en ellos actuaba el tiempo como sobre los reumáticos, y que incluso se paraban, y había que arrearles un estacazo sobre una mesa, y volvían a andar como viejas caballerías.

Cuando entraron M. y los niños creyeron la casa vacía y encendieron la luz. Fue un trallazo en los ojos. Todo, ensueños y armonía, se interrumpió, el viejo reloj se estremeció y a tropezones se puso a andar de nuevo, y la realidad me dolió en los ojos, como un reúma íntimo, pero fue superior la alegría de tener alrededor

todo ese caótico planetario mío, y les abracé y besé a todos con tan desusada violencia y alegría que en la mirada apicarada de M. pude leer un comprensivo: «¿Qué has hecho?», lo mismo que cuando se le mira a un niño y se le dice ¿qué has roto?, para escuchar de él un admirable «yo no he hecho nada».

ROBERT Baden Powell, fundador de los Boys Scouts, recorrió los Balcanes haciéndose pasar por un cazador de mariposas chiflado con el objeto de hacer los planos de ciertas fortificaciones militares que camufló en el dibujo de las mismas alas de mariposas. Todo esto a principios de siglo, cuando Baden Powell era joven. Me dan ganas de meter esta historia en la próxima novela, venga o no a cuento, solo porque es bonita.

«NADIE hay más fuerte que un hombre solo» era el lema de un conocido y admirable dramaturgo de finales del XIX. No importa el nombre. Los nombres son accidentes siempre de la obra. Queda el ejemplo e importan solo las almas que quieran aún alistarse en un ejército tan poco numeroso.

VIVIR en un laberinto y amar una quimera.

LA rosa es un laberinto.

LA rosa es una quimera.

LO creo de veras: de vez en cuando conviene asistir a algún acto social, a alguna presentación de un libro, cócteles, recepciones reales, etc. Naturalmente si está uno invitado. Si no, siempre tiene uno una buena coartada para la natural misantropía, lo cual tampoco es malo.

No sé por qué la gente habla con tanto desprecio del «mundillo». Cada gremio tiene su mundillo, pero no debería estar permitido llamarlo así a nadie que participa en él. Además nunca es un mundillo. Los mundillos son más que un mundo, porque todo se hace en ellos más visible. Al estar todo concentrado, las pequeñas virtudes y defectos están a la vista para quien quiera verlos.

Ayer coincidimos en uno de estos cócteles con X. Hablaba de sus libros y de sí mismo, lo cual es increíble; sumar al esfuerzo de venir a un sitio de estos el esfuerzo de hablar de uno mismo. Ni siquiera es un mal escritor. «En mi próximo libro», gritaba entre el ruido ensordecedor de otras cien conversaciones y el chasquido de copas y vasos, «en mi próximo libro, *La noche de profunda soledad*, analizo, creo que por primera vez en la poesía española

contemporánea, o, al menos, en la poesía de los últimos veinte años, la soledad del hombre en la noche del alma. Desde la escritura de los místicos, este tema no había obtenido la atención que merece y, en consecuencia, tampoco una audiencia mayor. Yo he vuelto a escribir, mediante una dicción clara, pero a la vez profunda, con un firme propósito reflexivo y filosófico, unos poemas que ya han sido saludados…», y aquí el buen hombre hizo una inflexión en el tono de voz como en un paréntesis o aparte de teatro, «que ya han sido saludados (en el
'Ideal' de
Granada apareció un artículo el otro día que señalaba esto mismo)» —y se vio en la obligación de levantar la voz— «como el intento más serio de renovación de la palabra poética…».

Sus gritos, apenas audibles en medio del gentío, no titubearon una sola vez. Cuando terminó de hablar nos miró muy serio, convencido de haber abierto en nuestras confusas mentes una o dos vías de aire fresco.

M., que estaba a mi lado, me metió con disimulo el codo en las costillas, porque se me había caído la mandíbula de escucharle.

Sería una pena que dentro de unos años la gente pensara que esto es una parodia de la vida real que hacían los literatos y poetas de 1988. Si fuera una parodia, y lo es únicamente el título que le he dado a ese libro, estaría bien. Pero inventarse una cosa así no se puede inventar, porque nunca saldría tan perfecta, tan cepillada.

¿Seremos todos así cuando hablamos de nosotros mismos? Normalmente los diez o cien hombres distintos que uno lleva dentro merecen de nosotros más atención que ese último que somos en realidad, el yo nuestro más íntimo. Uno no se ocupa de él casi nunca y cuando ese yo habla en público de sí mismo nos pone en ridículo y se pone en ridículo, porque es ridículo. Ridículo y solemne. En cuanto le dejas pontificar muy talludo de esto y de lo otro sin que te des cuenta, lo hace de una manera clara, al tiempo que profunda, etc. etc.

ESTA tarde al subir a casa me crucé con una de mis vecinas que me dijo hola muy simpática, y yo he sido tan cándido que me lo he creído, porque empieza uno sin quererlo nadie a figurarse cosas, fantasmas de seda blanca.

La verdad es que es absurdo que escriba uno de cosas que si

ocurren no pueden contarse y que si se cuentan no se podrían creer o no tendrían interés ninguno, de manera que habrá que tomar una decisión drástica con estas bagatelas del deseo.

EN el colmo de lo que entienden por refinamiento y esnobismo asistimos a la última moda: los que creen que hay que darse de baja de Tapies, para darse de alta en Antonio López. Les parecerá incluso que con ello van a la contra. Qué fantasía. Hace ya muchos años que ya nadie puede ir a la contra. Todo está montado para que nadie pueda extrañarse de nada. Incluso en los pueblos más profundos y oscuros de España, esos que retrataba Ortiz de Echagüe hace setenta años, ven con naturalidad, desde que siguen *Falcan Crest*, que un chico de dieciséis años se acueste con una chica de trece, con su madre y, si se tercia, con el pastor de la iglesia evangelista, naturalmente sin renunciar a ninguna de las extravagancias y salidas de tono, como beber champán en un zapato o robarle quince o veinte millones a su abuela.

HOY ha sido mi cumpleaños y lo he pasado solo. M. está de viaje. Ha sido un día triste en el que yo, que no bebo nunca ni en las comidas, he apurado tres cuartillos de vino. Del gollete al culo de la botella. Luego, turbia la mirada por los vapores alcohólicos, también yo he escrito un poema para poner aquello de «nel mezzo del cammin di nostra vita» y he escuchado el *Don Carlo* y las golondrinas y vencejos de Madrid bajaron a última hora de la tarde a bañarse al estanque de mi mirada, que si no eran lágrimas se le parecían, porque mi vino es, si con gente, de sátiro feliz, y si solo, llorón.

HE estado releyendo a Solana dos horas, para la edición de *La España negra*. Solana para mí es un clásico, como un museo de pueblo. Escribe tan mal que es imposible hacerlo mejor, todo lleno de mataduras como las mulas, y costurones, como los caballos de picar toros. No sé por qué los clásicos míos están todos desorganizados y poco motorizados, quizás porque recuerdo siempre a Unamuno cuando decía que la novela, y la vida es una novela, es organismo y no mecanismo.

Me gustan esos clásicos españoles, los azorines,
d'orses,
ramones, galdoses, barajas, riscos, cunqueiros, unamunos, machados, solanas por lo que tienen de destartalado museo

provincial. La mayor parte de ellos incluso hay que ir a buscarlos en ediciones desconchadas, que siguen al cuidado de ujieres tan viejos y descontentos de la vida como ellos mismos. Pero suelen ser siempre visitas provechosas, porque son visitas espaciadas en las que uno siempre espera encontrar poca cosa, para llevarse luego en las entretelas del alma pequeñas y grandes joyas secretas, de las que ni siquiera los salteadores del momento, los cacos intelectuales del día se han percatado todavía.

En la visión que tienen del mundo estos clásicos de pueblo hay, además, una visión del presente sin tiempo, que es el único presente que nos incumbe, aquel que dentro de cien años arrancará a los lectores un: «parece que está escrito hace un momento» y les hará sentir la primavera en los huesos. No son muchas las cosas que podemos decir nuevas. Viene uno a esta vida como un eco de los padres y como un eco damos tumbos por todas las peñas de la vida. A distinguir me paro las voces de los ecos, dijo Machado. Todos somos voz y somos eco. Pensar otra cosa es fioritura. Así veo yo a esta tropa de escritores, museos y clásicos tal vez cerrados a causa de inacabables reformas o por falta de personal para su mantenimiento o por hundimiento de techumbre, pero en los que siempre podrá verse la luz de la pequeña bombilla de un celador, pues en los museos, en los clásicos y en los cementerios, milagros de la vida, siempre termina cayendo alguien, por pequeño que sea: ese incansable viajero de alma fatigada, ese lector aquejado de *spleen* o aquel al que la vida le borró su última sonrisa.

Es ya verano. En los bares la cerveza desborda los vasos y se derrama sobre el zinc del mostrador sin que verlo produzca frío, sino al contrario, mucho gusto y contento.

Al pasar al lado de uno de esos grandes portalones cocheras de Madrid, un soplo de frescura, un vago olor de yeso húmedo todavía. Olor también, en medio de la calle, de geranios y pelargonios, un áspero perfume y seco. Por las noches, los balcones abiertos. Se oyen a lo lejos, como visillo que hincha el viento, la música y las voces de una televisión, y más lejos aún, mucho más cerca, las risas de los que van, vienen o están en una celebración, mínimos roces de la noche, y luego nada, amanecer templado, azul como la leche que se cayó del jarro. Es ya verano. Y ver tantas mujeres cruzar al mediodía con sus gafas de sol y sus escotes, todas igual que aquellas

exóticas catleyas, iguales en realidad, iguales en deseo, le produce a uno mucho deseo, y mucha realidad.

Hoy, con este optimismo que le da a uno el buen tiempo, las mujeres con gafas de sol y los cielos azules y no excesivamente calurosos, se me ha ocurrido escribir otra novela. Corregir las pruebas de imprenta de la primera, me dio ganas de escribir otra, como el que trata de borrar una resaca bebiendo por la mañana una copa en ayunas, pues no termina uno nunca de reconocerse en el pobre espejo de azogue picado que son nuestras obras, en pruebas o en no pruebas, que tampoco cambian mucho de uno a otro estado.

Me avergüenza confesar las ilusiones que uno pone en cosas pequeñas, como por ejemplo, en que tenga más o menos *succès* la novela cuando se publique.

Me digo: «Se publicará la novela y la reputarán una gran obra. Me invitarán a ir a las cajas de ahorro de los pueblos y de las provincias, y me pavonearé delante de las mujeres de los directores de las aulas de cultura de las cajas de ahorro, que están ya hartas de los maridos, y me será fácil hacerlas creer con tres frases de repertorio lo que no podría ni creerse; los artículos que envío a los periódicos no los echarán al cesto de los papeles ni les cambiarán el título porque siempre hay alguien cerca al que no le importa nada corregirte un poco para que te superes, ni me los cortarán, y cuando me encuentre con los otros novelistas del escalafón, bien en Madrid, bien haciendo las plazas de provincia, nos daremos sonoras palmadas en las espaldas y reiremos sonoramente, ja, ja, ja, al tiempo que nos comemos las almendritas saladas y nos bebemos el *whisky* del escogido club de los novelistas, y me dará mucho gusto ver cada semana si uno ha subido un puesto en esas listas de libros más vendidos que confeccionan libreros aviesos y periodistas rencorosos, y también ver que le llaman a uno los atentos señores del Ministerio de Cultura para que vayas a una mesa redonda, no porque seas famoso, no, sino porque ellos también son muy cultos y solo les interesa propagar la cultura y hacer que las masas populares disfruten con tus novelas y también, en días alternos con lo tuyo, con unas obras de teatro inenarrables que nos cuestan a todos los españoles un congo…». Imagino las entrevistas que me harán y las frases estupendas que diré, llenas de ingenio, repartiendo aquí y allá hisopazos y bendiciones, según vea yo. Y luego también piensa

uno sin quererlo en ese lector que se deja las pestañas a la luz de una vela o en la bombilla del flexo absorto por las fantasías pobres de uno y todas esas quimeras y laberintos, de modo que también puede uno hacer con eso del lector anónimo un poco de literatura lacrimógena y sentimental y creerse y hacer creer a todos la solemnidad de que estamos en esta vida para alimentar la llama pura del Templo de la Literatura, y que no nos importa en absoluto ir a las cajas de ahorro, ni mirarle el escote a las señoras de las autoridades ni darse de palmadas con los amigotes literatos mientras se habla de lo que cada uno cobra por artículo o gala, sino que solo nos importa ese alma doliente, sacrificada, ese lector anónimo que le roba el tiempo al sueño para entregárnoslo a nosotros, recorriendo el camino para ello de la desolación, la infamia y el dolor, que es lo que veo yo que dicen todos los novelistas que venden cien mil ejemplares.

¿Quién leerá esa nueva novela? ¿Algún conocido o familiar? Puede. Ahora, un lector anónimo no. Los lectores anónimos dejaron de existir. Puede uno tener un lector anónimo, pero eso dura poco, porque cuando termina uno yendo a dar una conferencia a un aula de cultura de una caja de ahorros siempre aparecen uno o varios lectores anónimos que se le presentan a uno, con lo cual dejan de ser anónimos para siempre. Unos se te convierten en amigos y otros desaparecen de nuevo, y ahí se acaba todo, porque como se sabe, los amigos nunca fueron lectores y los desaparecidos tampoco.

Había lectores anónimos en tiempo de las Bronte, cuando se pedían las novedades por catálogo a los libreros de Londres o de París y no había fotógrafos, ni televisiones ni radios… Ahora todos somos poco anónimos. Hemos perdido el anonimato, pero no hemos ganado la soledad, y de nuestras vidas se sabe todo por todos.

Esta novela que se me ha ocurrido hoy con el buen tiempo ya veo yo que no será de esas que puedan dejarse listas en un día, y me llevará una semana, como poco. Y ya lo siento.

Hace unos meses compré en el Rastro una punta de viejas revistas, entre las que me salió un montón de «abecés» de la guerra, unos editados en Madrid por los republicanos y otros en Sevilla por los nacionales. También había algunos de los primeros meses de la Victoria. Son para leerlos y rastrear en ellos su «monarquismo de toda la vida», que desde luego ahí no aparece por parte ninguna.

Me gustan mucho los periódicos viejos, porque son a un escritor lo que a los cartujos el «morir habernos». No son más lo que en ellos se pisa que verduras de las eras.

En uno de esos amarillentos y pajizos papeles que se le deshacen a uno en las manos como fino polvo de oro, igual que los sarcófagos de las pirámides, en uno del 28 de marzo del año 40, me encontré con la noticia, a una columna, que creo me servirá de pie de la novela.

«Solemnes funerales por los caídos de la nobleza española», dice el titular. Y empieza así: «Solemnísimos en extremo resultaron los funerales…». Lo que daría yo por tener un estilo literario parecido a eso, de tanta elevación. Qué arranque, qué pujos. Valle Inclán todo lo que escribió lo empezaba de esa manera. «Solemnísimos en extremo resultaron los funerales que en la parroquia de San Jerónimo el Real y organizados por la Diputación y Consejo de la Grandeza de España se celebraron en la mañana de ayer por los Caídos de la nobleza española en la Cruzada. La puerta central de la iglesia aparecía cubierta con severos cortinones de terciopelo negro. Magníficos reposteros con los escudos de las distintas casas nobiliarias adornaban las paredes de la iglesia. Todas las arañas estaban espléndidamente iluminadas, lo que daba a la iglesia un realce extraordinario. En el centro se alzaba el túmulo, rodeado de grandes hachones, y al que daban guardia servidores vestidos de uniformes de gran gala, de las casas de Viana y de Argüeso. Se cantó por la capilla de la iglesia, que dirige el maestro Llaudaró, la "Misa" de Perosi. (…) La primera presidencia estaba constituida por el duque de Montellano, marqués de Velada y conde de Atarés. La segunda por los ministros de Asuntos Exteriores, Justicia y Marina, señores Beigbeder, Bilbao y almirante Moreno; generales Saliquet, López Pinto, Borbón, Rada, Millán Astray, Martínez Campos y en representación del general Fernández Pérez, el marqués de los Llanos; director general de Seguridad, conde de Mayalde; alcalde Sr. Alcocer y presidente de la Diputación, marqués de Hazas». (…) «El cuerpo diplomático envió una lucidísima representación presidida por el nuncio de Su Santidad, monseñor Cicognani; embajador de Francia, mariscal Petain; un representante del embajador de Alemania; embajador de Inglaterra, Sr. Peterson; embajador de Estados Unidos, Sr. Weddel; embajador de Italia,

general Gámbara y los ministros de los distintos países acreditados en España. El consejo de las Órdenes Militares estaba presidido por el duque del Infantado, que llevaba la representación de la Orden Militar de Santiago; general González Castejón, que ostentaba la de Calatrava; marqués de Casa Saltillo, la de Alcántara, y el conde de Valle Pendueles, la de Montesa. La iglesia aparecía totalmente llena de distinguido público, cuyos nombres no publicamos para no incurrir en omisiones involuntarias. Los solemnes funerales terminaron rezando un responso ante el túmulo por el nuncio de su Santidad, revestido de pontifical».

Ese sería el comienzo. No podría encontrar una corte de los milagros más adecuada ni hallar escenario más teatral, con Petain, los curas, los nobles vestidos de uniforme, con sables y espadines de gala, los militares, Millán mirándolo todo con el ojo vacío, y las señoras llorando la muerte de sus hijos y parientes y saludando a unos y a otros con la mano en alto, como si despidieran el tren de San Sebastián, y haciendo mohines con las naricitas, hipidos y sonrisas sociales, encantadas de tanta estrella de brillantes colgadas en el pecho, con las mantillas de blonda, guantes por encima del codo y el tufo a incienso y al perfume caro de los escotes desnudos…

Cuánta hipérbole monárquica, qué magnífico comienzo. Wagner interpretado por una banda valenciana. En España no fueron monárquicos durante los cuarenta años de Franco (y eso en voz muy baja, para no molestar) más que don Juan y su pequeña y desflecada corte, yendo de Madrid a Estoril con modestas fiambreras. ¿Por qué tenderemos todos a hacer buena aquella frase de Goebbels de que una mentira repetida mil veces termina aceptándose como verdad? Basta perder dos mañanas leyendo estos periódicos y sorprender las adulaciones, las asistencias a los actos, los nombramientos… Si alguien no quería la monarquía en España eran en primer lugar aquellos magníficos marqueses, duques, condes de bota montera y tirolés terciado, agradecidos de que Franco les hubiese restituido los bienes que les habían sido arrebatados justamente por la mala cabeza de la monarquía. Dicen que la nobleza española está un tanto molesta con los reyes porque estos, al restaurárseles en el trono, no han dado a la aristocracia local el papel para el que sin duda se sentía destinada. ¿Qué

quieren? Roma no paga a traidores.

Bien. Eso será la novela. La nobleza de los primeros años cuarenta. Tengo testimonios directos de algunas corruptelas, las juergas nocturnas después de las cacerías, los saraos flamencos, los anglófilos, los estraperlistas de guante blanco, los aperitivos en Lhardy, los cuernos, tanto reales como metafóricos… Hace unos meses, X, hoy vieja dama, ayer *demimondaine*, nos tuvo encandilados hasta las tres de la mañana con historias de aquellos años en las que aparecían toreros, artistas de cine, cócteles al caer la tarde en todas las casas elegantes de Madrid, pintores de academia y escultores que hacían los bustos de las señoras… Se veía que añoraba aquellos años, que ella resumió muy bien: «Pasamos tanto miedo durante la guerra, que juramos desquitarnos para toda la vida. Supimos divertirnos», fue como lo resumió.

Incluso tengo a la vista un anuario de la nobleza. *Valores españoles. Grandezas de España*, figura en la cubierta. Viene en él una relación de títulos, Órdenes Militares, embajadas y legaciones pintorescas, como la de Manchukuo, de Japón, de Finlandia, de Eslovaquia, de Estonia, sin contar con las muy numerosas de Alemania e Italia. Mirando la dotación de cada una no hace falta ser muy lince para saber por dónde iban los tiros.

Será, si no una buena pintura de época, sí un mural grande y extenso, donde aparezcan incluso otros documentos.

Aquí los dejo, pues, solapados con las más variopintas pruebas del delito. Yo creo que va a ser una novela sumamente divertida, con tanto miserable, tanto muerto de hambre y tanto marqués pegando tiros a los ciervos, con tantos cuernos y tanto Franco por todas partes, que ya Aline Griffith, condesa de Romanones, decía que España no fue nunca un país de un millón de muertos, sino una tierra con un clima muy bueno, dos o tres restaurantes a la altura de los de Berlín o París y un modisto extraordinario que se llamaba Balenciaga.

ES injusto reprochar a los demás que no nos den lo que rechazaríamos.

UNA novela es siempre nuestra vida con otro nombre. Los diarios en cambio, no sé por qué, terminan siendo la vida de todos menos la nuestra.

CADA vez, y al mismo tiempo, que alguien por sus ideas o sus

obras de creación se cierra una puerta está, tal vez sin saberlo todavía, abriéndose otra. Y esa es la que cuenta.

QUE sensación tan extraña la de vivir sin niños. Se me hace la casa más grande y más vacía. Al pasar frente a su cuarto y ver las literas hechas todo el día con las almohadas y sábanas intonsas, y los juguetes en sus cajones y las mesas ordenadas, me imagino no sé qué que no quiero imaginar. Por las noches, al irnos a dormir, el vacío es mayor y más vasto el silencio, pues nada llena más una casa que la respiración de un niño dormido.

Desacostumbrado como estoy a permanecer enteramente solo en casa, voy y vengo por el largo pasillo, leo, escribo, dormito en una larga siesta después de comer y pongo a mis pies el ventilador, cuyas aspas producen un apagado ronroneo que recuerda el de un gato ovillado en la confortable alfombra de la costumbre.

Hace ya mucho calor y la mayor parte del día están las persianas bajadas, lo cual le proporciona a toda la casa una penumbra verde como imagino yo que es la penumbra en las novelas de Faulkner, con grandes, lentos y filosóficos ventiladores colgados del techo.

A veces me quedo mirando, en la parte de atrás, la torre de las Góngoras, que es la aguja de una de esas iglesias herrerianas, puntiagudas, de pizarra, con una bola y una veleta, y oigo cómo suenan las campanas, que escuchar campanadas en el centro de Madrid es también como oír chillar las golondrinas.

Estos días ya ni siquiera pienso en la novela. Tampoco oigo a Miguel el loco. Otros veranos lo oía más, y eso me gustaba porque me hacía la impresión de que yo tenía algo que contarme cada día, porque aunque no me pasara a mí su locura, me pasaba al lado, que ya es mucho cuando se quiere estar vivo y cuerdo. Se conoce que este año lo tienen preso o en el manicomio. Alguna vez escuchamos también a media noche y a través del patio la música que ponen a todo volumen las vecinas de abajo, entre risas y mucha animación de amigos y amigas muy finísimas y modernas que se pasan toda la noche bajando y subiendo las escaleras, con el escándalo de sus tacones de *cabaret* sonando en los peldaños de maderas viejas: al pisar uno, se resienten todos los de la casa, no sé si como solidaridad o por simple sintonía acústica.

Alguna vez me imagino que estoy yo aquí solo y que a las tantas de la mañana sube una de las dos, Ana o María, a pedirme algo de

hielo y a invitarme de paso a sumarme a la juerga, pero eso no ha sucedido nunca. Se conoce que tienen una nevera muy buena que hace regularmente el hielo, y para lo demás tienen ellas a esos tipos con los que me cruzo algunas mañanas en la escalera, que como es una escalera muy Bringas ni siquiera me dan los buenos días. Se me figura a mí que nos miran a todos los de la casa como a jefes de negociado del Ministerio de Fomento que comen trescientos sesenta días al año cocido y berzas rehogadas.

Ayer o anteayer me desvelé por el mucho calor que hacía en el dormitorio y fui a la cocina a beber un vaso de leche fría y otra vez oí ruidos en el patio. M. dormía a mi lado como uno de esos desnudos al carbón que tiene Lautrec, a los que el sueño ha soltado un poco brazos y piernas, sin conseguir nunca descomponer el dibujo, que es un prodigio de sensualidad entre las sábanas.

No se sabe lo que es un patio de luces hasta que no se ha estudiado detenidamente durante muchas horas, meses, años. Este nuestro es muy misterioso.

En el piso de abajo, un tercero, frente a nosotros y en una ventana que corresponde a otra casa que la nuestra, se ve bien a las claras que tienen encerrada a una loca. De esto no nos cabe la menor duda. Lo que vemos nosotros es la cocina. Tampoco hay duda ninguna sobre este particular, porque tiene un suelo de pequeños baldosines rojos y blancos del tamaño de sellos, y también porque sobresale de la ventana el cajón gris de la vieja fresquera, una de esas fresqueras con tela metálica de gallinero, de cuando todavía no había neveras eléctricas en el mundo.

En verano a veces oímos unos gritos desgarradores que salen de esa casa: «¡Déjame entrar, por favor, te lo suplico. Por lo que más quieras, déjame entrar!». Es la loca. Son los gritos de una mujer joven, treinta años a lo sumo. Al principio nos alarmaban tanto que estábamos indecisos de si llamar o no a la policía, porque era totalmente la viva representación de un crimen. Algunos podrán decir que en esta casa estamos todo el día con el número de la policía en la punta de los dedos, pero ¿qué se quiere? A mí me gustaría más, desde un punto de vista literario, que la gente se vaciara los ojos delante de mí como perros rabiosos, pero luego piensa uno en la policía, que para eso está la policía, no para que la gente no se saque las entrañas, sino para que los demás creamos

que podemos evitarlo.

Pues bien. Luego, y a medida que pasaba el tiempo, nos fuimos acostumbrando a esos gritos de la vecina, y a estas alturas, cuando no los oímos, nos preocupamos de veras, porque pensamos que a lo mejor ya la ha matado, y tendremos, ahora sí, que avisar a los guardias.

Cada vez que se oyen los gritos se puede ver en la cocina a otra mujer de unos cuarenta y cinco o cincuenta años ocupada como si tal cosa en ir y venir, como si no escuchara esos lamentos o como si oyera llover. Solo cuando la joven se ha cansado de suplicar, gemir y llorar desde detrás de la puerta, cambia de tono, y enfurecida empieza a insultar a la que está dentro, en camisón, tomándose un yogur tranquilamente o preparándose un café: «¡Puta, no eres más que una jodida puta y te voy a matar!», lo cual le deja a uno perplejo porque las súplicas las había dirigido siempre de una manera sumamente educada, y luego ese cambio tan brusco… Entonces la otra sigue haciendo lo que está haciendo y si le viene bien le responde un «niña te voy a dar una torta como sigas diciendo tonterías», muy monjil, pero nada más. Otras veces las cosas se complican y se puede oír una tercera voz, también de mujer, pero de mujer vieja, que se pone de parte de la joven: «¿Qué te cuesta abrir la puerta? Déjala entrar». Es la voz de alguien que quiere mediar introduciendo en la disputa la razón y el sentido común, pero la mujer madura ni contesta, o zanja la cuestión con un «por favor, no te metas en lo que no te importa» o un «no pongas más difíciles las cosas».

Como la función es sumamente amena, a veces coincidimos en las ventanas del patio cinco o seis vecinos, todos con las luces apagadas, espiando, atendiendo a lo que pasa, sin hacer ruido a fin de que la representación se desarrolle sin interrupciones molestas, abochornados todos no tanto de que pudieran descubrirnos las mujeres espiadas sino de que pudiéramos descubrirnos nosotros unos a otros, pues aunque sabemos que detrás de cada ventana a oscuras hay alguien, hacemos como que somos los únicos seres del universo que en ese momento miran una parte cenagosa de la vida.

Al cabo de quince o veinte minutos la mujer de dentro, la que nosotros vemos en bata de aquí para allá, que tiene muy buena pinta, sale y las voces dejan de oírse. En ese momento y todas las

veces que hemos asistido a tal misterio, nos preguntamos «¿qué será?» como se preguntaron don Quijote y Sancho por el ruido de los batanes. Seguramente tiene todo una explicación sencilla, pero no damos con ella.

Nosotros en casa hemos hecho conjeturas, pero conjeturas que no sirven de nada porque es como hacer una novela en el vacío. Hemos pensado que se podría tratar de una niña bien, drogadicta, con síndrome de abstinencia. Para deducir lo de niña bien hemos aplicado las enseñanzas que Dupin despliega en *Los asesinatos de la calle Morgue*. Por cierto dengue nasal y la manera de articular cada palabra se ve que esa jovencita ha estudiado con las madres irlandesas o las de la Asunción. Lo del síndrome de abstinencia lo suponemos al escuchar tan lamentables y desoladoras súplicas. Está claro que esa mujer por entrar en la cocina en ese momento haría la prostitución o se prestaría a vejaciones infamantes. En cuanto a la mujer que le niega el acceso a la cocina, deducimos que es su madre, que si le niega el paso a la cocina es para que la chica no pueda ingerir nada que le haga daño, acaso por alguna medicación que esté tomando. Otras veces los gritos angustiosos de una y la indiferencia enervante de la otra resultan extremos tan opuestos, que nos hemos obligado a deducir que se trata, en efecto, de una relación sadomasoquista. Cosas más extravagantes se ven todos los días en los periódicos.

Otras veces, en cambio, la escena se interpreta con nuevos matices, lo cual nos hace sospechar también que se tratara de amantes y que todo eso lo tuvieran estudiado las dos algunas noches antes de irse juntas a la cama, pues algunas mañanas las hemos visto sentadas a las dos mujeres en la mesa de la cocina, tomándose un café, y la mayor acaricia el pelo de oro de la más joven, que se lo deja atusar como una entretenida voluptuosa y soñolienta. Pero en ese caso la que sobra es la vieja, a la que no sabemos cómo encajar más que como abuela, ¿y dónde se ha visto a una abuela que permita en su casa que su hija sea lesbiana o que lo sea su nieta, o que lo sean su hija y su nieta, al mismo tiempo y entre ellas? Aunque yo una vez leí, precisamente en los periódicos, una historia que iba por ese lado, pero cuando suceden números de esos suceden muy lejos y a gentes inclasificables y desconocidas.

Da mucho gusto entrar en la vida de las personas sin que estas

siquiera lo adviertan. Lo fácil es que nosotros podamos observarlas a esas mujeres porque estamos en un cuarto piso y ellas en un tercero, y lo lógico es que ellas no sospechen que más arriba hay gente que las observa.

Yo en observar a la gente no veo mal ninguno; si luego fuéramos murmurando o levantando falsos testimonios o vendiéndolo para una revista, sería otra cosa. Pero lo vemos, nos suspende durante unas horas y luego lo olvidamos, como se olvida una novela apasionante sobre el asiento del tren, una vez se ha llegado al destino.

Esta es la vida de un tercer piso vista a través de un patio de luces. En cambio en una especie de ventanuco hemos visto a veces a un miserable que nos observa a nosotros por el mismo principio físico. Nosotros estamos en un cuarto y él en un quinto. Pero como nosotros ya lo sabemos, no es lo mismo, y procuramos ser más discretos, y si queremos privarnos M. o yo de un vaso de agua, cuando estamos sedientos, o hacemos entre nosotros martirios y perrerías, no damos esas voces.

En el ventanuco hemos visto a veces a ese viejo que bebe cerveza con todas las luces apagadas y que para tomar el fresco saca los brazos, lo único que puede sacar por tan congojoso hueco. En línea recta su ventanuco de nuestra ventana estará a no más de cinco metros, aunque esté enfrente, por encima de la nuestra, pero la distancia que media entre ambas vidas habría que medirla en siglos.

Una vez que yo le daba unos azotes a G. porque siendo casi un bebé se había asomado a la ventana y yo le pegué dos azotes para quitarme el susto mortal que me entró de verle medio cuerpo sacado al vacío, y G. lloraba y lloraba, asustado más por mi cara desencajada que por los azotes, que en ningún caso debieron de dolerle porque los recibió en un trasero acolchado por el *dodotis*, entonces, cuando el niño lloraba sin comprender nada y sin poder decir nada, porque apenas hablaba, entonces, ese viejo miserable me gritó desde su ventanuco: «No pegue más al niño y déjele usted», lo cual me avergonzó mucho. Lo gritó con una gran autoridad. Que alguien me sorprendiera dándole unos azotes a mi hijo me avergonzó, pero me avergonzó más todavía que alguien se estuviera llevando la impresión equivocada de que uno era un cruel

explotador de la infancia, al tiempo que me enfurecí al ver que un viejo maniático que no conocía se metiera en mi vida, de modo que le mandé al cuerno. Nada le puede poner más furioso a uno que verse hacer un papel que no quiere hacer y que no está haciendo, contra toda evidencia. Esa ha sido la única vez que ese maniático y yo intercambiamos unas palabras.

Nunca lo he visto como no sea en ese ventanuco. Si me lo encontrara en la calle no lo reconocería. Para empezar no sabemos siquiera a qué casa pertenece la buhardilla donde vive, porque los patios de luz en el centro de Madrid son un caos; crees que por lógica pertenecen a una casa y luego resulta que no. La cuerda donde tiende la ropa para secar está llena de harapos y unas bragas grandes de mujer, que da lástima ver, tristes e informes pingos de indefinible color. Él sí que debe tener emparedada a su mujer, que nunca se la ha visto, o atada a la cama.

Ayer o anteayer cuando me levanté serían las tres de la mañana. Encendí la luz y vi luz también encendida en el ventanuco. Estaba colgando ropa para secar, porque debe estar también loco, pues no son horas esas de tender ni ropa ni nada, y escuché, abajo, la música que venía de una de las habitaciones de mis vecinas.

Era una canción de «Los Panchos». Yo la encuentro muy bonita. La letra parece una hija espuria de Rubén Darío:

Si vagabundo es el propio mundo
que va vagando en un cielo azul,
qué importa saber quién soy
ni de dónde vengo ni a dónde voy.

Bebí mi vaso de leche y apagué la luz, pero me acodé en la ventana con la luz apagada, mecido por la filosofía de la canción y mirando al infinito para hacerme una idea exacta de la órbita que estaríamos describiendo en ese momento.

El vecino del ventanuco también apagó su macilenta bombilla y solo quedó, dos pisos más abajo, arrojando sobre el patio una luz amarillenta y débil, la del segundo.

El cielo estaba muy oscuro, con alguna estrella, pero pocas, pues las estrellas, al contrario que las campanas y las golondrinas, se oyen menos en Madrid, porque el resplandor de las ciudades apaga las estrellas más vivas. En cambio vi en silueta la torre de las

Góngoras. Cuando llevaba un rato acodado y respirando el aire puro de la noche, se oyó en la campana el cascajo de las medias. Solo entonces me di cuenta de que la música del segundo había cesado, porque con música no habría oído las campanadas. Se escuchaba a lo lejos una conversación susurrada, algunas risitas, algunas picardías. Al cabo de un rato dejó de verse también el resplandor de esa ventana y me pareció escuchar unos vagos gemidos, como el que hace un gato y una gata en un tejado. Dejé a la noche con sus enternecimientos y me volví a la cama y me costó coger otra vez el sueño, porque entonces estuve pendiente de lo que se oía en Conde de Xiquena, los chaperos, los que vuelven borrachos y todo eso, y los que se insultan y se pegan palizas descomunales cuando un chulo ha encontrado a su novio haciendo la esquina.

A un pintor le está permitido que vaya a su despensa, junte unos tomates, unas hojas de apio, un bote de especias y un plato, los ponga encima de una mesa y componga un bodegón. A todos les parece la cosa más natural del mundo esa reunión de cosas heterogéneas. Se las llama incluso naturalezas. Nadie encuentra que eso sea o no aburrido por la misma sustancia de lo representado. Escenas como estas de mi patio de luces son mis bodegones particulares, lo que yo puedo reunir en mis viajes hasta la cocina, la luz especial de mi patio de luces, el metafísico campanil de las Góngoras y las dulces campanadas de medianoche, el sombrío transcurrir de unas ventanas y el rutilante y feliz acontecer de otras. Yo no hago más que poner todo eso en un cuaderno y pedirle a Dios que recuerden un poco a la vida que él nos ha dado para gastarla en un patio de luces, o acosarla, o torturarla, o amarla entre los más tiernos abrazos de la madrugada.

DEL acervo popular, del acierto popular: una mosquita muerta.

Hay días en que la vida le parece a uno de recuelo.

EL aforismo a veces es una verdad a medias y a veces una verdad y media, pero con todo sirve para muy poco, como la calderilla.

HE pensado que para que haya escritores cosmopolitas, tiene que haber siempre sabas, svevos, pessoas, pimenteles, leopardis, machados que no salgan de sus oscuros pueblos, de sus ciudades carbonizadas, ciudades a las que veremos peregrinar sin remisión a cualquier cosmopolita que se precie de tal.

CUANDO no sepas qué escribir, cuando te llegue uno de esos días tristes, toma el libro de otro y copia. Escribe de nuevo *Don Quijote* o *À la recherche*, sin cambiar una coma, o aquello que en ese momento te dicte tu gusto o tu tristeza. Siempre habrá alguien que lo lea en ti por vez primera.

HAY algo muy hermoso en estas falenas y polillas de verano, tal vez su fe ciega en la llama y su incansable aleteo alrededor de su muerte, que ellas también ignoran.

LA mañana me la ha salvado un viejo cuaderno que encontré hace una semana entre unos catálogos de pintura. Está bien ser desordenado como yo. Comprar libros que desaparecen mucho antes de haberlos abierto; escribir cuadernos que se olvidan durante once años entre montañas de papel polvoriento o en el fondo de uno de esos archivadores que uno se compra cuando le entran a uno ganas de una conversión fulminante al orden; encontrar una postal un día en el Rastro de la que dices «es maravillosa», para llegar a casa, meterla entre las páginas del libro que estás leyendo y no volver a verla en la vida…

El que he rescatado el otro día de entre los escombros de mi casa es un cuaderno de hule negro, que a mí se me figura libreta de bitácora, de náufrago o de marino.

Me he pasado la mañana mirando en sus páginas como se pasa uno a veces una tarde mirando viejas fotografías u ordenando cajones de un armario o releyendo cartas antiguas. Empiezas con una ojeada únicamente curiosa que calculas de cinco minutos, para terminar abismado toda una tarde en una investigación apasionante, fascinados de que nuestra propia historia, que habíamos olvidado, consiga atrapamos como una novela ajena, es decir, como la vida que les pasa a otros. Atrapados en un espejo que nos devolviera del otro, del que no terminamos de saber si nos gusta mucho o nos disgusta mucho o nos indiferencia mucho, todo mucho y apasionadamente porque se trata de nosotros mismos, que nos devolviera del otro, digo, algo de su fraternidad.

Yo no creo que hay en el cuaderno nada de valor, sino más bien cosas de arrastre, materiales de derribo, que también me gustan a mí, por náufrago y marino. Voy a pasar esas anotaciones a este cuaderno nuevo porque sí, sin mayor esperanza, porque tampoco tengo yo ninguna garantía de que no se me vaya a traspapelar

después este en el que escribo ahora.

Tengo la sensación de que estos diarios míos van a ser un barullo. En primer lugar no pongo días. ¿Para qué? ¿Qué más me da a mí que las cosas me sucedan un martes o un lunes, un 3 o un 97? Que sucedan ya es bastante, no pido más. Vivir es ver pasar, decía Campoamor, y Azorín lo corrigió: vivir es ver volver. Pues eso. Y uno, que tiene también sus pujos de filósofo pobre, añade: vivir es verlas pasar, verlas venir.

Para los que tienen un concepto de sí mismos alto, esa escrupulosa datación de todo tal vez estuviera justificada. Para uno, no lo creo. Luego también sucede que voy metiendo en este cuaderno cosas que repesco en otros viejos cuadernos o que se me ocurren mientras los transcribo y paso a limpio, meses o años después. El mapa de mi alma como tenga que levantarse a partir de estas anotaciones será un mapa lleno de inexactitudes y vaguedades, como la cartografía colombina. Lo único seguro es que el continente soy yo. Playas, islas, ríos y selvas deben ponerse un poco a ojo, donde caigan. Los planos de los tesoros deben alzarse a mano y por aproximación, contar los metros en pasos y pies, figurar montañas o árboles de manera un tanto abstracta y a ser posible dejar muchas lagunas, salvando naturalmente la comparación de que sea uno un continente y de que el alma de uno sea un tesoro, que como se ve son mucha comparación… Todo lo que no sea eso sería un callejero municipal o el trazado del alcantarillado, no el plano de un tesoro.

Por otra parte siempre he tenido en cuenta estas palabras de Unamuno («y ¡ojo con caer en el diario! El hombre que da en llevar un diario —como Amiel— se hace el hombre del diario, vive para él. Ya no apunta en su diario lo que a diario piensa, sino que lo piensa para apuntarlo») que son palabras más que juiciosas. También yo he tenido a veces que sortear ese peligro de vivir unas cosas que en sí mismas tenían poca vida y sí alguna literatura con la que trufar el diario, de la misma manera que a otros complace retratarse en compañía de celebridades del momento, aunque no tengan trato ninguno con ellas, solo por el convencimiento de que la posteridad únicamente registrará del presente esa fotografía y no si hubo entre los protagonistas de esa fotografía relación o no.

Mis anotaciones están hechas en momentos de una gran euforia,

en los que me parece haber descubierto algo de sumo interés para mí y, por ende, para la humanidad. Luego pasa el tiempo y mira uno sus anotaciones como miramos las muescas anónimas en las paredes de una celda.

Una vez, cuando tenía veinte años, pasé una noche triste en la vieja cárcel del Quai des Orfevres en París, por razones que no vienen ahora al caso. Me dio tiempo de leer todos y cada uno de los *grafitis* de aquella celda que olía a una mezcla de orines y lejía. Si hubiera visto aparecer el hocico de una rata por la negra letrina que había en un rincón de la celda no me habría extrañado lo más mínimo. Yo me figuraba que pesaría sobre mí la condena del Conde de Montecristo por causas parecidas y no menos injustas, y no pude dormir en toda la noche. Leyendo los *grafitis* me tranquilicé bastante. En cada muesca adiviné tal vez el cómputo de un día, o de un mes, o de un año. Sin embargo ninguna de aquellas inscripciones logró emocionarme. Ninguna de aquellas vidas me atañía particularmente y a cambio de mi libertad habría firmado una cadena perpetua para todos mis predecesores en aquella mazmorra, justos o pecadores. Al día siguiente, y aunque no venga a cuento ahora lo refiero, oí ruidos metálicos de perolas, iguales a los que se oyen en las películas de penales cuando se reparte en ellos el rancho. Abrieron la puerta de mi celda, que rechinó con los mismos ecos fúnebres y abismales que oímos en las películas, y me largaron un tazón lleno hasta arriba de un café negro de recuelo, que se fue directamente al agujero de la letrina. Cuando volví a reunirme con la mujer con la que me tuvieron, esta me contó que a ella por la mañana le había dado el desayuno una monja de Pamplona, que lo primero que hizo fue quitarle el tabaco, porque no le parecía bien que una chica española fumara y también porque sospechaba que los cigarrillos fueran de droga. Qué hacía una monja de Pamplona en una cárcel de la que Zola y Simenon escribieron, algunos pueden creer que sería buen argumento para una novela, pero no, porque una novela con una monja histérica de Pamplona quitándole cigarrillos a las reclusas no la leería nadie, ni en su comunidad. El de la negra provincia, a lo mejor, sí. Por Pamplona; o por lo de los nervios.

Pues bien. Así miro ahora yo este cuaderno. Me parecen inscripciones de un condenado a muerte que nada tiene que ver

conmigo, tan lejano lo encuentro, tan ajusticiado ya por el tiempo.

En la primera página leo: «Color del rostro: sonrosado, difunto, sanguíneo, berenjena, alcohólico, tostado, almorta, trigueño, ceniza, musgo, berro, requesón (para un albino con las pestañas blancas) …».

Y sigo: «*Diamantes*: Excelsior, Culligam, Ciudad del Cabo; Culligam mayor que el Excelsior y con brillo mayor que el Regent y el Orlow. El Culligam lo compró el gobierno de Transvaal para regalárselo al Príncipe de Gales, futuro Eduardo VII».

«Una tarde de chicharrera, durante la siesta, en Las Viñas, encuentro rodando un librito. Leo en *Victoria Accoramboni, duquesa de Branciano*, de Stendhal, en el relato de los Cenci: "Es en Italia, en el siglo XVII, donde una princesa decía tomando un espejo con deleite durante una velada: ¡lástima que no sea pecado!". La traductora que confunde helado (glace) con espejo, es Concha Méndez de Altolaguirre y la traducción se publicó en la *Colección Universal*, número
1313-1314,
de 1933, en la página 47».

Más anotaciones, propias y ajenas: Un granuja, un tunante. Proceder (por hacer).

Un tonto triste es peor que un triste a secas o un tonto a secas.

Cuando se me ocurre algo gracioso, veo su gracia y no su maldad, Stendhal, H. Brulard, XXIX.

No sabía quién era ni qué era, pero esa incertidumbre era parte indisoluble de su personalidad, como si se dijese que el no saber quién era, era ya una manera segura de ser algo.

Sonaron los primeros compases, lentos, vagamente brumosos, de *El Vals de las olas*, de Ivanovichij.

Amalia, texto de Schiller.

El dúo de Adán y Eva de *La Creación* de Haydn.

Vilanos: *pueriles y pálidos / farolillos blancos*, Bacarisse.

Hic yacet pulvis, ceneris, nihil, epitafio del cardenal Portocarrero en la catedral de Toledo.

Otros ojos verán lo que mis ojos
pero no lo verán como los míos.

Y en otro otoño pulsará el otoño
otro latir de corazón vacío.

Bergamín

Fincas: «La Pasajera», «Las Golondrinas», «Las Comendadoras».

El amor es una cosa fea y sucia de la que se acusa a las criadas, y cuando son convictas, se las echa, Madame de Montsertin, condesa de Laubespin.

Por sendas mal seguras, Campoamor.

Para quien ha gustado de la profunda ocupación de escribir, leer no es ya más que un placer secundario, Stendhal, *Recuerdos de egotismo*, IX.

Fuera del tiempo, es tan antiguo todo… el dibujo, el barco y la tarde. «En el barco», Kavafis, 1919.

El cuervo crascitaba.
«Así vuelven los días, los veranos,
las noches que en las penas amanecen,
y el aire en que flotaban los vilanos
vuelve a acunar las ramas que se mecen (…)»

YA me he cansado de trasegar de aquí y allá vino viejo a odres nuevos. ¿Viejo, nuevos? Locuras del entusiasmo.

M. tenía que ir a Londres para algo de su trabajo y yo la he acompañado. Las suyas suelen ser reuniones compuestas en su mayor parte por hombres, mucho mayores que ella, que viajan también acompañados de sus mujeres. Para estas se organizan visitas a los lugares pintorescos de cada una de las ciudades europeas donde tienen lugar esos cónclaves de ejecutivos internacionales. Mientras ellos trabajan, los organizadores las meten a ellas en un autobús y las traen y las llevan. Las distraen así. El año pasado fue una visita a las fábricas de cristal en Murano, otro año es un *tour* por las fábricas de queso en Basilea o por los talleres de encajes de Brujas o Malinas.

Algunas veces me he sumado yo también a alguna de esas excursiones y como soy el único hombre entre tantas mujeres, veo yo que les causa a ellas gran pena y lástima, pues me miran como se

le miraría a un chulo o a algo peor, a un pez rémora, a un impedido que no puede valerse por sí mismo, porque pudiendo ser como sus maridos y tener mis propias reuniones de negocios, no soy más que como ellas, pero sin ser mujer, o sea, un gandul. Nos encontramos de año en año. Entonces me ven aparecer y noto yo la decepción en sus ojos; puedo leerles el pensamiento: «Pobre M., todavía sigue con este». Entre ellas, en cambio, se percibe una movilidad mayor, y a veces en vez de venir las legítimas, les acompañan las amantes, tan viejas como las legítimas y con los mismos cardados, aunque en ese caso todo el mundo procede con exquisita corrección y las acogen rápido en el seno de sus *parties* con pariguales derechos. Cuando eso ocurre observo cómo a las nuevas las antiguas les soplan al oído mi caso lamentable, poniéndolas al corriente de mi triste historia, lo cual me viene muy bien, porque me dejan en el último asiento del autobús y nadie me da conversación.

En este viaje a Londres, como ya lo conocemos todos más que de sobra, no hay ni visita a la Torre de Londres, ni cambio de guardia en Buckingham Palace, de manera que aprovechamos M. y yo para pasear a nuestro antojo todo el fin de semana.

Venir a Londres produce siempre gran alegría, porque piensa uno que en el fondo es una suerte no haber nacido aquí. Yo no digo esto con desdén, sino de una manera natural, de la misma manera que a un enfermo tiene que producirle mucha tranquilidad saber que en una trasfusión de sangre no le inyectarán una del grupo sanguíneo que no es el suyo.

Para mí Londres no es más que un grupo sanguíneo diferente. No es una sangre mejor que la que corre por mis venas, ni contiene menos vida. Sencillamente es otra, con su olor de *curry* por las calles, sus millones de indios, sumerios, negros, jamaicanos, ingleses, italianos, españoles, pakistaníes en los metros, sus *pubs* oscuros, su aire espeso en los rincones y el olor de sus basuras encallejones inmundos… Me gustan las ciudades pequeñas porque han conservado un modo de vida parecido al de hace cien años, cuando incluso las ciudades grandes como París o Roma eran pequeñas. En ellas los hombres tal vez no fueran más felices, pero tenían mucho más tiempo para preguntarse por qué.

Y algo que nos devolvió a hace cien años nos ocurrió ayer. Habíamos estado todo el día paseando por el centro, ido a la

National y visto la sala de los griegos en el British, y teníamos para última hora de la tarde una cita con los X, un viejo matrimonio de exiliados españoles que vinieron aquí después de la guerra y aquí se han quedado para siempre.

Llegamos a la casa y la mujer nos dijo: «Id al parque. Os está esperando».

El parque estaba a dos minutos de la casa. Se accedía a él por un pasadizo de unos cinco metros, muy angosto, practicado en la maleza y los setos, igual que un congojoso túnel en el que no se podía pasar sino de uno en uno, muy sombrío e inquietante.

Pero el espectáculo que contemplamos al salir de aquel estrecho corredor apenas podría referirse con palabras. Estaba anocheciendo ya, aunque todavía quedaba la luz serena y azul, dorada, alimonada, de los crepúsculos. El aire, perfumado de hierba recién segada y madreselva, era tan suave que nos pareció bíblico. Frente a nosotros se extendía una gran pradera verde, solo limitada a lo lejos por el extenso ciclorama de un bosque de tejos centenarios, muy negros y muy altos.

X, que paseaba con los metódicos pasos del octogenario, los apresuró en cuanto nos avistó, y lo hizo con los brazos en alto, como si todos estuviéramos en un cuadro de Poussin, porque venía hacia nosotros y nosotros acudíamos a su encuentro, pero con esa inmovilidad de las pinturas antiguas. A dos pasos una ardilla se atusaba el bigote, movió la cola y se fue pegando saltos, y hasta la ardilla salió huyendo para que se quedara fija, eterna, paralizada por siempre en la memoria. Los mirlos corrían por el césped y el cielo en dos minutos se llenó de golondrinas que chillaban con qué contento, pero también estaban como vemos los pájaros en las tablas flamencas, que vuelan y están quietos.

Fuimos con este viejo amigo recorriendo aquel lugar de prodigios y rincones secretos, como los describen los poetas. Nos contaba la historia de estos árboles y esta parte de Londres, y en su voz también se acusaban las sombras, como las acusaba el parque, que poco a poco se iba entregando a una noche serena.

Incluso tuvimos tiempo de sentarnos en un banco de madera. Era uno de esos bancos que en Inglaterra regalan las viudas a los jardines públicos: «Recuerdo del Capitán Mark Brown, que vino a este lugar durante setenta y cuatro años, su amante esposa, Emily,

1962», decía el nuestro. Y en sus sólidos tablones había toscos corazones dibujados a punta de navaja y, olvidadas tal vez, más palabras de amor, que la nieve tapará cada año, palabras que la primavera volverá cada año a esparcir en el aire templado de la tarde como aventa los blandos vilanos.

Y de pronto a todo aquello que de manera tan armónica, tan silenciosa nos estaba sucediendo, vino a sumarse otro milagro. Oímos a lo lejos una campana que alguien hacía sonar entre las veredas y sendas de aquel parque. Nuestro amigo nos informó que era el guarda que antes de cerrar las puertas, advertía a toque de campana que la hora había llegado, una campana que le costaba sacudir, porque debía pesar media arroba. M. y yo, sin saber, nos pusimos en pie, pero nuestro amigo nos tranquilizó diciéndonos que la llave de la pequeña cancela por donde habíamos entrado la tenía él, y eso me trajo a la memoria aquellas viejas iglesias de los pueblos de Castilla, llenas de tesoros, a las que había que acceder pidiéndole la llave a un vecino, que te la entregaba sin recelo y que tú, después de admirar en solitario viejas tallas y piedras del románico, devolvías, con una pequeña limosna para el culto sagrado. Hace cien años.

El parque, que me pareció tan grande como la provincia de Santander, se quedó vacío en unos pocos minutos. Era como si aquellas campanadas despertaran de su sueño, tan sosegado y voluptuoso, a las últimas parejas de novios que quedaban y que nosotros habíamos visto entrelazarse sobre la hierba con quietista pereza. Terminaron por levantarse, sacudirse los vestidos y desaparecer, figuras igualmente entrelazadas, igualmente indolentes, como lo habían estado sobre el césped, solo que ahora seguían haciéndose el amor de pie, y caminando, como si para ellos horizontales, verticales, no fuesen sino una misma noción de la sensualidad.

Permanecimos en silencio unos minutos más sentados sobre aquel banco historiado. Era como si la noche no terminara de decidirse a desalojarnos de su pequeño paraíso. Yo pensaba: «recuerda cada uno de estos instantes; el milagro está en cada uno de los átomos de este aire, en las ramas del tejo, en la carrera del mirlo. Todo va a su fin, para que tú puedas detenerlo».

Creo que después de aquella hora, nos aturdimos un poco. Fue

como vivir los mismos días en los que Keats, que tuvo su casa no lejos de este parque, paseaba por estas mismas verdes colmas.

Y hoy hemos dejado Londres. Es verdad que en el fondo uno respira más tranquilo por no tener que ser de aquí, pero siento, después del paseo por The Park, que voy al sur para recordar este dulce atardecer de junio y todo cuanto a todos los poetas de esta tierra un día lanzó también al sur. No para olvidar, sino para recordar y pensar de una manera más clara en cielos más abiertos y tranquilos, el por qué los hombres no pueden ser felices.

TU vida, tus amigos, tu cuerpo, tus libros, como tu viejo coche, con los años se llenan de ruidos que no oyes.

EL aforismo del admirable moro universal, «No perfecto, sino completo», podría escribirse, completarse, de esta otra forma: «Perfecto e imperfecto: completo».

SIEMPRE será superior la filosofía que se entiende a la filosofía que se estudia.

LA originalidad, lo que el vulgo entiende por eso, siempre resulta patética. Recuerda esa clase de peligrosos ejercicios malabares en los que los viejos gimnastas de circo dejan su vida. La originalidad en arte o literatura nunca es causa, sino efecto de algo, y con muy poco valor. El siglo XX es lo único que reconoce como valioso.

HOY, que es domingo, me ha sucedido algo desconcertante: he tenido un sueño. Ya sé que no se deben contar en los libros los sueños que se tienen. Los sueños no contagian a los lectores. Los propios tal vez nos interesen algo, pero los sueños ajenos siempre los encontramos o tontos o menos dramáticos de lo que nos quiere hacer creer la persona que nos los cuenta.

Yo hacía meses que no soñaba. Normalmente en cuanto abro los ojos, al contacto con el aire, todos esos mundos se me vuelven fino polvo de nada. Pero hoy no ha ocurrido así. Tal vez fuese porque estuviera inquieto, en un duermevela pesado, o sea, en un sueño ligero. Estaba aguardando la hora de irme, como cada domingo, al Rastro, aunque todavía dormido, presintiendo que el despertador se pusiera en funcionamiento. Aferrado a la mera función fisiológica del sueño. Empecé a soñar. Y en sueños hice el itinerario que hago cada domingo, me encontraba con los mendigos que duermen en el pasaje subterráneo de la Plaza Benavente y con los que en la Plaza

de Tirso de Molina, ya de retirada, parecen deshechos de una horda diezmada por el hambre y las guerras, los miraba, me miraban un instante, dos segundos en los que cada uno de nosotros dejábamos en una tierra de nadie nuestras biografías… De pronto, en sueños todavía, empezaron a escribírseme sobre la frente, como hace dos mil años se escribieron sobre los muros del palacio de Baltasar, enigmáticas palabras, solo que estas yo las entendía…

Comprendí que era el primer párrafo de una novela. Me han gustado poco los escritores que fabulan sobre sí mismos imaginando para ellos o para sus obras circunstancias excepcionales… demasiado literarias. Pero en mi cabeza yo iba recorriendo renglón a renglón, como el que anda un camino, todas y cada una de aquellas palabras. Llegué a preguntarme: ¿estoy dormido o despierto? En cierto modo estaba feliz de que aquello me estuviera ocurriendo a mí, al tiempo que, oh contradicciones del sueño, no quería despertarme ni ser consciente de ello, porque en ese caso me vería obligado a levantarme, tomar bolígrafo y papel y transcribirlas, y la pereza era superior en aquel momento a todo lo demás. Pero terminé por despertarme. Luché durante un rato, porque algo de mí me mantenía en la cama y algo extraño me tiraba de la manga, me sacaba de entre las sábanas y me ponía a transcribir aquel comienzo de novela. Alguna vez me había ocurrido algo parecido, pero siempre encontraba la argucia: «cuando me levante, lo transcribiré», me decía. Jamás volvía a recuperar nada de cuanto en sueños me parecía lo bastante interesante como para dejar la cama antes de hora. Esta vez, ignoro por qué razón, me levanté, y como aplicado amanuense fui pasando al cuaderno todas y cada una de aquellas palabras, en el mismo orden, sin suprimir ni añadir nada de aquello que me parecía tan frágil:

«Ramón Castroviejo había cursado en su juventud estudios medios, tenía una educación pasable y había trabajado primero en ‘Latexsa’ durante cinco años y durante más de dieciocho en ‘Conrado Hermanos’, pese a lo cual y tras algunos serios reveses se encontraba viviendo en la calle con cuarenta y tres años, porque él, que había sido contable, y al parecer de los buenos, había renunciado a organizar sus recursos en bancarrota, incapaz no solo de hallar un medio de

ganarse la vida, sino tampoco de reunir cada día la cantidad suficiente para pagarse una cama en cualquiera de las miserables pensiones de la calle de la Cruz. Dormía cerca de aquellas pensiones que no alcanzaba a pagar, en el paso subterráneo de la Plaza de Benavente. Allí conoció a Concepción Romero, la Concha, una mujer de treinta años, deformada brutalmente por el vino y las drogas, que iba a llevarle a límites insospechados de la existencia, porque los hombres ni siquiera cuando han creído haber descendido el último peldaño de la indignidad y la degradación, se resignan a renunciar al amor. Castroviejo se enamoró de la Concha y la Concha decidió servirse de aquel hombre mientras ello pudiera reportarle algún beneficio y sin necesidad de pasar la aduana de los escrúpulos…».

Juro solemnemente que no he cambiado una sola palabra. La verdad es que yo jamás he escrito con un estilo así. Es como si me lo hubiera soplado a la oreja el espíritu de William Faulkner, interferido por alguno de los indigestos escritores locales que le imitan.

Después de transcribirlas, bajé a la calle, vacía como cada domingo, cogí el coche y me dirigí al Rastro. La ansiedad me llevó más deprisa de lo habitual a cruzar el paso subterráneo… Tenía miedo y deseo. Miedo de comprobar que los sueños escriben nuestras vidas; y deseo de que no fuera así. Y, sí, así ocurrió… Allí estaban. El mendigo, tal y como lo había soñado, una mujer joven y un tercero, de la edad de la joven. Aminoré la marcha y pasé despacio a su lado. Me miraron los tres con expresión abotargada, con los ojos hinchados por el sueño y el alcohol.

A veces me veo como uno de aquellos viejos buscadores de oro que hemos visto en las películas del oeste: una mula, los cacharros de cocina, un cedazo, un pico, una pala, dos kilos de tocino, azúcar, café, harina… y una veta de oro en cada sueño y una tumba de ermitaño en la tierra caliza.

EN Azorín cada palabra parece que tiene una úlcera de estómago.

CADA noche, al pasar junto a la habitación de mis hijos, oigo un temblor de vilanos en el aire y el compás de los sueños. En ese momento por nada ni nadie me cambiaría. Ni la mejor de las novelas ni la más valiosa de las obras vale lo que valen esos breves

momentos.

Cuando recuerdo tiempos difíciles, sin dinero, sin trabajo, pasando frío a todas horas, huyendo de las pensiones por las ventanas, durmiendo aquí y allá, juventudes de Madrid, años de Valladolid, eternidad de León, vendiendo cosas increíbles por las puertas de las casas para poder comer en bares no menos increíbles, incluso cuando recuerdo aquellos días, me parece que fueron los días alegres de otro que no fui yo, días que han quedado en esas vidas dormidas que contemplo por las noches, como queda en el cristal nuestro vaho, solo cuando el invierno es frío y pasan trenes sin detenerse, de tierras lejanas a lejanas tierras.

Atento escucho en la respiración de mis hijos la respiración del corazón del mundo, del corazón de Dios y de mi propio corazón, y aguardo. Y acepto esta vida fácil mía tan poco fácil, vaga, vagamente insatisfecha, consciente de que debe ser insatisfecha.

QUÉ contradicción que la palabra inefable sea tan bonita y la palabra vetusta tan vieja.

POR lo general las personas difíciles lo son porque ellas, para empezar, se encuentran muy fáciles.

LA misma gente que guardaba cola hace años en los confesionarios y en las iglesias, hace ahora cola en las exposiciones de arte y en los museos. Antes los museos estaban vacíos y las iglesias llenas. Hoy es al revés. Es hora de ir pensando en volver a las iglesias.

AL volver de dar un paseo, me detuve en la Puerta del Sol, parado allí, sin hacer nada. Estaba anocheciendo con un crepúsculo azul de terciopelo, y había animación, y mendigos, y gentes que no sé sabe qué esperan allí plantados en las bocas de los metros o si es que se paran como yo, para comprobar que el mundo marcha correctamente y mirar las palomas, los mendigos, el crepúsculo azul y la luz de las cervecerías y las amigas adolescentes que salen de «La Menorquina», riéndose, hincándole sus blancos y sanos dientes a unos pasteles grandes como adoquines, milhojas y torteles que dejan en el aire la vaga estela de la infancia. Olor que es una sola tecla pulsada al aire. Y en el cielo, donde las «vaghe stelle de l'Orsa»
empezaban a anunciarse, el neón de «Tío Pepe», antiguo, tan preguerra con su sombrero de tientas, y el reclamo publicitario al

que se le habían fundido, por mano de la Poesía, unas letras: «SOL DE (Anda)LUCÍA EM(bot)ELLA(do)»… El olor del verano, el olor de todo lo que huye, de todo lo que en verano es más efímero que en ninguna otra estación porque las noches de verano y la muerte de verano son más cortas. Mi ciudad, mis paseos al caer la tarde en estos cuadernos en los que solo pido que el tiempo funda, por mano de la Poesía, todas las letras innecesarias.

HE comprado en el Rastro media docena de números, correspondientes a 1930, de *Der Querschnitt* una especie de *Revista de Occidente* pero más cosmopolita. La tarde la he gastado mirando sus fotografías, sus ilustraciones, sus anuncios. Todo eso que da la época mejor que nada. Se comprende de un vistazo lo que valoraban y lo que no por esa insistencia en sacar a señoritas en traje de baño tirándose desde un alto trampolín y componiendo en el aire la figura del ángel vista desde un ángulo raro, o más raras instantáneas, o el retrato de Mann tumbado en una playa o a Gómez de la Serna pintado de negro o todas esas ilustraciones de Grosz, de Pascin, de Togores, mezcladas al tuntún, líricos o expresionistas dibujos con casas medio cayéndose siempre y mujeres de cabaré que le miran a uno con ojeras en los pezones, que son siempre mujeres a las que los pechos se les saltan por encima del escote. Y las actrices de entonces con cuánto *glamour* no nos miran ahora, con cuánto *spleen*, la Garbo de *Romance*, la Lillian Gish o la Florence Vidor; la tristeza de Chaplin en *Luces de la ciudad* o el candor de Conchita Montenegro, o esa doble página donde hay nombres que el tiempo ha ensalzado o sepultado, sin que ninguno de esos rostros adivinara, cuando fueron registrados esos retratos, nada de cuanto hoy sabemos de ellos, los Dowschenko, los Einstein, los Renoir, los Kraub, los Alexandroff, los Clair, del brazo todos, juntos, mirándose, sonriendo al porvenir… Y cuántas fotos de España, cuando España era Marruecos, y gentes lejanas, emperadores del Japón y pescadores de Borneo… No sé. Aquí pasando las hojas, ilustrándome, sacándole a este tiempo mío lustre con un trapo demasiado viejo, como deben ser los trapos de los buenos limpiabotas para botas de siete leguas.

AYER, diez de julio, fuimos a Sigüenza. Hacía mucho calor y los campos están todos dorados y las verduras montaraces secas y hasta las matas de cantueso meneaban sus bordones morados al aire con

vaga fatiga.

La impresión que produce la catedral roja de Sigüenza, de lejos, es de una gallina clueca echada en medio de la plaza con todas las casuchas alrededor metidas debajo de ella, como polluelos.

Como estaba la gente en misa no se podía ver el Doncel, de manera que nos fuimos a comer a las afueras del pueblo. Encontramos un lugar retirado a unos pocos kilómetros, junto a una carretera muy de tercer orden, con un arroyo de agua fría y clara y la sombra humana de unos olmos viejos. Nos sentamos al pie del agua, frente a unos juncos, y los niños se quedaron desnudos y se bañaron con mil gritos, porque el agua venía derretida de la nieve de los montes, y se salpicaban y chapoteaban con otras mil risas. Todo les producía un jolgorio y contento infinitos, pisar unas boñigas secas del prado o resbalar en el verdín de las piedras. Era un lugar que no terminaba de parecernos de este mundo, sino de una égloga pastoril, pues hasta las hojas parecía que tocaban el caramillo, y también nosotros dos estábamos por dentro desnudos y pegando saltos y salpicándonos agua, y debía ser muy parecido aquel solitario paraje a los que describió Garcilaso, pues aunque el riachuelo se cruzaba de un salto, era caudaloso y traía tanta leyenda como el mismísimo Tajo: también detrás de nuestras cabezas crecía una madreselva florecida y dorada que lo llenaba todo de ese perfume que solo logran tener los susodichos versos de Garcilaso, el cuerpo incorrupto de las santas vírgenes, y pocas cosas más.

Al poco rato el campo se llenó de cascabeles, sonajas y campanillas: los cascabeles de los niños y las campanillas del agua, las sonajas de las hojas de los árboles y ese rumor de un mediodía de julio en el campo, en el que todo tiene su secreto y todo es feliz, y los grillos raspan sus botellas de anís y las chicharras asierran perezosas los troncos acorchados.

Hacía años que ni M. ni yo habíamos comido en el campo, sobre la hierba, con un mantel a cuadros. En un momento se mezclaron a los olores del verano de pasto seco y hierba verde, los olores recién destapados de una tortilla de patatas y unos filetes empanados y fríos. Era como volver a una España de 1960 y comprendimos que nuestro 1988 iba a ser el 1960 de los chicos, y ese vaivén de fechas y de infancias nos puso algo melancólicos.

Hasta las cinco no abrían la catedral, y nosotros, como llegamos

antes, tuvimos que dar una vuelta por el pueblo, abrasado por el sol de la siesta y sin un alma en las calles, todas paradas como hace cien años, con sus piedras y sus blasones ardiendo. De pronto empezaron a oírse dos campanas, una muy grave y colosal y otra tiple. El sonar de las campanas asustó a todas las cornejas que salieron volando del campanario y de los mismos sillares de la torre, que en un momento el azul del cielo se llenó de chillidos medievales y agoreros.

Cuando las campanas llevaban dos o tres minutos dando vueltas arrebatadas, que parecía que tocaban para nada porque el pueblo seguía vacío y muerto, empezaron a salir lentamente de las callejuelas que dan a la plaza de la catedral, como antes salieron las cornejas, unos cuantos curas. Iban todos de paisano. Uno primero, luego otro, solos, sin hablarse, por esta esquina, por allí. No hay cosa más triste que un cura de paisano, con esos grises tan deprimentes y esos cuellos ridículos y esas chaquetas de Cortefiel planchaditas y horteras. Antes las gentes de iglesia eran clérigos con magníficos balandranes de vueltas y revueltas. Ahora están encantados con ser curitas de la raya planchada y zapatos de tafilete.

Era, como vimos a los cinco minutos, una docena mal contada de canónigos y beneficiados que iban al coro a cantar yo no sé qué hora, si sexta o nona o vísperas, que aquellos curas con tal de ver el partido de fútbol a su hora capaces habrían sido de adelantar las vísperas a mediodía.

Se pusieron encima de sus trajes de paisano unas albas y unos sobrepellices y roquetes, pero se les veía por debajo todos los pantalones, lo cual resultaba todavía más deprimente.

Cantaban una mezcla absurda de cosas en latín y en español, todas fuera de timbre y estridentes, y se levantaban y se sentaban de continuo, con mucha gandulería y poca convicción, furiosos de no estar durmiendo una siesta, y se notaba que lo hacían todo muy deprisa, cantar, pasar las hojas de sus breviarios, sentarse, levantarse, para cobrar el sueldo y poder irse cuanto antes a sus casas; todo con pereza y deprisa, aunque parezca que estas dos cosas no pueden ir juntas.

Al poco rato llegaron otros tres o cuatro visitantes y entonces el sacristán, un taimado que se había negado a franquearnos la

entrada en la capilla para nosotros solos, accedió a abrirnos la verja de hierro con una llave de hierro que era tan grande como un brazo.

La belleza de esa escultura nos dejó mudos. En modo alguno nos la figurábamos así, a pesar de haberla visto tantas veces reproducida aquí y allá.

Yo sostenía a G. en brazos, para evitar que armara escándalo, que es a lo que está acostumbrado en cuanto comprende que tiene un auditorio de más de tres personas que guardan silencio.

Mirábamos el Doncel sin conseguir explicamos todo ese milagro, y hasta los restos de policromía nos parecían los velos de su misterio, cuando de pronto G. me echó los brazos al cuello, pegó sus labios a mi oreja y me susurró: «Papá, no está muerto; está dormido de amor».

Me quedé yo también muerto y dormido de amor por tener un hijo de tres años que dice esas cosas. Es una suerte que esa genialidad que tienen los niños les desaparezca antes de los diez, porque si no seria muy difícil la convivencia.

Medité una por una aquellas palabras y las encontré admirables, como si algo superior hubiese hablado por boca de infante casi lechal. Y sí, el doncel parecía no muerto, sino dormido, ensoñando su propia muerte, placenteramente tendido, con la mirada puesta no en el libro, sino abstraída en un lejano sentimiento, el amor a la vida, pues el amor a la vida, cuando se está muerto, destila, como humedad los anchos muros de piedra o las paredes de un botijo, esos humores atrabiliarios, negros, que todos conocemos como melancolía.

Conseguimos permanecer unos minutos delante del Doncel nosotros solos, en silencio, aprovechando que los otros tres visitantes habían salido y que el sacristán había dejado de arrojarle a la estatua unas cuantas fechas mal aprendidas y tres o cuatro tonterías de repertorio.

Luego salimos nosotros también en silencio. No podíamos hablar. Miramos M. y yo sí, pero no hablar, porque nadie que haya visto el Doncel puede no enmudecer durante un tiempo; tanto es lo que dice de ella misma como escultura y de nosotros mismos, que hay que escucharla muy recogidamente.

Dejamos atrás los rezos y cantorrios sacrilegos de la clerigalla.

Afuera nos esperaba el zarpazo de un sol deslumbrante y un cielo tan azul como los que se ven en las postales malas.

Volvimos a Madrid dando rodeos por muchos pueblos pequeños y carreteras estrechas, de las que tienen olmos a uno y otro lado con una bufanda de cal en el tronco. Los niños se durmieron enseguida y M. y yo mirábamos el paisaje, sin conseguir sacudimos la impresión de esa visión inesperada. Mientras conducía, recordaba hasta los detalles más minúsculos de la estatua, el pecho doliente, las manos, la frente pensativa y la somnolencia y la vigilia en una misma expresión… Volvimos a cruzar los barbechos, los cantuesos morados y los trigos salidos de su cosecha. Solo pensaba en el Doncel, y, poco a poco, mientras conducía, fueron llegando estas pocas palabras, que venían al hilo de los campos, guardándose en mi memoria:

> «Leer, soñar, dejar que el tiempo pase
> y el pensamiento corra igual que el agua.
> Esa es la eternidad. Vivir no estando vivo.
> Morir no estando muerto, y escuchar
> a lo lejos, como temblor del tiempo,
> sonajas de los álamos sombríos
> y un arroyo entre juncos».

OJO: no todas las personas a las que se envidia se las puede admirar. Es más, lo normal es que envidiemos a las que nos avergonzaría parecernos.

SI se mira bien en un tricornio de la guardia civil, el cubismo ese resulta un prodigio de invención y genio, estilizando convenientemente los antiguos sombreros de tres picos del XVIII, hasta convertirlo en lo que es: el sombrero más original de toda la historia del traje, con esos planos tan raros que no se sabe si son cuadrados o redondos y esa maravilla del charol donde el sol brilla tan negro. En cambio en las pajaritas que hoy vemos que se ponen los camareros y los escritores de provincias, el cubismo ha cristalizado mal. Se ve que de aquellas hermosas corbatas románticas de dos y tres vueltas, con lazo amplio y arrebatado, de donde las pajaritas de hoy proceden, no ha quedado más que una cosa absurda, una especie de murciélago analítico que clava sus uñas en la nuez de la garganta.

ESTAMOS ya en Las Viñas pasando el mes de agosto. Hacía tres semanas que no abría este cuaderno para anotar nada. Hay temporadas que uno no hace otra cosa que anotar a todas horas lo que ve, lo que le pasa, lo que imagina. Otras en cambio, nada. Al hacerlo hace un rato, lo primero que se me ha venido a los ojos es esa anotación sobre los tricornios y las pajaritas, que no sirve para gran cosa, pero ser escritor es eso: escribir cosas que cambian el mundo y otras que hacen que siga como hasta el momento, lo cual, para como están los tiempos, no se crea que es poco.

NINGÚN siglo menos heroico ha sido más mitómano, con tanto *jazz* y tanto perdedor acodado en las barras de los cabarés tomando un *whisky*. Se dirá lo que se quiera, pero los últimos héroes de la literatura española, a los que se les ve la carne y el hueso, seguían comiendo garbanzos y bebiendo vino de Valdepeñas.

NO sé por qué, ni creo que lo sepa nadie, los críticos tienden a confundir pedantería con inteligencia y estilo con pesantez. Para ellos una cosa clara es tonta y una página sencilla, un descuido imperdonable del autor.

HACE unos años iba de caza con un buen amigo. Él llevaba la escopeta, la recova de sabuesos y la merienda. Yo iba de oyente. Pasábamos el día fatigando los montes de la dehesa y discurriendo sobre lo humano y lo divino. A mediodía, después de comer, mientras los perros descansaban, sesteábamos debajo de una encina, junto a un pequeño fuego. Mi amigo tenía un cuerno de caza para llamar a sus admirables *bleus de Gascogne*, si estos se desmandaban. Fue en aquel cuerno de caza donde leí ese lema por primera vez. Mi amigo había dibujado en él, como lo hacen los marinos y esquimales con los *scrimshaw*, una liebre. Era una liebre muy bien traída, levantada, con las orejas tiesas y esos ojos de no entender nada que tienen las liebres. Debajo mi amigo había metido en una orla las dos palabras que sirvieron de lema al esforzado Gaston de Foix: «Do fuir?». No sé por qué, pero también yo hoy, como la liebre, levanto las orejas y miro al retortero del alma sin encontrar otra cosa que desolación y tristeza, sin saber a dónde huir, ni para qué, si acaso lo supiese.

ALGO esta mañana me empujó a la terraza, sobre el jardín, antes de que saliera el sol y se oyese a los pájaros. Me deslicé de la cama, a tientas busqué las viejas pantuflas y sin hacer ruido salí de la

habitación.

Me apremiaba el no sé qué que a veces llama a la puerta. Cerré la del dormitorio tras de mí, como el que piensa partir a tierras muy lejanas, y empecé a buscar cierta conciencia del tiempo, como el físico se encierra frente a sus redomas mecánicas esperando abrirle al misterio una escotilla.

Me recibió el perfume de la noche, toda la miel y el rocío sobre los campos secos y las flores de los arriates, las horas densas y herméticas de la madrugada. Era un momento lo que buscaba. Sabía que si daba con ese momento, habría ganado muchos años, muchos años hacia adelante y hacia atrás. Me reuniría con el niño que fui y con el viejo que un día volverá a este instante, al pequeño fragmento de tiempo de esta mañana de agosto, aquí, a este lugar del que uno lo espera todo porque sigue siéndole desconocido.

De modo que me senté en la silla de lona y me puse en camino. No era el sol quien venía hacia mí, sino yo el que salía a su encuentro. Pero tampoco aspiraba a una reunión de ambos a medio camino. Nada de misticismos, de luz, de piedra y verbos transustanciados ni de toda esa jerga de los sacristanes de la poesía. Yo no buscaba más que estar, durar, permanecer en aquel puro momento, y conseguir así permanecer y durar hacia el pasado, hacia lo por venir.

Sentí algo de frío en los brazos y en la espalda. El rocío, que visita las rosas y las zarzas del camino, las ortigas azules y las hojas del limonero, ponía también en mí su mano, y lo sentí como un presagio, pues aquel breve tiritar tuvo sus ondas, como piedra en estanque, y el alma tiritó en el calosfrío de su mismo centro.

En unos pocos minutos conseguí que el pulso de las emociones y sensaciones latiera a la par que el pulso de las cosas que veía. O eso me pareció a mí, porque no quería envanecerme ni de emociones ni de sentimientos, tan solo estaba allí como un oyente de la naturaleza, como el alumno libre que uno siempre tiene la fantasía de ser. Miré los olivos colgados de su colina, el laurel, la parte de camino que a mí se me figura corre hasta el mar. Lo que he visto tantas veces y de lo que ignoro todo, pues es un paisaje que crece delante de mis ojos, como nos crece un hijo.

El parpadeo de las estrellas que le quedaban todavía al cielo se hizo más intenso, como también más oscuro se volvía el propio azul

del cielo, porque también el azul del cielo se oscurece en cada amanecer. «Luminarias eternas de la noche», recordé, y se fueron apagando todas, como chapas que se tragara la boca de una inmensa rana.

No cantaban los pájaros. Se oyó el cacareo metálico de un gallo a lo lejos, pero fue un canto roto, abollado, inconveniente, como ese violinista que adelanta dos compases una entrada. Luego no volvió a oírse nada. Sí, un cuclillo, y muy lejos, un cárabo. Pero el cuclillo y los cárabos los creó Dios para subrayar con esas líneas discontinuas suyas el silencio, a fin de que el silencio pueda oírse.

Sentado en aquel lugar privilegiado, como en el puente de un barco, miré la proa del jardín. Me decía: cada segundo es eslabón de la cadena de un ancla. Escucha este silencio. Gracias, cuco; gracias, cárabo pardo. A mis espaldas, me dije, saldrá el sol dentro de media hora, una a lo más. A mis espaldas hay tres sueños, en sus camas, ajenos a este instante, pero partes de él, como parte de la posesión y del amor es la espera, que no es aún ni posesión ni amor.

Y empezaron, de pronto, a acudir los átomos pequeños de ese instante que buscaba. Y se alegró tanto mi corazón que me dio miedo. Miedo de despertar esos tres sueños y miedo, sobre todo, de atraer hacia mí la mala suerte. El momento feliz puede aborrecer este lugar, advertí, y dije: «Que venga un poco de tristeza, algo de la tristeza de los días, a compensar esa alegría, todo este júbilo». Pues antes aún del milagro, lo sabía ya excesivo, como si Lázaro muerto renunciara a ser resucitado, por comprender que su vida no podría estar jamás a la altura de ese prodigio que es volver intacto del reino de los muertos.

Pensé en León. En aquellas madrugadas. Mi padre, un perro en un cajón que había sido de botellas de sidra, y el olor de la pólvora. La memoria tiene siempre el membrete de las cosas insignificantes, que importan poco al mundo, pero sí a su estómago de anacoreta, pues con cañamones y altramuces la memoria vive cien años.

Al mirar las estrellas sobre el jardín, de pronto recordé. Son aquellas. Míralas tartalear sobre los campos de habas, hacerle guiños a las pomas del árbol, al rincón de la alfalfa. E igual que entonces me pareció que de entre los pies se levantaba una codorniz, y oía el estampido y luego advertía la bocanada azulenca en el cañón de la escopeta de mi padre, y la sangre caliente entre

mis dedos era suave como un pétalo, porque nunca morían en el acto las codornices, sino algo después, generosas también, para enseñarme qué es la muerte y a qué late.

De modo que esto era el instante buscado. Una suma de instantes.

En eso empezaron las golondrinas y vencejos a salir de los nidos y a cantar otros pájaros. Poco a poco los ruidos, como flores, se iban abriendo. Una claridad rosa, el rosicler de los poetas, coronó el olivar de enfrente, y bajó por el monte, como yo me imagino que bajaría un carlista, con su capa escarlata y sus bordados de oro, el sol.

Oí ruido de esquilas y otra vez León vino conmigo, y los viejos mastines con carlancas al cuello.

Al entrar en la cocina para hacer el desayuno, me vino el admirable olor que tienen las cocinas de campo: a manzanilla seca, a leña y a pan sagrado.

En el vasar había un plato con ciruelas Claudias. En algunas aún quedaban prendidas las hojas. Qué verdes todavía, cuánta Venecia aquí en esos frutos, cuantas mujeres con los ojos del color de las ciruelas Claudias.

Luego pasé el día huraño, y aunque hablaba y me reía y jugaba con los niños, por dentro yo quería arropar aquel instante, como se arropan brasas en las frías cenizas.

Incluso fui a Trujillo a hacer la compra. Hasta bebí cerveza y hablé con el camarero y el camarero habló conmigo como si tal cosa. Yo sabía que aquel instante de esa mañana había sucedido, o estaba sucediendo.

Llegó la hora de la comida. Pusimos el mantel y el sol que se colaba a través del emparrado de glicinas, lo engalanó como con joyas.

A los postres, abrí yo una sandía, lo que produjo el alborozo de los niños, y las avispas vinieron a posarse. G. dijo: «Quiero hacerme un collar con las pepitas, porque son negras y valiosas». Luego se les olvida hablar así. En el mantel quedaron las manchas rosas del vino, que engastadas en el oro del sol, fueron más raras joyas.

Cuando estábamos en la sobremesa me fijé que el suelo se había llenado de hormigas que se llevaban cada una a la espalda un grano de arroz de los que se habían caído y agradecí al cielo no ser yo

hormiga, porque nada reconforta más que ver trabajar a otros de esa manera tan absurda a la hora de la siesta.

Luego nos retiramos todos a casa, que se quedó en silencio, con las contraventanas echadas y la penumbra.

Me decía: «Todo esto me va alejando de esta mañana. Ese era el momento». Pero luego comprendí que también aquello formaba parte del momento, y que el momento que buscamos puede ser la vida entera, un momento hecho de intensidad, pequeños olvidos y grandes recuerdos, diminutos fracasos y entera plenitud, un momento de aceptación y reconocimiento y que, por tanto, aunque me hubiera levantado y estuviese haciendo la vida de cada día, seguía allí sentado, viendo amanecer, en mi silla de lona.

Hace un rato, después de mirar durante un buen rato las estrellas fugaces de estos días de San Lorenzo y de formular deseos, me he puesto a escribir. Doy por terminado el día, pero nada más que el día. Aquel momento dura en su fugacidad y será eterno tanto como fue breve.

Lo mejor que tienen las mujeres son los lugares comunes. Y lo mejor que tenemos todos, si se mira bien.

Los ruidos del hacha a lo lejos, en el lagar de al lado, algunas voces, el viento acunando la palmera, el perfume de estas cuatro gotas de lluvia sobre la paja seca y la tierra polvorienta, el rumor del agua regando los naranjos y rosales, las golondrinas que revolotean encima de nuestras cabezas para entrar en su nido, un té frío y un libro abierto, las esquilas y toses de las cabras y las moras negras y rojas en las zarzas, he ahí mi *beatus ille*, y sin embargo… Solo me consuela adivinar qué sería de mí sin ese ruido del hacha, a lo lejos, sin el viento en la palmera ni el olor de la lluvia ni…

Hemos ido a dar un paseo por la Villa de Trujillo a la puesta del sol, cuando ya se ha pasado algo el calor. Me gusta este pueblo por lo que tiene de pueblo. Con la ferretería en la Plaza y las mesas de los bares debajo de los naranjos y la gente saliendo, como nosotros, a pillar media hora de fresca, saludándose, parándose a hablar, o evitándose o mirando a otra parte, como en un drama costumbrista.

Hemos ido subiendo lentamente por las callejuelas de la Villa. La gente está sentada a la puerta de las casas; los hombres sin camisa, por el calor; los niños jugando, y las mujeres dentro, haciendo, entre olores de pimentón, la cena.

De todas las casas sale el sonido de la televisión, que tienen desmesuradamente alto para que se pueda oír desde fuera, y cuando vas perdiendo el sonido de una casa, lo vuelves a retomar en otra, y por todos los lados es la misma voz y la misma cadena.

Al pasar junto alguna de estas puertas la gente te sigue diciendo, humilde y con sumisión, «buenas noches» porque consideran que pasear por pasear solo lo hacen los señoritos, y entonces uno, haciéndose la ilusión de que es un inglés del siglo XIX, susurra un buenas noches y mira disimuladamente hacia dentro de las casas no para ver nada especial, sino eso solo, el televisor que tienen metido en una habitación con platos en las paredes y *bibelots* horribles, pero limpios, todos con una historia, y la mujer al fondo, sobre el fogón, friendo unos huevos, que también el aire se llena entonces de olor a aceite de oliva y de los rojos dondiegos, que aquí llaman también periquitos.

Fuimos después a asomarnos a la Coria, que es lugar prominente de Trujillo, con el Castillo a las espaldas. Hay cerca de allí una pequeña plaza, la más metafísica del pueblo. A un lado Santa María, una iglesia gótica. Al otro, el depósito de las aguas, de fábrica neoclásica pasada por la arquitectura industrial del XIX, y en un rincón, sobre un corto pedestal, la cabeza de Pizarro, tan descomunal como la de Constantino del Bajo Imperio, y como ella igualmente cortada a la altura de la nuez, sin cuello. Es una plaza que recuerda, por lo irregular y «fugada» a las pinturas de De Chirico. Es curioso. Ocurre a menudo con algunos surrealistas. Su mirada sobre la realidad nos ha enriquecido la nuestra. Se han fijado en cosas que hasta ellos pasaban inadvertidas. Fragmentos, visiones, regiones poéticas enteras en las que nadie había reparado. Pero cuando ellos mismos han querido trasvasar esas miradas a sus cuadros, nos dejaron cartelones malos de cine, porque en el fondo su manera de ver estaba muerta. De ahí que toda la pintura surrealista, que nació como una exaltación de la vida o de las zonas más escurridizas de ella, como los sueños, parezca muerta, parada y, lo más grave, inexpresiva y acartonada.

Los días revueltos las cornejas que viven en Santa María salen y entran en la torre graznando con desesperación y la placita, siempre vacía, parece dispuesta a ver cometer un crimen.

Luego bajamos, y dando un rodeo, pasamos frente al cementerio

de la Vera Cruz, a la hora en que ya no se les oye a los muertos ni trinar ni mover las ramas de los cipreses, sino solo brillar con blanca reserva y silenciosamente como la luna.

Cuando nos estábamos ya cansando de andar sin rumbo cierto, bajamos y nos sentamos en una de las mesitas de la plaza a mirar todo el *sky line* de Trujillo. Son solo cuatro palacios con la piedra del color del azafrán y jaramagos en los tejados. Estaba el cielo ya muy azul y vociferaban encima de la plaza las estridentes cornejas, muy nerviosas, en una danza sin fin, mientras las cigüeñas tocaban palmas y castañuelas con los picos, y nosotros pedimos cerveza fría y unas tapas.

Da mucha alegría recalar de vez en cuando en los lugares comunes, que son puertos seguros, y pensamos como Solana, en su «España negra», en aquel capítulo en el que Solana encuentra ganas, a pesar de ser negra, para afirmar, como nosotros ayer, «España es lo mejor que hay en el mundo», y sentir una vaga pena por los ingleses y los americanos y los alemanes o suizos, y los…

Luego la plaza se fue vaciando, la gente se dirigió a sus casas para cenar y quedó en el aire esa lenta nostalgia que florece en los veranos y que le hacen a uno lamentar con ímpetu vago no ser americano, inglés, alemán o suizo, fuera del mundo o, siquiera, lejos de todo esto.

COMO no sé muy bien en qué gastar las largas, cargantes y pegajosas horas de la siesta, me dedico a encontrar trozos de vidrio y tesoros que clavar como mariposas en ese cuaderno.

Es muy posible que haya una teoría para explicar el coleccionismo, porque a estas alturas del siglo hay una o varias teorías para todo. No sé cuál o cuáles pueden ser. Tampoco por qué razón, a mucha gente, desde chicos, les gusta tener muchas cosas de lo mismo, cromos, canicas, lapiceros, juguetes y en cambio a otros no.

Quizá con ello les parece agrandar los límites de su vida, viviendo en cada uno de esos objetos una vida más… Es posible. Que en la acumulación buscamos la duración en el tiempo, defendiéndonos de él mediante el coleccionismo de cosas, como los chinos se defendían de unos remotos bárbaros con la Muralla China, que no es sino la más grandiosa colección de sillares de piedra… También es posible.

Yo no me parece que soy coleccionista de nada, porque me aburro siempre. Ni siquiera de libros. Sin embargo me gusta, como a todo el mundo, rodearme de cosas, porque las historias que tienen las cosas pueden sernos favorables o nos recuerdan o hacen que nos imaginemos la vida que nunca llevaremos.

Llevo ya muchos años yendo al Rastro para saber dónde terminan muchos de esos objetos en los que ponemos afecto, atención, pasión o vida. A veces, lo normal, es que ni siquiera sean valiosos. Ya sabemos todos que un Goya lo raro es que termine en el Rastro, pero al Rastro llegan, de la misma casa donde estaba ese Goya, un mueble no muy bueno, o una lámpara que los herederos que se llevan el goya a
Sotheby's
encuentran pasada de moda, o una alfombra vieja, cachivaches y trastos todos que para sus antiguos propietarios algún día significaron tanto (no que valían tanto) como el Goya. Porque las cosas son lo que significan, no lo que valen.

En todos estos cuadernos que llevo, al empezarlos, abro siempre dos secciones, como el que habilita un par de guardamuebles, donde voy echando a medida que me los encuentro el nombre de esos objetos, cuyo inventario, me recordará, en épocas difíciles, lo que fue mi vida y a lo que mi vida aspiraba. Cosas poco valiosas, pero cargadas de poesía, de significación, de ensueño. No quiere decir que me gustaría poseerlas. En absoluto. Ponía el ejemplo de una pajarera. Nada puede gustarme más que esas grandes pajareras en medio de un jardín, con faisanes, gallinas de Guinea, perdices y aves del paraíso, pero jamás tendría cerca una jaula con ningún pájaro, porque me moriría de tristeza. Pues bien, una de las dos secciones la ocupan las listas con objetos. La otra es un trastero donde van a parar los títulos que se me van ocurriendo, títulos de libros que nunca escribiré, de novelas que no tendrán más título que esa larga, fantasmagórica y misteriosa realidad que es un título bien puesto.

Muchas de esas cosas me evocan los Mares del Sur míos solos, mis magdalenas mecánicas, mis mal asentadas baldosas.

Helos aquí, viejos y nuevos, todos otra vez mezclados. Puede que alguno esté repetido, porque el que colecciona también está condenado a repetirse, a reincidir en lagunas hace mucho tiempo

secas o cegadas. Un metrónomo, un státeros de Alejandro III, un viejo compás de hierro, una barra de labios, una botella de anís «El Mono» con sus puntas de cristal, un piolet, una flauta de pico, un farolillo cantonés, un juego de pistolas de chispa, una caja de música, una teja árabe, un simón, un tomo de «La Pléiade», un *calasnikot*, unas espuelas, uno de esos pasapurés llamados «chinos», un catalejo, un arpa, una pitillera *decó*, un botón de ancla, una regla de cálculo, un *steamer*, un alambique, una colmena, un cuentahilos, un barómetro, una mancerina, un tablero de la oca, una rana de hierro, una bola de cristal en la que nieva dentro, una nasa, un mundinovi, una garlopa, una pluma de pavo real, una *txistera*, una carraca, una barra de tinta china, un pliego de papel de lija, una aguja, un arpón, una Leika, unas tijeras, una licorera de viaje, un autómata, unas botas de montar, una maqueta de barco, un Ronson, una bobina de cobre, una campanilla, una escafandra de buzo, unas pinzas de madera para tender la ropa, la gabardina de una chica, una caja de colores con acuarelas, un cimbel para cazar patos, un barquillo de limón y canela, un gramil, una esfera armilar, una cinta métrica, un cine de verano, un globo del mundo, el luminoso de neón representando una máquina de coser «Singer» de la Plaza del Rossío o el de la Puerta del Sol, de «Tío Pepe», unos guantes de boxeo, un narguilé, una baraja española, una silla de campaña, un reloj de pulsera, un sacacorchos, un retel, la espada de Prim, un tarro de botica, una hebilla de plata, una concertina, un aristón, una moneda de dos reales con un agujero en el centro, una copa de Gaya, una silla de montar, una mecedora, un trillo, un puente de piedra, una damajuana, un cuerno de caza, un palillero, un candil de carburo, un silbato, una bandera carlista, una canana, una terracota romántica, una peonza, un molinillo de café, una cremallera, una minerva de aspas, un *compact disc*, una letra de cambio, un daguerrotipo, un *buick*, una violeta seca encontrada en un libro que acabemos de comprar de viejo, una jaula de perdiz, algún Cornell, una gramola, un berbiquí, un costal, una caja de té, un fanal con flores secas, una postal, un termómetro, un carrusel, una máquina de afilar lapiceros, un dedal, unos imanes, un kinescopio, un *colt*, un sombrero, un dardo, un catalejo, una botella de gaseosa con cierre de trampolín, un papel secante, una escudilla,

un *scrimshaw*, un anzuelo, un bastón irlandés de fresno, un ábaco, una ratonera, una cuchara de pastor, un caleidoscopio, un dólar, una vieja Kodak, un ovillo de bramante, un fuelle, una bicicleta, una brújula, una bombilla, un cubito de hielo, un cartucho, una tuba reluciente, una cuchilla de afeitar, un pincel japonés, un cedazo, una tina de arenques, una cadena de oro, los arneses dorados de una góndola, un camafeo, una hoz, un dominó de marfil, un candil y una lamparilla de aceite, una romana, una barra de lacre, unos gemelos, una bujía de escritorio, un crucero de piedra, un ventilador, un candado, una armónica Honner, una prensa de libros, el bombín de una bicicleta, una pelota de pimpón, unas gafas de sol, un *sidecar*, la horquilla de un zahorí, una caja de caudales, una gran Plano de París, una llave de hierro, un cascabel, una Mont Blanc, un zepelín, una maquinilla de liar cigarrillos, un jaguar cromado, una cinta del pelo, un pañuelo de hierbas, una canica de cristal, un saco de semillas, un biombo, un lapicero, una máquina de cocacola, un metro de carpintero, un tipómetro, una venera de peregrino, unos zapatos nuevos de mujer y unos zapatos viejos de hombre, un balón de *rugby*, una ocarina, un tintero, un billete antiguo de tren o de tranvía encontrado, como las violetas secas, entre las páginas secas de un libro viejo y seco (por ejemplo, aquellos cartoncillos color teja de la línea León-Bilbao del tren de «La Hullera» o estos otros billetes del tranvía de Madrid que llevan fecha de la última guerra), una celosía, un microscopio, una pipa, una salvadera, una tinaja, un carnet de baile, un florete, uno de aquellos descartes de películas de cine que vendían hace años, más caros en tecnicolor, más baratos en blanco y negro en sobre de color garbanzo (20 una peseta), una plomada y un nivel, un barómetro, un abanico, unas colleras, un escalímetro, todos los relojes de sol, unos dados, una bola de billar, una navaja, un matraz, un samovar, una figurita de barro para un belén…

Yo no pediría que nadie tuviera ni se rodeara de cosas parecidas. Esto sería monstruoso. Ni siquiera que leyera este largo catálogo de cosas, mi propio catálogo de naves, como aquel que leemos en *La Ilíada*, o el más largo todavía catálogo de las ballenas en *Moby Dick*. Solo que a mí me sirven para pensar, soñar, vivir o recordar, todo eso por lo cual nuestra existencia no es mejor, pero sí más nuestra.

Cuando chico recuerdo que hacía acopio de mis cromos o mis descartes de películas famosas o mis chapas o mis bolas de cristal. Gómez de la Serna reunió en sus distintas casas colecciones absurdas y mil estampas que pegaba en las paredes de sus despachos, en las puertas, en las pantallas de las lámparas, en sus biombos. Quiero creer que todo el que tiene un interés colecciona algo. Hasta los santos que profesan el desprendimiento y la pobreza hacen acopio de buenas acciones y sacrificios. Incluso los mejores de ellos coleccionan milagros. Luego el tiempo nos lo desbarata todo, ruedan las canicas para caer en las alcantarillas de la memoria, los herederos le desmontan a uno los despachos y hasta las buenas acciones y los milagros siempre vendrá alguien que los niegue o rebata. Pero entre medias quedaron unas horas puras, y esa pasión inofensiva que es levantar sobre el tedio humano una inmensa torre de Babel.

CATÁLOGOS: recuerdo de lo que se olvidará.

VEO cómo se aburren los niños estas tardes de calor aplastante metidos en la casa a la hora de la siesta y recuerdo aquellas lejanas tardes mías de verano cazando moscas, atándoles al rabo de las lagartijas que teníamos esclavas pesos terribles, fabricándonos dardos o haciendo con nuestras navajas toda una flota de barquitas que luego botábamos en el río para perderlas para siempre.

Penumbra verde, horas de carcoma en la viga y en los rincones del techo horas de silencio y telar para la araña, y fuera ese calor atronador de las cigarras y una luz musulmana sobre los limoneros y el laurel.

TENEMOS, como todos los veranos, problemas con el agua del pozo de San Gregorio.

En el mes de abril nadie da importancia a esos problemas, pero en el mes de septiembre la gente se mira de una manera que si tuviese una escopeta en las manos, la dispararían a bocajarro sobre el vecino.

Algunas veces uno se cruza en una de estas callejas con un rústico que al pasar a nuestro lado arruga el entrecejo, que se le espesa con pensamientos obtusos. Yo estoy convencido de que en un nuevo 1936 volverían a florecer en esta tierra las malvas de la *vendetta*, los paseíllos, los tiros en el cogote a la sombra de las tapias del cementerio. Y no por la ideología. Se ve que muchos de

estos hombres no tienen ideología, no son de izquierdas ni de derechas. Obedecen a instintos fieros, fuerzas oscuras, pasiones mal conocidas. Para unas cosas son de derechas, como los más fascistas. Quizá porque lleven sirviendo como criados cuatrocientos años, han terminado adoptando los puntos de vista del señorito, igual que les pasa a esos mayordomos ingleses, más estrictos y puritanos que los lores a los que sirven. Para otras, en cambio, son como los dinamiteros, partidarios de las soluciones tajantes y violentas, donde la sangre es lo único convincente.

Yo no sé de dónde se habrán sacado eso de la sabiduría de los hombres de campo. Por uno sabio, se topa uno con cien brutos y desalmados. Por uno juicioso, cien berrocales y borrachos. En España no harían falta más Quijotes. Con Sanchos juiciosos nos bastaría. Pero no. Solo hay que observar la saña con que un hombre de campo mira crecer unas dalias, una rosa, todo lo que no dé patatas. Antes no sé, pero desde que la televisión muestra tan a menudo gente malvada, en los pueblos están convencidos todos de que lo natural es proceder como los delincuentes y policías de Miami. Brutales, egoístas y tontos, y cuando no, esa clase de «tontilistos», como decía Satie que eran los críticos, gente que cuando ve a alguien con gafas y que viene de Madrid, piensa: «Este se cree más listo que yo. Este se cree que me va a engañar y a este, antes de que me engañe, lo engaño yo». Por ese orden.

Yo he tenido esta tarde que tratar de varios negocios con un hombre que es mezcla de todo eso. Me ha escuchado sin sacar las manos de los bolsillos y la cabeza caída sobre el hombro. Yo he aprendido ya a traducir, como un Malinovsky de estas tierras, lo que esa actitud quiere decir: «Tú fíate de verme así con la cabeza tumbada. Cuando menos te lo esperes, vas a ver. En cuanto te vuelvas de espaldas». Mientras le hablaba, escarbaba con el pie en el suelo, y sonreía de medio lado. Al poco rato salieron a la puerta del corral sus cinco o seis perros. Estos perros son todos iguales, cruce de rata y zorro, con los ojos saltones y las ojeras innobles, de los que se tiran a morderte las pantorrillas. Me rodearon y no dejaban de ladrar con escándalo, observándome, para en un descuido mío saltarme a los gemelos. Entonces el dueño, sin otros requilorios, le largó una patada certera al primero que se le cruzó, y lo lanzó a tres metros. El perro, al estrellarse en la pared, soltó un

aullido lamentable de resentimiento y se fue con el rabo entre las piernas, como los otros, abrigando planes de venganza.

Después de esa escaramuza, su dueño me dejó continuar hablando otro rato, con la misma actitud, sonriéndose con la cabeza ladeada, rascándose detrás de la oreja o la barba de una semana y pegándole chupadas a un cigarro de picadura que llevaba apagado media hora. Seguramente le produce gran alegría que nosotros no tengamos ya agua para beber. Me ha dicho que sí a todo, pero los dos sabemos que las cosas van a seguir igual, porque sería una grave injusticia que en este rincón virgiliano todo marchara sin tropiezo, y al despedirme he visto que me dedicaba la mejor de sus muecas serviles, que él extremó para que yo pudiera traducirla sin error: «Tú vete a quejarte al alcalde y te pego fuego a la casa, con todos vosotros dentro». Sus palabras las encontré muy apropiadas: «Quede con Dios».

¿Exagero? Todos los años se producen media docena de crímenes en el pueblo vecino y los dos o tres pueblos de los alrededores. Crímenes brutales, de clavarle un cuchillo de cocina a uno en el corazón, porque tenía mal vino, o abrirle en dos mitades la cabeza con un hacha, por diferencias en el reparto de una herencia de doscientas mil pesetas.

HEMOS pasado el día en Guadalupe, a donde fuimos a ver los cuadros de Zurbarán. Salimos muy temprano para evitar el sol en la carretera, pasamos por Logrosán, recordamos a Roso de Luna, que es alguien de esos a los que está bien recordar, aunque luego no se le pueda leer un libro, y cuando llegamos al monasterio eran las doce del medio día.

Antes de entrar en la sacristía para mirar los cuadros, nos hicieron esperar en un claustro, junto a una fuente que tienen metida los frailes en un templete. Es cosa rara la de aquel templete con azulejos morunos y lleno de plantas, helechos y otras hojas de mucha verdura y frescura. Daban ganas, con todo el calor del día, de sentarse en el poyo de mármol, junto al agua, y no moverse hasta el día del Juicio, que sería bueno que ese día le pillara a uno en lugar tan santo.

Cuando por fin nos pasaron a la sacristía, los cuadros no se podían ver. Unos porque les daba toda la luz encima donde reflejaba, y los otros, en frente de estos, porque estaban en la

penumbra y ahumados por el tiempo, y todos porque los tienen colgados a cinco metros del suelo, con lo que se corre peligro de que de mirarlos se le rompan a uno las cervicales. Cuando llevábamos no más de dos minutos luchando por encontrar un ángulo propicio y en las posturas más extravagantes, llegó un fraile con una llave en la mano y nos echó. Le dijimos: «Hemos hecho noventa kilómetros y haremos otros noventa de vuelta para mirar estos cuadros, déjenos por favor quedamos aquí cinco minutos más. Llevamos solo dos». «De acuerdo», nos contestó en el más puro estilo eclesial, «pero no pueden quedarse aquí porque yo tengo cosas que hacer, de manera que salgan».

Entonces nos llevaron con los demás a ver el camerino de la Virgen. Allí nos esperaba un fraile viejecito. Era un fraile de aspecto menudo y bondadoso que esperó a que estuviésemos todos reunidos para abrirnos las puertas donde tienen guardada a la Virgen morena de Guadalupe. Cuando se hizo silencio, se puso a explicarnos unos esmaltes de colores chillones que tienen claveteados a esas puertas. Eran esmaltes del tamaño de cartas de la baraja. En cada uno de ellos, como en los grabados de un papel de aleluyas, tenía lugar una escena de las intervenciones especialísimas de la Virgen de Guadalupe en la última guerra civil, con banderas de Falange, de España y de los requetés ondeando por todas partes, y aquel reverendo, que había sido hasta entonces la viva imagen de la bondad, se convirtió de pronto en un viejo de instintos fratricidas, pues en cuanto empezó a pronunciar los nombres de Franco, de Mola y demás secuaces empezaron a temblarle los belfos como consecuencia de la emoción y la fidelidad a la causa. Era evidente que en cuanto nos fuéramos de allí, se iba a remangar los hábitos, se cuadraría, pegaría un taconazo, saludaría con el brazo extendido al retablillo y gritaría: «¡Viva Franco! ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Viva España!», esperando que alguien le diera la voz de mando: «¡Al monte!». Mientras llegaba el momento de quedarse solo, siguió con la historia de la Cruzada.

Nosotros cuando vimos de qué iba la cosa, nos dimos media vuelta y salimos de allí, pero como era imposible hacerlo sin llamar la atención, el fraile se nos quedó mirando y todos los demás también: «¿A dónde van ustedes?», nos preguntó con muy mala cara.

Al salir respiramos un poco de aire limpio. Como el pueblo es pequeño, a los cinco minutos nos tropezamos con algunos de los turistas que nos habían visto salir del camerino de la Virgen, los cuales, después de revistarnos con descaro, apartaron muy ostensiblemente la vista de nosotros, supongo que por la repugnancia que les producíamos o por la lástima.

Cuando se nos hubo pasado el malhumor, cuando conseguimos que se nos olvidara la visita, cuando delante de una cerveza fría y a la sombra de un sol abrasador dejamos correr el tiempo, como se deja correr el agua para que salga fresca, entonces, solo entonces, volvimos a pensar en Zurbarán. Qué hombre. Es lírico de puro adoquín. Tiene la sensibilidad de un berrocal en el que crecen flores pequeñas y jara silvestre. Todo lo que pinta lo hace como si fueran zoquetes de pan o los botijos de Talavera, se trate de santas vírgenes, de obispos o de observantes de la regla de San Jerónimo. Se le ve luchar a brazo partido para calcar el pliegue de un mantel o de un hábito, pero todo eso le sale sin música, sordo. A Zurbarán todo se le vuelve duro como peña, el mendrugo, la jarra, y sobre todo los hábitos, esos que tanto le han elogiado. También, como la tierra, son duros y secos sus cuerpos. Ni siquiera el maravilloso retrato de fray Gundisalvo de Yllescas se libra de esta sordera, aliviada con el paisaje del fondo, un paisaje de ciudad, más lírico aunque no más humano. En Guadalupe se comprueba muy bien que Zurbarán es un pintor tan triste y melancólico porque no es un hijo legítimo de la pintura, como Murillo o su amigo Velázquez, sino su hijo natural, criado siempre en orfelinatos e internados oscuros. La mayor parte de los cuadros de Zurbarán son los de un huérfano que no tiene madre, que no tienen a la pintura, pero que la recuerdan de continuo. Y como los huérfanos, tienen sus cuadros ese misterio, esa tristeza, esa profundidad que no les viene de la vida, sino de sus tristezas más viejas, tristezas casi de niñez y de infancia. Su primitivismo, su modestia, es eso, melancolías de la infancia por no haberse criado, como sus otros hermanastros, Velázquez o Morillo, en la opulencia, en los ubérrimos pechos de la pintura.

COMO la rosa, como el vaso de agua, cosas muertas y claras, misteriosas y sin valor.

LA rosa, cuando ha muerto ya, cortada del rosal, es más hermosa.

HOY es el último día de este verano en Las Viñas y me ha invadido una incómoda ansiedad solo comparable a la inconfesable hipostenia que me ocasionaba la vuelta al internado.

Dice Pla que hay dos días inefables del año: ese día de invierno en que se adivina por primera vez la primavera y ese otro día de verano en el que el otoño se anuncia en indicios sutiles, irrevocables.

Hoy las nubes son ya de otoño, y el olor de los higos y el color de las viñas me envenenan el alma. Hemos llegado a este final de vacaciones un poco cansados, convencidos todos, los niños, M. y yo, de que empezaremos el curso con buen pie. Los niños me confiesan que les hace ilusión encontrarse con su cuarto de Madrid, del que faltan desde hace dos meses y medio. Yo me confieso que me hace ilusión encontrarme con mis viejos libros y mis mañanas vacías, pero M. es la que menos se confiesa, porque tener que trabajar todos los días no da para confidencias alegres, por más que sus viajes aquí y allá, sus aeropuertos y sus viejas ciudades de Europa nos hagan creer a todos otra cosa.

NADA más entrar en casa nos hemos encontrado, en el mismo pasillo, con un paquete voluminoso. Debió llegar por la mañana, cuando estaba la asistenta. Eran los veinticinco ejemplares de la novela. Toda la tristeza y melancolía que traía del campo, se han evaporado. Me he puesto a pegar brincos por dentro y a imaginar que mi vida va a cambiar de forma radical. Miro el libro desde todos los lados, como una escultura; lo pongo de pie sobre la mesa y doy dos pasos hacia atrás para imaginarme qué impresión va a causar en las librerías. Incluso me dan ganas de poner un ejemplar debajo de la almohada, para no separarme de la novela durante la noche, como hace G. con sus peluches y R. con sus dientes de leche. Hoy no puedo imaginarme a nadie que lo lea y no caiga cautivado, incluso los generosos críticos. Luego reflexiono y después de ese primer momento de euforia, comprendo y me avergüenza la escena y dejo de hacer tijeretas con los talones del alma, y le muestro al libro una indiferencia estudiada, que es de todas las solemnidades la más aceptable.

ME ha llegado por correo una propaganda de las ilustraciones que un pintor le ha hecho al Quijote. Yo creo que esas cosas me suceden a mí por pasarme dos terceras partes de la vida esperando

al cartero.

Tampoco comprendo por qué dicen que son ilustraciones del *Quijote*, porque lo cierto es que podrían valer lo mismo para *Los tres mosqueteros* o para *La pesca de la trucha con cucharilla*.

Hace años yo vi una exposición de uno de esos pintores que tuvieron su momento en Cuenca en los años sesenta, medio decoradores, medio *salonnards*.

Cada cuadro tenía pintado un redondel. Uno un redondel azul, otro, verde, otro, negro, según, pero debajo los títulos eran: «Homenaje a Aristóteles», «Homenaje a Zenón de Elea», y así con media historia de la filosofía griega. Lo que debía entenderse, a poco que se quisiera hilar fino, es que aquel hombre estaba diciéndole a las marquesas, que debían escucharle arrobadas: «Yo y Aristóteles», «Yo y Platón», y los había enmarcado con unos marcos barrocos, antiguos, de cien mil pesetas, comprados a los anticuarios del Rastro, que eran lo único genuino en toda aquella mixtificación (los marcos, se entiende).

Cuando le dices esto mismo a los partidarios de todo eso, no saben qué responder y creen que es mejor no andar propalando esas cosas así, por lo mismo que hace veinte años no se podía decir en España que lo de Rusia era una dictadura monda y lironda, porque decirlo «era hacer el juego a la reacción».

A mí siempre me ha dado mucho gusto ver un cartel de Miró o de Tapies o uno de esos sellos de Chillida, que están por todas partes, lo mismo para los presos de Eta que para la lucha contra el cáncer. Y ahora estas mismas estampas sobre el Quijote.

Las estampas, los logotipos, los carteles da igual que sean para el *Barça* que para la Cruz Roja, o cualquier otro noble fin.

Yo juntaría cien o doscientos de esos cromos y los mezclaría en una baraja, llamaría luego a todos esos críticos que dicen esto y lo otro y les haría una proposición: «Dime de qué trata cada uno y para qué negocio están hechos, aparte del negocio que el pintor tiene con eso». Si acertaran y separaran churras de merinas, estaría dispuesto incluso, como penitencia, a comprarme un Cristo de Dalí y a llevarlo colgado del cuello con una cadenita de oro doce meses.

Lo mismo que los escultores. La escultura siempre había tenido una proyección social mayor que la pintura. Se le decía a un escultor: «La comunidad, el municipio o la nación va a sufragar un

monumento a Manolete». Entonces el escultor sacaba a Manolete y al toro que lo mató, o lo que se le ocurriera, y si se trataba de Cascorro, ponía un soldado con una lata de gasolina, mejor o peor hecho, pero se veía bien a las claras que se trataba de Cascorro y no de Cánovas del Castillo, o de Manolete y no de Santa Teresa. Ya sin hablar de Miguel Ángel o Donatello. Por lo general todo a lo que se le hacía un monumento era susceptible de ser representado, incluso cuando se trataba de temas abstractos como «La Belleza» o «La Abundancia», que es lo que pasa en el caso de la Cibeles.

Ahora no. Ahora gustan más los temas abstractos y un tanto bizantinos, difíciles de representar. Llega el escultor, se pone delante de una cámara de televisión y empieza a hablar muy grave y rotundo del monumento que acaba de hacer para tal o tal plaza: «En este monumento a la Constitución española, he querido representar el esfuerzo común de todos los españoles y los principios básicos de libertad y democracia, que…» etc., etc. Y ves que la escultura es un trozo de hormigón armado, más o menos cuadrado. A los dos o tres daños, vuelves a verle a ese mismo escultor, en otra plaza, delante de otra cámara de televisión y detrás de otro monumento suyo también de hormigón con los agujeros puestos en otra parte: «He querido representar en este monumento a la casa común de los vascos, etc., etc…». Y ve uno que el cuadrado es el mismo. Cuando le ves hablando del árbol de Guernica y de otro monumento que «quiere representar la historia y el destino de una gran raza…» etc., etc., comprendes que dice «quiere representar», porque no podría convencer a nadie de que eso *representa*.

A mí no me parece mal que si alguien tiene dinero y quiere pagarse de su bolsillo esas extravagancias, lo haga. Ahora bien, los caudales públicos estarían mejor en otras manos y con otro destino.

Muchos creen que ahora por suerte se viven tiempos de eclecticismo y que se ha acabado la época de las preponderancias estéticas, políticas, morales, pero no. Por creerse, puede creerse, pero yo creo que eso no sería llevar las cosas hasta el final.

Durante cincuenta años la gente, algo acomplejada todavía, tuvo que soportar la dictadura y el fanatismo de todos estos hijos del surrealismo, que vivían con la arrogancia del triunfo, con la insultante petulancia del *parvenú*, pero las cosas han cambiado y

cuando ven que las cosas empiezan a pintar mal, se apresuran a decir: «tablas, eclecticismo». Lo mismo que los comunistas. Han necesitado sesenta años para implantar el comunismo y como no han traído a sus pueblos más que hambres y miserias, están diciendo ahora por todos los rincones: «tregua». Pues no. Ni tablas ni treguas. O bueno, sí, tablas y tregua, pero si le dejan a uno ponerle a la realidad la gramática de lo zumbón.

Todo esto se me ocurre mirando los monigotes tontos que ha pintado este hombre para el Quijote. Lo gracioso es que hace una semana X, un amigo despistado de Barcelona, me pidió unos versos para una corona poética que le van a dedicar a ese pintor en la Universidad Menéndez Pelayo de Santander. Le dije que no me encontraba con fuerzas. Aunque la verdad es que tendría que haber dicho que sí y haber escrito uno como el que Gil de Biedma le hizo a Saura, breve (dos versos) y memorable poema: «Saura/tiene aura». Eso tuvo que ser en un rapto de sutilísimo cachondeo del poeta, como cuando Azorín escribía aquello de «Albacete, siempre», pero yo no me atrevo, porque para eso todavía no soy mayor. Para eso me falta experiencia de la vida y poesía de la experiencia.

AL volver a casa he visto cómo metían a Miguel el loco en un coche de la policía. Cirilo estaba muy excitado porque había sido él el que había tenido que llamar al 092 y en el fondo eso le debía parecer una pequeña traición. Miguel, en cambio, no quería entrar por las buenas, de manera que los policías trataban de obligarle a empujones. A todo esto los policías se habían puesto unos guantes de plástico, los muy cretinos, como hacen con los cadáveres y debe tal vez hacerse con los drogadictos… ¡pero no con los borrachos y los locos! Cirilo repetía una y otra vez que era mejor para él que le llevaran a un hospital, pero tampoco hablaba dirigiéndose a nadie en particular. Yo me puse a mirar la escena de cerca y advertí que antes de que partiera el coche patrulla con Miguel el loco dentro, Cirilo y él se han cruzado una de esas miradas insostenibles en las que hay rencor, desprecio, cansancio, fastidio, irritación, pero también una pena infinita, que es cuando al amor ya no se le puede llamar amor.

ACERTAR siendo negativo es fácil, porque casi todo lo que uno ve a su alrededor es negativo. Lo difícil es acertar teniendo una visión positiva de las cosas. Criticar es sencillo por lo mismo; la mayor

parte de las cosas que uno ve son decepcionantes y deprimentes. Sería mejor vivir no solo no criticando, sino buscando en cosas y personas ese lado bueno que al parecer tiene toda criatura y cosa. De manera que lo que he escrito anteayer sobre X y los otros maestros pintores, lo quito y me arrepiento, y hago constar aquí que me gustan mucho sus esculturas, representen o no representen, y que las ilustraciones del Quijote las encuentro muy apropiadas. Aunque bien pensado los entusiastas son peores que los pesimistas. A un entusiasta se le tolera un rato. A un pesimista se le tiene en la mesilla de noche como a Leopardi, Montaigne, Séneca, Nietzsche, y eso es por algo. Decía Satie a propósito de los críticos: «Cuanto más tontos, más listos. Como para no entender nada», lo cual también se podría decir de los no críticos: «Cuanto más listos, más tontos», es decir, esos de los que decía cosas hace un rato de las que ya me he arrepentido.

HE ido a «Niza», les he apuntado con el dedo índice y me han colgado de él un paquete con cruasanes. Luego he cruzado la Plaza de París, así, con el brazo pegado al cuerpo y en ángulo recto. El paquete daba tumbos de un lado a otro, como la patena de un reloj de pared. Me ha parecido que si todos fueran a las seis de la tarde a una pastelería y anduvieran por la calle como yo, tendrían de sí mismos un concepto mucho más alto.

SIN pena ni gloria debería ser nuestro lema, el de todos aquellos a los que la falta de gloria no causa pena. O sea, los de la escuela de los estoicos, los nietzscheanos, todos los fieles de la pobretería filosófica… Aquellos para los que la felicidad nunca ha estado ni en la pena ni en la gloria.

Y de toda esta vida jamás avergonzarse.

LA teología, la política, la diplomacia son ciencias vanas como el ajedrez, saltos de caballo para defender trozos de palo a lo que hemos dado en llamar reina, rey, torres…

TENGO a mano el famoso panfleto «Un cadaver», publicado por Breton en noviembre de 1924, a la muerte, que había sido en octubre, de Anatole France. Todos lloraban en Francia la desaparición de aquel «abuelo escéptico y libertino», al que veneraban. Pues bien, Breton se descolgó con un panfleto en el que decía, entre otras cosas, esta: «Loti, Barrès, France, destaquemos, pese a todo, con una hermosa señal blanca el año que tumbó a estos

tres siniestros compadres: el idiota, el traidor y el policía». Qué bien. Como se le ocurra hoy día decir a alguien la mitad de eso de cualquiera de los Loti, Barrès y France de hoy, partidarios además, todos ellos, de los Breton de ayer, va aviado.

De manera que me vuelvo a desdecir de lo que dije y vuelvo a afirmar que las esculturas de los escultores del otro día y las ilustraciones del ilustrador del otro día sí son los mamarrachos, los esperpentos de unos siniestros compadres. Escribo esto porque me ha dado un arrebato grande. Luego ya no diré nada más y me callaré.

He tenido que ir a la calle de la Puebla a comprar una lámpara a una vieja tienda que vende cristales checos, lágrimas de vidrio y repuestos para arañas, de esos que cuando entra el sol, se descomponen en un arcoíris muy bonito, reciben la luz en un sitio y la proyectan a otro muy diferente. Había en la tienda gente tan vieja como todo ese género polvoriento que dentro de unos años se perderá para siempre. Al salir me fijé en una librería papelería que hay al lado, con un escaparate lleno de moscas muertas de los últimos quince años y también entre tacos de calendario y almanaques del año que viene unos niños jesuses del tamaño de un gato para los belenes, con la rodilla levantada y las manos al aire como para cazar esas moscas que al final han terminado por morirse ellas solas. Dos portales más arriba, había una zapatería de remendón y enfrente una o dos pensiones en las que siempre está hablando por el telefonillo un negro que pregunta el precio de la cama, o porque se va a acostar con una puta o porque solo quiere dormir.

Algún día todo esto lo quitarán, la tienda de los cristalitos checos, la zapatería, la vieja papelería que resulta tan deprimente, y entonces lo deprimente será que no pueda uno ver la vida que tiene esta calle ahora, una vida tan secreta que tiene que transcurrir en plena calle, para pasar inadvertida.

Si no fuera por calles de estas, por lugares como esta tienda, o la droguería de la calle Desengaño (que tiene el más hermoso nombre que puede dársele a ninguna calle, si se hace excepción de la calle Peligros), o la librería de viejo de la calle de la Luna, con su librero viejo y bondadoso, aunque sea cojo, que es el primer cojo que yo he visto que sea bondadoso, sin todo eso, de qué íbamos a escribir.

Uno no busca grandes verdades, sino que dentro de unos años, cuando a mí también se me hayan cerrado las tiendas de cristalitos del alma, poder acudir a estas páginas a recordar, es decir, a vivir de nuevo una vida insuperable.

NUESTRO rey, siendo un muchacho, mató en un accidente de armas a su hermano menor. Su tío, sordomudo y heredero legítimo a la corona de España, abdicó en su hermano, padre de aquel, llamado don Juan, quien, a pesar de haber llegado a viejo, jamás pudo reinar; tuvo que conformarse con llevar tatuados los brazos hasta el codo y errar a bordo de un viejo barco. No obstante, conoció la efímera gloria de oírse decir Juan III por el único periódico monárquico español, que se pasó durante cuarenta años adulando a Franco y llamándole Su Excelencia.

Pudo reinar, pero tampoco se calzó la corona en las sienes, el primogénito del sordomudo, duque de Cádiz, si su suegro, Franco, lo hubiera querido, pero este prefirió darle el trono a su primo, saltándose a la torera al padre del primo, el susodicho Juan III, quien tiene además una hija ciega de la que se cuentan pintoresquísimas anécdotas. Con el tiempo, aquel joven duque mataría a uno de sus hijos en un accidente de coche y él mismo se decapitaría en una pista de esquí, después de una vida desdichada, ya que su mujer, nieta del dictador, se le fugó con un anticuario de París.

Durante cuarenta años don Juan aceptó el trato con el general que le había escamoteado la corona con toda clase de subterfugios legales y promesas infundadas, y no se negó a que el delfín, su hijo, aceptara los preceptores y confesores que el dictador le impuso y que eran adictos no a la monarquía, sino a los principios fundamentales del régimen. Cuando Franco murió, padre e hijo, conde y príncipe, puestos o no de acuerdo (que esto jamás se sabrá) reinaron juntos unos años con la misma legitimidad, aunque la titularidad la tuviera el hijo y no el padre, embrollo del que no deberíamos excluir la conjuración de dos de los pocos generales monárquicos capitaneados por quien fue confidente del rey, pistoleros de los sindicatos fascistas y alguno de los últimos gerifaltes del carlismo, y sin contar las leyendas que rodean a nuestro monarca acerca de las mujeres, las mismas leyendas casticistas de vicetiples y suripantas que rodearon a su abuelo

Alfonso XIII… Con mucho menos Shakespeare o los antiguos griegos habrían escrito una gran tragedia. Pero tendremos que esperar a los bárbaros para que se oiga en boca de Juan Carlos un monólogo a lo Enrique V.

EMPIEZAN a llegar las primeras críticas de la novela. Yo creo que voy a hacer con todas lo que Baroja, no leer ninguna, meterlas en un baúl y esperar cincuenta años. Entonces puede que me sirvan a mí también para hacer un tomo de las memorias. De los críticos no se debe hablar ni mal ni bien, como de ciertas enfermedades.

ME he tropezado al azar y con desagrado, en un libro sobre lógica, con que la observación que yo había hecho hace unos meses en este cuaderno a propósito de que los relojes parados dan dos veces al día la hora exacta, estaba hecha, cien años antes, por Lewis Carroll. Recuerdo que cuando *se me ocurrió* estaba feliz con el hallazgo, que consideré naturalmente original. Ahora, como cuando era niño y me obligaban a devolver algún objeto de valor encontrado en la calle, me veo en la desagradable tesitura de tener que restituir esa cita a su autor, con la sospecha además de que es muy probable que tampoco sea de él. Lo que está probado es que no es mía, y eso me ha irritado de una manera infantil.

ERA casi de noche y cuando volvía a casa, me encontré a un tío de unos treinta años zarandeando a Miguel, el loco, en mitad de la calle. Se conoce que lo han vuelto a soltar del manicomio.

Resulta enternecedora esa querencia de Miguel a nuestro barrio, que en el fondo es una querencia a nada, porque aquí no tiene nada más que conocimiento, es decir, experiencia de estas cuatro calles. Y sin embargo vuelve, porque en esa nada ha puesto él toda su vida.

El que quería pegarle parecía un hombre más furioso que Miguel cuando está furioso, tenía unos bigotazos negros y las mangas de la camisa remangadas hasta el codo. Daba todo el mundo voces. Los dos camareros del bar «La Estrella de Campos» (que ya es nombre para un bar, como el de Lucía para una gata), habían salido a la puerta, con los mandiles y los brazos caídos. También Cirilo y los carniceros.

Me ha costado un poco entrar en el argumento del bodevil. Al parecer Miguel se había tropezado con la mujer del de los bigotes y esta se había puesto histérica.

En la discusión Cirilo, poniéndole las manos delante de la cara al

de los bigotes, le trataba de explicar que Miguel no era mal chico. Los del barrio, como también conocen a Miguel, se ponían todos de parte de Cirilo y de Miguel. Este se dejaba defender, mirando de una manera torva y hundiéndose la cabeza en el pecho.

La mujer, en cambio, no dejaba de pegar gritos: «Sinvergüenza, asqueroso. Vete a tocar a tu hermana». Tenía un aspecto infame, una hortera con el pelo teñido de rubio y treinta años también de agua oxigenada, en los que se le adivinaba una moral con rulos, con faja y guatiné.

Yo asistía como un paciente espectador, hasta que no pude más e intervine. ¿Qué es eso de meterse con Miguel y en nuestro barrio? Fue cuando el del bigote dijo: «A mi señora no le toca nadie y menos un mierda como tú».

«Eso sí», intervine yo en un tono conciliador, «a una *señora* como la suya, no puede tocarla nadie».

Fue un golpe de efecto, un cambio de ritmo en aquella samba. El del bigote se volvió a mí. Se le veía que trataba desesperadamente de interpretar aquella frase ambigua para saber si yo estaba saliendo en su defensa, o no, con el subrayado detrás de la oreja.

«¿Qué quieres decir?», me contestó con ese tuteo estomacante de los tiempos modernos.

Los demás habían dejado de gritar, pendientes del nuevo rumbo que parecían tomar aquellos negocios.

«Nada. No he querido decir más de lo que he dicho».

El del bigote debió creer que me estaba riendo de él, y empezó a ponerse nervioso.

«¿Qué quieres decir?», y levantó su puño a la altura de mi barbilla.

«Nada. Deja al chico en paz».

Nos acordamos todos de que la discusión había empezado por Miguel, y sin venir a cuento, el del bigote, que se conoce que hasta el momento no se había atrevido a pegar a un viejo o a un loco, me lanzó un puñetazo a la cara. Tuve suerte, porque me di cuenta, me aparté a tiempo, el del bigote perdió pie, marró el golpe y se desolló los nudillos con el guardabarros de un coche. Eso le enardeció y le puso fuera de sí. La gorda de su señora empezó a chillar como mi portera y cuando empezaba yo a pensar cómo salir de allí o cómo partirle el alma, vi que el carnicero y los del bar sujetaban al

violento y que muchos se le acercaban para darle patadas en las piernas por lo bajo y a insultarle.

La mujerona gritó más y más, porque creía que íbamos a matarle al marido. «A pegar a tu barrio», le decían los castizos. «Chulo, más que chulo».

Al final la mujer logró arrancar al marido de las manos que lo tenían cogido. Entonces me fijé en las de la mujer, gordas como croquetas grasientas y las uñas pintadas de color fucsia y el esmalte saltado. Mientras se alejaban, el del bigote siguió interpretando para su señora una pequeña escena. Mientras se iba yendo por el centro de la calle, hacía como si se fuera a volver, para que su mujer le agarrara de una manga, «déjalo, déjalo», al tiempo que él nos insultaba de lejos, «¿qué pasa?, ¿qué pasa?», y sacaba el pecho como los toreros a los que el toro acaba de dar un revolcón.

La gente recibía esos insultos con cachondeo. Cuando todo se calmó, los camareros y parroquianos se metieron en el bar, Cirilo en su panadería, los carniceros en su tienda. Buscamos por todos lados a Miguel, pero en algún momento de la discusión se había ido.

Yo he subido hace un rato y muy excitado corrí a escribirlo aquí, como el corresponsal de guerra que ha sido testigo de un asalto a las trincheras. He pensado en la razón por la cual todo el mundo ha defendido a Miguel, cuando estábamos todos convencidos que desde un punto de vista objetivo, Miguel era culpable. Pero no. Le hemos defendido no tanto porque sea nuestro loco, el loco de nuestro barrio, al que a fuerza de costumbre le tenemos cariño. No. Hemos dado la cara por él porque seguimos siendo una sociedad primitiva y vemos en él no a nuestro loco, sino a nuestra locura. Defendiendo a Miguel estábamos defendiendo eso en lo que algún día podemos dar todos, locura de mitad de la calle, mendicidad ambulante, pobretería de solemnidad. Y así nosotros perdimos nuestra cabeza por Miguel, que si por algo puede perder la cabeza un cuerdo es por ver cómo alguien se mete con sus locuras o las perspectivas de ella.

Al *abecé* viruelas.

Esta tarde los niños me han pedido que los llevara al cine. Al principio yo no quería, porque encontraba que hacía frío, porque yo tenía mucho trabajo y porque era mejor quedarse en casa, pero luego me ha gustado la idea y me he enternecido a mí mismo mirándome como un padre modelo.

Para empezar lo dejé todo en manos de ellos y fueron ellos los que eligieron la película, la sala y la sesión. La película era una de esas películas infumables de robots, la sala uno de esos locales aledaños a la Gran Vía que cada dos años se reciclan para cine pornográfico, y la sesión la primera de la tarde.

Cuando llegamos lo primero que vimos fue que la película estaba recomendada para mayores de 18 años, lo que tanto R. como G. recibieron con indiferencia, como si no fuera con ellos. Mi negativa en cambio les devolvió a la realidad y se pusieron a llorar. No me ablandé, les saqué de allí y me sorprendí a mí mismo un día de diario a las cuatro y media paseando por la Gran Vía.

Íbamos los tres con caras muy enemistadas y como lo único abierto que había a esas horas era un Burger, G. ha tenido la genial idea de entrar y zamparse una hamburguesa. Como me parecían excesivos dos noes en menos de quince minutos, he tratado de persuadirles con toda clase de argumentos, como que acababan de comer, como que no podían tener hambre, como… Resultaron vanos todos los intentos y hete aquí que a las cuatro y media me encontré frente a mis hijos, que se comieron con mucha delectación y ansiedad incomprensible dos *big* no sé qué y unas patatas fritas, tratando de olvidar la pena por no haber podido entrar en el cine.

Cuando terminamos, R. me sugirió que ya que se habían comido una hamburguesa, podíamos rematar la tarde entrando en otro cine. A esas alturas a mí me daba igual y elegimos uno al azar, que para eso la Gran Vía es la Gran Vía, pero como la sesión no empezaba hasta las seis, tuvimos que pasear los tres por la Gran Vía abajo y arriba, mirando escaparates más de una hora y media.

A mí me gusta mucho ese Madrid, tan feo. Casa por casa en pocos lugares del mundo se podría encontrar una calle tan horripilante. Es una calle que tiene mucho de decorado de cartón piedra, con todos esos remates, comisas y minaretes que tienen esos rascacielos manchegos, y la verdad es que un poco como decorado nació esa calle, cuando la levantaron para tapar con ella esos otros barrios del mal vivir o, si se prefiere, del buen vivir que siempre acaba mal.

Me gustan esas tiendas que tienen todas aires de tiendas de modas para novia, o pañerías clásicas o bazares para turistas, o pisos principales donde se meten las oficinas de compañías mineras

que fueron prósperas hace cuarenta años… Me gusta todo ese aire de 1950 de las cafeterías que tienen un apartado de pastelería y en cuyos escaparates ponen siempre ositos de peluche acrílico junto a cocteleras cromadas.

Me gusta el aire de Calle Mayor que tiene. Madrid tiene dos Calles Mayores. Una la que muere en la Puerta del Sol, calle mayor de pueblo. Y otra, esta Gran Vía, calle mayor de cuando Madrid quiso pegar el salto de pueblo a capital, sin lograrlo nunca definitivamente.

Siempre me habría gustado vivir en uno de esos pisos de la Gran Vía, en cualquiera de los cientos que llevan cerrados más de treinta años, con los cristales negros de humo y las persianas bajadas, o en cualquiera de esos grandes *lofts* que fueron en su día compañías cinematográficas o consorcios joyeros y que tienen salones con ventanales en rotonda y columnas asirías.

Hace años fui en una ocasión al estudio del fotógrafo Alfonso, que lo tenía cerca de «Chicote». Era un lugar increíble, con las fotografías dedicadas de Baroja, de
d'Ors,
de Azorín, con todos aquellos retratos de los Machado, de un Valle Inclán con agujeros en las botas, puestos junto a una escalinata de pega y escayolas decorativas… Por fuera era todo muy anodino, en cambio por dentro aquel lugar tenía mucho de un primer capítulo de novela moderna.

En toda la Gran Vía hay una novela moderna, con esos hoteles que son como pensiones y portales con el lujo de hace treinta años, hoy mugrientos y llenos de pústulas. Y las cerilleras de las esquinas, y las putas de la Telefónica, y los guardias municipales que se plantan en grupos de tres o cuatro a observar a los mendigos que duermen en los bancos o cerca de alguna de esas golfas, que se ve bien que los guardias cuando se quitan el uniforme de guardias son todos clientes asiduos de ellas.

Cuando ya teníamos las manos congeladas del frío, entramos en el cine, también un cine que solo se podría entender en la Gran Vía, con esos nombres de cine de provincia: «Avenida», «Capitol», «Lope de Vega», «Palacio de la Prensa»…, con un vestíbulo con grandes alfombras raídas, techos de quince metros, arañas y escupideras reconvertidas en ceniceros, puestas en los rincones. En el cine no

estábamos más de treinta o cuarenta personas, que en la inmensidad del patio de butacas era como nada.

La gente que se sentaba aquí y allá, desperdigada, era gente extraña, como nosotros, que habían caído por casualidad en un cine así. Señoras mayores solas, dos o tres cuadrillas de quinceañeros, dos maricas viejos catalanes que se sentaron justo delante, y luego esos acomodadores viejos, artríticos, vestidos con chaquetillas rojas de domador y charreteras de oro…

Cuando terminó la película y salimos de nuevo a la calle, habían cerrado las tiendas y era de noche, y entonces se produjo ese milagro que es salir de un cine en el que se ha entrado de día y se sale de noche, sin que sepamos dónde se ha ido el sol ni si saldrá de nuevo.

LA ñ es el tricornio de nuestro alfabeto.

HE ido a hablar con el cantero para que, en una bonita y pequeña letra romana, esculpa esta inscripción de las Geórgicas en un trozo de piedra del berrocal: «Alaba las fincas grandes, cultiva la pequeña». Ya sé incluso dónde va a ir en Las Viñas, en un rincón, y plantaré al lado hiedra, para que la medio tape, porque no se pueden poner muy a la vista palabras tan hermosas, sino a trasmano, para que puedan seguir envejeciendo con la misma cadencia que les dio Virgilio.

ME he encontrado con estos versos de nuestro Campoamor: «Ay, cambiar de destino / solo es cambiar de dolor» que me recordaron estos otros de Calderón: «Corriendo van tras una sombra mágica/ que llaman dicha y que jamás se ve», que remiten al poema maravilloso de Kavafis titulado «La ciudad», aquel que terminaba «así como tu vida la arruinaste aquí, en este rincón oscuro, en toda la tierra la arruinaste». Es como si los poetas, de toda lengua y edad, célebres y desconocidos, anticuados y modernos, grandes y mediocres, no escribieran sino un único poema, un mismo libro, de unas verdades a todos ellos comunes. Como si vinieran a darle la razón a aquellos otros versos, no menos admirables, de Rubén: «Los mismos ruiseñores cantan los mismos trinos/y en diferentes lenguas es la misma canción». Tan iguales a los de Femando Fortún: «Y luego hay otros pájaros en los nidos de antaño / los pájaros distintos, pero el cantar el mismo».

¿POR qué el cuerpo de un hombre muerto pesa más que ese

mismo cuerpo cuando vivía? Quienes hayan visto más de un cadáver podrán corroborar estas palabras solo por cómo se les hunde la cabeza en la almohada, o quienes hayan tenido que trasladar de una cama a otra, o al ataúd, a un hombre que acaba de morir. ¿Será que el alma es un peso en el cuerpo como la vida es un peso en el alma? ¿Será que el alma era lo que tiraba del cuerpo hacia arriba, quien lo sostenía, y que ausentada del cuerpo, el cuerpo se abandona sobre la tierra con toda su falta de elevación?

PARA no tener que pensar en la novela ni en otra cosa que no sea este perder el tiempo, me he puesto a pasar a limpio el diario del año pasado, pues los escritores escriben libros de la misma manera que un clavo saca otro clavo.

He tenido la sensación de entrar en esas ruinas en las que un chiflado profesor mete la alcotana, escarba y encuentra algo. Eso que encuentra la fotografía, le da una cota, lo cuadricula, lo espolvorea con un pincel, lo fija, le pone una etiqueta, lo envuelve cuidadosamente y vuelve a enterrarlo… en un museo.

Montaigne al confesar que todos sus ensayos estaban escritos sobre la falsilla de Séneca y Plutarco, y nada más, nos estaba animando a los venideros a aguzar el sentido y a ocuparnos de las cosas menudas tanto como de las de tomo, y aunque a uno le sirvan de poco sénecas y plutarcos, anda por la vida con los ojos abiertos.

Si por mí fuera, creo que prendería fuego a todos estos cuadernos míos y les condenaría a una política de tierra quemada. Pero no creo que haciéndolo el mundo fuese a ser mejor. Me conformo con que no sea peor después de ellos.

Dentro de unos pocos años se habrá borrado de ellos incluso la fecha. Dará igual que las cosas nos hayan ocurrido no ya en enero o diciembre. También los años, los 1987, 88, 91, a los lectores de dentro de un siglo les serán absolutamente indiferentes, como les son, en el fondo, indiferentes todas las viejas guerras.

Yo tengo comprobado que durante los períodos en que atiendo las páginas de este diario, ya lo he dicho, observo más la realidad, de manera que termina uno no sabiendo si vive más para escribir o si el escribir más, le despierta a uno y le alerta ante las cosas de la vida. ¿Quién puede saberlo? Pero sobre todo: ¿qué más da? Por ejemplo: mientras estoy escribiendo estas líneas me he dado cuenta de que en la casa de enfrente, el otro lado de Conde de Xiquena,

una joven de unos quince o dieciséis años me estaba observando. He notado al principio como que alguien me miraba, levanté los ojos de este cuaderno y me encontré con los de la joven, que hizo como que solo estaba soñando. El verano pasado fue la primera vez que me di cuenta de que enfrente, en el piso tercero, vivía una chica. Es mejor que sea el tercero, porque yo vivo en un cuarto y eso me da ciertas ventajas y perspectivas favorables. La chica no es guapa ni es fea, pero tiene quince años. Este verano se hizo notar, porque abría la ventana, se sentaba en la cama de lo que debe de ser su habitación, cogía una guitarra y cantaba interminables, desafinadas y dolientes romanzas que le daban a uno ganas de buscar en la guía su número de teléfono e invitarla a salir a que la diera el aire y a que olvidara su *spleen*, y a convidarla y a traerla a casa antes de las diez cogidita de la mano.

Pues bien, si yo no escribiera estas páginas, ¿a dónde iría a parar esa tristeza de adolescente suya? ¿Se perdería como el agua de tantos ríos? Últimamente cuando se asoma a su balcón lo hace como si no supiera que estoy yo aquí arriba, pero lo sabe muy bien, porque empieza a mover la cabeza de una manera y a cogerse la melena con una mano y a cambiar de un lado a otro esa oscura y apasionada mata de pelo negro, con ojos que ponen expresión de que su pensamiento está muy lejos de allí, aunque con un brillo que significa que se conforma con tener a alguien tan cerca haciéndole a ella, casta Susana, el papel de los viejos.

Así, pues, si yo no escribiera, a dónde iríamos ella y yo. Sería malo, como decía Unamuno, pensar para anotarlo en el diario, pero no lo es llevar un diario y exigirse una vigilia y atender a la vida en cada uno de sus minutos, para encerrarla entre cuatro paredes de papel para que la vida siga siendo vida y no humo de letra mojada.

LAS higueras crecen con más vigor y verdor más vicioso en medio de las ruinas.

A propósito de lo que anoté el otro día. Siempre hay gente que cree que uno tiene vocación de ser un escritor menor, justamente porque se ha ocupado de alguno de estos escritores menores. Habría que recordarles esta frase del *Quadern gris*: «Los que se dejan influir por los grandes maestros demuestran tener una personalidad insignificante. Las influencias de obras más pequeñas, de radio más corto, pueden ser, sobre una personalidad adecuada, sumadas y

bien digeridas, mucho mejores; Utilísimas», que se completa con esta otra de Gaya: «En el artista, el orgullo ha de ser tan grande como pequeña su vanidad».

HE estado paseando por el Retiro. Yo solo, porque no consigo ni escribir ni trabajar ni leer. Se conoce que por el momento con esa novela me parece a mí que el mundo y yo estamos en paz.

Había poca gente, algunos deportistas, algunos solitarios, algunos perros. En el estanque, erráticas, dos o tres barcas, con torpes tripulantes que denotaban haber nacido tierra adentro, iban, venían, en círculos. Era tanto el frío que esos improvisados grumetes ni siquiera se reían, porque habrían sido las suyas risas sin consideración. Las estatuas, convidadas de piedra, hicieron para mí una pasarela y yo, como un rey sin cetro, me paseé entre ellas, gastado como ellas por la lluvia, espectral como ellas, con el alma deudora de un artífice igualmente torpe, y bajo un cielo anubarrado, con trozos de todo, de azul, de negro, de grises y violetas.

ESTE ya es otro día. Venía dando un paseo desde Moyano, porque hacía uno de esos días luminosos y limpios de Madrid en los que fulge el cielo, y al pasar frente al Prado, no he resistido la tentación y he entrado a lo que alguien como yo entra en un museo como ese. A nada, a ver media docena de cuadros y a salirme confortado, longánimo. Me gusta un museo así, casi propio, casi uno mismo. Pero, como siempre, había hordas de niños, facciones de turistas, gentes a las que engañan trayendo a estos lugares, cuando serían mucho más felices en el zoo o el parque de atracciones. Me crucé incluso con una nórdica, a juzgar por la estatura y el color del pelo, que estaba mirando *Las hilanderas* con unas muy oscuras gafas de sol. Recuerdo que antes en las iglesias no se podía entrar sin velo o con vestidos que atentaran contra la moral. En El Vaticano aún se usa esa costumbre. Aquí tendría que venir un celador e invitar muy educadamente a esa chica, muy guapa además, que se quitara las gafas o que abandonara el museo. En una ocasión, hace años, coincidí en la inauguración de la exposición de Juan Gris en la Biblioteca Nacional con la infanta Margarita, la hermana del Rey, la ciega. La llevaban a la pobre de cuadro en cuadro, entre un ministro, un comisario de exposiciones y demás protocolados. La ponían delante de las pinturas, la dejaban a

veinte o treinta centímetros de la tela y la soplaban cosas al oído. Me pareció que la infanta iba con una cara de mala uva, y es lógico. Todo eso es la tontería moderna. A un ciego se le puede llevar a un concierto, a oler rosas a la rosaleda. Incluso al teatro. Ahora, llevarle a mirar pinturas lo encuentro peer en olla.

TÍTULO para un libro de aforismos: «Mascarones de proa».

UNA de las secciones de mis libretas es ese catálogo de naves y de objetos que copié este verano. La otra es esta de títulos para libros que nunca escribiré. Tengo lo menos cincuenta o sesenta, de poemas, de ensayos, para novelas, pero no me atrevo siquiera a mencionarlos aquí no tanto porque siempre hay algún ladrón que se los llevaría debajo del brazo, como porque son hermosos así, sin contenido todavía, sombra de una idea en la caverna de donde la vida vendrá a rescatarlos, o yo mismo.

VIENE hoy en el periódico la noticia de la muerte de Marià Manent y al leerla me he quedado sin saber qué hacer ni adónde mirar, casi sin saber qué sentir de tan triste que me ha dejado.

Hace algunos años empecé un poema que le quise dedicar. Se iba a titular, tal vez algún día todavía se titule, «El libro azul». Hacía referencia a un tomo en octavo y papel biblia, encuadernado en piel de ese color. Se incluían en él todas las traducciones que hizo de poemas ingleses y que originalmente publicó Janés en los cuarenta, en tres voluminosos tomos. Es tanto lo que le debo a esos poemas y al propio Manent, que quería dejar constancia de ello en voz muy baja.

Algunas veces he oído como reproche que sus traducciones sonaban demasiado a él mismo. ¿Qué se quiere? ¿A qué suenan las versiones de fray Luis de Horacio? ¿A Horacio? ¿El Leopardi de Unamuno, a qué suena, a Leopardi o a Unamuno? ¿Y el Samain de Juan Ramón?, cuando alguien nos ama, qué somos nosotros en ese amor ¿nosotros mismos o aquel en el que estamos siendo sentidos?

Hace unos años le envié uno de mis libros de versos. Me contestó una carta amable y no volví a tener noticias suyas hasta pasado un año en que X, y de una manera casual durante una conversación, me informó que Manent había escrito una reseña sobre ese mismo libro hacía nueve o diez meses. Le pregunté si estaba seguro de ello, y me respondió enviándome el recorte.

En ese articulito tal vez se encuentre el mejor elogio que hayan

hecho a libro ninguno de los que uno haya escrito o vaya a escribir. Decía, a propósito de un poema: «sabemos que no es de ella, pero podría contarse entre uno de los cincuenta mejores de Emily Dickinson». Para alguien que tiene en poco la originalidad, esas eran palabras que habrían necesariamente de conmoverle grandemente. Al fin había logrado uno escribir una línea en ese libro común de la poesía.

El propio Manent no hizo otra cosa que consignar su vida en ese libro, con su nombre o con el de todos y cada uno de aquellos de quienes se sirvió para propagar las mismas canciones, los mismos trinos.

Me gustaba su obra, su diario, sus traducciones, su vida gris, que yo me he figurado siempre impecablemente británica, desde el nombre de la calle donde ha vivido, hasta esa vejez suya final, de piel transparente y manos muy finísimas de viejo pulcro.

Con cuánta delicadeza miraba una brizna de yerba, la hoja de un frutal, el vuelo de un gorrión. Los viejos poetas chinos veían justificada su vida si al cabo habían logrado emparejar en un poema la palabra luna y la palabra bambú, como en el lago la luna se refleja en el agua. De ese modo indisoluble. Los poemas de Manent tienen todos este misterio inseparable de lo que es sencillo para no renunciar a la profundidad y de lo que es misterioso para no renunciar a la transparencia. Tal vez por eso ninguno de los jerarcas del catalanismo del momento haya hecho nada por propagar su obra y le han escatimado hasta ayer toda clase de premios, porque lo que encuentran ellos una maravilla son los vanguardismos y hermetismos de este o del otro. Aunque miento. Alguno de estos mandarines, que en vida le dieron la espalda, escriben hoy en el periódico artículos de grande elogio, porque Manent era uno de esos poetas que en vida son oscuros, para convertirse muertos en una llama muy blanca con la que ellos se encienden su puro habano de cada día.

Recuerdo un poema que escribió él sobre la tumba de Rilke. Parecería un poema del propio Rilke. Otra vez era la voz sonando en otra garganta con tono diferente.

No sé qué valor tiene hoy la palabra elegancia. La gente cree que ser elegante es ser algo, pero no es verdad, porque luego acogen en sus vidas todo lo que no lo es, desde los sillones que

meten en sus casas, hasta las personas que sientan en ellos. Me imaginé siempre la vida de Manent una vida de solitario, rutinaria y oficinesca, y en toda esa grisalla encontraba yo la elegancia, porque de ella sabía que habían salido las palabras de Keats, de los poetas chinos, de Canter, de la Dickinson, de Hardy, de Shelley, del propio Manent… para sonarnos todas nuestras, propias, en el libro común de la poesía. Y por elegancia aplazó hace unos meses, cuando fui a Barcelona, la cita para que yo lo visitara. «Cuando me encuentre repuesto de esta gripe y tenga un aspecto físico mejor. No quiero que me vea así», le dijo al amigo que me iba a acompañar a su casa…

Me gustaría acabar algún día ese poema de «El libro azul», o publicar ahora algunas líneas en su recuerdo, porque mañana, porque pasado mañana, nadie se acordará de su nombre y eso será olvidar también el de Keats, el de los poetas chinos, el de Canter, el de la Dickinson… y el nuestro propio, y nuestro amor por todos ellos también se olvidará, y nuestro amor por lo más nuestro y propio será no más que triste olvido.

COMO homenaje a Manent, y cuando ya se ha pasado el hervor de la primera semana de su muerte, he leído algunas traducciones suyas de los poetas chinos y aquellos poemas me llevaron a otros, como una cereza arrastra a otra hasta llegar al árbol. Es casi una versión de la conocida frase del Pessoa «el poeta es un fingidor», solo que escrita… dos mil cuatrocientos años antes. ¿La conocería Pessoa? ¿Fingió no conocerla? «Finge bien», nos dice esa tablilla china, «y engañarás a los demás. Finge mal y te engañarás a ti mismo. No finjas y estarás engañando a los fantasmas». Y aquí, como en el aserto de Pessoa, no hay nada demostrable, sino una conquista, una certeza, algo a donde no se puede llegar ni de donde se puede partir. Algo, como la misma poesía, en lo que solo se puede estar.

ME presentaron ayer a un fulano que llevaba puesto en el dedo un grueso anillo de oro en cuyo centro apenas cabía un granate del tamaño de una castaña. Con eso está dicho todo.

LA solemnidad solo se puede perdonar en la pobreza.

POR fin España tiene su primer gran espectáculo de la democracia, la huelga general, lo que todos han bautizado ya como el

14-D.

Hemos salido esta mañana a darnos una vuelta. Impresionaba Madrid vacío, abandonado a su vaciedad, con la fatalidad del que se sabe un cadáver histórico. Era bonito verlo así, en una mañana soleada, con la gente metida en sus casas y mirando a través de una rendija de las contraventanas y cortinas. Ayer en los ultramarinos la gente hacía acopio de aceite y azúcar no porque piensen que va a pasar algo, sino por esa novelería que tenemos todos de vivir o hacer una novela.

En la Puerta del Sol había algunos piquetes reducidos que vociferaban, porque les debía de gustar pensar que se encontraban otra vez en 1936, en los albores de algo, velando el cadáver de algo. Todos con sus novelerías, con sus locuras sin fundamento. Por cómo se han traído las cosas hasta este 14 de diciembre, da la impresión de que esta es una huelga contra nadie, porque parece como que todos estuvieran anhelando su éxito. Los sindicatos y las izquierdas porque la han convocado ellos; la ciudadanía porque a la ciudadanía le gusta mucho, de vez en cuando, la unanimidad absoluta, meterse en los estadios o vaciar las ciudades para la cena de Nochebuena, y repetir: «Estuvimos todos»; y el gobierno, también, para compulsar el alto nivel de convivencia y tolerancia de la población, y que es un éxito de orden público, al tiempo que se sirve de esta huelga como de camiones cargados de arena sobre el puente de la democracia, en prueba de resistencia. Es decir, todos como el Dr. Frankenstein, con más interés por que el monstruo ande que por que sea monstruoso.

EL olvido es un gas sutil.

TENGO la sensación de estar hablando de un tiempo que no existe, en un país que nadie podrá reconocer. Si dentro de unos años algún curioso compara estos balances míos y los de cualquier anuario de periódico, descubrirá que uno se ha pasado la vida llevando una doble contabilidad.

ME ha animado M. a que escriba una novela sobre los años de estudiante, militancias, vida en pensiones de mala muerte, amores locos de juventud… Es una idea venenosa con sabor a fresa. Yo creo que sería absurdo una novela así, porque guarda uno pocos recuerdos buenos de aquellos años, y del rencor en literatura no sale nada bueno nunca. He recordado incluso una greguería de

Ramón: «Lo mejor del circo es que tiene caras cosmopolitas. No tendría interés un circo en que todos fueran de Valladolid».

LOS que al referirse a Franco dicen «el general Franco», dan tanta pena como los que a España la llaman «a nivel de todo el Estado», o a García Lorca, Federico. Aunque no sean los mismos, la tontería que les mueve a eso es la misma que la de quienes a Machado lo llaman don Antonio, y para no tener que reconocer que hablan «español» se han inventado esa coartada del «castellano».

HEMOS atravesado Castilla para ir a León a pasar, justamente, la Nochebuena. Estaban todos los campos tristes y helados y vimos dos o tres rebaños en los pinares de Valladolid y el aire olía a resina, como música venida de muy lejos.

Al cruzar esta tierra me he acordado, mientras conducía y los niños y M. dormían en el coche, de una vieja historia.

En el invierno de 1977, durante el mes de febrero, hice un largo viaje por la estepa castellana en compañía de dos amigos. Gastábamos las jornadas en admirar iglesias ruinosas de pueblos remotos y pasábamos el día en carreteras comarcales de tercer orden. Aquellas carreteras, las invernales alondras, los olmos con el tronco pintado de cal a uno y otro lado de los caminos provinciales los encontrábamos muy apropiados a nuestra exaltada juventud romántica. Las tardes eran cortas y dormíamos donde nos sorprendía la noche, por lo general en pensiones y hoteluchos heladores, cuyas dueñas eran, no sé por qué unanimidad, viudas con caderas potentes y encendidas mejillas.

Una de las noches habíamos quedado en pernoctar en un pueblo donde la familia de uno de aquellos dos amigos tenía la casa solariega. Se encontraba en un pueblo de Palencia, un extraño lugar con cuatro casas de adobe, media docena de corrales de bardas caídas y un imponente palacio con su escudo de piedra sobre el portón, y su pararrayos de hierro. Era una casa grande, con huerto y jardín en la parte trasera y fantasmagóricas sábanas por encima de todos los muebles.

Nos estaba esperando la guardesa, que desconfiaba que fuese mi amigo quien aseguraba él que era, porque hacía lo menos diez años que no había caído por allí ninguno de los dueños, de manera que después de observarnos y meditar si nos dejaba pasar o no, nos condujo a nuestras habitaciones.

Se trataba de una sirvienta fiel, pero se veía de lejos que estaba loca. Tenía los brazos tiznados hasta el codo de chamuscarse los pelos con el cabo de una vela para depilárselos y en cambio los que le crecían en el bigote y en la barbilla tenían un tamaño considerable.

Mientras la vieja nos preparaba algo de cena, recorrimos la casa, paralizada por el frío glacial, y también pusimos en marcha un alto reloj de pared que tenía la caja de maderas policromadas, como si fuera un retablo. Cuando estábamos entretenidos con las pesas del reloj, la vieja criada nos reclamó a la mesa y nos puso delante unas tortillas tiesas y frías, un vino peleón con témpanos de hielo flotando, unas manzanas secas y tres mendrugos de pan seco y duro, difícil de enternecer.

Aquella cena no consiguió minar nuestra presencia de ánimo, porque después de eso nos dirigimos a la chimenea, cada uno de nosotros se metió debajo de una manta y nos dispusimos a aguardar el alba, acortando la espera con historias, cuentos y leyendas que cada cual sabía.

Pero aquella velada quedó pronto interrumpida de una manera irremediable, porque en cuanto la casa se quedó en silencio, empezamos a oír pasos en el sobrado y extraños y muy misteriosos ruidos por corredores y salones, que no supimos si atribuir a los muertos y fantasmas de la casona o a la vieja criada, que iba a venir con un hacha a despiezarnos, para tirar luego los pedazos en el pozo de la huerta, que habría sido manera lamentable de dejar este mundo.

En esto sonaron las doce campanadas del bronquítico reloj y nos parecieron doce puñaladas en el cuerpo inerme de la noche, pues tanto nos suspendieron de asombro y de inquietud. Ahora, dijo alguien, sucederá el crimen. Pero no. Lo único que murió, entre lánguidas llamas, fueron los dos troncos de la chimenea, suministrados por la criada con la misma avaricia que el viejo Grandet alimentaba el fuego de su hogar. Buscamos entonces a la vieja por toda la casa y al no encontrarla dedujimos que aquella bruja había preferido deshacerse de nosotros condenándonos a la muerte segura de la congelación, de manera que nos despojamos de nuestras mantas y nos lanzamos a recorrer la casa en busca de combustible. Lo descubrimos en una salona llena de retratos de

carlistas por las paredes y que tenía en el centro un tresillo al que descuartizamos, como se le arranca el muslo a un pollo, de sus patas curvas. También encontramos en aquella salona un arcón de nogal y en él, en amasijo informe y comidos por la polilla y la humedad, una punta de libros viejos, mareadas ediciones de Fernández y González, de Rocambole, de Montepin, que la noche y el fuego también se llevaron por delante…

Después de aquel día he pensado algunas veces que no me disgustaría en absoluto que mis libros corrieran la misma suerte que aquellas historiadas sillas cuyas patas emulaban los pescuezos de los cisnes, o el mismo final que los folletones de flojo papel pajizo. No me importaría, en absoluto, verlos arder dentro de cien años, si es que esas cosas puede otearlas una sombra errante, en un poblachón de la Tierra de Campos. Eso me gustaría, y admirar el resplandor de sus llamas en las caras de dos o tres viajeros románticos, que alargarían la velada hasta el amanecer solo para escuchar aquel «maravilloso silencio» del que hablaba Cervantes, y que si se mira bien, es lo único que de verdad precisa el corazón de un hombre.

En todo esto iba pensado camino de mi pueblo, preparándome sin quererlo a la insufrible alegría de la Navidad.

Al llegar a León era de noche. Siempre que entro en esta ciudad me acomete un gran deseo de darme la vuelta y marcharme, porque nada puede ponerle a uno tan triste como los turrones, las mañanas heladas, el cielo negro de la carbonilla de las calefacciones y la familia. Y no tanto la familia natural de uno, porque esa está siempre en minoría y ya no tiene remedio al ser la de uno, sino la otra, la que está compuesta por cuñados, tíos, sobrinos, primos, hermanos y padres de los cuñados y gentes que no ha visto uno en la vida o que si te he visto no me acuerdo…

Cuando yo era chico por lo menos nevaba y había pocas farolas en las esquinas y a las ocho de la noche estaba toda la ciudad a oscuras casi, como en los tiempos romanos. Ahora todo tiene el resplandor de unos grandes almacenes, que no son almacenes ni grandes, porque León no da tampoco para mucho, y suenan a todas horas por las megafonías gangosas de los comercios unos villancicos que le deprimen a uno sin remisión.

También cuando yo era chico los villancicos eran tristes, pero lo eran por su naturaleza villoniana y teológica:

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

Mañana, 24 de diciembre, mi padre recordará, como todos los años, aquel otro 24 de diciembre, al pie de Teruel, en la trinchera, a veinte grados bajo cero, con los pies helados y comido por los piojos, y nos dirá lo que esa noche les dieron de cena y aquel coñac de garrafón nos servirá para pasar nosotros nuestros pesados polvorones, y la poesía de los nombres resonará en nuestros corazones como cuando éramos chicos, los Carroceras, Gandesa, Alcañiz, Morella, la 15.ª Centuria de Falange, y los más niños preguntarán todavía, como preguntábamos nosotros, qué se hicieron de sus cinco medallas, lo único que queda de las guerras, y mi padre se encogerá de hombros, sonriendo, mas sin vanidad, que ni siquiera se ocupó de conservarlas y sabe Dios dónde estarán ahora y si están…

Y luego guardará él silencio y lo guardaremos todos, nada, dos segundos, lo justo para que pase un ángel, dos, tres… Un día, hace años, le sorprendí a mi padre solo, jugando a la siete y media. Repartía cartas a tres invisibles convidados y en último lugar se las servía a él, que era la banca, y luego iba jugando por los otros tres. A uno le daba, a otro lo plantaba, a otro lo pasaba. Las siete y media era juego de guerra, porque era juego de partidas cortas, pues se podía interrumpir cada dos pasos y salir la gente y entrar en él, y el que empezaba una jugada, podía a la siguiente haber muerto. «¿Qué hace usted?», le pregunté. Entonces me contó que nunca había dejado de jugar a las siete y media, cuando estaba solo, con aquellos tres amigos que se le habían muerto en la guerra, y que lo prefería a los solitarios. Y sin locura, sin afectación, sin teatro, me los presentó, fulano, zutano, mengano, amigos todos suyos de la juventud, que furtivearon juntos los ríos antes de la guerra y fueron a los mismos bailes. Luego también se encogió de hombros…

Seguramente a todo el mundo le ponen tristes las Navidades, porque son fechas en las que el niño de Dickens que todos llevamos dentro, se despierta, y se tira a los caminos llenos de barro y lodo y pasa las noches a la intemperie. O tal vez el que despierte no sea ese

niño, sino cualquiera de los espectros que van siempre con uno, para empezar en cualquier rincón de esta trinchera, una partida más, más o menos alegre y funeral.

Con tanta fiesta y tanto viaje no tengo tiempo de venir a este diario. Lo hago para anotar que no puedo anotar nada, porque quiero pasar por aquí como pasa cada día a su hora ese oscuro, silencioso, irreductible transeúnte del que nada sabemos, pero que es, sin que lo sepa él, una costumbre que es ya categoría, parte y predicado de nuestro propio ser.

Al venir a Las Viñas y a la altura de Oropesa, he visto una vez más una chimenea que hay allí, frente a la gasolinera, una de esas enhiestas chimeneas industriales del 900. Todo alrededor de esos humeros de ladrillo suele ser desolación: fábricas en minas, tejares abandonados, factorías hundidas con el vigamen roto y podrido el cañizo. Solo ellas siguen en pie, quizás porque sea menos costoso conservarlas así que tirarlas al suelo. A alguna como esta la corona un nido de cigüeñas. Ya no sirven para nada, pero su esbelta vertical divide el cielo en dos. De ninguna conocemos los dueños o herederos, muertos en años ya remotos. Sin saber por qué, al mirarlas el corazón se alegra. Sobre ellas pesa la amenaza diaria del derrumbe. Tienen, como se ve, todo lo que tiene un clásico.

Hice en el jardín una hoguera con las hojas secas, y luego otra y otra, y lo llené todo de fogatas que daban humo azul y espeso que subía a fundirse en el gris del cielo.

Luego pasé la mañana montando con los niños el belén. Estaba metido en una caja de galletas, entre virutas y papeles de periódicos viejos de hace un año, y vi que mi vida eran también papeles de hace un año, que envolvían uno de esos misterios donde nada guarda escala, donde el castillo de Herodes es más pequeño que el establo, y que hay unos cochinos del tamaño de los caballos de los Reyes Magos y ángeles como centuriones y ángeles como ocas, y pastores con la nariz rota y lavanderas mancas, que las terracotas sufren y sufren también el paso de los meses, pues nada como la inmovilidad mutila tanto.

Y G., entusiasmado, quería disponer todo a su antojo, y su hermano le arreaba coscorrones y yo pacificaba sus riñas, mientras espolvoreaba de harina los oteros y alcores de corcho y desplegaba al fondo un ciclorama azul cuajado de estrellas y centellas divinas.

Mi vida, nuestras vidas, las veo yo un poco así, con un trajín parecido, algo mutiladas, pero representando, mal que bien, la propia vida, con nuestras narices rotas y nuestra falta de escala, valorando unas cosas más que otras y repartiéndonos fraternalmente los papeles de pastores, sanjoseses, guardias, vírgenes…

Y otro año de nuevo, y otra vida, y otro misterio de papeles viejos, más rotos nosotros cada día, más pensativos, con la única esperanza y la ambición de ser, dentro de un año, no más que periódicos de hace un año, terracotas derrotadas, volatería de corral, guardia de Herodes.

Y cuando estábamos a punto de acabar de montar el belén, tuve que reñirles a los niños, porque ellos querían desplegar las figuras como Majencio sus tropas en la batalla y, para colmo, G. le partió la cabeza al niño Jesús. Entonces yo grité, porque hay que gritar en esas ocasiones. Pegamos luego con pegamento al decapitado, y G. secó sus lágrimas y yo mi mal humor, y se asomó M. al oír las voces, y así miré mi vida, como obrador simbólico, donde cada uno tenemos un oficio, figurillas autómatas a las que la propia vida se encarga cada noche de dar cuerda o de mermar, como a este cuaderno cada día yo le doy cuerda o lo podo y trunco. Para llegar a tardes tristonas y resignadas como esta, en la que uno, vagamente satisfecho por esa novela que es la vida, más que por esa otra novela que no es la vida y que es la que quiere uno terminar, escribe: «Día de San Silvestre. Fin de 1988. Suma y sigue de un año que ya parece de otro siglo. Amarillento papel para envolver la vida».

ANDRÉS TRAPIELLO (Manzaneda de Torío, León, 1953). Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Valladolid y se estableció en Madrid en 1975.

Especialmente reconocido como poeta (Premio de la Crítica 1993), es también novelista (Premio Nadal 2003), ensayista e historiador. Trabajó en diversas publicaciones y programas culturales de televisión hasta 1979. Desde entonces se dedica en exclusiva a la escritura.

Es autor de 8 novelas, la primera de ellas, *La tinta simpática*, 1988. En 1992 recibió el Premio Internacional de novela
Plaza & Janés
por *El buque fantasma*. En 2003 su novela *Los amigos del crimen perfecto* obtuvo el Premio Nadal, y en 2005 *Al morir don Quijote* el Premio Fundación Juan Manuel Lara a la mejor novela de ese año editada en español.

Colabora semanalmente en el Magazine de *La Vanguardia* y en otros periódicos y revistas.